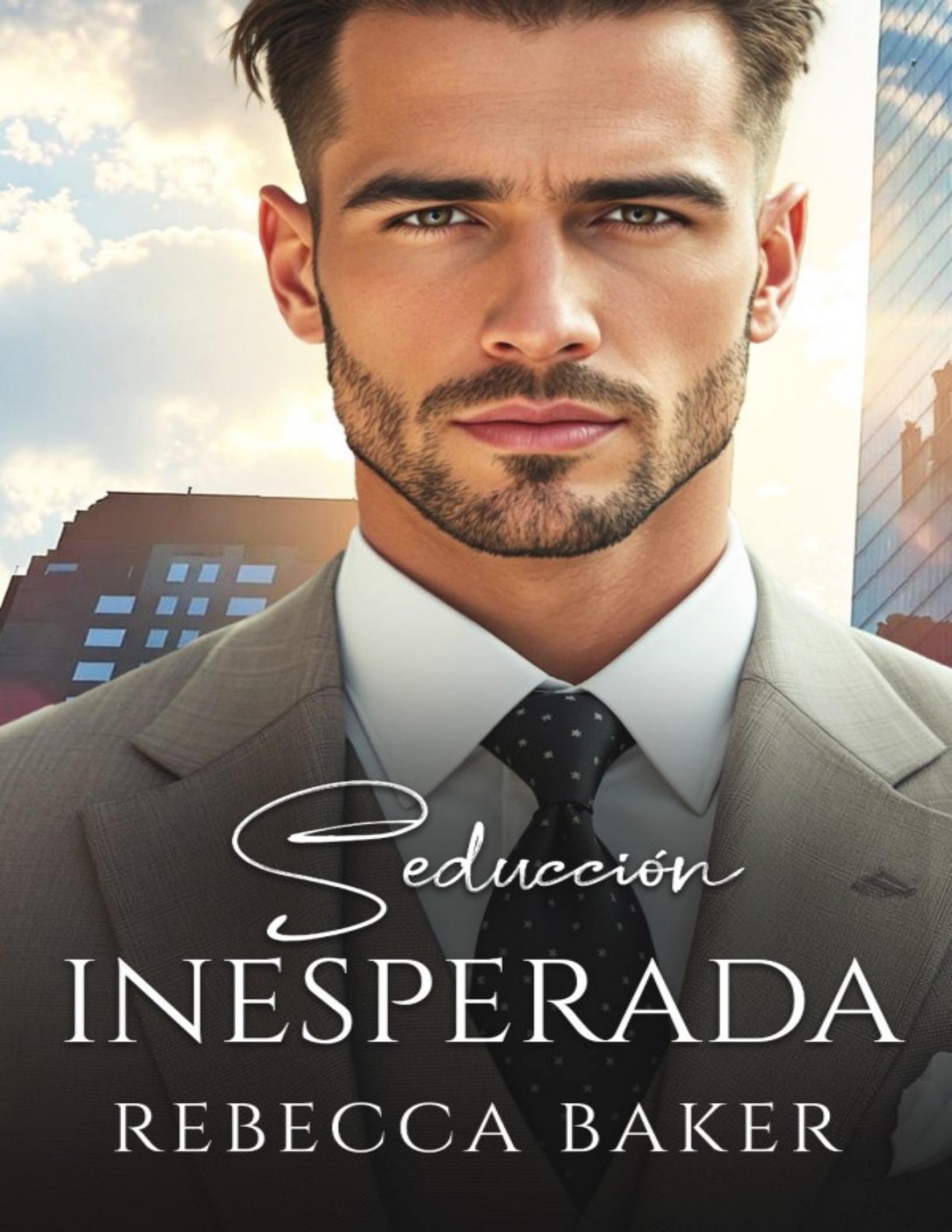
Seducción
INESPERADA
REBECCA BAKER

Seducción Inesperada

Una noche con el multimillonario

Rebecca Baker

Indice

Descripción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Descripción

Un viaje de negocios, un error de reserva del hotel y un multimillonario ardiente.
Una mezcla complicada, porque esa noche compartimos algo más que la habitación del hotel...
Y para colmo: Él es el hombre que poco después quiere destruir mi negocio y, además, estoy embarazada de él.
¿Y ahora qué?

Después de una agotadora cita de negocios, Colleen descubre que en su habitación de hotel también se ha alojado, por error, un atractivo desconocido: el empresario multimillonario Ashton.

El hotel está completamente lleno debido a un evento, al igual que todos los hoteles de la ciudad. Cuando Colleen y Ashton brindan "por ser buenos vecinos", de repente surge una intensa atracción entre ellos. Al final, esa noche comparten algo más que solo la habitación...

De vuelta en Nueva York, llega la conmoción: la boutique de Colleen está a punto de cerrar porque justo al lado un enorme competidor

va a abrir su tienda.

El responsable: Ashton Jones, el hombre de la habitación del hotel. Colleen quiere pedirle explicaciones, pero entonces él le hace una oferta que no puede rechazar.

Los dos vuelven a acercarse y Colleen se pregunta si entre ella y Ashton hay algo más que un poco de diversión y si quizás Ashton piensa lo mismo.

Pero entonces todo cambia: de repente aparece una mujer en la boutique que no solo afirma estar casada con Ashton, sino que también quiere arrebatarle definitivamente el negocio a Colleen.

Pero eso no es todo, también se le retrasa el periodo a Colleen...

Ahora necesita un buen consejo: ¿Debería Colleen confiar en Ashton? ¿O se ha enredado con un rico hipócrita casado, para quien solo fue una agradable distracción?

Capítulo 1

Colleen

—¡Maldita sea! —Desesperada, rebusqué en mi bolso—. ¿Dónde está el maldito trasto? —refunfuñé tan alto como pude.

No es que mi volumen marcara la diferencia. Aquí nadie me oiría de todas formas. Pero gritar me aliviaba. Estaba en mi apartamento en el piso 18 de un antiguo rascacielos de Nueva York en los límites de Manhattan y estaba a punto de volverme loca porque no podía encontrar mi maldito móvil.

Sí, maldecir en voz alta me aliviaba. Pero no me ayudaba ni un poco en la búsqueda.

Di la vuelta a mi bolso y vacié todo su contenido sobre la mesa de la cocina. Un paquete de pañuelos, un pintalabios, tres tampones, mis llaves, unas gafas de sol, una pastilla para la tos, una lima de uñas y mi cartera.

Todo.

Pero ningún móvil.

Y eso que estaba segura de haber metido el maldito cacharro en el bolso ayer. Volví a guardar todo excepto la lima de uñas. Eso estaba prohibido en el equipaje de mano de un vuelo, ¿no? En pocas horas volaría de Nueva York a Boston para pasar allí dos días en una feria de moda.

¡Y precisamente por eso necesitaba el maldito móvil!

En el aparato tenía mi billete de avión y mi tarjeta de embarque.

Sin móvil estaba perdida.

Había reservado el vuelo más barato de Nueva York a Boston con una aerolínea que exigía expresamente que llevara mi tarjeta de embarque en formato digital en el móvil o impresa. Si aparecía en el mostrador sin tarjeta de embarque, tendría que pagar un recargo casi tan alto como el coste del billete entero. No podía permitírmelo.

O mejor dicho: NO QUERÍA permitírmelo.

Además, necesitaba el móvil para llamadas y mensajes. Definitivamente no podía permitirme un móvil nuevo. Hacía algún tiempo había solicitado un préstamo para cumplir mi sueño y abrir mi propia boutique. Desde entonces, cada mes pagaba cuotas elevadas. Simplemente no tenía dinero para móviles nuevos y caprichos similares. Daba tres vueltas a cada céntimo antes de gastarlo.

¿Dónde podía estar el cacharro? Ya había registrado mi dormitorio, la cocina y el pasillo. Sin resultados.

¿No habría llevado el móvil al baño cuando me duché esta mañana?

Por si acaso, abrí la puerta del baño y eché un vistazo al lavabo. Nada. ¿En la estantería de la pared? Tampoco nada. Me puse de puntillas para mirar el armario colgante.

Más vale prevenir que curar.

Naturalmente, mi móvil no estaba sobre el armario colgante.

Negué con la cabeza ante mi propia locura.

Piensa, Colleen. ¿Cuándo fue la última vez que lo tuviste en la mano?

Anoche en la escalera. Mi amiga Elaina me había llamado para contarme algo sobre su vida y su marido. Estaba tan cansada y agotada que solo escuché a medias y luego le pedí a Elaina que mejor habláramos en otro momento. Esta noche, por ejemplo. Después de la feria estaría sola en mi habitación de hotel sin nada que hacer.

Elaina estuvo de acuerdo. Por suerte, pertenecía a ese tipo de personas que, incluso con marido e hijo, seguían siendo flexibles. Eso era algo que yo apreciaba de verdad.

Durante esa conversación aún tenía el móvil.

¿Y después?

¿Lo habría perdido en la escalera?

Me habría dado cuenta, ¿no? Habría oído si el móvil se hubiera caído de mi bolso a los escalones de piedra. O al suelo del ascensor. Que, por cierto, necesitaba una limpieza urgente. Pero habría oído si hubiera perdido mi móvil.

Miré el reloj.

No me quedaba mucho tiempo.

¿Qué podía hacer?

Tendrás que volar a Boston sin móvil, Colleen.

¿Y la tarjeta de embarque?

Tendrás que imprimirla, Colleen. O pagar el maldito recargo.

Pagar más no era una opción.

Justo ayer había renunciado con pesar a un nuevo par de zapatos porque realmente no podía permitírmelos este mes.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

¿Quién podría ser?

Miré con desconfianza por la mirilla. Aquí en Nueva York, los robos, las estafas y los hurtos estaban a la orden del día. Nueva York era la ciudad más emocionante, fantástica y variada del mundo. Pero entre los ocho millones de habitantes también había una cantidad correspondiente de ovejas negras.

Pero ahora vi la cara de mi vecina Sienna.

¿Habría encontrado mi móvil?

Abrí la puerta. —¿Has encontrado mi móvil? —pregunté aliviada.

Sienna frunció el ceño. —¿Tu móvil? —Parecía desconcertada.

Así que no. No tenía mi móvil.

—Debo haberlo dejado en algún sitio —expliqué.

—Ya aparecerá. —Sienna asintió para animarme—. A mí me pasa constantemente.

—Pero NECESITO mi móvil. Sin la tarjeta de embarque no puedo tomar mi vuelo más tarde y entonces... entonces todo el viaje se irá al traste. —Levanté mis manos indefensa.

—Simplemente imprime la tarjeta de embarque —sugirió Sienna.

—No tengo impresora. Y si paro en un cibercafé, me costará demasiado tiempo. Primero tendría que encontrar uno que tenga impresora. Desde que todos tienen un smartphone, cada vez se imprime menos y no hay impresoras en todas partes. Y mucho menos cibercafés. —De hecho, hace unos años parecía haber un cibercafé en cada esquina. Ahora se habían vuelto mucho más escasos.

—¿Tienes una impresora? —le pregunté a mi vecina esperanzada.

Sienna negó con la cabeza. —Desgraciadamente no. —Se quedó pensativa.

—¿Qué querías de mí, por cierto? —pregunté.

—Ah, nada importante. —Sienna descartó mi pregunta con un gesto —. Puede esperar hasta que vuelvas. Ahora primero tenemos que conseguir llevarte a Boston.

Tenemos.

Sienna era la neoyorquina más servicial que había conocido nunca. Ya fuera que necesitara huevos o leche, ayuda para pintar o que me hubiera olvidado las llaves: Sienna siempre estaba ahí con consejos y acciones.

¿Qué había hecho para merecer semejante vecina?

—Podríamos preguntarle a Theo —sugirió Sienna.

—¿Theo? —respondí arrastrando las palabras. Theo era nuestro casero y vivía dos pisos por encima de nosotras.

No lo soportaba. Era completamente antipático y tenía algo traicionero y taimado en él. No podía justificar exactamente esta impresión. Era simplemente una sensación visceral. Theo pertenecía a ese tipo de personas que miras y no quieres conocer más a fondo. Yo pagaba mi alquiler cada mes y me alegraba si no tenía que verlo más allá de eso.

—¿Por qué no? —Sienna se encogió de hombros.

—No lo soporto —confesé. La confesión me incomodó. Aunque realmente no había ninguna obligación de que te gustara tu casero.

Sienna se rió. —Yo tampoco —respondió y añadió—: Pero eso no importa. Solo se trata de imprimir un billete de avión y no de hacerse amigos para toda la vida.

Asentí.

Sonaba lógico.

Me armé de valor. —Vale. Vamos. —No tenía un buen presentimiento sobre el asunto, pero no se me ocurría una mejor idea para resolver mi problema. Sienna y yo subimos los dos pisos e intenté ignorar la sensación desagradable en mi estómago lo mejor que pude.

Sienna puso su dedo en el timbre de Theo.

Involuntariamente, me eché hacia atrás.

En lugar de un timbre normal, sonaron los primeros compases de una canción de death metal. Aunque no soportaba en absoluto el death metal, estaba segura de haber oído esa canción antes. ¿Cómo se llamaba?

Theo abrió la puerta. Sus labios estrechos se torcieron en algo que probablemente pretendía ser una sonrisa.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —Nos examinó de arriba abajo. La mirada de Theo era desagradable. Penetrante. O más bien... desnudante. Me sentí como si estuviera desnuda ante él. Theo se relamió los labios—. ¿Qué puedo hacer por vosotras, guapas? ¿Os falta un hombre? —La sonrisa de Theo se hizo más amplia.

En la calle, habría huido inmediatamente. O le habría dado una buena respuesta a Theo. Desde mi curso en la academia deportiva de la policía, no era tímida en este aspecto. Pero esta era una situación diferente.

Yo era la parte inferior, la que pedía un favor a Theo.

¿Cómo podía ponerlo en su sitio?

—¿Tienes una impresora? Colleen necesita imprimir algo y... —Sienna me liberó de mi dilema y fue directa al grano. Pero no pudo terminar su frase.

—¿Impresora? —Theo volvió a relamerse los labios y nos examinó de arriba abajo. Primero a Sienna. Luego a mí. Su mirada se detuvo en mis pechos.

Cómo odiaba cuando los hombres no me miraban a los ojos.

Pero guardé silencio.

¿Qué podría haber dicho sin que la situación se escalara?

—Sí, Colleen ha perdido su móvil y... —Otra vez Sienna comenzó a dar una explicación. Y otra vez Theo no la dejó terminar.

—¿Su móvil? —respondió arrastrando las palabras. Me miró brevemente a los ojos, pero luego dirigió rápidamente su mirada de nuevo a mis pechos.

Tragué saliva. —Sí, yo... —Tenía que decir algo.

Theo dio un paso atrás y con su mano izquierda buscó algo que debía estar sobre un aparador detrás de la puerta. Cuando su mano volvió a aparecer, sujetaba un móvil. —¿Quizás este?

Me quedé sin aliento.

Ese era claramente mi móvil.

Una funda rosa con un ligero efecto brillante.

—Ese... ese es mi móvil. Lo has encontrado. —Sonreí aliviada y levanté la mano para coger el móvil de Theo. Ahora llegaría a tiempo al aeropuerto y a Boston. No tendría que pagar nada extra y todo saldría bien. Respiré aliviada. Ni siquiera me había dado cuenta de lo tensa que había estado.

Theo retiró la mano y se rió con una risa chillona. —No lo recuperarás taaaan fácilmente.

—¿Qué... qué quieres decir? —Miré perpleja a mi casero. ¿De qué hablaba? No tenía ni idea—. Puedo demostrarte que es mi móvil. Dentro de la funda hay cinco dólares y...

Theo me interrumpió. —Sé que es tu móvil. —Sus labios volvieron a torcerse en esa sonrisa estrecha que le hacía parecer aún más antipático que su expresión habitual—. No estoy hablando de eso.

—¿Entonces de qué? —Sienna volvió a ayudarme.

—De mi recompensa por encontrarlo. —Theo examinó detenidamente mis pechos.

—¿Recompensa? Pero el móvil es tan viejo que prácticamente no vale nada y... —Los pensamientos corrían por mi cabeza.

Necesitas el móvil, Colleen. Si este idiota quiere sacar provecho de haberlo encontrado, en lugar de simplemente devolvértelo, entonces dale lo que quiera.

—¿Cuánto quieres? —pregunté.

—Oh, no estaba pensando en dinero. —Theo se relamió los labios mientras contemplaba mis pechos. Ahora levantó su mirada por un breve momento—. Estaba pensando más bien en... digamos, una agradable velada juntos. O mejor aún, los tres. —La mirada de Theo pasó de mis pechos a los de Sienna.

Tomé aire indignada.

—¿Pero qué te has creído? —se me escapó.

—¿Quieres tu móvil o no? —Theo me miró a los ojos. Su mirada parecía... fría. Al acecho. Y codiciosa.

—Claro que quiero mi móvil. Pero esto... esto va demasiado lejos. —Miré horrorizada a Theo. El tipo no podía estar hablando en serio.

¿Quería...?

¿Quería pasar una velada con Sienna y conmigo porque había encontrado mi móvil? Su mirada no dejaba la menor duda sobre qué tipo de velada se trataría. Me estremecí asqueada.

—¿Hace mucho que no follas, Theo? —La respuesta de Sienna me dejó helada. Ahora Theo iba a perder los estribos. Y nunca volvería a ver mi móvil.

Adiós Boston.

Pero para mi sorpresa, Theo solo se rió con esa risa chillona. —No me gusta dejar pasar una oportunidad. Y vosotras dos sois una oportunidad especialmente buena. —Sonrió y volvió a relamerse los labios.

—Una oportunidad. —Sienna cruzó los brazos sobre el pecho. Luego pensó por un momento y dio un paso hacia Theo—. Te voy a decir algo, Theo. —Sienna descruzó los brazos y buscó en el bolsillo trasero de sus pantalones. Sacó su móvil y lo agitó frente a la nariz de Theo—. Conozco de sobra a tipos como tú. Y por eso mismo he activado antes la grabadora de mi móvil. He grabado cada palabra que se ha dicho aquí. —Ahora era Sienna quien sonreía. Era una sonrisa triunfante—. O le devuelves INMEDIATAMENTE el móvil a Colleen, o me encargaré de que todo Nueva York sepa lo que haces. ¿Coacción a inquilinas? Seguro que eso interesa no solo a la policía, sino también a algún que otro periódico. —Sienna dio un paso atrás.

La miré agradecida.

Hace tiempo hice algo similar por mi amiga Elaina. Pero ahora que yo misma estaba en apuros, no se me había ocurrido defenderme así. Gracias a Dios tenía a Sienna.

Theo nos miró fijamente.

Luego, de repente, me puso el móvil en la mano. —No creáis que os vais a librar tan fácilmente. Oh no. No os voy a dejar marchar así sin

más. Sí, esta vez habéis ganado. Pero la próxima vez... —Theo no terminó su frase. Su tono amenazador dejaba claro lo que pensaba. La próxima vez pagaríamos por haber conseguido esta victoria.

Sin decir una palabra más, Theo cerró la puerta de golpe.

Sienna levantó su mano. —¡Chócala!

Choqué la mano con mi vecina.

Sin embargo, me quedó una sensación de inquietud.

Media hora después, me colaba por la puerta de mi apartamento con mi bolsa.

—¿Llevas todo? —preguntó Sienna. Había insistido en ayudarme con los preparativos finales, ya que había visto lo mucho que me habían afectado las palabras de Theo.

—Creo que sí —respondí.

Sienna me puso una mano en el brazo. —Olvídate de ese idiota. Hace demasiado tiempo que no tiene una mujer y ahora lo intenta con cualquiera que se le cruce por el camino.

—Lo olvidaré —prometí, omitiendo lo incómoda que me sentía al pensar que ese idiota era, después de todo, mi casero. No podía ni sacarlo tan fácilmente de mi vida ni evitarlo. Vivía solo dos pisos por encima de mí.

—Que te diviertas en la feria —Sienna me sonrió radiante.

—Lo haré. Llevo semanas esperándolo y he tenido mucha suerte de conseguir el billete de avión y la habitación del hotel tan baratos. Solo por eso puedo permitirme ir allí. —La feria de moda de Boston era conocida mucho más allá de los límites de la ciudad. A diferencia de la feria de Nueva York, allí todavía había mercancía a precios asequibles y por eso todo el mundo compraba allí. Este año visitaría la feria por primera vez y esperaba encontrar algunas colecciones bonitas para mi boutique.

—He esperado a propósito con todos los pedidos para conseguirlos allí al precio de la feria —le conté a Sienna.

—Pues venga, en marcha. —Sienna me dio un pequeño empujón.

Salimos al pasillo y pulsé el botón que había junto al ascensor.

—¿Y cómo va tu boutique? —quiso saber Sienna—. Has hecho realidad tu sueño en silencio y luego nunca has vuelto a mencionar una palabra al respecto.

—Bastante bien —respondí—. Por supuesto, no tengo el volumen de ventas que tienen las grandes cadenas, pero todavía hay suficientes clientas que valoran el asesoramiento personalizado. Y ellas encuentran su camino hasta mí. También tengo alguna que otra pieza poco común en stock. —Fruncí el ceño—. No puedo quejarme. La ubicación de la boutique también es excelente. Tuve mucha suerte de que esa tienda estuviera vacía justo entonces. Aunque el alquiler es proporcionalmente alto.

El alto alquiler me preocupaba. Si seguía subiendo, *Colleen's* acabaría no siendo rentable.

Sienna no sabía nada de mis preocupaciones y sonrió. —Suena paradisíaco. Pero recuerda: el trabajo no lo es todo en la vida. Diviértete un poco también en Boston. Te lo has ganado.

Ding.

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron frente a nosotras. El ascensor estaba vacío.

—Aire puro. —Sienna sonrió—. Theo probablemente no saldrá de su guarida hoy.

Me reí. Con ello, se disipó el último resto de tensión que quedaba. Luego entré en el ascensor. Sienna me saludó con la mano cuando las puertas se cerraron detrás de mí.

Divertirme. Sacudiendo la cabeza, me apoyé contra la pared de la cabina. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo había hecho?

Ahora no es el momento adecuado para eso, Colleen. Tienes un montón de trabajo y una enorme montaña de deudas que tienes que pagar. Primero el trabajo, luego el placer. Y además: ¿con quién querías divertirte? ¿Con un tipo como Theo?

Se me escapó un resoplido de desprecio.

Seguro que no.

Antes preferiría pasar el resto de mi vida sola.

Ding.

El ascensor había llegado abajo. Las puertas se abrieron. Cogí mi bolsa y me preparé para salir de la cabina.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Asustada, retrocedí un paso tambaleándome.

Frente a mí no había otro que Theo. Me sonreía lascivamente. —Ya te dije que nos volveríamos a ver pronto.

—Yo... tengo que irme de verdad —balbuceé y me maldije en ese momento por mi impotencia. ¿Por qué siempre se me ocurrían las palabras adecuadas cuando se trataba de otras personas, pero nunca cuando se trataba de mí misma?

—Claro, claro —gruñó Theo y miró sin disimulo mis pechos—. Pero algún día volverás.

Theo estaba justo en la puerta de la cabina y bloqueaba el paso. No podía salir. Y no podía simplemente pulsar un botón y volver a subir, porque las puertas no se cerrarían ya que Theo las bloqueaba.

—Yo... —tartamudeé, sin saber realmente qué debería decir. ¿Por qué no le había pedido a Sienna que me acompañara hasta abajo?

Porque entonces ella se habría quedado sola con Theo. Eso tampoco es justo, Colleen.

—Hoy voy a ser bueno, cariño. —Theo dio un paso a un lado y con un gesto de la mano me invitó a salir del ascensor.

Lo miré con desconfianza.

¿No se rendía tan fácilmente?

Pero no tenía otra opción.

Tenía que ir a Boston. Tenía que coger mi vuelo. De lo contrario, pronto me quedaría sin mercancía en mi boutique. Sin mercancía no hay ventas, sin ventas no hay beneficios y sin beneficios... el banco me pisaría los talones muy pronto.

Di un paso adelante.

Theo me agarró del brazo. —Cuando vuelvas, pasaremos una bonita velada. Recuerda: soy tu casero. Deberías tener cuidado con lo que haces y dices. Si no, tu alquiler subirá.

Theo se rió de forma burlona.

Cuando me soltó, sus dedos rozaron ligeramente mi piel.

Salí del edificio tan rápido como pude.

¿Cómo podría hacer callar definitivamente a este idiota para que dejara de hacerme la vida imposible?

Capítulo 2

Ashton

—¡Presento mi dimisión!

Atónito, me quedé mirando al hombre que acababa de pronunciar esas palabras. Mi director de compras. Uno de los hombres más importantes de mi empresa. Yo era el CEO y único propietario de *Ashfash*, una de las mayores cadenas de moda en Estados Unidos. Y más aún: había construido mi empresa prácticamente de la nada después de la universidad y la había llevado a la cima del sector en los últimos años. No solo dirigía *Ashfash*, YO ERA *Ashfash*. Todo el mundo conocía *Ashfash*. Ya fuera Nueva York, Chicago, Los Ángeles, Miami o Dallas: no había ninguna gran ciudad en EE. UU. donde *Ashfash* no estuviera presente con varias tiendas. Estábamos en todas partes donde los estadounidenses, y especialmente las estadounidenses, compraban. Ya fuera online o en tienda.

—¿Qué quieres decir con que presentas tu dimisión? —Perplejo, miré fijamente a Rooney, mi director de compras—. No puedes hacer eso.

Rooney suspiró.

—Ya me imaginaba que dirías algo así. De verdad que lo siento, especialmente por tener que irme justo ahora. Pero... —Rooney extendió los brazos—. Tenía que tomar una decisión, Ashton. O mi relación o el trabajo. Y he elegido mi relación.

—¿Dimites por una MUJER? —Esto era cada vez más increíble. Negando con la cabeza, miré fijamente a Rooney. En los últimos años había visto a mujeres embarazadas que dimitían para cuidar de sus hijos. Ese tipo de cosas. Cosas NORMALES. ¿Pero que un HOMBRE dimitiera porque su relación tenía prioridad? Dije con sarcasmo:

—¿Qué vas a hacer, convertirte en amo de casa? ¿Colgar tus títulos en la pared como decoración?

Ahora Rooney también negó con la cabeza.

—No se trata de eso en absoluto, Ashton. Nunca he dicho eso. Solo que... —Rooney se encogió de hombros—. Carey ha estado siempre añorando su hogar. Quiere volver a Australia. Y yo la acompañaré.

—¿Te vas a Australia con tu novia? —Todavía no podía creer lo que Rooney me estaba contando—. ¿Australia? ¿Eres consciente de que allí hay pocas grandes empresas? ¿Pero en cambio hay cantidades enormes de canguros, animales venenosos y desierto?

Rooney se rio.

—Ahora estás exagerando. Es un país fascinante. Nuestros vuelos salen mañana.

—¿MAÑANA? —Hasta ahora había estado sentado detrás de mi escritorio. Ahora me puse en pie de un salto—. ¡No puedes hacer

eso, Rooney! ¡En serio que no! ¡Tienes que volar a Boston en unas horas! ¡A la feria! ¡Para *Ashfash*! —Hasta ahora me había tomado todo el asunto con relativa calma, pero ahora estaba furioso—. ¿No puedes irte de un día para otro? ¿Quién irá a la feria si no vas tú?

—Mi contrato lo contempla. Puedo irme cuando quiera. Y ese día ha llegado. Además, aún me quedan muchas vacaciones por disfrutar. —Rooney no cedió ni un milímetro en su posición—. ¿Por qué no vas tú mismo a la feria? También lo hiciste el año pasado cuando me puse enfermo.

—¡Ahora no estás enfermo! ¡Y yo no soy el director de compras! ¡Ese es tu trabajo! —Indignado, miré fijamente a Rooney. ¿Dónde estaba el hombre en quien había confiado todos estos años? Ante mí tenía a un... un blandengue que emigraba a Australia por una mujer. Que renunciaba a su trabajo por una mujer.

¡Por una MUJER!

—Ya no —respondió Rooney—. Ya no es mi trabajo. Porque acabo de dimitir.

—Ya verás cómo te vas a arrepentir —gruñí.

Rooney suspiró.

—Todo el mundo aquí sabe que estás a punto de divorciarte, Ashton. Pero solo porque tu matrimonio haya fracasado, no significa que todas las demás relaciones del mundo vayan a irse al garete. Soy más feliz con Carey de lo que jamás hubiera pensado. Y te deseo que tú también vuelvas a ser feliz.

Resoplé.

—Seguro. —No iba a decir nada más sobre esa palabrería. Feliz. Con una mujer. Por mi parte, había decidido que sería feliz SIN una mujer a mi lado. Porque no necesitaba una. Había suficientes mujeres dispuestas con las que podía divertirme ocasionalmente. ESO era lo que necesitaba. Nada más.

Por suerte, Rooney cambió de tema.

—He recopilado toda la información sobre la feria y te la he enviado por correo. Desgraciadamente, el vuelo ya no se podía cambiar, pero...

Interrumpí a mi director de compras. A mi EX director de compras.

—Tomaré mi avión privado. —Si tenía que hablar con todo tipo de gente en pabellones de ferias abarrotados, al menos viajaría con estilo. Eso nadie me lo podía quitar.

—Eso me imaginaba —asintió Rooney—. Entonces recogeré mi escritorio, si me lo permites.

No, no se lo permitía. Pero no tenía elección. Rooney había estado en *Ashfash* desde el principio. Cuando solo éramos una pequeña empresa que nadie conocía. En aquella época teníamos contratos laborales que no preveían plazos de preaviso o con plazos cortos de como mucho una semana. No sabíamos qué nos depararía el futuro. Hoy hago que mis abogados incluyan otras cláusulas en los contratos, pero todavía hay algunos empleados con contratos antiguos.

—Espero que lo hayas pensado bien. —Miré a Rooney con enfado. Pero ya ni siquiera podía decir si estaba enfadado porque Rooney había dimitido o porque parecía tan feliz como... Sí, ¿como quién?

¿Más feliz que cualquier persona que hubiera visto jamás?

Más feliz que tú mismo, Ashton.

El pensamiento pasó fugazmente por mi cabeza. Pero lo reprimí de inmediato.

Tenía otras cosas que hacer.

Tenía que asistir a una maldita feria.

—¿Por qué no voláis dentro de una semana? —Negué con la cabeza enfadado—. Todo esto ya lo teníais decidido desde hace tiempo. No has reservado el vuelo ayer, ¿verdad?

Rooney suspiró.

—Es una larga historia, Ashton. A Carey y a mí no nos ha resultado fácil tomar la decisión. —Se quedó en silencio.

No iba a sacarle nada más.

Y tampoco iba a poder hacerle cambiar de opinión.

—Hasta... hasta algún día, Ashton. —Rooney se dio la vuelta.

—¡No te creas que podrás aparecer por aquí otra vez! —La rabia, que había contenido con tanto esfuerzo en los últimos minutos, estalló ahora con toda su fuerza. ¿Quién se creía que era? ¿Creía que podía entrar y salir de aquí cuando quisiera?

Rooney se dio la vuelta.

—No tengo intención de volver nunca, Ashton. Eso es exactamente lo que significa emigrar. Adiós. —Rooney levantó su mano derecha y desapareció de mi vista.

Me quedé mirando por donde se había ido.

—¡Maldita sea! —Me dejé caer en mi silla ejecutiva y golpeé el escritorio con el puño con todas mis fuerzas. Eso me alivió un poco.

¿Qué iba a hacer ahora?

Me levanté de nuevo y me coloqué frente al gran ventanal panorámico. La vista al exterior era una de mis favoritas, especialmente en un día perfecto de finales de verano como hoy. En el cielo azul no había ni una nube que pudiera molestarme. Era MI vista. Mi vista totalmente privada, que nadie me podía quitar y que me fascinaba una y otra vez. La ciudad parecía estar a mis pies. Me encontraba en un piso más alto que la mayoría de la gente en la ciudad. Solo el Empire State Building, el Chrysler Building y algunos otros rascacielos sobresalían imponentes del mar de edificios. Pero precisamente eso era lo que hacía fascinante la vista. El horizonte de Nueva York ofrecía una visión impagable.

Y yo, Ashton Jones, podía disfrutarla porque había llegado a la cima con *Ashfash*. Y tenía más planes.

Quería ganar el *USA Fashion Store Award*.

El premio a la mejor tienda de moda de Estados Unidos. A la mejor cadena de moda. Eso incluía varias cosas: la mejor selección, el mejor surtido, los mejores precios, el mejor asesoramiento.

Y solo había un competidor serio.

Doyle.

Doyle Mulligan.

Mi archienemigo. Que antes había sido mi amigo de universidad y ahora era mi mayor competidor, que quería arrebatarme el *USA Fashion Store Award*.

Quería averiguar qué tramaba Doyle. Esa habría sido precisamente la tarea de Rooney en la feria. Charlar mucho, escuchar lo que pensaban otros del sector, escuchar lo que se decía. Echar un vistazo a algunas colecciones. Ya habíamos hecho nuestros pedidos. Para eso la feria no era especialmente importante. Se trataba sobre todo de encontrar nuevos proveedores prometedores. Y de hacer contactos.

Asqueado, hice una mueca.

—¡Joey! —grité con fuerza.

Mi asistente asomó la cabeza por la puerta.

—¿Me ha llamado, señor Jones?

—¡Sí! —¿Cómo podía hacer ese idiota semejante pregunta?

Joey se quedó en la puerta y me miró expectante. La iniciativa no era su fuerte, eso lo había comprobado en los últimos meses. En la entrevista había parecido muy diferente. Enérgico y seguro. Como alguien eficaz. Pero en realidad parecía ser solo un actor especialmente bueno.

—Prepara todos los documentos para la feria. Voy a ir yo mismo en avión más tarde. Registra el vuelo. —Mis órdenes eran breves y precisas. Así es como Joey parecía manejarse mejor.

—Sí, señor Jones. —Joey desapareció de nuevo.

—¡Y date prisa! —le grité—. ¡Quiero llegar a la feria hoy mismo! —Si tenía que ir, al menos quería hacer el trabajo lo más a fondo posible.

Di unos pasos hacia mi escritorio y me dejé caer de nuevo en la silla ejecutiva. Luego me volví hacia mi PC.

La mejor selección, el mejor surtido, los mejores precios, el mejor asesoramiento.

Eso es lo que contaba para el *USA Fashion Store Award*.

En cuanto a los precios, estábamos definitivamente por delante. Doyle no podría competir en absoluto ahí.

Pero, ¿cómo estábamos en asesoramiento?

Abrí Google y leí algunas reseñas que los clientes habían dejado después de visitar una de mis tiendas.

Estuvo bastante bien.

Al menos Ashfash siempre tiene algo de mi talla en stock. El asesoramiento podría ser mejor.

La vendedora no parecía saber mucho de moda.

Hoy desgraciadamente he tenido que irme a casa sin un vestido. Con esta reseña fruncí el ceño. La clienta había visitado una de nuestras tiendas en Seattle. ¿Por qué se había ido a casa sin un vestido? ¿Qué es exactamente lo que buscaba que no le habíamos ofrecido?

Seguí leyendo.

Buenos precios, buen surtido.

Regular.

Una tienda grande, ni más ni menos.

Es mejor en Doyle's Clothing.

¿Qué?

¿Era mejor en *Doyle's Clothing*?

¿En mi peor competidor?

Furioso, cerré el puño.

Eso no podía ser.

Simplemente NO podía ser.

Rápidamente hice clic para ver las valoraciones de *Doyle's Clothing*.

Una tienda de ensueño.

Simplemente la mejor.

Siempre gasto más dinero aquí del que pretendía.

Apretando los dientes con rabia, leí los elogios dedicados a mi competidor. Eran claramente mejores que las valoraciones de *Ashfash*.

Tenía que hacer algo al respecto urgentemente.

—J... —empecé a decir, pero antes de que pudiera pronunciar el nombre de Joey, sonó mi móvil.

—¿Sí? —Totalmente en contra de mi costumbre, cogí la llamada sin mirar quién me llamaba.

—Ashton. ¿Ya has sacado los pañuelos? —Una voz burlona que reconocí al instante.

Doyle.

—Doyle. ¿Has tenido una pesadilla o por qué iba yo a sacar pañuelos? —le respondí. ¿Qué quería ese idiota? Hacía tiempo que solo hablábamos en persona cuando era absolutamente inevitable. En la universidad habíamos sido mejores amigos. Colegas. Pero luego nos habían separado algunas cosas a nivel personal. Y, como muy tarde, desde que le había arrebatado a Doyle un acuerdo por locales comerciales en las mejores ubicaciones hace unos años, éramos enemigos acérrimos.

—¿Te has levantado tarde hoy o es que estás mal informado? —siguió provocándome Doyle.

—No deberías juzgar a los demás por ti mismo. —No tenía ni idea de qué estaba hablando. Sin embargo, no se lo iba a revelar. Cualquier pequeño triunfo era demasiado para Doyle.

Doyle soltó una risa estridente.

—Así que mal informado.

Resoplé.

—No tengo tiempo para tus bromitas, Doyle. Deja tus estúpidas insinuaciones y ve al grano de una vez. Estás dando vueltas como una mujer, en serio.

Doyle siguió soltando risitas.

—Sí, sí, eso lo conozco muy bien de ti, Ashton. Siempre que no sabes cómo seguir, te vuelves personal.

—¡Me estás robando el tiempo! —Estaba a punto de terminar la conversación cuando Doyle dijo:

—Está claro que hoy todavía no has mirado la web de la *Manhattan Fashion Shopping Guide*.

No respondí, sino que rápidamente accedí a la web. La *Manhattan Fashion Shopping Guide* aparecía tanto online como en revista impresa.

Ashfash: El peor asesoramiento de todos los tiempos.

El titular me saltó a la vista en cuanto abrí la web.

—¿Te has quedado sin palabras? —La voz de Doyle sonaba más burlona que nunca.

No respondí, sino que repasé el artículo con el sensacionalista titular tan rápido como pude. El asesoramiento en una de mis tiendas de Nueva York era analizado en todos sus detalles. El autor del artículo no dejaba ni un aspecto positivo de *Ashfash*. Entre otras cosas, hablaba de vendedoras que no tenían ni idea de moda.

¡Ni idea de moda! ¡En una cadena de moda que quería ser la mejor!

Furioso, cerré el puño y apreté los dientes hasta que mi mandíbula crujió. No podía permitirme una prensa tan mala.

¡Exactamente este tipo de cosas podían costarme el *USA Fashion Store Award*!

—Parece que te has quedado mudo —añadió Doyle.

Respiré hondo.

—No tengo mucho que decir, Doyle. ¿Qué le voy a decir a alguien lo bastante tonto como para concluir, a partir de un único asesoramiento en una única tienda, que toda una cadena no vale nada?

—Una cadena entera que no vale nada. Y su jefe, que selecciona al personal incapaz de ofrecer a las clientas una experiencia de compra adecuada, tampoco vale nada. ESO es lo que piensan las clientas después de leer este artículo. —Doyle disfrutaba visiblemente echando sal en mi herida.

Cerré el puño con más fuerza. Mis nudillos hicieron un ruido crujiente. Pero frente a Doyle no dejé entrever nada. Respondí con toda la calma y la indiferencia que pude:

—Bah... ¿quién lee la *Manhattan Fashion Shopping Guide*? ANTES solía tener grandes tiradas. Entretanto, se ha convertido en un panfleto de tercera clase que ya nadie quiere comprar y en el que se afirma y escribe todo tipo de cosas porque a sus reporteros no se les ocurre nada mejor. El periodismo serio es otra cosa.

—La palabra escrita siempre tiene peso —respondió Doyle.

Ignoré su comentario.

—¿Eso no pertenece a tu viejo amigo Wyatt Lyons? Hasta ahora ha hundido todos los negocios en los que ha metido las narices. Y si nos guiamos por las cifras, va por el buen camino para hacer exactamente lo mismo con la *Manhattan Fashion Shopping Guide*.

—Cualquiera que te conozca sabrá que hay algo de verdad en el asunto y que en vuestras tiendas realmente no tenéis ni idea de moda. Al fin y al cabo, tú mismo no vas precisamente bien vestido. Desde que no tienes mujer que te arregle la ropa, la cosa ha empeorado aún más. —Doyle no dejaba de provocarme—. La última vez que nos vimos, llevabas una chaqueta marrón y un pantalón negro.

—¡Eso fue hace una eternidad! —le solté, y me miré. Hoy llevaba un pantalón azul oscuro y una chaqueta negra.

Maldición.

Esta mañana ambas prendas parecían iguales cuando las saqué de mi armario. Las dos parecían azul oscuro.

Doyle soltó una risa estridente.

—El jefe de *Ashfash*. El jefe de una empresa de moda peor vestido que el mundo ha visto jamás.

Esto era suficiente.

Doyle ya me había robado bastante tiempo.

—¡Tengo que trabajar! —Con estas palabras, terminé la conversación.

—¡Joey! —grité tan alto como pude.

—¿Señor Jones? —Mi asistente asomó la cabeza por la puerta.

—Necesito un análisis de todas las opiniones de clientes que puedas encontrar en Internet. ¡Para mañana! —ordené—. Y habla con el departamento de prensa. ¿Por qué no fuimos informados sobre el artículo en la *Manhattan Fashion Shopping Guide*? ¡Eso debería haber estado en mi escritorio esta mañana! —Señalé furioso mi pantalla.

En ese momento emitió un sonido sibilante y se puso negra.

—¿Qué demonios...? —Antes de que pudiera terminar mi frase, un débil ronquido salió del aire acondicionado.

¡Corte de electricidad!

¡Por tercera vez este mes!

—¿Es que aquí nadie es capaz de hacer simplemente su trabajo? ¿Por qué se corta esta maldita electricidad una y otra vez? —Estaba hasta las narices—. ¡Ocúpese de ello! —le ordené a Joey.

—Sí, señor —contestó mi asistente sin mostrar emoción alguna.

Cogí mi móvil y me levanté de un salto.

—Nos vemos mañana. —En ese momento me alegré de tener que volar a Boston para la feria de moda.

Allí encontraría un cambio de aires.

Una mujer atractiva con la que divertirme un poco esta noche.

Así, sin ningún compromiso.

Exactamente eso es lo que necesitaba ahora.

Capítulo 3

Colleen

—Llega tarde —gruñó un empleado extremadamente obeso de la feria de Boston mientras comprobaba mi entrada.

Me quedé sin aliento frente a él, esperando a que me dejara pasar. La feria ni siquiera había comenzado y yo ya estaba completamente agotada. Primero, no había encontrado mi móvil en casa. Luego, había llegado al aeropuerto en el último minuto, solo para descubrir en la puerta de embarque que mi vuelo tenía más de dos horas de retraso.

¡Dos horas!

¡El vuelo de Nueva York a Boston duraba apenas una hora!

Había esperado inquieta hasta que por fin pudimos embarcar y el avión despegó. En lugar del shuttle, había tomado un taxi carísimo para llegar más rápido a la feria.

—La entrada no es válida —gruñó entonces el empleado.

—¿Cómo dice? —Lo miré incrédula. Tenía que haber oído mal.

—Esto ni siquiera es una entrada para la feria —refunfuñó el hombre —. Está intentando entrar con una entrada de un concierto del año pasado. —Agitó el papel delante de mis narices—. Los *New York Boys*. Buen grupo. Pero no actúan aquí.

—Oh. —Me puse roja como un tomate. Poco antes de decidirme a abrir la boutique, había asistido a un concierto de mi grupo favorito. Aún guardaba la entrada. Por pura nostalgia. Con suerte, algún día habría pagado mi crédito lo suficiente como para poder permitirme volver a ir a un concierto de los *New York Boys*.

—Así no va a poder entrar —gruñó el empleado.

—Por supuesto que no. Yo... disculpe, por favor. Había olvidado por completo que tengo la entrada en mi móvil. —Rebusqué apresuradamente en mi bolso. ¿Dónde se había metido el maldito móvil otra vez?

—Su móvil está en el bolsillo de su chaqueta. —El empleado me dio un leve toque al decir estas palabras.

—¿Qué? —Levanté la cabeza.

—De su bolsillo de la chaqueta asoma un móvil —repitió el empleado —. Supongo que es lo que está buscando. En una funda rosa con purpurina.

Rápidamente metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta.

—Si lleva su móvil así, no tardará mucho en que alguien se lo robe. O en que se le caiga del bolsillo —añadió el empleado.

Asentí. —Hoy ha sido un poco demasiado. —Rápidamente abrí la entrada de la feria y se la mostré al empleado en el smartphone.

Escaneó el código QR. —Que disfrute de la feria.

—Gracias. —Pasé junto al empleado y me dirigí hacia el pabellón. Ya había perdido el desfile de todos modos. Pero afortunadamente eso no era tan importante. Mis clientas no querían ni alta costura ni ropa barata de producción masiva. Querían marcas individuales que se adaptaran a ellas y que pudieran usar todos los días y en la mayor cantidad posible de ocasiones. Por la calle. En la oficina. En una noche con amigas. En una cita con el hombre que quizás por fin resultara ser el adecuado. Y mis clientes masculinos apenas eran diferentes. Aunque principalmente vendía ropa de mujer.

Poco después, me acerqué al primero de los stands que había seleccionado previamente para visitar en la web de la feria. *Johnny's*. Una marca que se había especializado exactamente en las necesidades de las mujeres modernas de las grandes ciudades. Era la marca que, con diferencia, mejor se vendía en mi boutique y que aseguraba la mayor parte de mis ingresos. Aquí quería hacer definitivamente un pedido más grande. El vendedor en el stand de *Johnny's* estaba recogiendo algunas cosas y colocando su bolsa sobre la mesa. Discretamente miré el reloj que colgaba en la pared del alto pabellón de la feria. ¿No era tan tarde? ¿Por qué el hombre ya estaba recogiendo?

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el vendedor. Nunca lo había visto antes. Debía de ser alguien contratado como ayudante temporal para la feria de Boston.

—Me interesa su nueva colección —comencé la conversación—. Desafortunadamente me he perdido la presentación de antes, pero ya conozco bien *Johnny's* y estoy segura de que es la marca

adecuada para mis clientas. Vendo ropa de *Johnny's* desde que abrí mi tienda. Con gran éxito.

—¿Cómo se llama su tienda? —quiso saber el vendedor.

—*Colleen's* —respondí. Antes de la apertura, había buscado durante mucho tiempo un nombre para mi boutique y al final me decidí por la variante más simple.

—Nunca la he oído —gruñó el vendedor.

—Soy de Nueva York —señalé—. Y mi tienda es bastante pequeña. No vendo grandes cantidades.

—Lo siento, señora —dijo el vendedor y se encogió de hombros.

—¿Qué quiere decir? —No tenía ni idea de qué estaba hablando el hombre.

—Ya no aceptamos más pedidos. Y menos de tiendas pequeñas. —Con estas palabras, el hombre se dio la vuelta.

Consternada, me quedé mirando su espalda.

No podía ser cierto.

¡No podía ser!

Seguramente había oído mal.

—¿Qué... qué quiere decir? —insistí con voz insegura.

El hombre miró por encima de su hombro. —Exactamente lo que digo. Ya no aceptamos más pedidos. Ya hemos recibido tantos pedidos aquí en la feria que nuestra capacidad de producción está agotada. El comprador de una cadena de moda ha comprado prácticamente todo. No podemos entregar más.

—Pero si hoy es apenas el primer día de la feria. —Lo miré atónita—. ¿Qué van a hacer mañana?

—No aceptamos más pedidos, señora. —La voz del hombre ahora sonaba impaciente—. Da igual lo que usted haga.

—Pero... NECESITO la ropa de *Johnny's*. Mis clientas la están esperando. —Mi voz sonaba desesperada.

—Entonces sus clientas tendrán que ponerse otra cosa este año. —El hombre no se dejaba conmover.

¿Ponerse otra cosa?

¡Qué fácil es decirlo!

Al menos una de cada dos clientas que entraban en mi tienda pedía la última colección de *Johnny's*. Si ante estas preguntas tenía que encogerme de hombros lamentándolo, perdería ventas.

Y muchas ventas.

Tantas ventas que la supervivencia de mi boutique estaría en juego.

Respiré hondo. No podía dejar de intentarlo. —Mi pedido no es tan grande. Quizás puedan ampliar un poco la capacidad de

producción...

—Señora. —El hombre me interrumpió y me miró con el ceño fruncido—. Si tuviéramos más capacidad, habríamos vendido más. Aquí ya no hay nada para usted. ¿Está claro? —Con las últimas palabras, el hombre hizo un gesto con la mano como si quisiera ahuyentarme.

—¿De qué cadena era ese comprador que mencionó antes? —pregunté entonces. ¿Quién vendía tanto como para poder comprar toda la producción de un fabricante como *Johnny's*?

Febrilmente pensé. Básicamente, solo había dos cadenas posibles. *Ashfash* y *Doyle's Clothing*. Ambas tenían *Johnny's* en su surtido.

—Eso no es asunto suyo —gruñó ahora el vendedor—. Nuestra conversación ha terminado. —El hombre me dio la espalda nuevamente.

Atónita, me quedé mirándolo.

¿Qué debía hacer ahora?

Estás en una feria, Colleen. Hay decenas de stands donde estarán encantados de venderte algo. Si aquí se ha hecho un pedido tan grande, eso significa que en otros lugares se ha comprado menos. Allí se alegrarán de verte.

Pero, ¿se alegrarían también mis clientas si de repente les presentaba algo diferente a la ropa de *Johnny's*? ¿Seguirían comprando conmigo y confiando en mi juicio? ¿Seguiría mi boutique generando las ventas previstas?

El día había empezado fatal y de alguna manera no mejoraba.

No seas tan pesimista, Colleen. Piensa siempre en positivo.

Suspirando, saqué mi móvil del bolsillo para ver dónde se encontraban los stands de los otros fabricantes que quería visitar sin falta.

Dos horas después miraba desesperadamente la pantalla de mi móvil. Llevaba poco tiempo en la feria y ya había visitado todos los stands que había seleccionado en casa.

Y no había podido realizar ni un solo pedido.

En todas partes había recibido el mismo mensaje.

No nos queda nada.

Nuestra capacidad de producción ya está agotada.

Una cadena más grande lo ha comprado todo.

No podemos aumentar la capacidad, afectaría a la calidad.

Aumentaremos la capacidad el año que viene.

Pregunte en otro sitio.

La lista de negativas era interminable.

—¡Maldita sea! —Desesperada, me apoyé contra la pared del pabellón ferial y cerré los ojos. El día no solo era horrible, era un completo fiasco.

¡Ni un solo pedido!

Eso significaba nada de mercancía para mi boutique. Sin mercancía no habría ventas, las clientas dejarían de venir. Podría ser el fin de mi tienda.

¡Adiós a mi sueño!

Pero no me rendiría tan fácilmente.

Sin embargo, no tenía ni idea de qué hacer.

¡Si nadie quería venderme nada, no había nada que pudiera hacer!

—¿Puedo ayudarle? —Una agradable voz interrumpió mis pensamientos. Una voz MUY agradable. Una voz con cuyo sonido me relajé instantáneamente. Y con cuyo sonido me sentí cálida al mismo tiempo.

Abrí los ojos.

Frente a mí había un hombre con los ojos más oscuros en los que jamás había mirado. Ojos que parecían devorarme literalmente. Mi corazón se saltó un latido antes de reanudar su trabajo tropezando.

Observé al desconocido. Mi mirada recorrió sus ojos oscuros. Sus rasgos faciales uniformes. Sus labios, sus orejas y su barbilla

marcada. Llevaba un traje negro que parecía hecho a medida. Y con él...

¿Zapatos marrón oscuro?

Mis cejas se crisparon un poco.

Unos vaqueros negros con zapatos marrones, eso podía pasar. Incluso zapatos marrón claro y un traje negro se podían combinar perfectamente. ¿Pero zapatos marrón oscuro con un traje negro? ¿En una feria de moda?

—¿Está todo bien? —El hombre tocó preocupado mi hombro—. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le traiga algo de beber?

—Yo... —En vano intenté articular una frase coherente. El punto donde la mano del hombre me tocaba se volvía cada vez más caliente. Una ola de calor recorrió todo mi cuerpo.

De repente, deseé que el hombre nunca se fuera.

¡Colleen! ¡Qué te pasa! ¡Ni siquiera conoces a este hombre! Y aunque así fuera: ¿qué podría ver en ti? Delante de él hay una mujer agitada, que probablemente parece ligeramente desesperada y que ni siquiera ha logrado tapar correctamente sus pecas con maquillaje.

Odiaba mis pecas.

¿Qué mujer tenía pecas?

Hombres como ÉL no se interesaban por mujeres con pecas.

—Voy a buscarle agua. —El hombre quitó su mano de mi brazo. Inmediatamente lamenté la pérdida de su contacto. Se dio la vuelta.

Me aclaré la garganta. —No, espere. Estoy bien. Yo... yo solo estaba completamente agotada. Es que el día ha sido una mierda.

—¿Una mierda? —El desconocido se volvió hacia mí. Me observó con interés—. ¿Qué ha pasado?

—Ah... —Hice un gesto desdeñoso—. Desafortunadamente no he podido realizar mis pedidos como tenía previsto. Todo agotado. —Levanté los brazos impotente.

Ya basta, Colleen. No lo conoces. No está interesado en lo más mínimo en ti y tus problemas. Aunque acabe de preguntar. Solo ha sido por cortesía.

—¿Dónde quería comprar? —La voz masculina me provocó un escalofrío en la espalda. Mi nariz percibió un ligero aroma a sándalo.

Oh Dios.

—En... en *Johnny's*. —Mi voz temblaba ligeramente, pero esperaba que el desconocido no lo notara.

—¿En *Johnny's*? —El desconocido frunció el ceño—. Si allí no queda nada, pruebe en el pequeño stand de allí atrás. —Señaló hacia el otro lado del pabellón de la feria—. La marca se llama *Holly G*. Creo que allí conseguirá lo que quiere.

Holly G.

El nombre no estaba en mi lista.

—¿Usted cree? Pero si allí también está todo agotado... —Estaba completamente desanimada.

El desconocido me miró alentadoramente. —Seguro que no. Acabo de estar allí y he visto cómo el vendedor tomaba un pedido. Hace cinco minutos.

La esperanza brotó en mí. —¿Usted cree...?

—Inténtelo. —El desconocido me hizo un gesto afirmativo.

Me separé de la pared. —Bueno entonces... —dije vacilando. Por un lado, no quería esperar ni un minuto más y quería ir lo más rápido posible a *Holly G*. Por otro lado, quería que la conversación con el atractivo desconocido nunca terminara. Me sentía demasiado bien en su presencia.

El atractivo desconocido me ahorró la decisión. —Buena suerte. — Me saludó con su mano derecha y se alejó para continuar su recorrido por el pabellón de la feria.

Decepcionada, lo observé alejarse.

¡Colleen! ¿Qué esperabas? ¿Que se quedara aquí y te invitara a cenar? Esto no es un cuento de hadas. Esto es la realidad.

Respiré hondo y luego me dirigí hacia el stand de *Holly G*.

Una hora después, me sentía algo más optimista.

Había conseguido hacer un pedido en *Holly G*. Cierto, la mercancía que había pedido no sería suficiente para toda la temporada. No compensaría la pérdida de todos los otros pedidos que había planeado.

Pero era un comienzo.

Y mañana sería otro día. Mañana tendría todo el día en la feria para visitar más stands y realizar más pedidos. Esta noche, en la habitación del hotel, volvería a examinar el sitio web de la feria y seleccionaría más stands para visitar.

Porque una cosa estaba clara: si mañana transcurría como hoy, mi boutique se enfrentaría a la ruina. Sin mercancía no vendería nada.

Y entonces me quedaría sentada sobre una enorme montaña de deudas.

Sin tienda.

Y sin perspectivas de pagarlas en un futuro previsible.

No podía permitírmelo.

Involuntariamente, miré a mi alrededor.

El atractivo desconocido no se veía por ninguna parte.

Qué pena.

Quizás habría tenido algún otro consejo para mí.

Me acaloré.

Aún más que antes.

Capítulo 4

ASHTON

—Buena suerte —miré profundamente a los ojos verdes de la desconocida. ¿O eran más bien color aguamarina? No podía decirlo.

Y eso me volvía completamente loco.

Nunca me había encontrado con alguien así.

¿Me lo estaba imaginando?

¿O los ojos de la desconocida realmente cambiaban de color dependiendo de cómo se reflejaba la luz en ellos?

Dejé que mi mirada recorriera su rostro una última vez. Labios carnosos. Una piel clara con algunas pecas que seguramente volvían loco a cualquier hombre. Los fascinantes ojos. Pelo rubio, que la mujer llevaba ligeramente recogido. ¿Cómo de largo sería cuando lo llevara suelto?

Además, una figura perfecta con cintura estrecha, piernas largas y pechos firmes. Una mujer creada para provocar sueños húmedos a cualquier hombre.

¡Ashton! ¡Contrólate! Estás aquí para trabajar. Primero el trabajo, luego el placer. Esta noche tendrás tiempo suficiente para buscar diversión. Y encontrarás a alguien. Esto es una feria de moda. No faltan mujeres dispuestas.

Seguro que no.

Pero, ¿encontraría esta noche a alguien como ELLA?

¡Ashton!

Antes de que mis pensamientos me llevaran aún más lejos, levanté la mano y me despedí de la mujer.

Mejor así.

Era demasiado fascinante.

Mujeres como ella eran peligrosas.

Ponían en peligro mi independencia.

Cuando me alejé, un ligero aroma cítrico permaneció en mi nariz.

¿Qué perfume usaría la desconocida?

¡Ashton!

Dirigí mis pensamientos hacia lo que la desconocida había dicho.

Desafortunadamente no pude realizar mis pedidos como tenía previsto. Todo agotado.

Entre otros, en *Johnny's*.

Johnny's era una marca que también vendíamos en *Ashfash*. Por eso me interesaba especialmente el comentario de la mujer.

¿Qué había detrás de esto?

¿Por qué en *Johnny's* estaba todo agotado ya el primer día de la feria?

Nosotros ya habíamos realizado nuestros pedidos hace unos días, cuando organizamos un evento con nuestros principales proveedores. Aquí solo había visitado algunos stands de fabricantes que no habíamos invitado al evento porque eran demasiado pequeños. *Holly G*, por ejemplo.

Así que la mercancía para *Ashfash* estaba asegurada. Pero aun así, necesitaba saber qué estaba pasando con *Johnny's*.

—¿Ya terminas por hoy? —Para entonces había llegado al stand de *Johnny's*. El vendedor lo tenía todo recogido. Levantó la mirada. Nunca había visto a este hombre. Debía ser un estudiante u otro trabajador temporal contratado específicamente para la feria.

—Por hoy y mañana —respondió brevemente.

—¿En serio? ¿Y eso por qué? —Fingí sorpresa, como si no supiera nada.

—Hemos recibido un pedido grande. Nuestras capacidades de producción están agotadas —el estudiante hizo una mueca.

—Bastante fastidioso, ¿no? Así no cobrarás mañana —ahora me hacía el comprensivo. A los temporales normalmente se les pagaba por hora y si mañana no había nada que vender, el joven no ganaría nada.

—Bastante fastidioso —el estudiante volvió a hacer una mueca.

Me incliné hacia delante. —¿Quién ha pedido tanto? Solo por curiosidad. Ya realicé un pedido con vosotros hace semanas y ahora me interesa saber si todo está en orden. Si las capacidades de producción están agotadas... —Levanté las manos en un gesto que pretendía parecer indefenso. En realidad, estaba seguro de que *Johnny's* me suministraría. De lo contrario, se aplicarían penalizaciones contractuales tan elevadas que *Johnny's* quedaría arruinado.

—Fue *Doyle's Clothing* —el estudiante se encogió de hombros—. Ni idea de lo que quieren hacer con toda esa mercancía. Es varias veces su último pedido.

Doyle's Clothing.

Doyle.

—Aparentemente ha hecho lo mismo en todos los stands. Es decir, en todas las marcas que tiene en su surtido —continuó parloteando

el estudiante. Evidentemente solo había estado esperando a alguien con quien desahogarse.

Le di las gracias y me dirigí a comprobar su afirmación.

Media hora después, caminaba lentamente hacia el bar que se encontraba entre dos pabellones de la feria.

Las palabras del estudiante se habían confirmado. Doyle había visitado todos los grandes stands de la feria y había realizado enormes pedidos. Había comprado toda la producción de todas las marcas que vendía en sus tiendas.

¿Por qué había hecho eso?

¿Quería dejarme fuera? No lo conseguiría. Nuestros pedidos ya estaban realizados. Doyle no podía hacerle daño a *Ashfash*. No de esta manera.

¿O quería eliminar a otras tiendas? Pero las pequeñas boutiques no eran una competencia seria para nosotros. Más bien animaban el negocio. Todas las mujeres querían ropa de calidad a buen precio, como la que podían conseguir en nuestras tiendas. Y todas querían presumir de comprar en pequeñas tiendas que eran un "secreto bien guardado". Así que casi todas las mujeres hacían ambas cosas.

—Ashton. Pareces tan triste. ¿Te ofrezco un pañuelo? —Una voz burlona a mi espalda me hizo girar.

Doyle.

¿Tenía que encontrarme con este tipo precisamente aquí?

¿No había sido suficiente que me molestara hace unas horas por teléfono, con exactamente la misma frase?

—La impresión engaña —respondí, sin saludar a Doyle—. No estoy triste. Solo estoy pensando. Pero claro, es normal que no reconozcas esta expresión. Probablemente nunca la hayas tenido tú mismo.

Doyle solo resopló.

—¿Qué haces tú en la feria? —quise saber.

—Probablemente lo mismo que tú —contestó Doyle poniendo los ojos en blanco.

—Yo ni siquiera estaría aquí si mi director de compras no hubiera causado baja inesperadamente —dije—. Es que tengo cosas más importantes que hacer que pasearme entre stands, hacer charla trivial y después tomarme una cerveza —miré con las cejas levantadas la bebida en la mano de Doyle.

—No tengas envidia —sonrió Doyle—. He trabajado duro y me he ganado mi momento de descanso —Doyle dio un sorbo a su cerveza con deleite.

—¿Trabajado duro? ¿Comprándolo todo? —miré a Doyle frunciendo el ceño.

—¿No ha quedado nada para ti? —Doyle se había terminado la cerveza y se limpió la espuma de la boca con una mano. Sonrió—. Realmente lo siento, Ashton —El tono de su voz me dejó claro que NO lo sentía.

—Ahórrate tu lástima —dije bruscamente. No le iba a revelar a Doyle que ya había hecho mis pedidos hace tiempo. Que creyera que me había dejado fuera—. ¿Qué piensas hacer con toda esa mercancía? No tienes tanto espacio en tus tiendas. Nunca conseguirás vender tanto.

Doyle sonrió. —Déjame eso a mí.

—Al final tendrás que regalar la mercancía para vaciar tus almacenes —pronostiqué.

—Seguro que no. La gente hará cola para entrar en mis tiendas — Doyle siguió sonriendo. Negué con la cabeza. No podía hablar en serio. ¿Por qué vendrían más clientes solo porque Doyle comprara más? Eso seguramente no ocurriría. ¿Qué estaba tramando realmente Doyle?

—Ni tú mismo te lo crees. E incluso si fuera así: entonces estarás en quiebra porque habrás pagado toda la mercancía pero no habrás ganado ni un céntimo con ella —No sabía ni yo mismo por qué pronunciaba esta advertencia. ¿No podría dejar simplemente que Doyle se estrellara?

Aunque...

Ni siquiera Doyle podía ser tan estúpido.

Algo estaba tramando.

Y yo tenía que saber qué era.

—Ocúpate de tus propios asuntos, Ashton. Si tienes un problema con que compre mucha mercancía, no puedo ayudarte. Todo lo

demás no es de tu incumbencia —Doyle sonrió de nuevo.

—Yo no tengo ningún problema. Pero tú pronto tendrás uno. Más de uno. Pronto tendrás tantos problemas que no sabrás qué hacer a continuación —esta vez fui yo quien sonrió.

—Mi único problema es un vaso de cerveza vacío —Doyle levantó su mano derecha con el vaso.

Negué con la cabeza.

En ese momento, una mano se posó desde atrás en mi brazo.

La mano de una mujer.

¿SU mano?

Inmediatamente su imagen volvió a aparecer ante mis ojos. Cabello rubio. Facciones proporcionadas. Labios carnosos. Ojos cuyo color oscilaba entre el verde y el aguamarina. Pecas. Y una figura como la de una modelo.

Me di la vuelta.

—Hola Ashton —gorjeó una mujer que lamentablemente no tenía el más mínimo parecido con la fantasía de mi cabeza.

Sin embargo, conocía bien a la mujer que tenía delante.

Lola.

Mi ex-mujer.

O mejor dicho, mi futura ex-mujer.

Nuestro divorcio llevaba ya meses en trámite. Hasta ahora, a Lola siempre se le había ocurrido algo para retrasar el proceso. Tenía esta exigencia o aquel deseo. Una cosa no podía aceptarla como se había acordado y una cláusula del contrato debía renegociarse.

Negué con la cabeza.

Hoy no me libraría de nada.

—Lola. ¿Qué haces tú aquí? —saludé a mi ex-mujer de mal humor.

—Estoy trabajando —gorjeó Lola.

—¿Tú trabajando? Eso sí que es algo nuevo —mi voz sonaba irónica, pero en realidad lo decía completamente en serio. Durante nuestro matrimonio, Lola no había mostrado el más mínimo interés en buscar un trabajo o realizar cualquier otra actividad útil. Su ocupación parecía consistir principalmente en limarse las uñas, ir a la manicura y ver trabajar a la asistenta.

—Bueno, tú me has inspirado —chilló Lola.

Esa voz.

Realmente tenía que contenerme para no taparme los oídos. ¿Cómo pude haberme casado con una mujer que chillaba con tonos tan agudos? ¿Y eso en medio de una conversación normal?

Debí haber perdido el juicio.

Bueno, este capítulo de mi vida terminaría pronto, esperaba. Lola no podría retrasar el divorcio eternamente. Y entonces sería definitivamente libre. Nunca volvería a cambiar esa libertad por nada.

Quizás cometí un error.

Pero no soy tan estúpido como para cometer el mismo error dos veces. Nunca sería tan estúpido.

—¿Inspirado? —pregunté arrastrando las palabras—. ¿Cómo? ¿En nuestra última reunión con los abogados? —La reunión había terminado en disputa.

Lola se rio. —Tonterías, por supuesto que no. Pero llevo años con la idea de abrir una boutique. La moda siempre me ha interesado —pestañeó con sus pestañas postizas y me miró con sus ojos marrones.

Poco atractiva.

Sin clase.

¿Qué había visto en ella cuando nos casamos?

—Es la primera vez que oigo eso. Durante nuestro matrimonio no pude notar que te interesaras especialmente por *Ashfash* —frunciendo el ceño, miré a Lola—. Por lo que recuerdo, nunca hablamos sobre mi trabajo. El tema te parecía demasiado aburrido.

—Ah —dijo solo Lola. Luego gorjeó—: ¿Sabes, Ashton? He pensado que tú serías el candidato ideal para ayudarme.

—¿Ayudarte? —miré a Lola fijamente. ¿Qué se creía esta mujer? Estaba empleando la misma táctica que durante nuestro matrimonio. Cuando la conversación se volvía incómoda, simplemente cambiaba de tema.

—Bueno, tú tienes los mejores contactos, conoces a toda la gente en la industria de la moda, sabes cómo van las cosas... puedes apoyarme idealmente para hacer realidad mi sueño. Abrir mi propia boutique —Lola volvió a pestañear con sus pestañas postizas.

Resoplé. —¿Has perdido el juicio? ¿Yo debería ayudarte a TI? ¡Pronto estaremos divorciados, espero! —Lola obviamente había olvidado cuál era la situación entre nosotros.

—Bueno, todavía hay algún pequeño detalle que aclarar —Lola me sonrió. Una sonrisa falsa y forzada.

Cerré los puños. —Esas cosas ya estarían aclaradas si TÚ no te opusieras constantemente. A TI siempre se te ocurren nuevas exigencias o cambios en acuerdos ya establecidos y TÚ eres quien impide que el divorcio se complete finalmente —mi voz se elevó. Algunas personas en las mesas altas a nuestro alrededor se giraron.

—Ashton, no te alteres tanto —Lola negó con la cabeza—. Realmente eres igual que antes. Siempre, cuando estoy a punto de proponer una solución, pierdes completamente los estribos y llevas el conflicto al extremo. Escúchame de una vez. De lo contrario... — los ojos marrones de vaca de Lola brillaron sospechosamente.

Oh Dios, ¿esta mujer no me iba a montar una escena aquí mismo en medio de la feria, como las que teníamos constantemente durante nuestro matrimonio? ¡A diario!

Debería irme sin más.

Pero algo me retenía allí.

¿Quizás el hecho de que no quería ser uno de esos capullos que dejan a las mujeres llorando?

Así que solo resoplé y miré a Lola con las cejas fruncidas.

—Si me ayudas con la boutique, estaré de acuerdo con todo lo demás. Y el divorcio podrá seguir adelante. Justo como tú quieres — Lola me sonrió radiante. Sus ojos volvían a parecer completamente normales.

Esta mujer era una actriz nata. Nunca sabía lo que pasaba por su cabeza.

Pero ahora parecía bastante claro lo que tramaba.

Yo debía ayudarla para conseguir el divorcio.

No soy tan estúpido. Si aceptaba ayudar a Lola con la boutique, me ataría a ella para siempre. En el papel ya estaríamos finalmente divorciados. Pero Lola me llamaría a diario pidiendo consejo. Siempre habría algo que no sabría o no podría hacer, o algo que se habría estropeado. Y en esos casos, yo tendría que estar ahí para ella.

Lola me ofrecía la libertad a cambio de una celda de oro.

—¡Desde luego que no! —miré furioso a Lola.

—Ashton, siempre tienes que ser tan malo —se lamentó mi ex—. Me he sacrificado tanto por ti. Lo he intentado todo para salvar nuestro matrimonio. Siempre he hecho lo que tú querías. Y nunca fue suficiente para ti. Nunca.

Apreté los dientes. —¡No propagues esas mentiras! —Lola ya había empleado ese número en nuestra penúltima reunión con los abogados.

Lola levantó la barbilla. —Si no me ayudas, te arrepentirás. El divorcio tardará mucho más en completarse.

Ya había tenido suficiente.

—No voy a dejar que me chantajees —respondí bruscamente y me di la vuelta.

Dejé a mi ex plantada allí mismo.

Esta mujer me había puesto bastante de los nervios por hoy.

En las grandes puertas del pabellón de la feria, me volví una vez más y miré hacia el bar. Lola ya estaba inmersa en otra animada conversación.

Estaba hablando con Doyle.

Por supuesto.

Los dos se conocían muy bien.

Al fin y al cabo, le había quitado a Lola a Doyle hace algunos años.

Bueno, podía recuperarla con gusto por lo que a mí respecta.

Yo no estaba interesado.

Quería divertirme.

A ser posible, esta misma noche.

De repente, volví a pensar en la desconocida de los fascinantes ojos.

Capítulo 5

Colleen

¡Biiip!

Una luz roja me parpadeaba.

Solté un gemido de frustración. Pasé la tarjeta nuevamente por el lector de la puerta de la habitación.

¡Biiip!

¿Por qué no funcionaba?

¿Acaso era demasiado tonta para abrir correctamente esta puerta de hotel?

En realidad, este hotel estaba varias categorías por encima de los hoteles en los que solía alojarme. En verdad ni siquiera podía permitirme dormir aquí. Pero en alguna página web había encontrado una oferta especial y conseguido la habitación a precio de ganga. Cuando aparecí para hacer el check-in, el empleado de

recepción me miró de forma extraña. Como si estuviera sorprendido por mi reserva. Pero después de algunos cuchicheos, me entregó la tarjeta para esta habitación.

¡Biiip!

La luz roja me irritaba.

—A mí también me pasó —una mujer corpulenta se apretujó para pasar a mi lado.

Levanté la mirada. —¿Sí? ¿Y cuál es el truco para hacerla funcionar?

—Tiene que volver a recepción. Allí le darán una nueva tarjeta —la mujer se alejó contoneándose hacia el ascensor.

Suspiré irritada. Hoy realmente nada funcionaba como yo quería. Ni siquiera podía entrar simplemente en mi habitación de hotel. ¿Sería posible que el empleado, entre tantos cuchicheos y confusión, me hubiera dado la tarjeta equivocada? ¿O quizás incluso la habitación equivocada?

Miré enfadada la tarjeta en mi mano. No había nada más escrito que el nombre del hotel. Ningún número de habitación, nada. Suspiré de nuevo. Valía la pena un último intento.

¡Biiip!

Esta vez la luz saltó a verde.

La cerradura hizo clic.

La puerta se abrió y por fin estaba en mi habitación.

Entré aliviada.

¡Vaya!

¡Una habitación enorme!

Más grande que mi apartamento. Al menos eso me pareció. La habitación estaba dominada por una enorme cama de matrimonio. Con anhelo me imaginé tumbándome en la cama y encendiendo la televisión. Dejándome llevar un poco y olvidando completamente el día de hoy.

O quizás no completamente. Quizás esta noche me permitiría dedicar algún que otro pensamiento al atractivo desconocido que me había abordado en la feria y que me había ayudado. Solo de pensar en él, un cálido escalofrío recorría mi cuerpo.

Más tarde, Colleen. Ahora primero vas a deshacer la maleta y darte una ducha caliente.

Coloqué mi bolsa entre el gran sofá y el escritorio. Esta era claramente una habitación para gente de negocios. Resulta extraño que me hubieran asignado precisamente a mí una habitación así. A mí, la pequeña dueña de una boutique. ¿Estaba descrita esta configuración en la oferta?

Da igual.

Me encogí de hombros.

En ese momento sonó mi móvil.

Metí la mano en el bolsillo derecho de mi chaqueta.

Nada.

¿Dónde demonios se había metido esa cosa otra vez?

Realmente tenía que cuidar mejor mis cosas.

El móvil seguía sonando. Abrí mi bolso bandolera. El sonido venía claramente de esa dirección. Pero, ¿dónde estaba el maldito móvil? Vacié el contenido del bolso sobre el sofá.

¡Ahí!

Debajo de un paquete de pañuelos asomaba una funda rosa brillante. Agarré mi móvil y miré el nombre que aparecía en la pantalla.

Anaya.

La empleada de mi boutique que dirigía el negocio sola durante mi ausencia. Me había asegurado que se las arreglaría bien. Pero, ¿quizás había pasado algo? ¿Por qué si no me llamaría?

Mi móvil seguía sonando insistentemente.

—¿Hola? —contesté un poco sin aliento—. ¿Anaya?

—Hola Colleen —mi empleada sonaba bastante tranquila, a diferencia de mí.

—¿Ha pasado algo? —quise saber de todas formas. Si había más malas noticias que digerir hoy, prefería saberlo ya. Entonces me permitiría una copa y simplemente me acostaría olvidándome del mundo que me rodeaba. Después del día de hoy, me lo había ganado de sobra.

—No, en realidad todo está bien —respondió Anaya. Era una joven de ascendencia india que se interesaba por la moda desde su infancia. Su gran objetivo era estudiar diseño de moda. Pero hasta que pudiera permitírselo, trabajaba en mi boutique y aprendía muchísimo sobre qué ropa les gustaba a las neoyorquinas y cuál no.

—¿Qué significa "en realidad"? —pregunté alarmada. Así era exactamente como yo siempre había advertido a mi madre cuando algo se había roto en casa o cuando había sacado una mala nota en la escuela. Evidentemente no todo había estado bien.

—Hoy recibimos un folleto en el buzón y pensé que deberías estar informada —explicó Anaya.

Un folleto.

Respiré aliviada. ¿Qué malas noticias podrían encontrarse en un folleto? Ninguna. Cada día sacaba docenas de esas cosas del buzón. Al lado abría un nuevo salón de manicura, el restaurante vietnamita tenía un nuevo menú, la escuela organizaba una venta de pasteles y alguien quería comprar nuestro local, aunque solo lo teníamos alquilado.

No, en un folleto no habría nada que me arruinara la tranquila velada.

Sonreí.

—Al lado va a abrir una sucursal de *Ashfash* —anunció entonces Anaya.

—¿Qué? ¿Una sucursal de *Ashfash*? Seguro que había oído mal.

—Ya sabes, en ese edificio enorme que estuvo vacío tanto tiempo —Anaya hizo crujir un poco de papel—. Han dejado un gran folleto. Con ofertas de inauguración. Tengo que decir que los precios son increíblemente bajos.

Agotada, me desplomé en el sofá y cerré los ojos. Todavía sostenía el móvil en la oreja. Pero realmente ya no sabía qué decir.

Era demasiado.

Esto no podía ser verdad.

NO DEBÍA ser verdad.

Ashfash era una enorme cadena de moda que llevaba todos los productos que se podían comprar en nuestra boutique. Solo que, por supuesto, los precios eran mucho más bajos. Podían comprar en cantidades mayores y así conseguían más descuentos que trasladaban a sus clientas. Incluso sin ofertas de inauguración, yo no podía competir con *Ashfash*. Si ajustaba mis precios al nivel de *Ashfash*, me arruinaría.

Tragué saliva.

—¿Colleen? ¿Sigues ahí? —la voz de Anaya sonaba preocupada.

—Yo... Sí, sigo aquí —murmuré.

Contrólate, Colleen. No te dejes llevar así. Eso no es digno de una propietaria de tienda.

Me aclaré la garganta. —Pues... ese... ese edificio pertenece a un tipo raro que no tiene dinero.

—Sí, es cierto. Recuerdo que me lo contaste —confirmó Anaya—. Me impresionó todo lo que sabes —soltó una risita alegre. El folleto no parecía afectar a mi empleada.

Por supuesto que no. Si *Colleen's* quebraba, Anaya buscaría otro trabajo. Quizás incluso en *Ashfash*. Para ella esto era solo un trabajo como cualquier otro. Dónde exactamente aprendiera y ganara dinero para poder ir más tarde a la universidad, en última instancia daba igual. Quizás incluso estaría mejor en *Ashfash*. En una empresa así se le abrirían oportunidades muy diferentes a las que yo podía ofrecerle.

¡Colleen! ¡Ya basta! Anaya es una empleada amable y leal. Y no necesitas ver al diablo por todas partes solo por un folleto.

—He preguntado un poco durante mi pausa para comer. Parece que el edificio se vendió. A precio de saldo. No es de extrañar, tan deteriorado como estaba —continuó charlando Anaya alegremente.

—Seguro que *Ashfash* lo consiguió barato —mi voz sonaba ligeramente amarga.

—Para eso también tendrán que invertir bastante —comentó Anaya. Luego preguntó—: ¿Te preocupa, Colleen?

—¡No! —mi respuesta fue tan vehemente que ni yo misma me la creí.

Anaya suspiró. —Por supuesto que te preocupas. Eso es lo que pensé. En realidad, no quería llamarte para no arruinarte la noche. Ya que por una vez estás fuera en lugar de cavilar aquí sobre cifras y colecciones, deberías divertirte un poco. Te lo has ganado —Anaya tomó aire—. Pero luego pensé que también sería raro si volvieras y todo el mundo supiera ya de esto. Menos tú.

—Nos van a arruinar —explotó de repente. En realidad, no había querido compartir mis preocupaciones con Anaya. Pero ahora no podía evitarlo.

—Pero Colleen —me tranquilizó Anaya—. La cosa no es tan grave. Quiero decir... si lo pienso mejor, incluso me parece bueno. Así, a segunda vista.

—¿Te parece BUENO que un competidor enorme abra al lado nuestro? —pregunté incrédula. ¿Había oído mal? ¿Alguien le había puesto algo en la comida a Anaya? ¿Fumaba marihuana a escondidas?

—La boutique funciona genial. Y con *Ashfash* al lado irá aún mejor —afirmó Anaya.

Negué con la cabeza. No encontraba palabras para contestar a eso.

—Quiero decir, imagínate, Colleen: cada mujer que no encuentre lo que busca en *Ashfash* vendrá a visitarnos. Todavía más clientas —ahora Anaya sonaba realmente entusiasmada.

—¿Más clientas? —repetí—. Yo diría que menos clientas. Todas irán a *Ashfash*. Allí conseguirán todo lo que tenemos nosotras, pero más barato.

—Eso no se puede comparar en absoluto —opinó Anaya—. Nuestras clientas vienen por el asesoramiento personalizado. Por una experiencia de compra única en una boutique que precisamente no pertenece a una de las grandes cadenas. NO QUIEREN comprar en *Ashfash*. Al menos no exclusivamente. También quieren a alguien que les diga qué les sienta bien y si realmente pueden llevar esa blusa a una boda.

—Pero *Ashfash* tampoco tiene el peor asesoramiento —rebatí. Mi escepticismo simplemente no se disipaba.

—Pero no tan bueno como nosotras. No tan individualizado —Anaya no cedía.

—Tampoco somos precisamente perfectas —volví a negar con la cabeza—. Solo hay que ver cómo lucen las vendedoras de *Ashfash*. Todas parecen salidas directamente del catálogo de una agencia de modelos. Son todas tan... tan impecables. No encontrarás ni una sola peca en su tez.

—¡Colleen! —Anaya sonaba ahora realmente consternada—. En serio, no seas así. Por supuesto que no eres perfecta. ¡Por eso te quieren tanto nuestras clientas! ¡Ellas tampoco son perfectas! ¡Eres como ellas! ¿Quién quiere comprar en un sitio donde alguien te hace sentir constantemente que deberías haberte esmerado más con el maquillaje o que deberías hacer algo contra esos kilos de más del invierno?

No respondí.

—¡Exacto! ¡Nadie! —Anaya respondió a su propia pregunta.

—Hm —musité. Simplemente no sabía qué decir.

—La gente te quiere, Colleen —Anaya sonaba cariñosa, pero enérgica—. Siempre me sorprende que no tengas pareja. Los hombres deberían caer rendidos a tus pies.

Me reí. Sonó hueco. —Lamentablemente no.

—¿Sabes, Colleen? Deberías ser realmente tan segura de ti misma como aparentas. Me hablas constantemente de ese curso en la academia deportiva de la policía. Defensa personal. Sí, eso lo dominas. Defenderte contra los enemigos —Anaya tomó aire profundamente—. ¿Y qué pasa cuando las otras personas no son tus enemigos, sino tus amigos?

Me quedé callada.

Mi empleada había puesto el dedo en la llaga con pocas frases.

—¿Cuántas veces te impones con tus amigos? ¿Cuántas veces haces algo por ellos y cuántas veces les pides un favor?

Ninguna. Muchas. Nunca.

Nunca me imponía con mis amigos, hacía muchas cosas por ellos y nunca les pedía favores.

Cuando abrí la boutique, lo hice todo sola. Ni siquiera se me ocurrió pedir ayuda a mi amiga Elaina. ELLA me había pedido ayuda a mí en su momento, porque me necesitaba y ya no sabía cómo seguir adelante sola.

Pero yo no pertenecía a ese tipo de mujeres. Yo era fuerte. Me las arreglaba sola.

¿De verdad, Colleen? ¿De verdad te las arreglas sola? ¿Qué ha pasado esta mañana? Le pediste ayuda a Sienna y estabas malditamente contenta de que estuviera allí cuando Theo se volvió tan grosero. Sola no habrías sabido ni qué hacer.

Tragué saliva ante esta dura verdad.

Anaya tenía razón.

Tenía toda la razón.

—Lo mejor será que descanses un poco. Mañana el mundo te parecerá completamente diferente —Anaya parecía sentir lo que necesitaba ahora—. Estoy impaciente por ver todo lo que has comprado. Seguramente habrás conseguido algunos negocios excelentes.

Realmente no quería hablar de la desastrosa tarde en la feria. Eso no iba a mejorar mi estado de ánimo en absoluto.

—Te lo contaré cuando regrese —le prometí a Anaya. Ahora solo quería olvidarme de todo.

—Me hace ilusión —respondió Anaya—. Y no te preocupes tanto.

—No, no lo haré —mentí—. Hasta pronto —con estas palabras, terminé la conversación.

Luego me levanté del sofá.

Ahora primero me iría a duchar.

Quizás después el mundo me parecería completamente diferente.

Me acostaría, encendería la televisión y...

...pensaría en el atractivo desconocido de ojos oscuros que parecían devorarlo todo.

Capítulo 6

Ashton

Caminaba decidido por el pasillo del hotel.

¡Vaya día!

Primero la dimisión de Rooney, luego el vuelo de última hora para la feria, un montón de cháchara, el encuentro con Doyle y Lola y, para terminar, había tenido que aguantar una recepción. Odiaba estas recepciones en las ferias y odiaba la charla insustancial. La mayoría de las veces solo eran palabrerías vacías, que no tenían nada que ver con decisiones concretas que pudieran hacer avanzar mi empresa ni con ningún otro asunto de interés. El tiempo. Quién había sido visto con quién y si esa persona no encajaría mejor con otra. Las últimas tendencias. Las previsiones de tendencias de la próxima, de la siguiente y de la posterior temporada, que por supuesto nadie conocía realmente. Quién había dimitido, quién cambiaba de trabajo. Y más importante aún: ¿a quién habían despedido?

Claro, era importante estar al día de todas estas cosas. Pero precisamente por eso tenía a mis empleados. Realmente no tenía

por qué ocuparme personalmente de estas tonterías.

Cosas de mujeres.

Eso pensé para mis adentros mientras caminaba sobre la moqueta gris. ¿Es que este maldito pasillo no iba a terminar nunca?

Anhelaba un buen whisky. Esperaba que el servicio de habitaciones ofreciera una selección decente. No me apetecía un brebaje de calidad media que luego me vendieran al precio de un whisky de primera clase. Pero este hotel no parecía de los peores. Aunque el empleado de recepción había tardado un tiempo extrañamente largo en entregarme la tarjeta de mi habitación, se había disculpado profusamente por la espera y me había explicado que era su primer día de trabajo.

Whisky.

Y entonces...

Mis pensamientos volvieron a la feria. A la encantadora desconocida con pecas y ojos verdes. ¿O eran más bien color aguamarina? Esta pregunta probablemente me mantendría ocupado toda la noche.

¡Ashton! ¡Entra en razón! ¿No irás a pasar toda la noche pensando en una mujer que nunca volverás a ver? No seas ridículo. Ya no eres un adolescente enamorado esperando frente a la valla del jardín de su compañera de clase. Hay demasiadas mujeres en el mundo como para malgastar pensamientos en una sola. No debes soñar, sino divertirte.

Aunque probablemente esta noche se quedaría en agua de borrajas. En la recepción no había ni una sola mujer que me hubiera llamado

la atención. Ni una. Solo un montón de aburridas y presuntuosas pijas de alta sociedad, que pestañeaban con sus pestañas artificiales, soltaban risas artificiales y en general... parecían artificiales. Simplemente no eran AUTÉNTICAS.

Y no tenían ojos cuyo color oscilaba entre verde y aguamarina.

¡Ashton!

Justo cuando me llamé al orden por segunda vez esa noche, finalmente había llegado a la puerta de mi habitación de hotel. Pasé la tarjeta por el lector. Solo unos minutos más y tendría mi whisky en la mano. Tal vez incluso habría algo útil en el minibar. Entonces no tendría que esperar a que el servicio de habitaciones se molestara en subir. Eso podría llevar tiempo. Si el servicio de recepción ya era tan lento...

¡Biiip!

Una luz roja parpadeó.

Solté un gemido de fastidio. ¿Qué demonios? ¿Por qué no funcionaba esta maldita tarjeta?

La pasé de nuevo por el lector de la cerradura.

¡Biiip!

Otra vez me parpadeó una luz roja. Apreté los dientes. ¿Acaso ese nuevo empleado de recepción había tardado tanto para acabar dándome una tarjeta que ni siquiera funcionaba?

Resoplé y apreté la mandíbula.

¡Biiip!

Al tercer intento, la luz se puso verde.

¡Por fin!

Abrí la puerta y entré en la habitación del hotel con mi bolsa en la mano.

La puerta se cerró tras de mí.

¿Qué era eso? ¿Por qué había una bolsa en el portaequipajes junto a la enorme cama king size? ¿Acaso el último huésped había olvidado sus cosas aquí? Pero, ¿por qué el equipo de limpieza no había encontrado la bolsa y se la había llevado abajo?

¿Se había limpiado siquiera la habitación?

¿Qué clase de servicio ofrecía este hotel?

¿Qué demonios había reservado Rooney? ¿Acaso había escatimado para ahorrarle unos céntimos a la empresa? *Ashfash* trabajaba siendo consciente de los costes, pero eso no significaba que fuéramos tacaños.

—¿Qué hace usted aquí? ¡FUERA! ¡FUERA! ¡FUERA! ¡Yo no le he llamado! —Un chillido interrumpió mis pensamientos.

Me di la vuelta.

Dios mío.

Frente a mí había una mujer.

Frente a mí estaba...

... ¡ELLA!

La encantadora desconocida de la feria estaba en mi habitación de hotel. Sin más ropa que una toalla. Evidentemente acababa de ducharse, porque aún había algunas gotas de agua deslizándose por su piel desnuda, suave y seductoramente irresistible.

Mi miembro reaccionó.

Se puso duro.

Los ojos verdes, el pelo rubio, los labios carnosos y las pecas de la desconocida volverían loco a cualquier hombre. A cualquiera.

A MÍ me estaban volviendo loco. Especialmente ahora que la desconocida solo llevaba una toalla. Una gota de agua se desprendió de un mechón de pelo en su cuello y se deslizó lentamente sobre la clavícula de la desconocida, antes de desaparecer bajo su toalla. Me imaginé cómo la gota se deslizaría allí sobre su pecho. Un pecho hermoso, lleno y firme, que encajaría perfectamente en mi mano.

Encajaría.

Mi miembro se puso aún más duro de lo que ya estaba.

¡Ashton!

La mujer había dejado de gritar.

Levanté ambas manos. —No quiero hacerle ningún daño, tiene que creerme.

La hermosa desconocida me miró insegura. —Yo... yo le he visto antes.

—Hoy en la feria —ayudé a la mujer a recordar. Que no me recordara exactamente no me agradaba en absoluto.

Ashton.

—Sí, le he reconocido inmediatamente —dijo entonces la mujer—. Usted me ayudó. —Sonrió con cierta inseguridad. Al mismo tiempo, se envolvió un poco más firmemente con la toalla, como si buscara protección detrás de ese gesto. Evidentemente no era consciente de que así resaltaba mejor su figura y...

... simplemente se veía condenadamente sexy y atractiva.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer me había puesto tan caliente.

¡Probablemente ninguna mujer me había puesto nunca tan caliente!

Mi miembro palpitaba en mis pantalones y solo esperaba que la mujer no se diera cuenta. Aunque una parte de mí hubiera querido arrancarle la toalla del cuerpo y admirar su figura perfecta, sabía controlarme.

—¿Qué hace en mi habitación de hotel? —quise saber.

La hermosa desconocida abrió los ojos con asombro. —¿En SU habitación de hotel? —Me miró perpleja. Luego sacudió ligeramente la cabeza—. Podría preguntarle lo mismo. ¿Qué hace en MI habitación de hotel?

—¿En SU habitación de hotel? —Miré fijamente a la mujer. Luego levanté mi mano derecha, en la que todavía sostenía la tarjeta con la que había abierto la puerta antes—. Esta es MI habitación de hotel. De lo contrario, ni siquiera habría podido entrar. —Me reí irónicamente—. ¿O cree que pertenezco al personal del hotel?

La mujer negó con la cabeza en silencio. —No —dijo. Luego se acercó a mí lentamente.

Dios mío.

Sucedió lo que no habría creído posible.

Mi miembro se puso aún más duro que antes. Presionaba contra la cremallera de mis pantalones.

¡Ashton!

Una punta de la toalla rozó mi codo. Me aparté con cuidado un poco hacia un lado, aunque lo que más me habría gustado hacer era algo completamente diferente. Aunque lo que más me habría gustado habría sido estrecharla entre mis brazos.

La mujer pasó a mi lado y cogió una tarjeta blanca del escritorio. —Con esto he entrado aquí. —Me tendió la tarjeta, como si quisiera demostrarme que esta era únicamente su habitación.

Le tomé la tarjeta de la mano. Al hacerlo, sus dedos rozaron ligeramente los míos. Un toque ligero como una pluma que hizo que mi miembro palpitara como nunca antes. ¿Qué tenía esta desconocida que me volvía tan loco?

La miré a los ojos. Eran color aguamarina. Sin duda. Tan claramente como antes habían sido verdes, cuando la mujer salió del baño.

¿Llevaba lentillas la desconocida?

Me aclaré la garganta. —Estas tarjetas parecen todas iguales. Blancas. Con el nombre del hotel. Se reprograman cada vez en recepción. Esta vale para esta habitación, exactamente durante la duración de su estancia. Después caduca la autorización. Así el hotel se asegura de que ningún huésped pueda acceder de nuevo a una habitación cuando ya ha marchado.

—¿Y qué? —La mujer me miró interrogante. Ahora estaba tan cerca de mí que un ligero movimiento de mi mano habría bastado para tocarla.

¡Ashton!

La mujer cogió una pequeña caja blanca del escritorio. Un rectángulo en el que había estado la tarjeta. —Habitación 403 —dijo.

Miré el trozo de cartón que tenía en mi mano y que pertenecía a mi tarjeta. —Habitación 403 —confirmé.

La mujer tragó saliva. —¿Quiere decir... quiere decir que por error nos han dado la misma habitación?

Me encogí de hombros. —No puedo explicarme de otro modo que estemos ambos aquí dentro. ¿Y usted?

La mujer negó en silencio con la cabeza.

—¿Qué le parece si se viste y vamos juntos a recepción para aclarar el asunto? Dejaré mi bolsa aquí, pero no tengo inconveniente en ser yo quien cambie de habitación. Al fin y al cabo, usted ya se ha instalado aquí. —Sonreí a la mujer.

Ella solo asintió.

—Soy Ashton —me presenté.

—Colleen —respondió la mujer en voz baja. Luego pasó junto a mí y entró al baño.

La puerta se cerró tras ella.

Cuánto me habría gustado seguirla.

Cuánto me habría gustado secarla y explorar su cuerpo al hacerlo.

¿Me habría proporcionado el descuidado empleado de recepción una inesperada compañía para una agradable velada? En ese caso, le daría una propina extra al marcharme.

Media hora después, estaba junto con Colleen en la recepción del hotel. Acabábamos de contar nuestra historia.

—Muy lamentable, muy lamentable. —El jefe del joven empleado del que había recibido mi tarjeta me miró—. No podemos expresar

cuánto lo sentimos. Espero que las molestias...

Hice un gesto con la mano. —A cualquiera le puede pasar algo así. Todos hemos tenido alguna vez nuestro primer día en un nuevo trabajo y sabemos cómo se siente. —Sonreí al joven. Que estuviera extremadamente contento con su error era algo que difícilmente podía decirle en presencia de Colleen y su jefe.

—Rodrigo, corrige esto —ordenó el jefe al joven.

El joven estuvo tecleando un rato y parecía buscar algo en diferentes pantallas. Miró inseguro a su jefe. —Señor, yo... no puedo encontrar ninguna habitación libre.

—Tonterías. —Impaciente, el jefe empujó a un lado al joven empleado—. ¿No has prestado atención durante tu formación y el curso de las últimas dos semanas? ¡Tampoco es tan difícil! —El jefe tecleó algo a toda velocidad. Luego frunció el ceño. Tecleó de nuevo. Después pasó por tres ventanas.

—Señora, señor... —Nos miró casi sumisamente.

—¿Sí? —Levanté mis cejas.

—Yo... pues me temo que no tenemos más habitaciones libres. —El jefe me lanzó una mirada de disculpa.

—¿Qué? —Creía no haber oído bien.

—No nos quedan habitaciones libres —repitió el jefe.

—Pero ambos hemos reservado una habitación para esta noche. —Señalé con una mano a Colleen, que solo miraba al hombre con incredulidad—. Por separado, cabe destacar. Así que lógicamente debe haber en algún lugar del hotel una habitación libre que está esperando a uno de nosotros. Porque uno de nosotros no está en la habitación que ha reservado. —Miré fijamente al jefe. No podía esconderse como Rodrigo detrás de la excusa de que hoy era su primer día de trabajo.

—Me temo que no hay más habitaciones libres. Esto... ni siquiera yo puedo decirle exactamente cómo ha podido ocurrir. Debe tratarse de un error de programación en el sistema de reservas. Estamos completamente llenos. Todas las habitaciones están ocupadas. No puedo ofrecerle otra cosa. —El jefe levantó los brazos disculpándose y me miró.

—Entonces deme una suite. —Sacudí la cabeza indignado. ¿Qué clase de establecimiento chapucero era este? En todos mis años como CEO de *Ashfash*, nunca me había pasado algo así. Y realmente viajaba mucho por negocios.

—Yo... me temo que no me ha entendido correctamente. No tenemos nada más disponible. Ni habitación, ni suite. Nada. Ni una sola cama libre. Estamos completamente llenos. Aquí hay una gran feria de moda, debe saber, y en estas ocasiones puede ocurrir. —El jefe hizo una mueca como si tuviera dolor de muelas.

—¿Y qué sugiere que hagamos ahora? —Señalé a Colleen—. La señora y yo no nos conocemos y hemos acabado en la misma habitación de hotel por casualidad.

—Yo... realmente lo siento mucho... —El jefe tragó saliva—. Les ofrecería llamar a los otros hoteles de la ciudad para ustedes, pero esta noche no puedo prescindir de ningún empleado. La feria y...

—... y están completamente llenos, ya lo sé —completé irónicamente la frase del jefe de recepción.

—Señor, debe entender... —comenzó el jefe de recepción.

—No se moleste. Resolveremos el asunto nosotros mismos. —Resoplé indignado. ¿Qué clase de hotel era este? Primero se descuidaban en la reserva y asignaban una habitación por duplicado, luego no podían ofrecer una alternativa a los huéspedes en su propio establecimiento y al final ni siquiera había ayuda para encontrar una habitación en otro hotel.

Este sitio me había visto por última vez.

Y me aseguraría de que en el futuro ningún empleado de *Ashfash* se alojara aquí jamás. Al menos no en viaje de negocios. Este maldito hotel iría a la lista negra.

Tomé a Colleen del brazo y la llevé lentamente hacia el ascensor.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella ligeramente desesperada mirándome. Sus ojos brillaban y esta vez habría jurado que eran verdes.

—Ya encontraremos algo —dije para tranquilizarla—. Este no es el único hotel de la ciudad. —Pulsé el botón junto al ascensor.

Colleen asintió aliviada. Cuando movió la cabeza, el color de sus ojos cambió. Ahora brillaban claramente con un tono aguamarina.

¡Maldita sea!

¿Por qué me fascinaba tanto esta mujer?

Me habría encantado pasar un dedo por las pecas de su piel.

Me habría gustado hacer algo completamente diferente a buscar otra habitación de hotel.

Capítulo 7

Colleen

Al entrar en mi habitación de hotel pasando junto a Ashton, sentí su cercanía, aunque ni siquiera me tocara. No podía describir exactamente la sensación, pero era como si entre nuestros cuerpos existiera una conexión muy especial, que incluso permanecía activa cuando él simplemente estaba a mi lado. Casi esperaba ver un pequeño relámpago crepitando entre nosotros. Recibir una descarga eléctrica.

Entré rápidamente en mi habitación.

¿Mi habitación?

Nuestra habitación.

En cualquier caso, no podía pasar la noche con ese tío tan atractivo en la misma habitación. ¡De ninguna manera! ¡Ni hablar! O no pegaría ojo o soñaría con él toda la noche.

¿Cómo podía un hombre ser tan atractivo? Alguien como él seguramente podría tener a cualquier mujer. Mujeres con piel impecable, sin una sola peca. Mujeres a cuyo lado yo parecería un ratón de biblioteca. Alguien como él seguramente solo salía con modelos.

Me giré hacia Ashton.

—¡No podemos quedarnos los dos en esta habitación! —Mi voz sonó más severa de lo que pretendía.

Da igual.

Lo importante era que entendiera lo que quería decir.

La mirada de sus ojos oscuros era indescifrable. Mi piel comenzó a hormiguear ligeramente.

—Claro, claro, me ocuparé de ello ahora mismo. —Ashton sacó su móvil del bolsillo y marcó un número. ¿Iba a llamar a otro hotel?

—¡Joey! Estoy en Boston y necesito urgentemente una habitación de hotel. Para esta noche. —La voz de Ashton sonaba enérgica. Acostumbrada a dar órdenes, pero no de forma antipática. Un hombre que sabía lo que quería y que estaba acostumbrado a que la gente se lo diera.

El hombre al otro lado de la línea dijo algo que, por supuesto, no pude entender.

—Ha habido un error en la reserva. —Ashton frunció el ceño—. No tengo ni idea de cómo ha podido pasar. Tal vez Rooney hizo algo mal. —Resopló—. Probablemente ya nunca lo sabremos.

¿Quién era Rooney?

—Lo importante ahora es que encuentres otra habitación. Inmediatamente. En los próximos treinta minutos. Llámame cuando tengas algo. —Ashton terminó la conversación sin esperar respuesta. Un hombre acostumbrado a que otros obedecieran sus órdenes.

En los próximos treinta minutos.

Ese comentario me había dado una pequeña punzada. Así que apenas podía esperar para irse de aquí. Debía ser tan rápido.

No seas ridícula, Colleen. ¿Por qué debería quedarse aquí? ¿Para charlar contigo e invitarte a cenar? ¿Para conocerte mejor? Seguramente eso es lo último que quiere. Probablemente ya le esté esperando una modelo en algún restaurante aquí en Boston y él apenas puede esperar para encontrarse con ella. No tiene ninguna necesidad de entretenerse contigo.

Ashton dejó su móvil a un lado y me sonrió ampliamente. —Ahora solo tenemos que esperar. —Miró alrededor de la habitación del hotel. Su mirada se detuvo en la enorme cama king-size. Mi estómago se contrajo y miré involuntariamente en la misma dirección. La colcha gris al pie de la cama le daba un toque elegante. Las sábanas blancas parecían estar esperando a ser arrugadas. Y cómo me hubiera gustado apoyar la cabeza en una de las almohadas ahora mismo.

El día me había dejado bastante cansada.

¡No te acercarás a la cama en su presencia!

—No sé tú, pero yo necesito una copa después de toda esta agitación. —Ashton pasó a mi lado hacia el escritorio, que tenía un pequeño frigorífico integrado en la parte inferior izquierda—. Veamos qué ofrece el minibar. —Ashton se giró y me sonrió—. Debo decir que no tengo demasiada confianza en el servicio del hotel después de lo ocurrido con nuestra habitación.

Asentí. —Los empleados parecen un poco... confundidos.

Confundidos.

Igual que yo.

Por Dios, Colleen, contrólate. Si no eres capaz de articular una frase coherente, Ashton te considerará aún más idiota de lo que ya piensa. Pecas y encima nada interesante que decir.

Pero Ashton no parecía percibir mi confusión. Había abierto el frigorífico e inspeccionaba el contenido del minibar. —Ginebra, ron y un piccolo de cava. Aunque tampoco de los mejores. —Negó con la cabeza—. Esperaba encontrar un whisky. Pero eso sería pedir demasiado aquí. —Sacó una de las pequeñas botellas del frigorífico —. Yo tomaré ron. Solo. ¿Qué te apetece a ti? ¿Un piccolo?

Solo asentí. Mi lengua parecía paralizada.

En realidad, no podía permitirme una bebida del minibar.

—La cuenta la pago yo —anunció entonces Ashton. Parecía haber leído mis pensamientos—. Invitarte a una copa es lo mínimo que puedo hacer después de haberte sorprendido y asustado antes con la toalla de la ducha. —Se dio la vuelta y me miró.

Sentí calor. —Eso es... es muy amable.

Ashton manipuló las botellas y sirvió las bebidas. —¿Has encontrado hoy en la feria lo que buscabas?

—Oh, sí —dije. Con este tema me sentía mucho más segura. Me encantaba hablar sobre mi trabajo y lo hacía a menudo. La mayoría de los hombres se reían de mí cuando les contaba que dirigía una boutique. Pero Ashton parecía diferente. Se interesaba por lo que yo hacía—. De hecho, aún no te he dado las gracias adecuadamente. El consejo fue excelente. He visto algunas cosas realmente bonitas y he podido hacer un pedido.

—Me alegro. —Los ojos oscuros de Ashton ahora parecían brillar cálidamente. Lo miré fascinada—. Aquí tienes tu cava.

Me sonrojé. Estaba tan absorta en los ojos de Ashton que ni siquiera me había dado cuenta de que me tendía una copa. —Gracias.

Nuestros dedos se rozaron ligeramente cuando tomé la copa de la mano de Ashton. Una breve descarga eléctrica me recorrió. Mi centro se contrajo y todo mi cuerpo comenzó a hormiguear.

—Cheers. —Ashton levantó su copa.

—Cheers. —Choqué suavemente mi copa de cava contra la copa de ron en la mano de Ashton. Luego levanté la copa hacia mi boca tan rápido como pude y di un gran sorbo.

Quería cualquier cosa. Excepto mirar otra vez a los ojos oscuros de este hombre.

O quizás era precisamente eso lo que quería.

Un poco demasiado.

El cava burbujeaba agradablemente en mi boca y mi garganta. Me bebí la copa de un trago.

—Vaya, sí que tenías sed. —Ashton me sonrió—. Espera, todavía queda un poco en la botella. No deberíamos desperdiciarlo.

Le tendí mi copa a Ashton. El alcohol se me subió inmediatamente a la cabeza.

Pero si solo es un piccolo, Colleen.

Era solo un piccolo. Pero yo no estaba acostumbrada. Normalmente casi nunca bebía alcohol. Como no tenía dinero, prescindía de cócteles caros y aperitivos de aspecto elegante. Además, hoy no había comido nada en todo el día. Los sándwiches del bar entre los pabellones de la feria tenían un aspecto tentador, pero eran demasiado caros para mi presupuesto. Así que había prescindido de una comida. Planeaba comprar algo de comida para llevar en un asiático y comerlo aquí en la habitación del hotel. Claro que no encajaba del todo con el ambiente, con la elegante cama king-size, la mullida alfombra del mismo tono gris que la colcha de la cama, la iluminación indirecta y las impresiones de arte moderno en las paredes.

Pero encajaba con mi presupuesto.

Este no era un hotel para mujeres con pecas.

—Mi asistente debería contactarme en cualquier momento. —Ashton suspiró—. Hoy realmente no es mi día. Primero mi jefe de compras dimite y tengo que volar hasta aquí en el último minuto. Y ahora

esto. —Hizo un amplio gesto con el brazo que abarcaba toda la habitación. Y a mí.

Entonces Ashton continuó: —Aunque debo decir que no podría imaginar mejor compañía para una situación como esta. —Me miró con sus ojos oscuros. Sentí aún más calor. Un ardor que no había experimentado desde hacía mucho tiempo se extendía por mi cuerpo.

¡Colleen! Este hombre está fuera de tu liga. Acabas de oír que tiene un jefe de compras y un asistente. No es cualquiera. Es un pez gordo.

¿A qué se dedicaría exactamente Ashton? ¿Para qué empresa trabajaría?

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Ashton en ese momento—. ¿Eres también jefa de compras?

—Tengo una boutique y... —No pude continuar.

Sonó el móvil de Ashton.

—¿Sí, Joey? —Ashton respondió a la llamada en menos de un segundo.

El asistente al otro lado de la línea comenzó una explicación más larga. Ashton frunció el ceño. Sus ojos se oscurecieron aún más y sus mandíbulas se apretaron. —¿Qué quieres decir? —ladró ahora, visiblemente molesto.

Joey siguió hablando.

—¡Eso no puede ser! ¡Si no puedes encontrar una habitación de hotel, es porque no has buscado lo suficiente! —La voz de Ashton sonaba mucho más enérgica que antes.

De nuevo, Joey respondió algo que no pude entender.

—Sé que aquí hay feria de moda y que todo el mundo está aquí. Pero no puede ser que no haya ni una habitación de hotel disponible en todo Boston. No estamos en un pueblo con solo dos hoteles. Maldita sea, aquí hay alojamientos en cada esquina. ¿Qué portales has consultado? —Ashton se levantó de un salto del sofá y caminaba agitadamente de un lado a otro.

Sentí aún más calor.

Tenía que abrir la ventana sin falta. Un poco de aire fresco me vendría bien. Agarré el tirador de la ventana. El maldito mecanismo parecía estar atascado.

—Está bien. Entonces no te molestes más. Ya encontraremos una solución aquí. —Ashton ahora sonaba visiblemente irritado. Le oí dejar el teléfono sobre la mesa.

—¿Qué haces? —De repente estaba detrás de mí. Muy cerca de mí. Tan cerca que solo tendría que inclinarme un milímetro hacia atrás para sentir su cuerpo. Para estar en sus brazos.

—Quiero abrir la ventana —expliqué con la voz más firme que pude —. Tengo calor. —Seguí tirando del tirador de la ventana para que Ashton no notara lo mucho que me perturbaba su presencia detrás de mí.

Entonces una mano se posó sobre la mía. Una mano cálida y firme.

—La ventana no se puede abrir. —La voz de Ashton estaba tan cerca de mi oído que podía sentir su aliento en mi piel.

Cerré los ojos.

Dios mío.

Era demasiado.

—Puedo bajar un poco el aire acondicionado si tienes demasiado calor. —Ashton se alejó de mí de nuevo.

Abrí los ojos. Mi mano seguía en el tirador de la ventana y miraba fijamente hacia fuera, a una calle que no conocía. Apoyé brevemente la frente contra el cristal. ¿Por qué este hombre me desconcertaba tanto?

—¿Mejor así? —quiso saber Ashton.

La corriente de aire que salía del aire acondicionado sobre el armario hacia la habitación era ahora un poco más fresca. —Sí, mucho mejor —sonreí—. Muchas gracias.

Ashton se aclaró la garganta. —Desafortunadamente, no tengo buenas noticias. Joey no puede encontrar otra habitación. Parece que todo Boston está tan completo como este hotel.

Miré fijamente a Ashton. —Eso no puede ser.

No podía ser.

NO DEBÍA ser.

No podía compartir la habitación con este hombre.

Imposible.

Ashton levantó las manos. —Joey ha rastreado todos los portales de reservas y ha llamado al jefe de nuestra agencia de viajes. El buen hombre no estaba muy contento, ya que aparentemente estaba celebrando su segundo aniversario de boda con su esposa. Pero por su mejor cliente, fue a la oficina una vez más. Tampoco él pudo encontrar nada. —Ashton se encogió de hombros—. Parece que tendremos que compartir la habitación.

Compartir la habitación.

Me quedé mirando a Ashton.

Yo y este hombre.

En una habitación.

Esta noche.

Ashton volvió a levantar las manos. —Te juro que no tengo... segundas intenciones. Sí, irrumpí aquí y te sorprendí con la toalla de la ducha. Pero no era mi intención.

Asentí.

Ashton continuó: —Desde luego, no quiero dormir en la calle, igual que tú. Y esta habitación... es lo suficientemente grande para dos.

Volví a asentir.

La habitación era enorme.

La cama era enorme.

Pero no quería compartirla con este hombre.

Me imaginé estar acostada a su lado toda la noche y...

Confianza en ti misma, Colleen. Piensa en lo que te dijo Anaya. Di lo que quieres. Establece TÚ las reglas. No dejes que él decida.

—Si tú tomas el sofá, esto funcionará. —Señalé el largo sofá que estaba junto al escritorio, contra la pared. Su gris hacía juego con la alfombra y la colcha de la cama—. Seguro que hay suficientes mantas para ti. O simplemente preguntamos en recepción.

Ashton me miró. Sus cejas se juntaron ligeramente y su mandíbula se tensó un poco.

—Está bien —dijo con voz tensa, fijando sus ojos oscuros en mí.

A pesar de la corriente de aire más fresca del aire acondicionado, de repente parecía hacer más calor en la habitación.

¿O era solo cosa mía?

¿En qué lío me había metido? No lo soportaría así hasta que fuera hora de ir a la cama. —Creo que necesito salir a tomar el aire fresco otra vez.

Capítulo 8

Ashton

Pling.

Las puertas del ascensor se abrieron y nos encontramos en el vestíbulo.

Por fin.

La presencia de esta mujer simplemente me estaba volviendo loco. ¿Cuánto tiempo habíamos estado juntos en una habitación? No mucho. ¿Quizás media hora? A mí me había parecido una eternidad. Una eternidad en la que, por un lado, había intentado no acercarme demasiado a ella. Al fin y al cabo, no quería que mi polla se hiciera demasiado evidente en mis pantalones. Y por otro lado, simplemente no había podido mantenerme alejado de Colleen. Sus ojos, sus largas piernas, sus pechos generosos... Algo en ella ejercía una misteriosa atracción sobre mí.

Pensé que sería buena idea salir de la habitación, pero en la estrecha cabina del ascensor no había podido alejarme más de

Colleen, así que ahora estaba más excitado que nunca.

—¡Señora! —El empleado de recepción nos hizo señas. Colleen y yo miramos hacia él al mismo tiempo.

—¿Qué querrá? No me digas que ha encontrado una habitación —se preguntó Colleen y se dirigió inmediatamente hacia él.

Esperemos que no.

Este pensamiento me atravesó la mente espontáneamente.

Esperemos que el empleado no hubiera encontrado una habitación.

¡Ashton! Deberías controlarte.

Fruncí el ceño y seguí a Colleen lentamente hacia la recepción. ¿Por qué, exactamente? ¿Por qué debería controlarme? ¿Por qué no debería ceder a la tentación? ¿Qué razón había para ello?

Ninguna.

No había ninguna razón lógica.

—Se ha dejado el móvil aquí antes. —El empleado le entregó a Colleen un smartphone con una funda rosa brillante.

—Oh —dijo Colleen, mirando al hombre sorprendida—. Muchas gracias. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había perdido. —Metió el teléfono en su bolso y se dirigió a mí—. Esto me pasa constantemente. Siempre estoy buscando mi móvil porque lo dejo en todas partes. Simplemente ya no sé qué hacer.

—¿Al menos tienes activada la función de localización para poder encontrarlo en caso de emergencia? —quise saber.

—Sí. Pero si la batería está agotada, eso ya no funciona, ¿verdad? —preguntó Colleen.

Puse una mano en su espalda y la guié hacia la salida. —No, entonces ya no funciona —confirmé—. Al menos no la función normal. Pero creo que hay una aplicación que puede hacerlo incluso con la batería agotada.

—¿En serio? —Colleen y yo salimos a la acera frente al hotel. El aire estaba caliente y sofocante. Una ráfaga de viento cálido nos envolvió. Colleen miró hacia el cielo—. Dios mío, ni siquiera me había dado cuenta de lo oscuro y nublado que se ha puesto.

Caminamos lentamente calle abajo. —¿Conoces bien Boston? —quise saber.

—Solo he estado aquí para la feria. Nunca he visto la ciudad —confesó Colleen.

—Es bastante agradable. Pero no se compara con Nueva York —sonreí.

Colleen me miró. En la oscuridad sus ojos eran definitivamente de color aguamarina. —Ninguna ciudad del mundo se compara con Nueva York. Es la mejor ciudad del mundo.

—Es cierto. —Me detuve y miré a Colleen—. No querría vivir en ningún otro lugar.

—Yo tampoco —respondió Colleen.

En ese momento, un rayo salió de las nubes y partió el aire húmedo entre nosotros. Inmediatamente después, retumbó un fuerte trueno.

Colleen se sobresaltó. Sus hombros se tensaron y encogió la cabeza. —Oh Dios, una tormenta. Yo... —Miró a su alrededor con pánico.

La agarré del brazo. —Tranquila. Solo es una tormenta. Estamos en una ciudad, a solo unos metros de nuestro hotel. No nos pasará nada.

Colleen me miró insegura. Sus ojos brillaban un poco. —Yo... tengo miedo a las tormentas.

Sobre nosotros, el trueno volvió a retumbar. Colleen se sobresaltó por segunda vez. Con pánico, dio un paso hacia adelante.

Me interpuse en su camino.

—Tengo que volver al hotel. —Colleen empujó sus brazos contra mi pecho—. No puedo quedarme aquí. Yo...

Rodeé a Colleen con mis brazos y la atraje hacia mi pecho. Mis manos se deslizaron por su espalda, acariciando su columna arriba y abajo. Arriba y abajo. La cabeza de Colleen descansaba en mi hombro. Su pelo desprendía un ligero aroma cítrico.

—Tranquila —le susurré al oído—. Vamos a volver al hotel. Pero ibas a salir corriendo en la dirección equivocada. —Hice un movimiento con la cabeza—. Por allí está el centro de la ciudad. Nuestro hotel está allí. —Señalé con la cabeza en la dirección opuesta.

—Yo... —Colleen no dijo nada más. Estaba apoyada en mi pecho, respirando profundamente.

Al mismo ritmo que mi polla palpitaba en mis pantalones.

Colleen había rodeado mis brazos y podía sentir sus generosos pechos contra mis abdominales.

Oh Dios, cómo me hubiera gustado...

—Quiero entrar —murmuró Colleen, moviendo ligeramente la cabeza hacia atrás.

Agarré su codo y la conduje hacia el hotel. Sobre nosotros retumbó otro trueno. Colleen se tensó, pero siguió valientemente caminando a mi lado.

—Después de este susto, deberíamos tomarnos una copa en el bar del hotel. Una copa de verdad. No solo algo del minibar. —Entramos por la puerta del hotel. El vestíbulo parecía acogedor. Luz cálida, sofás de cuero, plantas verdes—. Después de todo, para esta noche somos... bueno, digamos vecinos. Así que brindemos por la buena vecindad. —Sonreí a Colleen. Con esta luz, sus ojos parecían claramente verdes.

—No sé... —dudó Colleen.

—Yo invito. Te sentará bien después del susto de antes. —Con decisión, conduje a Colleen hacia el bar del hotel.

Me siguió de buen grado.

Ya lo sabía.

Lo sabía.

—No tengo ni idea de cócteles —dudó entonces—. En realidad, nunca salgo.

—Entonces ya es hora. —Señalé uno de los taburetes del bar y ayudé a Colleen a subirse. Luego me senté a su lado—. Como estamos en Boston, lo mejor es que empieces la noche con un *Boston*.

—Una buena elección —comentó el camarero, que se había acercado a nosotros.

—Y un Martini para mí. —Asentí al joven.

—¿*Boston*? ¿Qué tipo de cóctel es ese? —Colleen me miró perpleja.

—Ginebra, brandy de albaricoque, granadina y zumo de limón. Seguro que te gustará —animé a Colleen.

El camarero deslizó dos vasos sobre la barra. Un Martini con una aceituna y un *Boston* de color naranja.

Levanté mi vaso. —Por la buena vecindad. —Sonreí a Colleen—. Si el destino nos ha unido, al menos podemos pasar una buena noche juntos.

Colleen levantó su vaso y dio un largo trago. —Mmm. Qué bueno está. —Abrió ligeramente la boca y se pasó la lengua por los labios.

Mi polla palpitó.

—Realmente está delicioso. —Colleen me miró. Sus ojos ahora parecían de color aguamarina—. ¿Crees en el destino? —preguntó.

—¿Cómo? —No sabía qué hacer con esa pregunta. Las mujeres con las que solía salir no me preguntaban ese tipo de cosas. Se sentaban a mi lado y se reían tontamente.

—Has dicho antes que el destino nos ha unido. ¿Crees en el destino? —repitió Colleen su pregunta. Sus ojos se oscurecieron un poco más. Aguamarina, sin duda.

Reflexioné. —No realmente. Solo era una expresión. Creo sobre todo que cada uno forja su propia suerte.

Colleen se rió. Su nariz se arrugó un poco y sus pecas bailaron. Dios, qué sexy podían resultar esos puntos marrones claros. Cualquier otra mujer era aburrida en comparación. —Cada uno forja su propia suerte. También es solo una expresión.

—Me has pillado. —Volví a levantar mi vaso—. Pero esta vez sí lo creo de verdad. Salud.

Colleen también tomó otro sorbo de su cóctel. —Podría acostumbrarme a este sabor.

—Entonces tomemos otro.

Una hora después, Colleen y yo seguíamos sentados en el bar. El tiempo había pasado volando. Habíamos bebido algunos cócteles y lo habíamos pasado de maravilla. Colleen parecía un poco alegre, pero eso solo la hacía más simpática. Antes había parecido algo inhibida, pero ahora estaba animada y relajada.

—Eh, nena. Ven a bailar conmigo.

Ahora había un tipo fornido con un traje mal ajustado junto a Colleen, agarrándola del brazo. —Nos hemos visto antes en la feria.

Colleen miró al hombre con el ceño fruncido. —No le recuerdo. Además, no quiero bailar con usted. —Intentó apartar su brazo, pero el tipo lo seguía agarrando con fuerza.

—Nos conocemos. No te hagas la difícil. Que las mujeres siempre tengáis que poneros así cuando un tío quiere haceros un cumplido. Ya no se puede hacer nada. —El tipo estaba completamente borracho. Podía oler su aliento alcohólico desde donde estaba. Probablemente eso explicaba que me hubiera pasado completamente por alto.

Hasta ahora.

Me levanté, agarré al hombre del brazo, le obligué a soltar a Colleen y me interpuse entre él y ella. —¿Ya no se puede hacer nada? Sobre todo, no te diriges así como así a la acompañante de otro hombre.

—¿Y tú quién eres? —El hombre me miró fijamente. Su aliento olía repugnante.

—Eso no viene al caso. Simplemente deberías soltar a mi acompañante inmediatamente. —Agarré al hombre por los hombros y le di la vuelta—. ¿Ves? Allí está el ascensor. Te recomendaría que subieras a tu habitación y descansaras un poco. De lo contrario, mañana difícilmente encontrarás el recinto ferial.

—Eso no es asunto tuyo —balbuceó el tipo.

—Es cierto. Pero sí es asunto mío si te diriges a mi acompañante. —Con los borrachos es mejor hablar como con niños pequeños.

Despacio. Con paciencia.

—Pero yo quiero bailar con ella. Las demás no me interesan. —El tipo intentó verdaderamente pasar por delante de mí.

Lo agarré por el cuello. —Mala suerte para ti. A ELLA no le interesas TÚ en absoluto. YO bailaré con ella. No tú. Y ahora vete. Allí está la salida. —Con estas palabras, empujé al hombre hacia el vestíbulo. Se alejó tambaleándose, inseguro.

Me volví hacia Colleen. En sus ojos había una expresión indefinible. Y los ojos ahora eran claramente verdes. —¿Me concedes este baile? —Extendí mi mano hacia Colleen. Colleen vaciló imperceptiblemente antes de poner su mano en la mía.

La ayudé a bajar del taburete del bar y puse una mano en su espalda. Luego la atraje hacia mí con cuidado. Y por fin volví a sentir su cuerpo contra el mío.

—Creo que todos esos cócteles han sido un poco demasiado de golpe —se rió Colleen.

De los altavoces detrás del bar sonaron los primeros compases de *Can You Feel the Love Tonight* de Elton John. Puse mi otra mano en la cadera de Colleen. En ese momento, el pie de Colleen se enganchó en un pliegue de la alfombra. Tropezó.

Contra mí.

Igual que antes.

Su cara estaba tan cerca de la mía que podía sentir su aliento.

Esta vez no pude contenerme.

Miré esos ojos verdes y posé mis labios sobre los suyos.

Suavemente.

Muy suavemente.

Colleen no se apartó.

Al contrario.

Puso sus brazos alrededor de mí.

Presioné mis labios con más firmeza sobre los de Colleen y saboreé su gusto. Inhalé su aroma.

Mi polla latía más salvajemente que nunca.

Mi mano subió por la espalda de Colleen y se posó en su nuca. Ahora abrí mi boca y pasé mi lengua por los labios de Colleen.

Suavemente.

Luego más exigente.

Y entonces sentí la lengua de Colleen saliendo al encuentro de la mía. Nuestras bocas se fundieron. Apreté a Colleen aún más contra mí. Nuestro beso se volvió apasionado.

Mi polla presionaba contra la cremallera de mis pantalones.

¿Y Colleen?

Gimió suavemente.

El sonido más erótico que jamás había escuchado.

Y ni siquiera estábamos en nuestra habitación.

Estábamos besándonos en un bar.

—Ven. —Tomé a Colleen de la mano y la arrastré tras de mí hasta el ascensor. Detrás de nosotros se desvanecían los últimos compases de *Can You Feel the Love Tonight*.

¿Cuánto duraba la canción?

¿Cuánto había durado nuestro beso?

No lo suficiente.

En cambio, el camino hacia arriba parecía durar una eternidad. Apenas se cerraron las puertas del ascensor tras nosotros, volví a atraer a Colleen a mis brazos. Nuestras bocas se encontraron de nuevo. Pero esta vez no dejé que el beso se volviera demasiado apasionado. Juguetonamente, lamí los labios de Colleen con mi lengua. Luego recorrí suavemente el arco de su mandíbula hasta llegar al lóbulo de su oreja. De forma juguetona lo mordisqueé.

—Oh Dios. Ashton. —Colleen se arqueó hacia mí.

Al escuchar mi nombre de su boca, mi polla palpitó aún más en mis pantalones.

Pling.

Por fin el ascensor había llegado a nuestro piso. Agarré a Colleen de la mano y la llevé a nuestra habitación. Por suerte, la puerta se abrió a la primera esta vez. Sin aliento, atraje a Colleen de nuevo a mis brazos. Nuestros labios se encontraron. De nuevo deslicé mi lengua en la cálida y suave cavidad de la boca de Colleen. Dios, qué bien sabía esta mujer.

Y ahora quería saberlo.

Presioné mi pelvis contra las caderas de Colleen. Ahora ella podía sentir mi erección. Sentiría lo duro que estaba. Lo mucho que me excitaba.

Colleen reaccionó.

Frotó sus caderas contra mí.

Ahora no pude contener un gemido. —Oh Dios, nena.

Mi polla quería ser liberada.

Inmediatamente.

—Desnúdate. —Mi voz sonó más enérgica de lo que pretendía. Pero realmente no podía aguantar más. Sin embargo, Colleen parecía sentir lo mismo. Rápidamente se quitó la camiseta por la cabeza, mientras yo abría mi cinturón y me deshacía de mis pantalones.

Un minuto después estábamos desnudos el uno frente al otro. Por fin. El cuerpo de esta mujer me había vuelto loco durante bastante

tiempo hoy. Y ahora quería disfrutarlo. Me incliné hacia adelante y lamí con mi lengua el pezón de Colleen.

Colleen respondió con un gemido de placer.

Me enderecé y tomé su pecho en mi mano derecha. Lo amasé y excité el pezón con mi pulgar. La mano de Colleen se deslizó hacia abajo y encontró mi polla. Cuando ella comenzó a masajearme, pellizqué suavemente su pezón. Luego un poco más fuerte.

Colleen echó la cabeza hacia atrás. —Oh sí, Ashton, por favor.

Besé a Colleen de nuevo. Tambaleándonos, nos movimos hacia atrás hasta la enorme cama king size. Empujé a Colleen sobre las sábanas.

Me miró. Sus ojos eran de color esmeralda. Con un destellante brillo de excitación.

Dejé que mi mano se deslizara por el vientre de Colleen hacia abajo. Ella abrió sus piernas para mí. Mis dedos encontraron instantáneamente su perla y la masajearon suavemente.

Colleen echó la cabeza hacia atrás y gimió fuertemente.

—Sí, nena —susurré y la masajeé aún más intensamente.

La estaba excitando. Y a mí me excitaba excitarla.

Los gemidos de Colleen se hicieron más fuertes.

Con cuidado deslicé un dedo hacia adentro.

Colleen no estaba húmeda. Estaba mojada. Mojada de deseo.

Estaba lista. Y yo estaba más que listo. Me coloqué sobre Colleen.

Y entonces mi polla estuvo finalmente dentro de ella.

En esa cálida y suave cavidad que me envolvía estrechamente.

—Sí, nena —susurré. Nuestros cuerpos encontraron sin esfuerzo un ritmo común. Yo embestía y Colleen se arqueaba hacia mí. Al principio lentamente. Con intensidad. Luego cada vez más rápido. Más profundo. Introduje mi polla tan profundamente en la vagina de Colleen como pude.

—Oh sí. —Las manos de Colleen agarraban mis hombros—. No pares, Ashton. Por favor, no pares. Sigue.

Con placer, nena. Sigo con placer.

Y eso es exactamente lo que hice. Hasta que la vagina de Colleen se contrajo.

—¡Ashton! —Los gemidos de Colleen se convirtieron en un grito de placer. Fuerte y desinhibido.

Oh sí, nena. Esto te gusta. Y a mí también me gusta.

Colleen estaba llegando al orgasmo. Sentí las contracciones de su vagina.

Embestí una vez más.

Y otra vez.

Y entonces yo también encontré mi alivio dentro de ella.

Capítulo 9

Colleen

En la distancia sonaba un móvil.

¿Mi móvil?

¿Dónde lo había dejado anoche?

¿Y por qué el tono era tan extraño? Sonaba completamente desconocido. Para nada como mi tono habitual.

Además, mi cabeza pesaba y mis ojos... prefería ni siquiera abrirlos.

Pero el móvil seguía sonando.

¿Ese no era mi tono?

¿Acaso había dejado mi móvil olvidado en algún sitio ayer y me había llevado el de otra persona por error?

Asustada, abrí los ojos de golpe.

Y los cerré inmediatamente.

¿Dónde diablos estaba?

Este no era mi apartamento.

—Joey. Ya te he dicho mil veces que... —El timbre había cesado. En su lugar, hablaba ahora una enérgica voz masculina, que se alejó tras media frase. Una voz que me producía calidez. Una voz que me enviaba un hormigueo hasta mi centro. Una voz que hacía que mis pezones comenzaran a cosquillear.

Y de repente recordé dónde estaba.

Y lo que había ocurrido ayer.

Me encontraba en una habitación de hotel en Boston, con el tío más sexy que jamás había visto. Con un hombre cuyos ojos eran tan oscuros y misteriosos que lo único que quería era descifrar sus secretos.

Ashton.

El hombre que me había rescatado ayer en la feria y que luego había aparecido casualmente en mi habitación de hotel. Sentí cómo el rubor subía a mis mejillas al recordar cómo me había plantado ante él cubierta solo con una toalla de baño.

¡Colleen! Realmente no hay motivo para sonrojarse.

No lo había.

Ashton había visto y explorado cada centímetro cuadrado de mi cuerpo durante la noche. Con sus ojos, sus manos, sus dedos, su aliento. Con su lengua.

Me sentí aún más acalorada de lo que ya estaba.

¿Qué había hecho? Normalmente nunca me acostaba con un hombre que acababa de conocer. De hecho, tenía bastante poca consideración por las mujeres que lo hacían. Pero ahora...

La noche había sido indescriptible. Nunca en mi vida me había sentido tan bien. Nunca había experimentado tal pasión ni me había entregado de esa manera.

Y a un desconocido.

¿Qué se hacía después de una noche así? ¿Cómo te levantabas? ¿Cómo saludabas a la persona que apenas conocías pero con la que habías compartido lo más íntimo que existía?

No tenía ni idea.

Pero seguir tumbada en la cama con los ojos cerrados tampoco me acercaría a la respuesta. Así que abrí los ojos y me incorporé.

Maldita sea, qué pesada tenía la cabeza. Debían de ser aquellos cócteles de anoche. ¿Cuántos había bebido? Ya no podía decirlo con exactitud. En cualquier caso, tantos como para que se extendiera por mi cabeza una agradable ligereza y me sintiera como si flotara unos centímetros por encima del suelo.

Esa ligereza se había transformado hoy en una extraña pesadez. Tendría que ignorarla. Me deslicé lentamente hasta el borde de la cama y puse los pies en el suelo.

En ese momento, se abrió la puerta del baño y apareció Ashton.

Completamente vestido.

Con un traje negro que probablemente estaba hecho a medida, una camisa azul claro y una corbata azul. El tono azul de la corbata no combinaba exactamente con el azul de la camisa. Sonreí. Este pequeño faux pas lo hacía de alguna manera simpático. Y no disminuía en absoluto su atractivo. Pensé en el abdomen de tableta que se escondía bajo la camisa. Luego levanté la mirada hacia el rostro de Ashton. No podía esquivar esos ojos oscuros por más tiempo.

—Ah, estás despierta. Muy bien —Ashton se apoyó contra la pared y me miró fijamente. Sus ojos recorrieron mi rostro.

Dios mío, seguro que ahora se veían aún más mis pecas que ayer.

Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo. Algo destelló en ellos. ¿Deseo? Habría jurado que Ashton me había mirado así ayer. Justo antes de que acabáramos en la cama. Pero ahora esa expresión desapareció tan rápido como había aparecido.

—Tengo que irme urgentemente. Mi director de compras, que en realidad debería asistir a la feria, ha concertado algunas citas muy temprano. Así que lamentablemente no puedo ofrecerte un desayuno juntos. Pero si te das prisa, puedo llevarte en taxi a la feria —la mirada de Ashton era impenetrable.

—Yo... eh... —balbuceé.

¿Así funcionaba cuando en realidad no se conocía a alguien pero se acababa de pasar una noche caliente juntos?

¿Qué quería Ashton de mí?

Nada, Colleen. No quiere nada de ti. Acaba de dejártelo claro. No ha pedido tu número de teléfono. No te ha besado. Ha hablado de su trabajo. Para él solo fue UNA noche. Y eso es lo que debería ser para ti también.

Me aclaré la garganta. —Gracias por la oferta. Me arreglaré con calma y luego iré a la feria. No quiero entretenerte más, tienes que cumplir con tus citas.

Algo volvió a destellar en los ojos de Ashton. No era deseo esta vez. Era algo diferente que no podía identificar exactamente. —Como quieras —respondió.

Luego dio dos pasos.

Hacia la cama.

Hacia mí.

Mi corazón latía tan fuerte que creí que Ashton debía oírlo. Se inclinó hacia delante y respiré su aroma masculino. —Te deseo un buen día y mucho éxito en la feria —los labios de Ashton rozaron mi mejilla—. Muchas gracias por la noche. Estuvo realmente caliente contigo y si no tuviera que irme ahora, sugeriría que tuviésemos una pequeña... segunda parte —me susurró al oído. Luego se enderezó y volvió a recorrer mi cuerpo con la mirada.

Contuve la respiración.

Ashton se dio la vuelta, cogió su bolsa y salió de la habitación del hotel.

Solté el aire de nuevo.

Se había ido.

Así sin más.

Una parte de mí quería correr tras él y decirle que podíamos posponer la segunda parte para otro momento. Que deberíamos volver a vernos y continuar exactamente donde lo habíamos dejado ayer.

¡Colleen! Una mujer nunca corre detrás de un hombre. Nunca. Nunca, nunca, nunca, nunca. ¡Simplemente nunca! Si no te quiere, no te quiere. Así de sencillo. Hay suficientes otros hombres en el mundo que se interesan seriamente por ti.

¿Los había?

Y si los había, ¿dónde debía encontrarlos?

¿Era realmente una buena idea encontrarlos mientras mi cuerpo anhelaba que la puerta de la habitación del hotel se abriera de nuevo y que Ashton me mirara otra vez como anoche?

Dos horas después tenía otras preocupaciones. Preocupaciones completamente diferentes.

Estaba en la feria de moda en el stand de *Holly G*. Había venido para discutir los últimos detalles de mi pedido. ¿Cuándo debía entregarse qué y dónde? ¿Vendría todo de una vez o habría varias entregas? ¿Podría conseguir un descuento si realizaba inmediatamente un pedido para la colección de primavera del próximo año?

Había anotado estas preguntas mientras viajaba en autobús por los suburbios de Boston para llegar a la feria. A diferencia de Ashton, no podía permitirme coger un taxi. Rápidamente, aparté de nuevo el pensamiento sobre Ashton. Anotar las preguntas me había ayudado a desvanecer el recuerdo de la noche.

Concéntrate en lo que tienes por delante en lugar de perder demasiado tiempo pensando en el pasado.

Respiré hondo. Exactamente eso es lo que haría ahora. Concentrarme en lo que tenía delante. —Hola, ayer realicé un pedido aquí para mi boutique. *Colleen's*, en Nueva York —sonreí al hombre que estaba en la recepción de *Holly G* y que se inclinaba frunciendo el ceño sobre unos papeles.

Levantó la vista. —¿Es usted Colleen Brown? —quiso saber.

—Exacto —el hombre sabía quién era yo. Y eso a pesar de que ayer no había realizado mi pedido con él, sino con su colega. Era una buena señal. Una muy buena señal.

—Íbamos a contactar con usted —el hombre asintió—. Qué bien que haya pasado por aquí.

—Bueno, todavía hay algunas preguntas pendientes y pensé que sería mejor solucionarlo aquí, en lugar de hacerlo por teléfono. En persona es mucho más rápido y agradable —sonreí al empleado e

intenté descifrar el nombre en la placa de su chaqueta—. Ayer no tuvimos el placer, Sr.... Sr. Renshaw.

El Sr. Renshaw asintió. —Ayer estuve indispuesto. Citas importantes, ya sabe. Para el jefe de una marca, hay mucho trabajo en una feria. No es un paseo por el parque.

—¿USTED es el jefe de *Holly G*? —me sorprendí. ¡El jefe en persona conocía mi pedido e incluso sabía mi nombre! Esto iba mejor de lo esperado. Era una excelente señal para la futura colaboración con *Holly G*. Las pequeñas boutiques como *Colleen's* solían estar muy abajo en la lista de clientes importantes para muchas marcas. O mejor dicho: normalmente ni siquiera aparecíamos en la lista de clientes IMPORTANTES. Que en *Holly G* fuera diferente me llenaba de esperanza y alegría.

—Lo soy —el Sr. Renshaw asintió lacónicamente. Parecía no querer perder el tiempo con charlas triviales. Bueno, no podía reprochárselo. Al fin y al cabo, también tenía que atender a los clientes que realizaban pedidos más grandes.

El Sr. Renshaw tomó aire profundamente. —Sra. Brown, debo decirle que lamentablemente tenemos que cancelar su pedido.

¿Qué?

Me quedé mirando fijamente al Sr. Renshaw. Solo entonces me di cuenta de que llevaba unas patillas anticuadas. Y eso siendo el jefe de una empresa que creaba moda. No encajaba. —¿Cancelar? —fue todo lo que pude decir.

—Sí. Lamento las molestias —el Sr. Renshaw me hizo un gesto de asentimiento—. Dejó sus datos de contacto al realizar el pedido. Por

favor, verifíquelos una vez más. La cancelación por escrito le llegará en los próximos días —el Sr. Renshaw me acercó una hoja.

¡Cancelación! Era una catástrofe. Ayer solo había podido realizar ESTE pedido. Y ahora mismo lo estaban cancelando. No me quedaba nada. Absolutamente nada. Nada de nada.

Mi boutique no recibiría mercancía. Si hoy no conseguía pedir algo útil en alguna parte, tendría que volver a enviar a mis clientas a casa sin ropa.

No ganaría dinero. ¿Cómo iba a ganar algo si no tenía mercancía? ¡Era absolutamente imposible! El anuncio del Sr. Renshaw podía significar mi ruina. El fin de todos mis sueños.

—No puede hacer esto —estalló dentro de mí.

—Las cláusulas del contrato de compra establecen que cualquiera de las partes puede retirarse con un plazo de preaviso de dos semanas —dijo el Sr. Renshaw con rostro impasible—. Y eso es lo que estamos haciendo. Incluso mucho antes de lo que exige el plazo. Podría haber esperado dos semanas para comunicárselo.

Miré fijamente al hombre con las patillas anticuadas. ¿Sería una broma? ¿Quería venderme este mensaje como algo fantástico por lo que debería estarle agradecida?

Resoplé.

—¿Por qué? ¿Por qué cancelan mi pedido? ¿No tienen suficiente capacidad? ¿Han vendido más de lo que pueden producir? —miré fijamente al Sr. Renshaw.

Negó con la cabeza. —Ayer recibimos un pedido inusualmente grande. De un cliente que también quiere hacer grandes pedidos con nosotros en el futuro. Le daré preferencia. Una decisión puramente comercial. Usted entiende, Sra. Brown.

Tragué saliva. —Pero... ¿no pueden encajar mi pedido en alguna parte? Quiero decir... ni siquiera he pedido tanto y... y no importa si llega un poco más tarde —odiaba lo suplicante que sonaba mi voz en ese momento.

Mi existencia estaba en juego.

—No —el Sr. Renshaw negó con la cabeza. Sus mejillas con las anticuadas patillas se bambolearon—. Tengo que pensar en el bienestar de mi empresa. Si producimos más de lo que podemos, siempre va en detrimento de la calidad. Eso perjudica nuestra reputación y finalmente sufren nuestras ventas. No nos beneficia en nada.

En ese momento sentí como si mi corazón se hundiera hasta el suelo.

—Si me disculpa ahora —El Sr. Renshaw me hizo un gesto de asentimiento—. Tengo citas importantes —se dio la vuelta y desapareció en otra esquina del stand.

Seis horas después estaba sentada en el autobús hacia el aeropuerto, mirando deprimida por la ventana.

¡Qué desastre!

Me había pasado todo el día corriendo de un stand a otro con la esperanza de poder realizar algún pedido en alguna parte. Había

negociado, ofrecido compromisos, rogado, suplicado.

Nada.

Todo había sido en vano.

En todas partes había recibido la misma respuesta: un gran cliente ya había comprado todo. Nadie había querido decirme quién era ese cliente.

Ashton seguramente lo habría sabido.

Este pensamiento atravesó mi cerebro como un rayo. Y también mi cuerpo, que inmediatamente comenzó a arder.

Cerré los ojos y me entregué a esa agradable sensación. Al MUY agradable recuerdo de la noche anterior.

¡Colleen! Nunca volverás a ver a ese tío. Fue una aventura de una noche. Entiéndelo de una vez. No malgastes tus pensamientos en lo que ha quedado atrás. Mejor concéntrate en lo que tienes por delante. Regístrate en una plataforma de citas. Allí podrás conocer a alguien que realmente esté interesado en ti. Alguien que se esfuerce por ti y esté a tu lado en momentos difíciles como este.

Suspirando, abrí los ojos de nuevo y miré hacia fuera, a las calles de Boston.

De todos modos, no tenía dinero para inscribirme en una plataforma de citas.

Si tenía mala suerte, pronto ni siquiera existiría mi tienda. *Colleen's* estaba al borde del cierre. Con ese pensamiento, mi estómago se contrajo. Me habría encantado esconderme bajo una manta y no volver a salir nunca más.

¿Por qué había ido a Boston?

Este viaje no había servido para nada al final.

Nada, excepto gastos innecesarios.

Capítulo 10

Ashton

—¡Joey! —Llamaba a mi asistente ya por segunda vez. ¿Acaso estaba sordo?

—¿Sí, señor Jones? —Joey asomó por fin su cabeza por la puerta.

—¿Cuándo viene el primer candidato? Ayer invitaste a varios, tal como acordamos por teléfono, ¿verdad? —Miré escrutadoramente a mi asistente. ¿Qué le pasaba a este tipo? Durante la entrevista había dado una impresión muy despierta. Ahora parecía ocasionalmente incapaz de realizar las tareas más sencillas.

—En media hora, señor Jones. —Joey no movió ni un músculo de la cara.

—¿En media hora? ¿Y cuándo pensabas traerme la documentación? —increpé a Joey.

—¿Documentación? —Joey se rascó la cabeza.

—Habrá un currículum, ¿no? ¿O es que el candidato nació ayer? ¿Ha caído de repente del cielo? —Madre mía, no podía ser tan difícil organizar un proceso de selección. Joey incluso podía pedir ayuda al departamento de personal. Pero probablemente incluso eso habría que decírselo primero.

—Currículum. Por supuesto, señor Jones. —Joey se marchó de nuevo.

—Envíame los documentos por correo —le grité—. Para todos los candidatos.

Necesitaba encontrar urgentemente un sustituto para Rooney para poder dejar de ocuparme del día a día. Realmente no tenía ganas de eso. Ya me había bastado con la visita a la feria de Boston. En el fondo, todo había sido una pérdida de tiempo.

Pérdida de tiempo.

En ese momento, apareció un rostro en mi mente. Pecas. Ojos verdes. ¿O aguamarina?

Mi polla palpitó ligeramente.

Maldita sea, incluso después de una larga noche de sexo salvaje, parecía que aún no había tenido suficiente de Colleen.

Y todavía no sabía el color exacto de sus ojos.

Eso seguirá siendo un misterio para siempre, Ashton. No tienes ni idea de cuál es el apellido de Colleen ni dónde vive. Y tampoco quieres saberlo. No más complicaciones. No más relaciones. Solo diversión. Ya fue suficiente con el matrimonio con Lola.

Desde luego, no necesitaba pasar por algo así una segunda vez.

Sin embargo, mi polla seguía palpitando en los pantalones.

—¿Señor Jones? —Joey asomó la cabeza por la puerta. El tipo realmente no tenía sentido del momento oportuno.

—¿Sí? —pregunté molesto.

—El primer candidato ya está aquí. ¿Quiere recibirle ahora? —Joey me miró nervioso.

—Que pase. —Un poco de distracción era justo lo que necesitaba ahora. Me levanté de mi silla ejecutiva para saludar al candidato. Joey abrió la puerta un poco más. Un estudiante de 25 años despeinado pasó junto a él y se dejó caer en el sillón de las visitas, sin darme la mano.

—¿Es esto un error? —Miré a Joey.

—¿A qué se refiere, señor Jones? —quiso saber Joey.

—Estamos buscando un director de compras. No un becario. —Señalé con la cabeza al desaliñado visitante, que se reclinó en el sillón y me miró. Joey se encogió de hombros. Luego cerró la puerta. Desde fuera.

—Para el puesto de director de compras, tengo exactamente las cualificaciones adecuadas —dijo entonces—. Confíe en mí, señor Jones. Tal como yo confío en usted.

Al menos conocía mi nombre. —¿En qué sentido confía en mí, señor... Lamento que no se haya presentado. —Miré penetrantemente al tipo. No debería pensar que era tan importante como para que yo conociera su nombre.

—Llámeme simplemente Nemo. —El joven sonrió y guiñó un ojo.

¿Quería tomarme el pelo? ¿O realmente se llamaba como el pez payaso de una película? Hoy en día los padres llaman a sus hijos como todo tipo de personajes.

—¿Y qué le cualifica para trabajar aquí conmigo? —Ignoré la petición de Nemo de llamarle por su nombre. No nos conocíamos ni desde hacía cinco minutos.

—Bueno, desde niño me interesó la moda y en los últimos años he seguido formándome constantemente. Cada noche veo vídeos de YouTube sobre ello. Qué vestidos están de moda, qué se lleva, cómo mejorar el estilo. Ese tipo de cosas. —Nemo pasó la mano por su pelo, como para asegurarse de que su peinado seguía en su sitio y conservaba el nivel necesario de estilo. Negué con la cabeza. El tipo probablemente ni siquiera poseía un peine. Nemo continuó—: Así que tengo bastantes conocimientos especializados. Además, trabajo a tiempo parcial en un supermercado.

—¿Como qué? —quise saber.

—Repongo estanterías. Pero en realidad estoy buscando un trabajo que pueda hacer en remoto. Quiero mudarme a Hawái la semana que viene y trabajar desde allí. Después del trabajo, hacer un poco de surf y tomarme una cervecita en la playa. Tranquilamente. Ya sabe. —Nemo levantó la mano y se escarbó la oreja derecha con el dedo índice. Tras cinco segundos, volvió a sacar el dedo de la oreja y contempló el resultado de su esfuerzo.

—He leído que su empresa ofrece beneficios para los empleados. ¿Incluyen también membresías de gimnasio? ¿Y también aplicaría en Hawái? —quiso saber Nemo.

Negando con la cabeza, miré al joven. Si no hubiera necesitado tan urgentemente un sustituto para Rooney, probablemente habría estallado en carcajadas. Nemo no aportaba ninguna cualificación para el trabajo. Sin embargo, ofrecía un valor de entretenimiento asombrosamente alto.

Pero desgraciadamente no tenía tiempo para un espectáculo privado. Así que me limité a mirar a Nemo. —Se ha equivocado de sitio. Probablemente estaría mejor en la televisión. Inténtelo allí. —Entonces marché hacia la puerta y la abrí de par en par—. Por favor. —Con un gesto, pedí a Nemo que abandonara mi despacho.

—Vaaaaaale. —Nemo suspiró. Luego se levantó del sillón con esfuerzo—. Nadie quiere darme una oportunidad. —Me tendió la mano.

—Ya encontrará su suerte. —Ignoré la mano extendida de Nemo, pues de ninguna manera quería entrar en contacto con la grasa de su oreja—. Buena suerte.

Nemo pasó junto a mí y abandonó la oficina.

—¿Es usted el señor Jones? —Me abordó un hombre de mediana edad con un traje bien ajustado.

—Sí, soy yo. —¿Qué hacía este tipo aquí? Joey tenía la tarea de ahuyentar a cualquier visitante de mi antesala.

—Ryder Lennon. Me he postulado para el puesto de director de compras. Sé que llego un poco pronto, pero...

—No importa. —Hice un gesto a Ryder Lennon para que entrara en mi despacho—. Lamentablemente aún no he podido ver su currículum —me disculpé—. Por lo tanto, me sería de gran ayuda si pudiera esbozarme brevemente dónde ha trabajado hasta ahora y qué le cualifica para el puesto de director de compras. —Con un movimiento de mano, ofrecí a Ryder Lennon un asiento. Se dejó caer en el sillón donde hace un momento había estado sentado Nemo.

—Claro, no hay problema —respondió con calma—. Hasta ahora he sido director de compras en una empresa de moda que ofrece principalmente ropa económica. —Mencionó el nombre. Todo el mundo conocía esa cadena.

Levanté las cejas. —¿Por qué quiere cambiar?

Ryder Lennon torció sus finos labios. —Bueno, digamos que todo el asunto me resulta... demasiado barato. Me gustaría trabajar para alguien que se ha especializado en mercancías de mayor nivel. Eso se ajusta más a mis intereses. Calidad antes que cantidad.

—¿Ha traído referencias? —quise saber.

—Por supuesto. —Ryder Lennon deslizó una carpeta azul a través del escritorio.

Abrí la carpeta. La primera página no mostraba referencias. Solo un número. —¿1.000.000 de dólares? —Miré interrogativamente a Ryder Lennon—. ¿Qué es esto? ¿La suma que ha comprado el año pasado?

Ryder Lennon se rio. —Fue mucho más. No, esto es mi expectativa salarial.

Me quedé mirando la hoja. Generábamos mucha facturación. Rooney no ganaba mal y me quitaba un montón de trabajo. Pero, ¿esto?

—¿Quiere un millón al año? —Miré a Ryder Lennon con incredulidad —. ¿Cómo justifica esta pretensión salarial?

—Eso es lo que ofrece el mercado. —Ryder Lennon se encogió de hombros—. Ya tengo una oferta exactamente por esa cantidad. Por lo tanto, idealmente deberíais añadir algo más.

¿Añadir algo más? El tipo debía de haber perdido la cabeza.

—En realidad, me cae mucho mejor *Ashfash* que *Doyle's Clothing*. Toda la presencia, la marca, las tiendas, la presentación en internet. Por eso me gustaría comenzar aquí. Incluso por un millón, si no hay otra opción. Si no me gusta, cambiaré. El riesgo de cambio disminuye, por supuesto, con cada dólar que pague más que *Doyle's Clothing*. —Ryder Lennon cruzó las piernas y se reclinó.

Me incliné hacia delante y apreté los puños. Solo así pude evitar golpear el escritorio con la palma de la mano.

¡El tipo quería chantajearme!

¡Chantajearme!

¿Adónde íbamos a parar?

Sería el colmo que el jefe hiciera todo lo que los empleados quisieran, solo porque tenía miedo de que dimitieran. De que se fueran a la competencia.

YO hacía lo que YO quería.

—No me dejo chantajear —siseé.

—Yo no lo llamaría chantaje. Es una oferta justa. Estoy jugando con las cartas boca arriba. —Ryder Lennon me asintió.

—Llámelo como quiera. —Mi voz se elevó—. YO lo llamo chantaje. Es y sigue siendo chantaje. Y nada más.

De ninguna manera quería contratar a alguien así como sustituto de Rooney. De ninguna manera. Prefería seguir ocupándome yo mismo de todo.

—Vamos, no se altere tanto, señor Jones. —Ryder Lennon me miró divertido—. Así funciona el negocio hoy en día. Debería saberlo mejor que yo.

¡Ahora el tipo quería darme lecciones sobre negocios!

Lo próximo sería probablemente que sugiriera que él mismo fuera el jefe aquí.

¡Conmigo no!

Me levanté de un salto. —¡FUERA! —Con estas palabras, abrí la puerta a la antesala.

Ryder Lennon pasó junto a mí. —Espero que más tarde no se arrepienta de esto.

—¡De ninguna manera!

Mejor sin ningún empleado que con uno que constantemente te apuñalara por la espalda.

Varias horas más tarde, por fin había llegado el momento. Podía soltar vapor. El día había sido una mierda. Ni un solo candidato había resultado adecuado.

—¡Vamos! —Mi colega Terrence me animaba.

Sopesé el balón de baloncesto en mis manos y lancé.

¡Fallé! El balón rebotó en la pared y volvió a mí.

—¡Mierda! —siseé.

—Hoy estás en otra parte con la cabeza, tío. —Mi amigo Terrence me observaba atentamente. Estábamos uno frente al otro en una de las canastas de baloncesto de nuestro pabellón de entrenamiento en las afueras de Manhattan y practicábamos tiros fijos al final del entrenamiento. Aunque estos apenas se utilizaban en un partido, se aplicaban en los tiros libres. Y un tiro libre podía ser decisivo en el juego.

—Normalmente casi nunca fallas la canasta —añadió Terrence.

Volvía a tener el balón en mis manos. Y lo estrellé contra la pared. —Hoy es simplemente un día de mierda. Ayer fue una mierda. Y

anteayer también.

El balón volvió rodando hacia nosotros. Terrence se agachó y lo recogió rápidamente, antes de que yo pudiera apoderarme de él. —No te oía decir algo así desde que te separaste de Lola. ¿Tienes problemas con una mujer?

—No. —Negué con la cabeza—. Todo lo contrario. En Boston conocí a una mujer que era quizás... —No terminé la frase y chasqueé la lengua.

Terrence se rio. —Me alegro de que te diviertas, tío. —Me miró con atención—. Pero, ¿no deberías estar mucho más alegre si todo va tan bien? Cada tiro debería salirte bien.

A mi mejor amigo no se le escapaba nada. Nos conocíamos desde la universidad y llevábamos el mismo tiempo en el mismo equipo de baloncesto, los *Basket Hounds*. ¡Este año competíamos por el campeonato amateur de la ciudad de Nueva York y para ello había que estar en plena forma!

Tenía que mejorar sí o sí, porque quería ganar la copa a toda costa y sostener el trofeo en mis manos.

—Dame el balón —ordené a Terrence.

—Solo cuando me digas qué es lo que realmente está pasando. —Mi mejor amigo sujetaba el balón firmemente con ambas manos.

Me quedé mirándole fijamente.

—Eh, tío. Soy yo, Terrence. No cualquier mujer que solo te causa problemas. —Terrence me sonrió—. Tu compañero de equipo.

Estamos en el mismo equipo. ¿Ya lo has olvidado? —Terrence me asintió—. Quien tiene algo en la cabeza no puede lanzar con la mente clara. Y no da en el aro. Palabras del seminario al que asistimos juntos el año pasado.

—Tienes razón —admití algo a regañadientes. Suspiré—. En la empresa todo está patas arriba. Rooney ha dimitido. Los candidatos para sucederle que se han presentado son solo cabezas huecas que quieren más dinero del que valen y preferirían no trabajar en absoluto.

Terrence me miró. —Ajá. ¿Y qué es lo que realmente te está molestando?

—¿A qué te refieres? —Poco a poco ya estaba harto de que mi colega siempre insistiera.

—Si has estado tan desconcentrado, tío, en el pasado eso solo tenía que ver o con Lola o con Doyle. —Terrence me miró. Con su comentario había dado en el clavo.

—Uno de los candidatos de hoy quiere trabajar para Doyle. Además, Doyle ha hecho varios pedidos grandes en la feria. No sé qué está tramando, pero debe de ser algo. Las valoraciones que recibe en internet tampoco son precisamente malas. No puedo dejarlo así de ninguna manera. YO quiero el *USA Fashion Store Award*. ÉL no puede conseguirlo. —Terrence sabía lo que significaba para mí el *USA Fashion Store Award*—. Por eso haré todo lo que sea necesario. TODO. He trabajado tanto tiempo para ganar este premio. ¡Es el Oscar de la industria de la moda!

—Lo sé. —Terrence negó con la cabeza—. No veo dónde está el problema. Conseguirás lo que quieres. Siempre ha sido así, tío.

—Doyle tiene mejores valoraciones en internet que yo. —Resoplé—. Probablemente solo sean compradas, pero eso no importa por ahora. Las experiencias de los clientes son importantes para decidir quién recibe el premio. Hay que mejorar el asesoramiento en mis tiendas. ¡Y rápido! ¡Mejor aún, ayer!

—Entonces, contrata a alguien que sepa del tema y forme a tu gente. —Terrence tenía una solución sencilla—. Hay un montón de gente que se dedica a la moda y se pasa todo el día dando consejos a los demás sobre qué ponerse. La mitad de YouTube está lleno de esos vídeos.

Bufé. —Ya tuve un candidato así hoy en la entrevista. No, gracias. Prefiero encontrar un verdadero experto. Alguien de una boutique de renombre. Una persona que asesore a clientes reales. Personas de verdad.

—Bueno, ahí tienes tu solución, tío. Suena bien. —Terrence asintió—. ¿Cuándo vas a abordar el asunto?

Pensé un momento. No me quedaba mucho tiempo hasta la entrega del premio. —Mañana quiero comprobar cómo van las obras en nuestra nueva tienda. En la zona hay algunas boutiques. Podría encontrar a alguien allí. —La idea me pareció mejor que poner un anuncio al que responderían personas como Nemo y Ryder Lennon.

—Quizás incluso conozcas a una mujer guapa allí. —Con estas palabras, Terrence me pasó el balón.

Quizás.

Mujeres guapas había muchas.

Y desde que me había separado de Lola, tenía libre elección.

Pero, ¿por qué pensaba de nuevo en una mujer cuyo color de ojos estaba en algún punto entre el verde y el aguamarina?

Lancé el balón hacia la canasta.

—Canasta.

Capítulo 11

Colleen

Sin entusiasmo, abrí la puerta de mi boutique. Normalmente era la primera en llegar cada mañana, mucho antes que Anaya. Pero hoy... hoy me había dado la vuelta cuando sonó el despertador. O mejor dicho: me había quedado mirando al techo.

¿Por qué debería levantarme?

¿Para trabajar en una boutique que de todos modos pronto quebraría?

Después de media hora, finalmente me arrastré fuera de la cama, me di una ducha larga y mastiqué sin apetito mi desayuno. Hoy tenía que ir a la boutique. Ayer me había tomado un día libre de forma espontánea. Simplemente había llamado a Anaya y le había pedido que siguiera manteniendo la posición.

Hoy realmente no podía quedarme en casa. Aunque no podía decir que me sintiera mejor que ayer. Todo era inútil. Mi sueño aún no había estallado. Pero eso era solo cuestión de tiempo. ¿Qué tan

idiota había sido al creer en el éxito de una boutique en Nueva York y pedir un enorme préstamo para ello? En tiempos en que todo el mundo compra por internet o visita grandes cadenas de moda que atraen con descuentos, eso era realmente bastante ingenuo. Solo que en aquel momento no lo había visto así.

Tu boutique no fracasa por falta de clientes, Colleen. No consigues mercancía.

La boutique estaba vacía cuando entré. Observé los percheros con pantalones, faldas, vestidos, blusas y jerséis. La pared con pañuelos y bolsos. Quien quisiera un conjunto perfectamente coordinado, estaba en el lugar correcto con nosotras. Pero no había ni un solo cliente en la sala de ventas.

—Buenos días —sonó entonces la voz de Anaya desde el almacén—. Solo un momento, enseguida estoy con usted.

—Soy yo. Colleen —respondí y me dirigí hacia el mostrador lacado en blanco brillante. ¿Habíamos hecho ventas hoy? Quería comprobarlo de inmediato.

Me detuve frente a la caja.

Visiblemente en medio del mostrador había un folleto.

¡NUEVA APERTURA!

¡OFERTAS ESPECIALES!

¡DESCUENTOS!

¡PRECIOS INCREÍBLES!

Ashfash hacía publicidad de su nueva tienda y no precisamente de forma discreta. Tomé el folleto de mala gana. Me hubiera encantado quemarlo, pero eso no serviría de nada. Tenía que enfrentarme a ello en lugar de enterrar la cabeza en la arena. Así que le di la vuelta al folleto.

¡Increíble!

En la parte posterior había un pequeño recorte del plano de Nueva York que mostraba la ubicación de la nueva tienda de *Ashfash*. *Colleen's* también estaba marcado. ¡*Ashfash* hacía publicidad de estar justo al lado de mi tienda! Y esto era garantía de solo la primera forma pérfida en que *Ashfash* querría aprovecharse de mí. Quién sabe qué más vendría.

Cerré los ojos.

Prefería no saberlo.

—¿Aún cansada del viaje a Boston? —Sin que me diera cuenta, Anaya había salido del almacén hacia la sala de ventas.

Volví a abrir los ojos. —¿Ahora hacemos publicidad para la competencia?

Anaya me miró sin comprender. —¿A qué te refieres?

Señalé el folleto. —No podría estar más visible en el mostrador.

—Ah, eso. —Anaya se rió—. Hace un rato vino una clienta que trajo el folleto. Quería informarnos, por si aún no habíamos oído nada sobre la nueva apertura. Es amable por su parte, ¿no crees? También dijo que ella jamás compraría en *Ashfash*. —Anaya me sonrió radiante.

—Sí, ella —murmuré—. ¿Y todos los demás?

—¡Pero Colleen! No seas tan pesimista. ¿No has visto que nuestro nombre está impreso en la parte posterior del folleto? ¿En el mapa? ¡No podríamos haber deseado mejor publicidad gratuita! Cuando te llamé, ni siquiera me había dado cuenta. —Anaya me quitó el folleto de la mano y lo agitó entusiasmada frente a mi cara.

—¿Publicidad gratuita? —No podía creer lo que oía.

—¡Esto es *Ashfash*! ¿Sabes a cuántas personas se habrá distribuido este folleto? ¿Y cuántas de ellas quizás nunca han oído hablar de *Colleen's*? ¿Y cuántas pasarán por aquí después de una primera visita a *Ashfash*? —Anaya se rio triunfante. Lo que me faltaba hoy en entusiasmo, ella lo compensaba doblemente o incluso triplicándolo —. Solo espero que hayas comprado mucho en la feria. Tienes que contarme todo. Estoy muy curiosa. —Anaya me miró con los ojos brillantes.

Comprado mucho.

La siguiente cosa que preferiría olvidar.

Realmente se sentía como si me estuvieran atacando por todos los frentes.

—¿Colleen? ¿Qué pasa? Tienes una cara extraña. —Anaya se acercó, puso una mano en mi brazo y me dio unas palmaditas consoladoras.

Tragué saliva. —El viaje fue un desastre total. No pude hacer ni un solo pedido.

—¿Ni un solo pedido? —repitió Anaya incrédula—. ¡Eso no puede ser!

Solo negué con la cabeza.

—¡Pero la feria es enorme! Hay tantos vendedores ofreciendo productos. —Anaya me miró desconcertada.

—Sí, pero en todos lados alguien se me adelantó y lo compró todo. El único pedido que pude realizar fue cancelado porque apareció otra persona y firmó un contrato por cantidades mayores durante muchos años. —Miré a Anaya desesperada—. ¿Entiendes lo que quiero decir? Pueden venir tantos clientes como quieran. Si no tenemos nada más en stock, ¡todo esto no nos sirve para nada!

Anaya todavía estaba pensando en mis pedidos. —¿Quién hace algo así? ¿Comprarlo todo?

—No lo sé. —Señalé el folleto que Anaya aún tenía en la mano—. ¿Una cadena como *Ashfash*? —Tragué saliva—. Pero eso tampoco importa mucho. Nunca podremos competir contra ellos. Los clientes pueden abarrotar nuestra tienda y los estantes estarán vacíos. —Extendí los brazos—. Se acabó el sueño. Estamos acabadas.

—No te rindas tan rápido. —Anaya me miró severamente—. Para cada problema hay una solución. ¿Por qué no para este también?

—¿Qué solución puede ser? —pregunté desanimada.

—Pues tendremos que encontrarla. —Anaya se rascó la cabeza—. Primero voy a prepararnos un café. Se piensa mejor con café. Y entonces se nos ocurrirá algo. —Anaya se dirigió hacia atrás y me dejó sola en el mostrador de ventas.

Ding-dong.

Sonó el timbre de la puerta.

Clientes.

Será mejor que pongas una cara alegre, Colleen. Quien quiere renovar su vestuario y gastar dinero no tiene ganas de oír tus preocupaciones. Es como en la peluquería. La gente se queja sin cesar de sus penas, pero la mayoría no quiere oír nada sobre los problemas de la persona que les está cortando el pelo.

Un hombre pequeño con pelo alborotado y ojos pequeños entró en la boutique. A su estela llevaba una mujer delgada que le sacaba media cabeza y parecía extremadamente aburrida. ¿O estaba asustada? Normalmente podía valorar bastante bien el estado de ánimo de mis clientes. Con esta señora no. Parecía irreal. Como una muñeca.

—¿Quién es el jefe aquí? —El hombre pequeño de pelo alborotado se plantó delante de mí y puso los brazos en jarras.

—Buenos días. Soy Colleen. La dueña de esta boutique. —Este era justo el tipo de cliente que me faltaba hoy. Conocía esta clase de personas. Eran tacañas, gastaban el dinero a regañadientes y siempre tenían algo de qué quejarse. Suspiré internamente.

—Ayer compramos algo aquí. —Con un gesto autoritario, llamó a su amiga, que se había quedado medio paso detrás de él. Ella colocó tres bolsas sobre el mostrador.

Asentí. Según mi experiencia, lo mejor era dejar hablar primero a estas personas.

—La calidad deja absolutamente que desear —ladró el hombre. Con sus palabras, una gotita de saliva abandonó su boca y aterrizó en el mostrador blanco. Tuve que contenerme para no retroceder asqueada.

—¿Qué es exactamente lo que no está bien? —quise saber y eché un vistazo dentro de las bolsas—. ¿Hay manchas o agujeros? ¿Hilos sueltos? —Anaya y yo éramos meticulosas con la calidad de nuestros productos y revisábamos todas las prendas antes de que salieran de nuestro almacén. Sin embargo, no se podía evitar que en alguna prenda apareciera una mancha o un defecto después de la compra. No era gran cosa. En ese caso, aceptábamos la devolución y la enviábamos de vuelta al productor de la ropa.

—¡Mírelo usted misma! —bufó el hombre con desprecio.

Saqué varias blusas y faldas de las bolsas de papel. Evidentemente, el hombre y su amiga habían hecho una gran compra. Extendí las blusas sobre el mostrador. Al mismo tiempo, me asusté. En una blusa color crema había una enorme mancha roja. Rojo oscuro. Como si alguien hubiera vertido zumo de grosella sobre la blusa.

¡Así no la habíamos vendido!

¡Seguro que no!

—¡Esto es una desfachatez! —vociferó el hombre—. Que vendan algo así. Es una estafa en toda regla. Con sus precios.

Dios mío. ¿Qué podía decir ahora? Seguro que la mancha había aparecido después de la compra, pero difícilmente podía culpar al hombre y a su amiga por ello.

Regla número uno: El cliente siempre es el rey.

Regla número dos: El cliente siempre tiene razón.

—Eso... ¿no lo notó durante la prueba? —pregunté con cautela y extendí otra blusa sobre el mostrador. Esta blusa era negra. Y estaba cubierta de misteriosos granitos blancos. Nunca había visto algo así.

—No es nuestro trabajo examinar la ropa en busca de defectos —gruñó el hombre—. ¡Estamos aquí porque confiamos en ustedes en ese aspecto!

—Desde luego, lamento mucho esto. —Señalé con una mano las prendas extendidas ante mí. Pensé febrilmente. ¿Qué debía hacer? En este caso, seguro que no obtendría ningún reembolso del fabricante. Las prendas habían sido claramente manchadas por los clientes.

Saqué una tercera blusa de la bolsa. Estaba rasgada. Miré fijamente al hombre. ¿Acaso el pequeño calvo le había arrancado la blusa a su amiga con aspecto de muñeca? ¿Y luego ella se había puesto otra y la había manchado con zumo de grosella?

—¿Puedo ayudar en algo? —Anaya salió del almacén. Miró al cliente y a la mujer—. Oh, hola. Me alegro de veros de nuevo.

—A nosotros no —respondió el cliente con veneno—. Esta es la peor tienda en la que hemos estado jamás.

Anaya se colocó a mi lado y examinó las prendas. —¡Dios mío!, ¿cómo les ha pasado esto? —Miró al cliente con auténtica sorpresa.

—¿Que cómo nos ha pasado? —La calva del cliente se puso roja—. ¡Debería darle vergüenza! ¡Cómo pueden vendernos esta basura! ¡Queremos que nos devuelvan nuestro dinero! ¡Ahora mismo! ¡Por todo!

—La mercancía estaba en perfecto estado cuando la empaquetamos ayer —respondió Anaya con amabilidad pero firmeza.

Respiré aliviada y añadí: —Revisamos la ropa en nuestra sala de ventas regularmente. Por supuesto, no podemos garantizar que no se venda algo con una mancha. Pero esto... nos habría llamado la atención como muy tarde al empaquetarlo. Y entonces os lo habríamos indicado.

—¡Mentiras miserables! —siseó el hombre—. No solo mala calidad, sino también excusas estúpidas. Quiero mi dinero de vuelta. ¡Y de inmediato!

—Lamentablemente, eso no está previsto en estos casos —lamenté. La presencia de Anaya a mi lado me dio la fuerza necesaria para enfrentarme al tipo—. Solo aceptamos devoluciones de artículos que todavía están... bueno, en un estado aceptable.

—¡Ustedes no lo vendieron en estado aceptable, así que tienen que aceptarlo de vuelta! —Una verdadera lluvia de gotitas de saliva golpeó el mostrador—. ¡Tales prácticas comerciales son realmente lo

último! ¿Adónde vamos a parar? ¡Echar la culpa de los errores al cliente!

—Señor, yo... —comencé.

El hombre me interrumpió. —Queremos nuestro dinero inmediatamente. De lo contrario, esto tendrá consecuencias. Y además, unas que se han lavado bien. ¡Se lo puedo asegurar! Mi nombre es Wyatt Lyons y tengo excelentes contactos con todas las cadenas de televisión de Nueva York. Una de ellas me perteneció una vez. —Ante esta afirmación, el hombrecillo adoptó un aire de suficiencia.

—Y si no me devuelve el dinero inmediatamente, me aseguraré de que su comportamiento se haga público en todas partes. ¡En todas partes! TODOS en Nueva York sabrán lo que pasa aquí. NADIE más comprará aquí, nadie. —Me miró fijamente. El odio destellaba en sus ojos.

¿Qué problema tenía este tipo? Nunca antes lo había visto. No lo conocía. Y él... obviamente quería acabar conmigo.

—¡Dueñas de una boutique! —Resopló con desprecio—. Os conozco. De sobra. Hay que teneros a raya para que no hagáis tonterías. —Soltó una risa de cabra—. Dame nuestro dinero, pequeña. O no volverás a ser feliz en tu vida.

Me habría encantado someter al hombre a una de las llaves de estrangulamiento que aprendí en el curso de defensa personal en la academia deportiva de la policía. Pero esas técnicas no me ayudarían aquí. Esto era mucho más pérfido. Esto era... Era puro acoso. El tipo la tenía tomada conmigo por razones que me resultaban un misterio. ¿Porque era mujer y dueña de una boutique?

—En el futuro, de todos modos, solo compraremos en *Ashfash*. Afortunadamente, van a abrir una tienda justo al lado. Por fin una buena alternativa. —El hombre bufó.

—¿Alternativa? Si es la primera vez que viene usted aquí. No es como si perdiéramos un cliente habitual. —Este comentario ya no pude contenerlo. El cliente era el rey, pero eso no significaba que pudiera permitirse todo.

—Dame mi móvil —ordenó Wyatt Lyons a la mujer con aspecto de muñeca. Ella obedeció. Wyatt Lyons tomó su smartphone en la mano y lo apuntó hacia mí como si fuera un arma—. O abre la caja ahora mismo y nos da el dinero. En efectivo. O lo grabo todo y envío el clip inmediatamente a todas las cadenas de televisión de Nueva York. Y lo publico en internet.

Normalmente, me habría reído de tal amenaza. Pero ahora mi garganta se estrechaba. Cerré los ojos desesperadamente. Wyatt Lyons no sonaba como si estuviera bromeando. Incluso si lo de las cadenas de televisión era mentira, un vídeo en internet podría causar un gran daño.

La mala publicidad era realmente lo último que quería.

No podía permitirme más errores.

De lo contrario, perdería mi tienda.

Tragué saliva y abrí los ojos de nuevo. Luego asentí a Anaya. —Devuélvele el dinero. —Si iba a ceder, al menos no quería tocar los billetes y monedas que Wyatt Lyons pronto se embolsaría.

Anaya abrió la caja registradora. Hizo una mueca y señaló los cajones con los billetes y monedas. No había demasiadas reservas de efectivo. El transportista de dinero debía venir hoy, pero probablemente estaba atascado en el tráfico, como de costumbre. Normalmente esto no era un problema, ya que apenas algún cliente pagaba con efectivo.

Pero ahora observaba conteniendo la respiración cómo Anaya reunía la cantidad. Cuando entregó los billetes y monedas a través del mostrador, respiré aliviada. Imposible imaginar lo que hubiera pasado si nuestras reservas de efectivo no hubieran sido suficientes.

—Ay de ti si hay aunque sea un billete falso entre estos. —Otra gota de saliva golpeó el mostrador.

Miré al hombre perpleja. ¿Acaso siempre encontraba algo de qué quejarse? ¿Un pelo en la sopa?

Anaya cerró el cajón de la caja.

Wyatt Lyons nos miró fijamente. Nosotras devolvimos la mirada.

—¡Vamos! —ladró finalmente.

Luego abandonó la tienda con su amiga.

Por fin.

—Qué idiota —comentó Anaya. Luego recogió la ropa del mostrador y la llevó al almacén.

—Ya me encargo yo —le grité—. Tú has hecho todo aquí en los últimos días. Ve a tomarte un descanso ahora.

Anaya asomó la cabeza en la sala de ventas. —¿Segura?

—Sí, segura. —Necesitaba urgentemente estar sola. En mi cabeza todo daba vueltas. ¿De qué iba a vivir? Los siguientes pagos de mi préstamo vencerían pronto, pero probablemente no podría pagarlos. Sin mercancía, sin ventas, y lo que habíamos vendido... nos lo habían devuelto como... como harapos.

Ninguna tienda podía sobrevivir así.

Pronto tendría al banco pisándome los talones.

Entonces tendría que despedir a Anaya y hacerlo todo yo sola.

Pero tampoco así conseguiría más dinero.

¿Debería buscarme un trabajo extra?

Tonterías, Colleen, ¿de qué serviría eso? Un poco de dinero. Pero no mejoraría tu situación.

Necesitaba hablar urgentemente con alguien sobre este lío.

Pero, ¿con quién?

De repente pensé en Ashton.

¿Qué me aconsejaría él?

¡Colleen! Solo fue un hombre para una noche.

Anaya salió de la tienda y me saludó con la mano.

Nunca me había sentido tan sola.

Capítulo 12

Ashton

Esto va mejor de lo esperado.

Me encontraba en el edificio que habíamos adquirido recientemente e inspeccionaba el progreso de las obras que lo convertirían en una tienda *Ashfash*. En las plantas superiores ya se veían grandes avances, pero en las inferiores todo parecía todavía en fase de estructura y obra.

Fruncí el ceño. —Aquí tendremos que apretar el paso si queremos estar listos para la inauguración.

Tom, mi jefe de obra, hizo un gesto tranquilizador. —No te preocupes, Ashton. Aquí todo va según lo previsto. Para la fecha de inauguración todo brillará y resplandecerá. Nadie sospechará jamás que esto era una obra en construcción hasta hace poco.

—Hmm. —Estaba escéptico—. No me parece que todo esté tan organizado.

—No para un profano —sonrió Tom—. Pero no te preocupes. Todo tiene su lógica interna y va según lo previsto. Estamos justo en el calendario.

—¿Dónde está el plan? Quiero echarle un vistazo —exigí.

—Aquí. —Tom dio unos golpecitos al casco amarillo que llevaba en la cabeza y me sonrió.

—¿Todo existe solo en tu cabeza? —Lo miré fijamente. Tom trabajaba para mí desde hacía años y supervisaba las reformas de todas las tiendas *Ashfash*. De Nueva York a San Diego, de Seattle a Miami, todas nuestras tiendas llevaban la firma de Tom. Siempre conseguía sacar lo mejor de las diferentes condiciones estructurales. Por muy diferentes que fueran las circunstancias iniciales, al final todas las tiendas acababan pareciéndose. Puro *Ashfash*.

—Así ha sido durante años. —Tom volvió a sonreír—. ¿Nunca te has dado cuenta? —Tom sorbió por la nariz y se pasó el brazo por la cara —. Yo hago planes exclusivamente en mi cabeza. No importa lo grande o pequeña que sea la tienda. Hasta ahora siempre ha funcionado bien, ¿no?

Eso no podía negarlo. —¿Pero qué pasa si te sucede algo? ¿Quién sabrá entonces cómo continuar aquí?

—Vikram. —Tom señaló a un hombre delgado, de aspecto indio, que parecía estar dando algunas instrucciones a un grupo de trabajadores—. Él prácticamente vive en mi cabeza. —Tom volvió a sonreír.

—En el futuro, quiero que los planes estén debidamente documentados —ordené.

—A sus órdenes, capitán. —Tom saludó en broma—. No hay problema. Aunque entonces la fase de planificación se alargará y tendremos que empezar a construir más tarde. Documentación exhaustiva y rapidez no van de la mano.

—Seguro que lo conseguirás. —Di una palmada en el hombro a Tom —. Y si me disculpas ahora, tengo que seguir. En mi escritorio me esperan otros proyectos.

—Me lo imagino. —Tom asintió alegremente—. Estás disculpado, aquí nos apañamos sin ti.

Ojalá todos mis empleados tuvieran esa actitud. Cierto, Tom no documentaba todo correctamente. Pero hacía su trabajo concienzudamente, sus resultados eran excelentes y siempre solucionaba los problemas antes de que yo me enterara de que existían.

Salí a la calle frente a mi nueva tienda. ¿Qué más tenía que hacer hoy? Encontrar un nuevo jefe de compras. Implementar el plan de anoche: visitar algunas boutiques y encontrar a alguien que pudiera formar a mis empleados para conseguir mejores valoraciones y, finalmente, ganar el premio.

Colleen's.

El cartel prácticamente me saltó a la vista.

Pertenecía a una pequeña boutique situada justo al lado de mi nuevo edificio. Era exactamente el tipo de boutique que quería visitar. Examiné la tienda. Parecía ordenada y acogedora. Atractiva.

Pero la mayor atracción probablemente residía en su nombre.

Colleen's.

Colleen.

La mujer de las pecas y los ojos inusuales se llamaba Colleen.

Mi polla latió ligeramente en mis pantalones.

¡Ashton! ¿Has perdido el juicio al pensar precisamente en ELLA ahora? Sácatela de la cabeza. Fue un rollo de una noche. Era exactamente lo que querías y necesitabas. Nada más. No vas a involucrarte con nadie más, porque no quieres volver a vivir un drama como el de Lola.

A mi polla no le importaban esas palabras. Seguía latiendo.

En ese momento, la puerta de la tienda se abrió y salió una mujer de pelo oscuro. Parecía tan india como Vikram.

—Hasta luego —gritó por encima del hombro hacia la boutique y buscó en su pequeño bolso para sacar un smartphone.

Hasta luego.

Obviamente se trataba de una empleada de la boutique que se dirigía a su descanso para comer. Tal vez incluso fuera Colleen. ¿Por qué una mujer india no podía tener un nombre irlandés? Al fin y al cabo, también hay irlandesas con nombres indios.

¿Y por qué te estás liando con esos pensamientos? Incluso si Colleen todavía está en la boutique, difícilmente será la misma mujer que la de la feria. Mejor ponte a trabajar, Ashton.

Abrí la puerta de la boutique.

Ding dong.

Una campanilla anunció mi llegada.

—Hola. Enseguida estoy con usted. —Una voz melodiosa sonó desde la parte trasera de la boutique. Miré a mi alrededor. Junto a los probadores había una pequeña puerta entreabierta.

—No hay prisa —respondí con un gesto—. Simplemente echaré un vistazo. —Observé los percheros y estanterías que presentaban ropa de diferentes colores. Eran las mismas marcas que en *Ashfash*, pero todo parecía mucho más acogedor. ¿A qué se debía? ¿Estaban los colores mejor combinados? Fruncí el ceño. Desgraciadamente, no era el mejor en estas cosas. Para eso tenía a mis empleados. En cualquier caso, mi primera impresión era muy positiva. Quien trabajaba aquí seguramente sería adecuado para diseñar un concepto similar para *Ashfash*.

—Aquí estoy. —Una mujer apareció por la estrecha puerta junto a los probadores.

Me quedé mirándola fijamente.

La iluminación en esta boutique era más sutil que en *Ashfash*. Y sin embargo, no cabía duda. Ante mí estaba ella.

Colleen.

La mujer de la feria.

Con las pecas y los ojos que en este momento brillaban claramente con un color aguamarina. Sorprendida, abrió sus voluptuosos labios.

Mi polla latía con fuerza contra la cremallera de mis pantalones.

¿Qué hacía ella aquí?

¿Qué va a hacer aquí, Ashton? Se llama Colleen y estás en una tienda llamada Colleen's.

—Hola, Colleen —dije.

Colleen seguía mirándome en silencio.

—Es agradable volver a verte —añadí.

Colleen asintió. Todavía no podía articular palabra. Un ligero rubor cubrió sus mejillas.

Y en ese momento lo supe.

La contrataría.

Ella formaría a mis empleados.

Costara lo que costara.

Y mientras tanto...

Admítelo, Ashton. Simplemente quieres divertirte con ella una vez más. Una noche no fue suficiente. Has estado pensando en ella

desde que dejaste la habitación del hotel. En esos ojos, esa piel, esas pecas, ese cuerpo. En esa pasión. En esos gemidos. Quieres follártela de nuevo. Preferiblemente más de una vez.

¿Y qué?

¿Dónde estaría el problema?

Mientras tuviera cuidado de que no se convirtiera en una historia más íntima, todo estaría bien. Mis reglas decían que solo debía divertirme. No decían que no pudiera ocurrir dos veces con la misma persona.

Asentí satisfecho.

—¿Es tuya esta tienda? —comencé la conversación.

Colleen volvió a asentir. Se aclaró la garganta. —Yo... bueno... ¿Qué...? —No conseguía pronunciar una frase completa.

No pasa nada, nena. Entiendo que estés sorprendida.

Yo también lo estoy.

—Me alegro de verte aquí de nuevo. —Observé detenidamente a Colleen—. Desde nuestra noche he pensado en ti varias veces y me ha dado un poco de pena que nuestros caminos se separaran tan rápido aquella mañana.

Colleen se sonrojó. Excelente. Así que ella también había pensado en mí. Tragó saliva, pero no dijo nada.

Dirigí la conversación hacia otro tema. —¿Cómo va la boutique? ¿Pudiste cerrar algunos buenos acuerdos en la feria? ¿Conseguiste lo que buscabas? ¿Aunque no fuera con *Johnny's*? —Sonreí a Colleen para animarla.

Entonces estalló. —No. Fue un absoluto desastre. Un auténtico fiasco. ¡No conseguí nada, en ninguna parte! Incluso *Holly G* anuló mi pedido. He vuelto a casa con las manos vacías y pronto no sabré qué vender a los clientes ni cómo pagar mi crédito. Yo... —Desesperada, Colleen se retorcía las manos. Sus ojos parecían húmedos.

Me acerqué al mostrador y cogí un pañuelo de la gran caja que había allí. —Toma. —Le ofrecí el pañuelo a Colleen.

—Gracias —sollozó y cogió el Kleenex. Sus dedos rozaron ligeramente mi mano. Mi polla latió.

Colleen se sonó la nariz. Luego me miró. —Pero no debería... No debería contarte toda mi historia. Seguro que no te interesa lo más mínimo. —Insegura, miró al suelo. Estaba tan cerca de mí que un leve movimiento de mi mano habría bastado para acariciar sus pecas. Recorrer sus pómulos. Para pasar el pulgar por sus voluptuosos labios y luego, cuando los abriera...

¡Ashton!

—No soy un cliente —dije entonces.

—¿No? ¿Entonces qué haces aquí? —Colleen me miró. Con ojos verdes. Maldita sea. En cuanto miraba esos ojos, no quería otra cosa que...

—Estoy abriendo una nueva tienda al lado —respondí—. *Ashfash*. Mi nombre es Ashton Jones.

—¿Ashton Jones? —Colleen me miró atónita. Retrocedió como si algo la hubiera mordido—. ¿TÚ eres Ashton Jones? ¿TÚ estás abriendo la tienda de al lado? —Retrocedió otro paso—. Te estoy contando todas mis penas y TÚ... TÚ eres el que... —Colleen tomó aire—. Quizá fuiste TÚ quien hizo todos esos pedidos en la feria. Para hundirme. ¡Exclusivamente con ese objetivo! Y encima me has... —Colleen no continuó.

Negué con la cabeza. Lo que pensaba Colleen era más que comprensible. Cualquiera habría llegado a esas conclusiones.

Pero eran erróneas.

—¿Por qué iba a querer hundirte? Te vi por primera vez en la feria y te ayudé. ¿No lo recuerdas? Te envié al stand de *Holly G*. —Sonreí a Colleen.

—Sí. —Colleen asintió. Luego respiró hondo—. Pero quién me dice... quién me dice que no quieres arruinarme todavía. ¿Que no me vas a arruinar? Estás abriendo esa gran tienda. No puedo competir con vuestros precios y ofertas. —Negó con la cabeza desesperada.

—Ya brindamos una vez por ser buenos vecinos, porque por fuerza nos encontramos uno al lado del otro... —Reflexioné—. Bueno, digamos, porque nos encontramos uno al lado del otro sin haberlo planeado. Como aquí. —Hice un gesto que pretendía abarcar la tienda de Colleen y el edificio de *Ashfash*—. Estoy aquí porque quiero hacerlo una segunda vez. Porque me divertí mucho. —Miré profundamente a los ojos de Colleen.

Muy profundamente.

Colleen se sonrojó. —¿Qué... qué quieres decir?

—Nuestras tiendas pueden beneficiarse mutuamente. Quien compra en una cadena como *Ashfash*, seguramente también quiere comprar algo en una boutique. Simplemente porque es una sensación completamente diferente recibir asesoramiento en una tienda pequeña, donde el cliente es el centro de atención. No nos veo como competidores. Más bien pienso que deberíamos cooperar y juntos podemos lograr más. —Sonreí a Colleen.

Los ojos color aguamarina brillaron. —Sobre el papel suena bien. Muy bien, de hecho. Pero no sé qué pensar. Tales promesas pueden resultar vacías y huecas. A más tardar cuando te des cuenta de que la tienda podría funcionar mejor de lo que piensas, te olvidarás de lo que me acabas de decir. Y además, ¿a qué te refieres concretamente? No me vas a decir que vas a enviarme clientes, ¿verdad? —Colleen levantó la barbilla.

Con esa expresión decidida me gustaba aún más.

Una faceta que no conocía de ella.

¡Ashton!

Sonreí. —Bien, entonces vamos a concretar. Busquemos algo que nos beneficie a ambos. Según veo, necesitas urgentemente mercancía y dinero para tu crédito.

Colleen asintió. De nuevo, una expresión de desesperación cruzó su rostro, pero desapareció al instante. No quería que me diera cuenta de su situación.

Entonces le haría el favor de ignorarlo.

Continué: —Y yo necesito urgentemente a alguien que forme a mis empleados. Quiero ganar el *USA Fashion Store Award*.

Colleen asintió. —Lo conozco. —Frunció el ceño—. ¿No es *Doyle's Clothing* quien va en cabeza?

Cerré los puños.

Doyle's Clothing.

Mi más duro rival.

—Lo son —respondí con la voz más calmada que pude—. Y precisamente por eso, aquí va mi oferta. Te pagaré 50.000 dólares. —Esta cifra se me acababa de ocurrir. Era solo el 5% de lo que Ryder Lennon había pedido como salario.

Una minucia.

Y el *USA Fashion Store Award* no tenía precio.

Si Colleen aceptaba y yo ganaba el premio...

—¿Qué tengo que hacer a cambio? —quiso saber Colleen. Sus ojos se habían agrandado cuando mencioné la cifra.

—Formarás a mis empleados. Les explicarás cómo funciona el asesoramiento en una pequeña boutique. Cómo mostrarle al cliente que es el rey. Él y nadie más. —Asentí hacia Colleen.

—¿Para que los clientes vayan a ti en vez de a mí? —Los ojos color aguamarina me miraban escépticos.

—Para que vengan a NOSOTROS —corregí—. Los clientes quieren un buen asesoramiento, sin importar dónde. Y algunos... quieren comprar en una tienda grande. Otros valoran más un ambiente individualizado. —Hice un gesto que abarcaba toda la tienda de Colleen.

—Es cierto. —Colleen asintió.

—Además, te ayudaré a conseguir mercancía para tu boutique —anuncié—. Con un nombre como *Ashfash* respaldándote, es considerablemente más fácil.

Los ojos de Colleen se agrandaron aún más. —Suena bien —dijo vacilante.

—Eso pensaba yo. —Sonreí a Colleen.

—Y luego... brindaremos otra vez por ser buenos vecinos. O incluso dos veces. —Con este anuncio, di un paso hacia Colleen. Hasta que nuestros cuerpos casi se tocaban. Las mejillas de Colleen se sonrojaron un poco.

Mi polla latía.

—Solo un poco de diversión. Nada para siempre —susurré en su oído.

Colleen me miró. Luego se mordió los labios y los humedeció ligeramente con la lengua.

Maldita sea, ¿quería provocarme? ¿Tenía idea de lo sexy que estaba? ¿Tendría ganas de brindar de nuevo por la buena vecindad esta misma noche? Mi polla latía tan fuerte en mis pantalones que apenas era soportable. Y eso que no hacía tanto tiempo que me había follado a Colleen en la gran cama del hotel en Boston.

—Yo... tengo que pensármelo. —Colleen retrocedió un paso.

¿Qué?

¿Tenía que pensárselo?

¿Qué significaba eso?

¿Quería tomarme el pelo?

Primero me provoca, y de manera inequívoca, ¿y luego se echa atrás y se hace la fría?

Y además, ¿acaso mi oferta no era lo bastante buena?

¿Qué había que pensar, maldita sea?

—Déjame tu número de teléfono. Te llamaré y te daré una respuesta. —Colleen fijó la mirada en las puntas de sus zapatos. Su expresión era impenetrable.

Apreté los puños.

Tenía que aceptar mi oferta.

Simplemente tenía que hacerlo.

Capítulo 13

Colleen

Paseaba por el sendero de grava disfrutando de los últimos rayos del sol veraniego de Nueva York en mi rostro. Sobre mí se arqueaban altos árboles. Los pájaros trinaban y silbaban ruidosamente. Si cerraba los ojos e ignoraba los ruidos de fondo, podría haber creído fácilmente que estaba en algún lugar del campo.

Una tarde perfecta.

Contemplé las rosas que florecían a ambos lados del camino en todos los colores.

Rosas.

Las flores del amor.

Precisamente.

Lo había vuelto a ver. Ashton simplemente entró en mi boutique como si fuera lo más normal del mundo que apareciera allí y nos

volviéramos a ver. Ni siquiera se mostró especialmente sorprendido. Pero a mí su aparición me desconcertó por completo.

¿Cómo había llegado a mi boutique? ¿Acaso había averiguado mi nombre? ¿De la feria? Pero allí ni siquiera me había registrado, solo había comprado una entrada normal de visitante. ¿Del hotel? Eso tampoco podía ser. Mi dirección profesional no estaba registrada allí. Además, los hoteles nunca revelan los datos de sus huéspedes. La mayoría de las veces ni siquiera informan sobre quién se aloja allí o no. Para obtener ese tipo de información, uno tendría que trabajar en la policía. O en alguna otra autoridad.

No, Ashton debía de haberme encontrado de manera totalmente casual. Igual que nos habíamos encontrado casualmente en la habitación del hotel. Al pensar en aquella noche, mi piel hormigueó ligeramente.

Contemplé una rosa de color rojo intenso cuyos pétalos ya comenzaban a curvarse hacia fuera. No pasaría mucho tiempo antes de que se marchitara. Caería en el sueño invernal. Y luego volvería a florecer en la próxima primavera.

—¡Colleen! —Una voz llamó mi nombre.

Me di la vuelta. —¡Sienna! —Qué casualidad encontrarme con mi vecina justo aquí. Central Park era enorme y tampoco vivíamos a la vuelta de la esquina.

Ya es la segunda casualidad hoy, Colleen.

—Qué casualidad —Sienna me sonrió radiante—. ¿Te has tomado la tarde libre?

—Sí. Necesito pensar y quería tomar un poco de aire fresco. Un entorno diferente —Hice un gesto con la mano que abarcaba todo el parque. Las praderas, los árboles, los arbustos y las flores.

—Es el mejor lugar de Nueva York —sonrió Sienna—. A mí también me encanta venir aquí. Ahora tengo que ir al metro, desgraciadamente. Necesito llegar a casa con urgencia. Si no, llegaré tarde al trabajo —me observó—. Más tarde tienes que contarme sin falta cómo fue la feria. ¿Conociste a gente interesante?

Sentí cómo el rubor subía a mi rostro ante esta pregunta. —Yo...

Sienna me miró atentamente.

—Conocí a un hombre y pasé la noche con él. Y hoy ha aparecido de nuevo en mi boutique —solté de golpe. Mis labios hormiguearon al pronunciar estas palabras.

¡Colleen! ¿Cómo se te ocurre contarle todo esto a Sienna así sin más? Seguro que no le interesa en absoluto. Es una vecina que te ayudó una vez. Ni más ni menos.

—¡Eso suena maravilloso! —Sienna me miró radiante.

—Sí, pero... —Simplemente no sabía cómo explicar lo que había ocurrido esta mañana en mi boutique. Sonaba demasiado increíble. ¿Cuándo recibe una una oferta así?

—¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! —Una voz estridente graznó estas palabras. ¿Graznó? ¡Sí! —¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! —La voz parecía venir de los árboles.

Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Qué es eso? —se rió Sienna divertida.

—¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado!

—Eso no suena en absoluto como una persona —comenté sorprendida.

—En cualquier caso, es el comentario perfecto para ti. Quizás has encontrado al hombre adecuado —Sienna me sonrió con picardía—. Si ya viene a tu boutique para encontrarte.

—Fue solo casualidad —respondí—. No es el príncipe de cuento que me ha buscado atravesando setos de espinas. Nos volvimos a ver por casualidad porque va a abrir una tienda al lado.

—¿Y qué pasó entonces, cuando os volvisteis a ver? —quiso saber Sienna.

—¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! —Un pájaro revoloteó desde uno de los árboles y aterrizó justo delante de nuestros pies en el camino.

—¡Un loro! —se asombró Sienna.

El pájaro nos miró con sus ojos negros como botones y arrulló suavemente.

—¿Y tú quién eres? —Me incliné con cuidado. No quería asustar al pájaro. De lo contrario, volaría tan rápido como había llegado. Aquí en Central Park no había loros. O mejor dicho: en Nueva York no

había loros. Al menos no en libertad. Este compañero gris debía de habérsele escapado a alguien.

—Coco —El loro ladeó la cabeza y nos miró.

—¿Te llamas Coco? —Me arrodillé ante el loro. Luego miré hacia Sienna—. Nos está diciendo su nombre.

—Coco —confirmó el loro.

—¿Y dónde vives? —quise saber.

¡Colleen! Es un loro. No un niño que sabe su dirección y al que puedes llevar a casa. Los loros son inteligentes, pero NO TAN inteligentes.

—Vivir —graznó Coco y saltó a mi antebrazo. Me sorprendió. Un loro confiado. Era más pesado de lo que esperaba. Examiné las garras de Coco. La verdad es que no sabía mucho de pájaros. ¿No se podían poner anillos en las patas para identificarlos y devolverlos a sus dueños?

Este loro, sin embargo, no tenía nada de eso.

—Creo que acabas de adoptar un loro —sonrió Sienna.

Coco saltó a mi hombro y mordisqueó con cuidado el lóbulo de mi oreja.

—¿Qué debo hacer? —Miré a Sienna desconcertada.

Sienna se rascó la cabeza. —Lo mejor será que nos lo llevemos a casa, ¿no? No puede quedarse aquí, este no es su lugar. Seguro que alguien lo echa de menos, ¿no?

—¿Y dónde se denuncia la desaparición de animales? —Realmente no tenía ni idea de qué era lo mejor que se podía hacer ahora.

—¿En internet? —Sienna no sabía más que yo.

—¡Coco! —me dirigí al loro—. Tengo aquí una pequeña bolsa de tela. ¿Qué te parece si saltas aquí dentro y vienes a casa con nosotras? —Quería transportar al loro con seguridad, de manera que se sintiera cómodo y no volviera a escaparse cuando cogiéramos el metro.

Coco me miró de lado y luego saltó a la bolsa.

—Te entiende —se asombró Sienna.

—Eso parece —Cerré la bolsa un poco, justo lo suficiente para que Coco pudiera mirar hacia fuera y respirar, pero que le fuera imposible volar.

Los tres nos dirigimos hacia la salida.

—¿Y qué pasa con ese hombre? —Sienna me miró.

Ashton. Coco había ofrecido una distracción bienvenida del tema que me había estado preocupando todo el tiempo.

—Nos conocimos en el hotel y bueno... —Volví a ponerme roja. No le iba a contar toda la historia a Sienna ahora. No había tiempo y quizás tampoco la conocía lo suficientemente bien para eso. Y

algunas historias... bueno, algunas historias no se las cuentas a nadie. Simplemente quedan entre las dos personas que las vivieron.

—Oye, está todo bien —Sienna se detuvo un momento y me puso una mano en el brazo—. Ya no estamos en el siglo XIX. Hoy en día ninguna mujer tiene que avergonzarse por divertirse un poco. Todas tenemos derecho a eso.

—Es cierto. Eso... eso no es —Al menos creía que no era eso.

—¿Entonces? ¿Es porque el tipo ha vuelto a aparecer hoy en tu boutique? ¿Qué te ha dicho? ¿Ha actuado como si nunca os hubierais visto? ¿Como... ghosting, pero peor? —Sienna me miró horrorizada—. Dios mío, Colleen, lo siento muchísimo, yo...

—No, no —Hice un gesto de rechazo—. No es eso. Se acordaba de mí y él... bueno él... —Respiré hondo—. Me propuso trabajar para él y que nos viéramos un par de veces y...

—¿Trabajar para él? —me interrumpió Sienna—. No entiendo nada. Pero si ya tienes un trabajo. Tienes tu propia tienda. ¿Por qué deberías trabajar para él?

—Bueno, tengo algunos problemas en este momento. No consigo mercancía. Tampoco pude comprar nada en la feria —Informé a Sienna en pocas frases de lo que había ocurrido en los últimos días. Luego extendí las manos—. Si no consigo mercancía, pronto no sabré cómo pagar mi crédito. La boutique ha ido muy bien en los últimos meses, pero no tengo grandes ahorros. No he podido guardar nada.

Sienna asintió pensativa. —¿Y el tipo paga bien? ¿Qué tienes que hacer allí exactamente?

—Paga mejor de lo que jamás hubiera creído posible. Si acepto la oferta, ya no tendré preocupaciones. El pago del crédito estaría asegurado —Tragué saliva—. Entonces podría volver a dormir bien. Quiero pagar mis cuotas según lo previsto. Una de mis amigas fue acosada una vez por un prestamista y realmente no necesito eso — Estremeciéndome, pensé en el tipo robusto con mal aliento que le había hecho la vida imposible a Elaina entonces.

—¿Y qué tipo de tienda tiene ese hombre? —quiso saber Sienna.

—Es el jefe de *Ashfash* —Bajé la mirada hacia mi bolsa. Coco levantó la cabeza y me miró con sus ojos negros como botones. Emitió un suave arrullo, pero parecía sentirse muy a gusto en su sitio. Le acaricié suavemente la cabeza. ¿Cuántos años tendría? Los loros podían llegar a ser muy viejos.

—¿El jefe de *Ashfash*? —La voz de Sienna sonaba completamente atónita—. ¿DE *Ashfash*?

—Exacto —Asentí.

—¡Eso es genial! —Sienna se rió—. ¡Vaya, qué oportunidad para ti! Piensa solo en las impresiones que recibirás allí. Nuevos impulsos estupendos para tu tienda. Y encima te pagan por ello.

—Sí. Y también quiere ayudarme con mis pedidos. De alguna manera para que pueda obtener mercancía a través de él —Volví a acariciar a Coco.

—¡Eso es estupendo! ¿Y por qué dudas entonces? ¿Qué te ha hecho reflexionar? ¿Es que... no es tan genial como pensabas la primera noche? —Sienna se detuvo de nuevo y me miró inquisitivamente.

—Sí, lo es —Me sonrojé de nuevo—. Es... él ha dejado claro que nosotros... bueno que él... —Simplemente no encontraba las palabras adecuadas. De la boca de Ashton todo había sonado muy sencillo. *Brindar por la buena vecindad*.

Pero ¿cómo explicárselo a Sienna? No le había contado toda la historia del hotel.

Sienna me entendió de todas formas. —Ah, ya —Se rió con indulgencia—. ¿Y qué?

Respiré hondo. —No creo que vaya en serio. Quiero decir, supongo que busca un poco de diversión y nada para siempre —Mientras pronunciaba estas palabras, sentí calor y mi piel comenzó a hormiguear como si Ashton estuviera a mi lado y no sentado en su oficina, donde probablemente tenía muchas cosas importantes que hacer y no perdía más tiempo pensando en mí.

—¿Y qué? —Sienna se encogió de hombros—. No tienes que casarte con él ahora mismo, Colleen. Te divertiste en Boston, ahora te diviertes un poco más aquí.

De la boca de Sienna todo sonaba muy sencillo.

¿Era así de sencillo?

Casi habíamos llegado a la estación de metro. A nuestro alrededor se arremolinaba ahora mucha más gente que en el centro de Central Park. Coco arrullaba y graznaba en la bolsa. Le acaricié la cabecita para tranquilizarlo. —Ahora vamos a casa y luego... luego ya veremos —Estas palabras también me las podría haber dicho a mí misma.

—¿Qué es eso? —Un hombre se interpuso en mi camino.

Levanté la vista.

Esto no.

Ante nosotras estaba Theo, nuestro casero. Señaló la bolsa. Mi mano todavía descansaba sobre la cabecita de Coco.

—¿Qué bicho has recogido ahí? —Theo me miró fijamente—. ¿Te das cuenta de que no puedes tener animales en el piso?

—Los pájaros no están prohibidos en ningún sitio —Sienna negó con la cabeza—. Lo leí con detalle antes de mudarme.

Theo resopló indignado. —Me importa un bledo. Las grabaciones con móvil sin consentimiento también están prohibidas y eso te dio absolutamente igual —Theo volvió a resoplar—. YO soy vuestro casero y si digo que no quiero pájaros que caguen por todo el piso, así es.

—Los pájaros son muy limpios. Algunos humanos podrían aprender algo de ellos —Las palabras salieron de mí antes de que pudiera pensar si era prudente pronunciarlas.

Theo se puso rojo. —¡Ten cuidado con lo que dices! ¡Ten mucho cuidado! O te verás en la calle más rápido de lo que te gustaría.

—Idiota —El comentario graznado vino de mi bolsa. Coco había dado en el clavo.

Sienna soltó una risita.

Y yo me uní a ella.

La cara de Theo se puso aún más roja. —Si encuentro a ese bicho en tu piso, le retorceré el pescuezo —amenazó antes de desaparecer.

Le seguí con la mirada.

Coco lo había conseguido.

Había hecho callar a Theo.

Pensativa, acaricié la cabecita del loro. —Eres realmente un chico listo —le elogié—. Si ahora pudieras decirme también si debo aceptar la oferta, me habrías ayudado a dar un gran paso adelante.

—¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! ¡Hombre adecuado! —Coco graznó de nuevo sus palabras favoritas.

Sienna volvió a soltar una risita. —Bueno, eso es un poco exagerado, Coco —Luego me miró—. Pero no es tan inadecuado, ¿verdad? Así que, ¿por qué no aceptar? Cuida tu corazón, eso es todo lo que te aconsejo.

Cuida tu corazón.

—Hoy en día nadie se enamora al instante. Eso está simplemente pasado de moda —añadió Sienna.

—Seguro —Asentí para mostrar que de ninguna manera existía el peligro de que me enamorara.

El corazón, que no quería regalar, latía salvajemente en mi pecho.

Capítulo 14

Colleen

Sí.

No.

Sí.

No.

De camino al trabajo, escuchaba mis pasos. Mi cuerpo parecía hablarme.

Sí.

No.

Sí.

No.

Siempre era el mismo ritmo. En cuanto ponía el pie izquierdo sobre el asfalto, mi cabeza decía "Sí". Sí, definitivamente debería aceptar la oferta de Ashton. Era la mejor oferta que me habían hecho jamás y solo tenía ventajas. Me libraría de todas mis preocupaciones de golpe. Tendría suficiente dinero, recibiría mercancía y, además, aprendería muchísimo. Sí, realmente debería aceptar la oferta. Tal como lo había hablado ayer con Sienna.

Luego, al poner el pie derecho en la acera, en mi cabeza resonaba un fuerte "No". Era tan fuerte que me retumbaba en los oídos y parecía hacer eco en todo mi cuerpo. No, no, no. Esta oferta era realmente lo último que necesitaba en mi vida. No me traería más que problemas. Con solo pensar en Ashton, mi piel hormigueaba. Mi centro. Mis pechos. Todo mi cuerpo. Estaba claro lo que ocurriría en cuanto estuviéramos juntos en una habitación. Yo QUERRÍA que eso ocurriera. Que se repitiera la noche del hotel.

¿Pero era solo eso?

No lo era.

En realidad, Colleen, lo que quieres es que Ashton sea el hombre adecuado. Que sea para ti exactamente lo que ese loro afirma. Coco, como se hace llamar, ha leído en tus ojos tu deseo secreto.

¿Estaba enamorada?

Hoy en día nadie se enamora al instante. Eso está totalmente pasado de moda.

Las palabras de Sienna.

Sí.

No.

Sí.

No.

Después de cuatro pasos más, había llegado a la boutique. Y mentalmente no había avanzado ni un paso. ¿Qué le aconsejaría a mi mejor amiga en una situación así?

De repente, pensé en mi amiga y antigua vecina Elaina. Ella había estado en una situación exactamente igual. Una noche había acabado en la cama con su ex y a la mañana siguiente descubrió que él era su nuevo jefe. ¿Y qué había hecho yo? Le aconsejé que se arriesgara. Que no renunciara al trabajo. Que no se enamorara y que simplemente se divirtiera un poco. Exactamente lo que Sienna me había aconsejado ahora.

Me reí irónicamente. Por primera vez podía entender cómo se había sentido Elaina en aquel momento. Ella siguió mi consejo y continuó con su trabajo. Y al final todo se arregló para mejor: Elaina y su entonces jefe Tanner ahora estaban casados y eran padres orgullosos.

Algo así ocurre en la vida real solo una vez entre un millón de casos, Colleen. Por lo demás, eso pertenece a las películas de Hollywood.

Esto no era una película de Hollywood. Estaba en medio de Nueva York, en una acera frente a mi propia tienda y no sabía qué hacer.

Cada opción parecía incorrecta.

Y al mismo tiempo, cada opción parecía correcta.

Lo mejor sería distraerme y sumergirme en el trabajo. Saqué mi llavero del bolso y abrí la puerta de la boutique. A Anaya le había dado la mañana libre hoy. Durante mi ausencia realmente había hecho mucho y se merecía descansar.

Ding dong.

La campanilla me dio la bienvenida cuando entré en la tienda vacía. Rápidamente fui a la parte de atrás y desactivé la alarma. Luego dejé mi bolso.

¿Y ahora?

Quería distraerme con el trabajo, pero tenía que enfrentarme a la dura realidad: en este momento no había nada que pudiera hacer aquí. No esperaba nueva mercancía. Claro, podría llamar otra vez a los productores que había elegido y pedirles que aceptaran mi pedido.

Me rechazarían en todas partes, como hasta ahora.

¿Pero qué más podía hacer?

¿Esperar aquí hasta que llegara la primera clienta?

Los estantes estaban impecablemente ordenados, pues cada noche después del cierre, Anaya y yo lo dejábamos todo en orden para estar listas para nuevas clientas al día siguiente. Colocábamos todo ordenadamente en su lugar, barríamos y fregábamos el suelo y hacíamos caja. Luego revisábamos toda la tienda una vez más. ¿Se había olvidado alguien algo? ¿Los probadores estaban en condiciones para que una clienta se sintiera cómoda y pudiera mirarse con gusto en el espejo con la ropa nueva?

Todo estaba listo, como siempre.

No había nada que hacer.

Absolutamente nada.

Incluso ya habíamos terminado la contabilidad del mes pasado. Pasé la mano por la caja registradora. Pero no había ni una mota de polvo.

Suspiré y volví hacia el almacén. Mis pasos resonaban por el suelo de la boutique.

Sí.

No.

Sí.

No.

¡Si Ashton solo no... si solo no se viera como se ve! Entonces podría decir "Sí" sin pensarlo. ¿Pero así?

Trabajaría para él y entonces nosotros... y al final me quedaría sola. Como después de la noche en el hotel.

¡Eso no me haría ningún bien!

Y sin embargo, una parte de mí quería decir "Sí". Más que cualquier otra cosa.

Ding dong.

El sonido de la campanilla de la tienda me hizo girar. Entrecerré los ojos porque alguna luz me deslumbraba.

¿El sol? Hoy era otro día de finales de verano como sacado de un cuento. Pero normalmente el sol no llegaba hasta aquí abajo, al menos no con tal resplandor. Esto era Nueva York. A mi alrededor había rascacielos sobre rascacielos. La luz se movía. Algún vehículo en la calle debía estar causándola.

Pestañeé y vi la silueta de un hombre.

—Vaya forma de recibir a sus visitantes —gruñó—. No es de extrañar que la tienda esté completamente vacía, si como visitante ni siquiera se escucha un "buenos días".

Suspiré de nuevo, pero esta vez con resignación. Reconocí la voz al instante. Este visitante era justo lo que me faltaba. Hoy no me libraba de nada.

No importa, Colleen. Míralo por el lado positivo: al menos te distraerá de tus pensamientos.

—Sr. Warden —dije con marcada cortesía—. Qué placer que me honre con su visita —mentí.

El Sr. Warden carraspeó.

—Como arrendador, es mi derecho, incluso mi deber, venir de vez en cuando a ver que todo esté en orden.

—Por supuesto que lo es —asentí—. Yo en su lugar haría lo mismo. Todo el mundo quiere saber que los demás tratan bien sus propiedades. Que todo tiene buen aspecto y que no se ha dañado nada. —Asentí con firmeza. Si mostraba la mayor comprensión posible, con suerte me libraría del Sr. Warden lo más rápido posible.

Cuando alquilé la tienda, todo transcurrió con normalidad. El Sr. Warden y yo nos habíamos reunido aquí varias veces. Inspeccioné la tienda a fondo, elaboré una lista de trabajos de renovación necesarios y obtuve un peritaje. El Sr. Warden había insistido en que yo asumiera los costes de las obras de renovación. Al fin y al cabo, no sabía cuánto tiempo me quedaría aquí. Si yo también invertía en el edificio, quizá no me iría inmediatamente, como la tienda gótica y el estudio de tatuajes que habían estado en este local antes que yo.

Al principio protesté, pero en el fondo entendía el argumento del Sr. Warden. Al final llegamos a un acuerdo y pagué gran parte de las obras de renovación. Por eso tenía que devolver un préstamo tan alto.

Pero a cambio la tienda tiene el mejor aspecto, Colleen. Nadie podría hacerlo mejor que tú.

—Además, tengo otro asunto personal. —El Sr. Warden torció el gesto. ¿Estaba sonriendo? ¿O estaba asqueado? Con cualquier persona podría haber distinguido fácilmente la diferencia. Pero no con el Sr. Warden.

—¿Un asunto personal? —repetí interrogante. ¿Qué quería este tipo? ¿Vestirse con ropa nueva? ¿O tenía una nueva novia a la que quería vestir o sorprender con un regalo? Nunca hubiera imaginado algo así de este hombre.

Ten cuidado, Colleen. No sea que tengas aquí a un segundo Wyatt Lyons.

Miré con desconfianza al Sr. Warden.

—El valor del edificio ha aumentado considerablemente en los últimos meses. He renovado las instalaciones eléctricas. Y aquí en la boutique también se han realizado algunos trabajos. —El Sr. Warden entrecerró sus ojos gris guijarro y giró la cabeza de izquierda a derecha, como si quisiera comprobar exactamente dónde se habían realizado los trabajos.

—Sí, hicimos bastante antes de celebrar la inauguración. —¿A dónde quería llegar este tipo?

—Por lo tanto, es hora de aumentar el alquiler. A partir del próximo mes me pagará un 20% más. —El Sr. Warden sacó un sobre blanco sin dirección del bolsillo de su chaqueta y me lo tendió.

—¿Cómo dice? —exclamé. Seguramente no había oído bien. ¡Eso no podía ser! NO PODÍA ser, porque no podía permitírmelo.

—A partir del próximo mes su alquiler aumenta un 20% —repitió el Sr. Warden algo más alto que antes—. El valor del edificio ha aumentado, aquí se han realizado muchos trabajos. Es lógico que la haga partícipe de los costes.

—¡Los trabajos los he realizado y pagado YO en gran parte. ¡Eso lo acordamos cuando firmamos el contrato de alquiler! —Miré indignada al Sr. Warden. ¿El hombrecillo rechoncho de ojos gris guijarro quería aumentarme el alquiler porque el edificio había aumentado de valor? ¿Y había aumentado de valor porque YO había encargado y pagado obras? ¡El tipo quería enriquecerse a mi costa!

El Sr. Warden solo se encogió de hombros.

—Acordado, sí. Pero usted no estaba obligada de ninguna manera a realizar realmente las obras. Todo lo hizo completamente voluntario.

Miré al hombre boquiabierta. Nunca había vivido algo así.

—Tengo que pensar en mí y en mi futuro. —El Sr. Warden dio un paso hacia mí—. Aquí está la notificación oficial. —Me tendió el sobre.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No lo voy a aceptar así —dije con una voz que a mí misma me sorprendió.

Colleen, ten cuidado. Claro que no quieres aceptarlo. ¿Pero tienes otra opción? No quieres buscar un nuevo local. No puedes permitírtelo. Todo tu dinero está invertido aquí. Estás atada a esta tienda y el Sr. Warden lo sabe perfectamente. Está aprovechándose descaradamente de tu situación.

El Sr. Warden soltó una risa como un balido.

—¿No aceptarlo? Me temo que no tiene elección. TENDRÁ que aceptarlo.

Ya no sabía qué decir y me enfadé conmigo misma una vez más. Otras mujeres eran mucho más ingeniosas en estas situaciones. Pero yo solo me sentía segura y confiada cuando no tenía nada que perder.

El Sr. Warden acercó su cara a la mía. La mirada en sus ojos gris guijarro era de alguna manera... acechante. Desagradable. Fría.

Muy diferente a la mirada de Ashton.

¡Colleen! Este no es realmente el momento de pensar en Ashton.

—Si no pagas, te rescindiré el contrato de alquiler. Así de simple —siseó el Sr. Warden mostrando los dientes.

Me eché hacia atrás.

¿Rescindir?

—Eso... eso no puede hacerlo —tartamudeé. ¿Rescindir? ¿Y por qué de repente este repugnante tipo me tuteaba?

El Sr. Warden soltó de nuevo su risa balante.

—Claro que puedo. Soy tu arrendador, chica. Si aún no has entendido que aquí dentro puedo hacer todo lo que quiera, entonces es hora de que te lo enseñe. —El Sr. Warden puso una mano sobre mi brazo—. ¿Quieres que te dé unas clases particulares? ¿Esta noche? Si eres buena y colaboras, quizá me replantee lo del aumento del alquiler. Pero solo quizá. —El Sr. Warden sonrió diabólicamente. Por primera vez vi que tenía un colmillo prominente. Me recordó a Drácula.

Un vampiro.

Una persona que quería chuparme la sangre.

Acabar conmigo.

Aparté mi brazo de la mano del Sr. Warden.

—No voy a salir con usted —respondí con energía. Luego cogí la carta del Sr. Warden—. Por la presente tomo nota del aumento del alquiler. Tendrá noticias mías.

De estas palabras estaba realmente orgullosa.

—¿Noticias? —El Sr. Warden me miró fríamente—. No te creas mejor de lo que eres, cariño. O bien tengo el dinero en mi cuenta el día uno, hasta el último céntimo, o TÚ tendrás noticias mías. Y entonces... —El colmillo del Sr. Warden relució—. Entonces me suplicarás que te deje salir conmigo. —El Sr. Warden soltó otra risa balante.

Seguro que no.

Las palabras estaban en la punta de mi lengua, pero logré contenerme.

Ding dong.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo.

—Hola Colleen. Oh, buenos días Sr. Warden. No esperaba verle aquí. —Anaya nos sonrió radiante.

—Ya me iba a casa. —El Sr. Warden se dio la vuelta y salió de *Colleen's* sin decir una palabra más.

Ding dong.

Me quedé mirándole.

—¿Quería algo en particular, Colleen? —preguntó Anaya.

—¿Qué? —Me sobresalté, saliendo de mis pensamientos—. No, no. Todo bien —mentí y añadí—: Voy a estar un momento atrás. Tengo que hacer una llamada privada. —Esa era la señal de que quería que me dejaran en paz durante los próximos diez minutos.

Fui al almacén y cerré la puerta tras de mí. Respirando profundamente, me apoyé contra ella.

Bien, Colleen. Es hora de aclarar las cosas. Todo este tiempo has querido aceptar la oferta de Ashton. Solo el miedo te lo ha impedido. El miedo a perder tu corazón y acabar encontrándote sola. Pero cómo reacciones a lo que ocurre está completamente en tu mano. No puedes cambiar el viento, pero puedes ajustar las velas. Así que no hay razón para tener miedo.

Y con eso, no había razón para NO aceptar la oferta de Ashton.

Ganaría un montón de dinero y me libraría de todas las preocupaciones financieras. No tendría que ver al repugnante Sr. Warden más de lo necesario. SU oferta NUNCA la aceptaría, incluso si tuviera que vivir solo de pan y agua. Salvaría mi boutique y, de paso, me divertiría un poco.

Un perfecto ganar-ganar.

Cogí mi smartphone y marqué el número de Ashton.

—Ashton Jones. —La voz profunda hizo que mi corazón latiera más fuerte de inmediato. Saltaba incontrolablemente en mi pecho.

Ignoré a esa tonta cosa, me aclaré la garganta y dije:

—Soy Colleen. Muchas gracias por tu oferta. Estoy deseando empezar el trabajo. ¿Cuándo debo comenzar?

Era la decisión correcta.

¿O no?

Capítulo 15

Colleen

A la mañana siguiente, me quedé asombrada frente al enorme rascacielos con la cabeza echada hacia atrás. Qué alto. Y todo eso pertenecía a *Ashfash*. En cada planta había personas que compraban, negociaban, diseñaban planes, pagaban facturas, emitían facturas y seleccionaban productos para *Ashfash*. Era como la enorme central de una gigantesca boutique.

¿Qué tonterías estás pensando, Colleen? Ashfash es una de las mayores cadenas de moda del país. Realmente no puedes compararla con una boutique. Ni se te ocurra que Ashton te oiga decir eso.

Ashton.

Sobre todas estas personas y procesos reinaba el hombre con quien recientemente había pasado la noche más ardiente de mi vida. Mi cuerpo volvió a estremecerse ante el recuerdo.

Maldita sea, Colleen, ¡ni siquiera has entrado en la empresa!

—Bienvenida a *Ashfash*. —Antes de que pudiera controlar mis pensamientos, una mano se posó en mi espalda, justo entre mis omóplatos. Una mano cálida. Una mano cuyo contacto me provocaba escalofríos alternados con oleadas de calor.

Me volví y me encontré con un par de ojos oscuros que me miraban fijamente con una intensidad que nunca había conocido. Tragué saliva.

Ashton me saludó con un gesto de cabeza. —Buenos días, Colleen. Entremos. —Su mano seguía entre mis omóplatos mientras cruzábamos la puerta giratoria de cristal hacia el vestíbulo inundado de luz. Cristal. Cristal por todas partes en lugar de muros y paredes. Grandes plantas, iluminadas con sofisticados focos LED, proporcionaban cierta privacidad. Esto era claramente de una categoría muy diferente a *Colleen's*. Aquí había mucho dinero detrás de todo.

—¡Ashton! —Una mujer irrumpió tras nosotros por las puertas giratorias—. Me alegro de verte aquí. Tenemos un problema. —Se plantó delante de Ashton. La observé. De estatura media, esbelta, pelo castaño y ojos marrones claros que me examinaron brevemente antes de volver a centrarse en Ashton. ¿Quién era? ¿Y estaba Ashton mirándola con la misma mirada que me había dirigido a mí hace un momento? ¿O me lo estaba imaginando?

—¿Qué ocurre, Virginia? —quiso saber Ashton.

—Mary iba a dar esa formación. Atención al cliente y todo eso. Las participantes de las tiendas de Brooklyn y Queens ya deberían estar aquí.

—¿Y? —¿Sonaba Ashton un poco impaciente?

—Mary está enferma. Acaba de llamar. Está en cama con migraña. —La mujer miró a Ashton con desesperación—. Rooney dimitió... ¿Quién más tenemos que pueda dar esta formación?

—Colleen se encargará de ello. —Con estas palabras, Ashton me empujó un paso adelante, hacia la mujer.

Su mirada volvió a posarse en mí. Me examinó críticamente. Y también con cierta hostilidad. ¿O me lo estaba imaginando? La mirada de la mujer regresó a Ashton. —Has contratado a alguien. Ya veo. Esperaba que el puesto de Rooney se cubriera internamente.

Ashton hizo un gesto de desestimación. —Hablaremos de eso más tarde, Virginia.

La mujer pareció molesta. ¿Tenía esperanzas de conseguir el puesto? Parecía que sí. Pero la expresión de enfado desapareció tan rápido como había aparecido. La mujer me miró. —Aún no nos conocemos.

—Nnnn... no —tartamudeé sorprendida. Solo entonces me di cuenta de lo que Ashton acababa de decir. ¿Hacerme cargo de la formación? ¿Así, de la nada? ¡No estaba preparada para esto! Creía que hoy recibiría... una especie de introducción a mi nuevo trabajo.

¿Introducción? Colleen, ¿cómo puedes ser tan ingenua? ¿Por 50.000?

—Soy Virginia. Veamos lo que sabes hacer. —La mujer me saludó con un gesto y se dio la vuelta.

—Nos vemos más tarde. —La mano de Ashton rozó brevemente mi espalda. Luego se separó de mí y cruzó el vestíbulo hacia los ascensores.

—¿Viene? —La voz de Virginia resonó por todo el vestíbulo. Estaba delante de una puerta frente al mostrador de recepción.

—Sí, voy. —Me apresuré a través del vestíbulo hacia Virginia—. ¿Quién viene a la formación y de qué se trata exactamente? —pregunté.

Virginia me miró con burla. —Vaya, qué bien preparada está. Espero que él supiera lo que hacía cuando la contrató. —Virginia arqueó una ceja.

Tragué saliva. Esta bienvenida no era ni de lejos tan cordial como el saludo de Ashton de hace un momento.

—Atención al cliente. Se trata de la atención al cliente en las tiendas. Queremos mejorar en este área. Ashton quiere ganar el *USA Fashion Store Award*. Se lo habrá dicho, ¿no? —Virginia hizo la pregunta en un tono que dejaba más que claro que Ashton TENÍA que habérmelo dicho. Si yo no sabía nada de este asunto, era exclusivamente mi culpa.

Podrías haber hecho más preguntas antes de aceptar este trabajo, Colleen.

Podría haberlo hecho. Pero mi cerebro estaba demasiado ocupado intentando calmar y controlar mi corazón como para concentrarme en la tarea que me esperaba.

¿Se estaba cobrando ahora esta negligencia?

—Me contó algunas cosas cuando me ofreció el trabajo —respondí vagamente.

Virginia mostró con un resoplido lo que pensaba de esta respuesta. —Solo quien hace las preguntas correctas hace bien su trabajo. —Me miró agudamente. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba abajo y de nuevo hacia arriba—. En *Ashfash*, los puestos normalmente se asignan según la cualificación de los empleados. Normalmente. —Virginia enfatizó la palabra de una manera muy peculiar—. Aquí no hay ascensos o contrataciones por relaciones personales o buen aspecto. Al menos hasta ahora.

Bajo la mirada de Virginia, me sonrojé.

Intensamente.

¿Había notado Virginia que la mano de Ashton había estado en mi espalda? ¿Había visto algo en su mirada que no estaba presente cuando hablaba con otros empleados?

—YO quiero el trabajo de Rooney —siseó Virginia en ese momento —. YO, ¿entiendes? Me he dejado la piel durante años por esta empresa. He hecho todo, todo. No por un ascenso, sino porque simplemente me gusta trabajar aquí. —Virginia asintió con convicción—. Pero ahora que el puesto está libre, quiero tenerlo. NO quiero que me pasen por alto así.

—Lo... lo entiendo. —Asentí.

Virginia se rio con desdén. —Seguro que lo entiendes. Y probablemente Ashton también lo entiende. Y todos lo entienden. Pero eso no significa que vaya a conseguir el puesto.

—No estoy aquí de forma permanente —dije con cautela. Quería conseguir el apoyo de Virginia a toda costa. ¿Cómo iba a dar una formación para la que no estaba en absoluto preparada? No tenía

materiales conmigo, no sabía cuáles eran los problemas exactos y nunca en mi vida había dado una formación.

Has asistido a formaciones, Colleen. Y has visto lo que la gente hace mal. Solo tienes que hacerlo mejor. ¿Deberías poder lograrlo, no?

—¿No de forma permanente? —El rostro de Virginia se contrajo—. ¿Por cuánto tiempo entonces?

—Por el tiempo que Ashton me necesite —respondí rápidamente. Ese era otro asunto del que no había hablado con Ashton—. Lo cerraremos más tarde —añadí—. Ya has oído que Ashton quiere hablar conmigo después.

¿Qué pasaría entonces? Mis labios hormigueaban ante la idea de estar a solas con Ashton en una habitación de nuevo.

Virginia me miró. Luego abrió la puerta junto a nosotras. Entramos en una sala alargada donde unas 20 mujeres estaban sentadas mirándonos con curiosidad.

—Buenos días a todas —dijo Virginia—. Como sabéis, hoy trataremos el tema de la "atención al cliente". Queremos mejorar en este ámbito para ganar el *USA Fashion Store Award* para *Ashfash*. Colleen —Virginia me señaló—, ha sido contratada para ayudarnos con esto. Espero que pueda cumplir todo lo que prometió en la entrevista. —Virginia sonrió breve y burlonamente.

Tragué saliva. Después de esta presentación, solo podía fracasar. Ni una palabra sobre que la formación debía haberla dado Mary, que estaba enferma en cama. Ni una palabra sobre que yo estaba ayudando en el último minuto y daría lo mejor de mí. Ni una palabra sobre que hoy era mi primer día en *Ashfash*, que estos eran mis

primeros MINUTOS en *Ashfash* y que por tanto aún no estaba familiarizada con las circunstancias de la empresa.

¿Cómo debía abordar esto sin quedar en ridículo? ¿Y sin hacer quedar mal a Ashton ante los empleados? Porque eso era realmente lo último que quería.

Apreté los dientes. No podía fracasar. Había demasiado en juego. Se trataba de 50.000 dólares. Y de alguna manera se trataba de...

¿De Ashton?

Al pensar en él, mi piel hormigueaba tanto como antes, cuando me había tocado.

—¿Te has quedado sin habla? —Virginia soltó una risita al hacer esta broma a mi costa. Las empleadas de la sala se unieron a ella.

Estaba frente a un grupo de mujeres que se reían de mí. Lo que más me apetecía era darme la vuelta y salir corriendo.

No puedes hacer eso, Colleen. NO lo harás. Ya es hora de que aprendas a mostrar lo que puedes hacer y quién eres. Ashton confía en que puedes hacer esto y eso significa sobre todo una cosa: puedes hacerlo. Lo conseguirás. Él no ha hecho crecer esta empresa contratando constantemente al personal equivocado.

Respiré hondo. —Este es el mejor ejemplo de las dificultades a las que todos nos enfrentamos en la atención al cliente. Ante nosotros hay 20 personas, ante nosotros hay una pareja, ante nosotros hay una cliente cuyas necesidades desconocemos. Tenemos que averiguar qué quiere. Y lo que quiere REALMENTE. ¿Un vestido para una boda? ¿Para una primera cita? ¿Simplemente un vestido en el

que se sienta cómoda? ¿Algo para disimular que acaba de ganar unos kilos?

Recorrí con la mirada a las empleadas presentes. Habían dejado de reírse y me miraban con interés. —Todas queremos hacer bien nuestro trabajo y a veces todas nos enfrentamos a desafíos que no sabemos exactamente cómo superar. Estoy aquí para ayudaros con eso. Mi nombre es Colleen y llevo algún tiempo dirigiendo mi propia boutique. —Volví a respirar hondo. En la sala se había hecho un silencio tal que se podría haber oído caer un alfiler.

De repente, una puerta se cerró.

Me volví.

Virginia ya no estaba junto a mí.

Había abandonado la sala.

Sonreí satisfecha.

Ya me ocuparía de eso más tarde.

Ahora tenía que dar una formación.

Tres horas después, entré en la antesala del despacho de Ashton. Estaba vacía. ¿No tenía secretaria? ¿Y qué debía hacer ahora? ¿Simplemente llamar y entrar? ¿Eso es lo que se hacía? ¿Incluso si se trataba del jefe de la mayor cadena de moda de América?

En ese momento, la puerta se abrió y apareció Ashton.

—Ah, Colleen. —Una breve mirada de sus ojos oscuros se posó en mí—. Entra.

Hoy Ashton llevaba un traje azul oscuro que también estaba hecho a medida. Probablemente alguien como él SOLO tenía trajes a medida en su armario. Lo observé. Esta vez la corbata combinaba con el traje. Pero la camisa... ¿quién demonios le había dicho a Ashton que era buena idea llevar una camisa a rayas azules y blancas con un traje tan elegante?

Sonreí para mis adentros. El jefe de la mayor cadena de moda de América parecía tener poco sentido de la moda.

—¿Por qué sonríes? —La pregunta me pilló desprevenida. Tan inesperada como el hecho de que Ashton dio un paso adelante y colocó un dedo bajo mi barbilla. Me obligó a mirarlo a los ojos.

Mi piel empezó a hormiguear y sentí cómo el rubor subía de nuevo a mis mejillas.

—Porque... porque tu camisa no combina con tu traje.

Ashton me miró fijamente. La expresión en sus ojos oscuros era insondable. Luego se aclaró la garganta. —Bueno, evidentemente no me asesoraron muy bien cuando la compré. Adquirí la camisa en una tienda de *Ashfash*. Al fin y al cabo, de vez en cuando debería llevar lo que vendo.

—Claro. Pero las rayas azules y blancas son un poco demasiado... llamativas para este traje. —Fui cautelosa, pues no quería herir a Ashton.

—Entonces tendré que recurrir a un buen asesoramiento. —Ashton me miró fijamente. Su dedo se deslizó desde mi barbilla hacia atrás hasta mi oreja—. En una buena boutique. En *Colleen's*, por ejemplo.

—Eso... eso podemos hacerlo. —Mi voz sonaba ronca—. Aunque no tengo un surtido especialmente grande para hombres.

—No hay problema. —Ashton se acercó dos milímetros más. Su aroma me llegó a la nariz. Sándalo. Creí sentir el sabor de su piel en mis labios.

Colleen. Contrólate.

—Pasaré mañana por tu tienda después del cierre —anunció Ashton —. Ya veremos entonces.

Mañana después del cierre. Mi corazón latía con fuerza ante esta perspectiva. Mi piel hormigueaba.

Ashton se inclinó aún más hacia delante. Y entonces sus labios se posaron sobre los míos. Ya no solo imaginaba sentir el sabor de su piel. Ahora lo sentía realmente. La lengua de Ashton acarició mis labios. Me hizo cosquillas suavemente. Involuntariamente, abrí la boca y le permití la entrada.

Ávidamente, Ashton agarró la parte posterior de mi cabeza y me apretó contra él. Nuestras lenguas se entrelazaron y comenzaron una danza salvaje. Nuestros cuerpos se presionaron el uno contra el otro.

Por fin.

Por fin estábamos unidos de nuevo.

La mano de Ashton se deslizó hacia abajo y se posó en mi trasero. Apretó suavemente. Incliné mi pelvis hacia delante.

Entonces sentí la erección de Ashton.

Mi centro se encendió.

Y las llamas se extendieron por todo mi cuerpo.

En ese momento, la luz sobre nosotros se apagó.

Ashton se separó de mí. —¡Maldita sea! Siempre se va la luz aquí. No entiendo cómo no consiguen solucionar este problema.

Decepcionada, retrocedí un poco. Ahora Ashton probablemente tendría otras cosas de las que ocuparse.

—¡Ven! —Ashton me agarró de la mano y me llevó a su despacho. Cerró la puerta tras nosotros y giró la llave—. No puedo esperar más. Hasta mañana por la noche es demasiado tiempo.

Con eso, quedaba disipada cualquier duda sobre lo que Ashton esperaba mañana por la noche.

Antes de que pudiera pensar con claridad, Ashton volvió a atraerme hacia él. Me besó de nuevo. Sus manos bajaron hasta mi falda y tiraron de ella. Al mismo tiempo, sus labios descendieron por mi cuello. Los suaves y pequeños besos me llevaron al borde del delirio. Gemí.

—Sí. Desnúdate. —La voz de Ashton sonaba urgente. Impaciente.

Me quité la camiseta por la cabeza y me deshice de mi falda.

Ashton se ocupaba de su cinturón.

Poco después, estábamos desnudos el uno frente al otro.

Ashton volvió a atraerme hacia él. El beso fue más salvaje que el anterior. Más voraz. Jadeé. Ashton se inclinó y lamió con su lengua juguetonamente el pezón de mi pecho derecho. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Dios mío, qué bien se sentía.

Volví a gemir y presioné mi pelvis más estrechamente contra él. Por fin volví a sentir su erección.

—Vamos. —Ashton me llevó hasta el escritorio. Luego se colocó detrás de mí y dejó que su mano se deslizara por mi vientre. Separé mis piernas. La mano de Ashton encontró mi perla y comenzó a masajearla. Al principio suavemente, luego cada vez más intensamente.

El placer recorrió mi cuerpo.

Me recosté contra Ashton y me entregué por completo al masaje. Ashton introdujo un dedo en mí.

—Húmeda —murmuró—. Como me gusta.

Retiró su dedo. —Inclínate hacia delante —susurró y sopló su aliento cálido en mi oído.

Obedecí.

Ashton entró en mí. Por detrás.

—Oh, sí —gemí. La verga de Ashton me llenaba por completo. Ashton me agarró por las caderas e introdujo su verga más profundamente en mí. Me sujeté a los bordes del escritorio y me adapté a los movimientos de Ashton.

Su verga golpeaba exactamente el punto correcto dentro de mí. Gemí fuertemente. Ashton me follaba cada vez más rápido.

Las llamas habían vuelto a mi centro. Todo se concentraba dentro de mí.

Y luego todo se expandió.

Una enorme ola de placer me recorrió. Desde mi centro hasta los dedos de mis pies. Y hacia arriba.

—Oh Dios, Ashton —gemí.

Me corrí.

Con fuerza.

Ashton empujó su verga una vez más dentro de mí.

Y otra vez.

Con un fuerte gemido, se derramó dentro de mí.

Capítulo 16

ASHTON

Entre bastidores de Ashfash: ¿Qué ocurre realmente en el gigante de la moda?

Las sienes me palpitaban mientras leía el titular del conocido periódico neoyorquino que descansaba sobre mi escritorio.

Esto no era una revista de cotilleos como el *Manhattan Fashion Shopping Guide*, que solo leían mujeres aficionadas a las compras casadas con hombres a los que no les importaba cuánto dinero gastaban sus esposas en las boutiques más exclusivas ni cuántas veces tenían que comprar un armario más grande.

Esto era un periódico diario que leía todo el mundo en Nueva York. Prácticamente todo el mundo.

—¡Joey! —grité con todas mis fuerzas.

Mi asistente asomó la cabeza por la puerta—. ¿Sí, Sr. Jones?

—¿Por qué no hemos sido informados con antelación sobre este artículo? ¿Alguien ha solicitado una declaración? Y si es así, ¿por qué no se me notificó? —Señalé el periódico que yacía sobre mi escritorio. Cualquier buen reportero pedía declaraciones a los afectados cuando quería publicar algo sobre ellos. Eso formaba parte del código ético del periodismo que se enseñaba en todas las escuelas de periodismo.

—No lo sé, Sr. Jones —La cara de Joey solo mostraba perplejidad.

—¡Entonces ocúpate de averiguarlo, maldita sea! ¿Tengo que hacerlo TODO yo en esta empresa? —maldije en voz alta.

Mi asistente no se inmutó y desapareció de nuevo en la antesala.

Eché un vistazo rápido al artículo. Estaba repleto de afirmaciones descabelladas sin ninguna prueba. Supuestamente, explotaba a mis empleadas. Pagaba mal y no respetaba los tiempos de descanso establecidos.

Apreté los dientes. Por supuesto, en *Ashfash* se cumplían escrupulosamente todas las normativas legales. Lo último que quería era meterme en problemas innecesarios. Además, pagaba tan bien como cualquier otra empresa del sector. A la gente de primer nivel incluso les pagaba un salario muy por encima de la media. El buen trabajo debía ser recompensado. Había aumentos salariales regulares incluso para los empleados que llevaban mucho tiempo en la empresa. Así quería evitar que los nuevos empleados ganaran más que la plantilla permanente. Eso ocurría en muchas empresas y a menudo generaba envidias y mal ambiente. No en *Ashfash*.

Seguí leyendo.

Mercancía de baja calidad fabricada por niños en Bangladesh y vendida en EE.UU. como artículos de marca, con etiquetas recosidas.

Mis mandíbulas crujieron. Algo rugía dentro de mí. ¿Quién demonios se había inventado estas patrañas?

—¡Joey!

—¿Sí, Sr. Jones? —Joey apareció tan rápidamente tras la puerta que dudé si habría estado sentado en su escritorio.

—¿A quién pertenece este periódico? —Levanté el diario.

—Un momento, Sr. Jones —Joey desapareció de nuevo.

Es inútil buscar clientas satisfechas en Ashfash.

Me quedé mirando fijamente el último subtítulo del artículo. Esto podría romperme el cuello. Podría costarme el *USA Fashion Store Award* y la reputación que había construido con tanto esfuerzo. Por supuesto, podría obligar al periódico a publicar una rectificación. Pero eso no sería suficiente. Para reparar este daño tendría que hacer algo más.

Sonó el teléfono de mi escritorio. Solo mis colaboradores más cercanos tenían este número. Si alguien llamaba aquí, significaba que era urgente y que más me valía ocuparme del asunto.

Mi mirada se detuvo en dos frases más del artículo.

Ashton Jones supuestamente no sabe nada.

¿Es Ashfash realmente la tienda donde USTED quiere comprar su ropa? Por suerte, en Nueva York no faltan alternativas honestas.

Repugnante. Simplemente repugnante. Y una mentira descarada.

¿Que yo supuestamente no sabía nada?

Ni siquiera me habían preguntado si sabía algo.

¿Cómo podía el periodista escribir semejante frase con la conciencia tranquila?

El teléfono seguía sonando.

—Ashton Jones —contesté sin mirar quién me llamaba.

—Ashton, soy Cyrus —Una voz sin aliento sonó al otro lado de la línea.

—Cyrus —saludé brevemente al director de mi mayor tienda en Manhattan. Mi mayor tienda hasta ahora. La nueva tienda, en la que Tom y su equipo estaban trabajando, sería bastante más grande. Mucho más grande, con mucho espacio para nueva mercancía y nuevas clientas.

—La gente está llenando el local —Cyrus me sacó de mis pensamientos.

—Ajá —¿Qué quería decirme con eso?

—Solo quería avisarte. Seguro que Dick y John ya se han puesto en contacto contigo —Dick y John eran los gerentes de mis otras

tiendas en Manhattan.

—Hasta ahora no —dije frunciendo el ceño.

—¿Pero has leído el artículo? —Cyrus no se andaba con rodeos.

—Estoy en ello, echando un vistazo a esta basura —dije con expresión de disgusto.

—Hoy está viniendo una clienta tras otra queriendo devolver sus artículos. Las más amables aún preguntan si es cierto. Si su ropa de marca realmente viene de Bangladesh y la confeccionan niños que no ganan nada. Pero otras... simplemente quieren que les devolvamos el dinero. Nos estamos hundiendo, Ashton. Si esto sigue así, al final del día no habremos vendido nada, sino que habremos pasado todo el día aceptando devoluciones —Cyrus, como siempre, no endulzaba la realidad.

Apreté los puños—. Solo tenemos que agradecer esto a ese sucio escritorzuelo.

Cyrus rio sin alegría—. Wyatt Lyons no es precisamente conocido por su periodismo de calidad.

—¿El periódico pertenece a Wyatt Lyons? —pregunté.

—Eso he oído, al menos —respondió Cyrus.

Wyatt Lyons parecía estar siguiendo un plan. Primero el artículo en el *Manhattan Fashion Shopping Guide*. Ahora este en el diario.

—Tenemos que hacer algo —insistió Cyrus—. Si esto sigue así... —No terminó la frase. No hacía falta. Yo mismo tenía claro que esto no podía continuar así.

—Me encargaré de ello, Cyrus. Tendrás noticias mías —Con estas palabras terminé la conversación.

Luego marqué rápidamente otro número.

Sonó el teléfono.

Una vez.

Dos veces.

—Wyatt Lyons —La voz era aguda. Un poco nasal, como si alguien tuviera los senos nasales congestionados.

—Ashton Jones. ¿Quién demonios te crees que eres? —Disparé la pregunta como un proyectil.

—No sé de qué me hablas —Wyatt me evadió.

—En tus periodicuchos aparece un artículo difamatorio tras otro —ayudé a Wyatt a refrescar su memoria—. Estás arrastrando mi nombre por el barro.

—Como periodistas, estamos obligados a escribir la verdad, aunque eso perjudique a nuestros amigos o incluso a nuestros propios intereses —Las palabras de Wyatt sonaban tan untuosas como si las estuviera leyendo directamente del código de ética periodística.

Resoplé—. La verdad. Si al menos fuera la verdad.

—Tengo mis fuentes y me han jurado bajo juramento que se trata de la verdad —dijo Wyatt con voz nasal.

—¡Fuentes! ¿Quién? —¿Alguien de mi propia empresa me había denunciado a Wyatt? ¿Alguien que quería vengarse de mí estaba contando mentiras sobre mí?

—Un buen periodista nunca revela sus fuentes —me aleccionó Wyatt.

Resoplé—. Como si TÚ fueras un periodista. Lo único que te importa es hacer dinero de alguna manera. Pero hasta ahora has conseguido arruinar literalmente cada proyecto.

—Ten cuidado con lo que dices. O mañana podrías ver tu nombre otra vez en el periódico —amenazó Wyatt.

Apreté los puños. Este miserable escritorzuelo no podía hacerme nada, absolutamente nada. Ya le enseñaría yo—. Ahora sí que me das miedo —me reí con desdén.

En silencio, elaboré un plan.

Terrence había abierto una agencia de medios hace algunos años. Las relaciones públicas para empresas en dificultades era su especialidad. Si alguien tenía un problema, él estaba ahí para ayudar. Y eso es exactamente lo que haría por mí ahora. Hasta ahora habíamos mantenido nuestra amistad y nuestros asuntos profesionales estrictamente separados. Pero ahora no podía seguir teniendo eso en cuenta. Necesitaba al mejor especialista que

pudiera conseguir, y ese era Terrence. Juntos le haríamos frente a Wyatt.

Hubo un crujido en la línea—. Tú también deberías tener cuidado —Una voz metálica salía del auricular. Wyatt había activado el altavoz. Alguien estaba con él en la oficina y había escuchado toda nuestra conversación—. Sé exactamente qué métodos utilizas para hacer negocios. Hoy en día, una empresa de moda no puede obtener beneficios de otra manera. Como si yo no lo supiera.

¡Doyle!

No podía creerlo.

Cerré el puño y estuve a punto de golpear la mesa con fuerza. Pero en el último momento me contuve. El golpe seguramente se habría oído a través de la línea. Pero Wyatt y Doyle no debían notar lo que pensaba o sentía.

—¿Qué queréis? —pregunté apretando los dientes.

Doyle se rio con una risa quebrada—. Solo queremos que salga a la luz la verdad.

—¿La verdad? ¡Simplemente no puedes soportar que alguien sea mejor que tú! ¿Qué son todas estas mentiras? Tú también compras en *Johnny's* y en *Holly G* y como se llamen todos. ¡Sabes perfectamente que esa ropa no viene de Bangladesh! —Lentamente presioné mi puño contra el escritorio. La presión en mis sienes era simplemente insoportable.

—Yo no afirmo eso —respondió Doyle—. Tú vendes algunos originales. Y luego haces que repliquen esa ropa en Bangladesh y la

vendes aquí con etiquetas falsificadas. Esa es la verdad.

—¿Así que el artículo es obra tuya? —Por fin había pillado a Doyle con las manos en la masa. Lamentablemente, más tarde negaría haber mantenido nunca esta conversación.

—Soy uno de los mayores anunciantes de los periódicos de Wyatt —Doyle sonó como si se sorbiera la nariz.

—¡Le estás sobornando! —Mi voz se hacía cada vez más fuerte.

—No te pongas impertinente. Solo intentas desviar la atención de ti mismo —Wyatt intervino de nuevo en la conversación.

—No necesito desviar la atención de mí mismo. Ya he oído suficiente —Sin decir una palabra más, terminé la llamada.

Entonces, por fin, golpeé con el puño sobre el escritorio. La madera tembló bajo mi mano. Y la tensión abandonó finalmente mi cuerpo.

Ahora llamaría a Terrence. Esta noche se pondría en marcha una campaña publicitaria y de prensa como nunca antes se había visto en el país. Ofrecería a todas las clientas un vistazo entre bastidores y explicaría cómo trabajamos en *Ashfash*.

¿Wyatt y Doyle querían acabar conmigo?

Me reí.

Les daría la vuelta a las tornas.

Los dos desearían que el artículo nunca hubiera aparecido, porque al final ELLOS serían los perdedores.

Cogí de nuevo el auricular del teléfono, cuando se abrió la puerta. Era lo que me faltaba. Mi asistente realmente no tenía ningún sentido de la oportunidad. ¿Cómo había conseguido llegar puntual a la entrevista de trabajo y resolver todas las tareas de nuestro proceso de selección? En la práctica, ni siquiera era capaz de hacer las cosas más simples—. Ahora no, Joey, yo...

—Ashton —canturreó mi ex-mujer mientras se colaba en mi despacho. Mejor dicho, mi futura ex-mujer.

—Lola —Gemí para mis adentros. Hoy realmente no me libraba de nada—. ¿Cómo has entrado aquí? —pregunté malhumorado.

—Bueno, le he dicho a tu asistente que era urgente y me ha dicho que entrara sin más. ¿Te molesto? —Lola me miró pestañeando. Sus pestañas postizas parecían especialmente largas hoy. En realidad, DEMASIADO largas.

—Sí —gruñí. Realmente tenía que tener una seria conversación con Joey. Le había dicho que Lola ya no tenía acceso aquí. ¿Por qué no podía simplemente seguir esa instrucción? ¿Cuál era el maldito problema?

—Puedo irme también. Solo pensé que podríamos hablar brevemente sobre cómo agilizar el divorcio —gorjeó Lola y volvió a parpadear con sus pestañas. Sus ojos marrones eran grandes y redondos—. Tuvimos que interrumpir nuestra conversación en la feria.

Esta mujer me volvía loco ahora con tres frases igual que cuando estábamos casados—. ¡El divorcio ya estaría finalizado si no te hubieras estado oponiendo continuamente! ¡Pero no te servirá de nada! ¡Incluso si no llegamos a un acuerdo en esta vida y tengo que estar casado contigo hasta el fin de mis días, de MÍ no obtendrás NADA! ¡Absolutamente nada!

—No seas tan agresivo, Ashton. Solo quiero lo mejor para ambos —Lola volvió a parpadear con sus pestañas. Luego soltó una risita tonta y se pasó una mano por los pechos. ¿Estaba intentando provocarme?

Arrugué la nariz con repulsión.

Vulgar.

Su comportamiento era simplemente vulgar.

En ese momento pensé en Colleen sin ninguna razón. ESA mujer realmente tenía clase. Mi polla palpitó ligeramente.

Y de repente, no quería nada más que divorciarme de Lola. Quería ser libre. Mi propio dueño.

Pero ¿qué tenía que ver esto con Colleen? Aparté ese pensamiento de momento.

—Sabes que quiero abrir una boutique. Cumplir mi sueño. Después de haberme sacrificado todos estos años por ti, es justo y razonable que ahora reciba una compensación por ello —La voz chillona de Lola me sacó de mis pensamientos.

—Recibirás lo que te corresponde. Ya estoy siendo bastante generoso. Pero esto realmente va demasiado lejos. Siempre se te ocurre algo nuevo. Si tienes la boutique, entonces querrás una segunda tienda. O un caballo. O una finca en España. O cualquier otra cosa —Resoplé—. No lo voy a permitir.

Me levanté de un salto de mi silla ejecutiva, fui hacia la puerta y la abrí—. Fuera, Lola. Nos veremos con el abogado. Allí discutiremos los últimos detalles de nuestro divorcio. Y una tienda para ti definitivamente no formará parte del acuerdo. Puedes olvidarte de eso.

Lola dio unos pequeños pasos hacia mí—. Ay, Ashton. Si realmente quieres seguir casado conmigo, puedes conseguirlo más fácilmente. Mucho más fácil. Solo tienes que decirlo —Ladeó la cabeza y soltó una risita—. Pero siempre has sido así. Reconocer tus sentimientos no es precisamente tu fuerte.

Miré fijamente a Lola.

¿Seguir casado con ella?

Eso era realmente lo último que quería.

—¡No proyectes tus deseos en mí! —Agarré a Lola del brazo y la arrastré a la antesala—. Tú y yo no vamos a seguir casados. Nunca.

¿Por qué teníamos que tener esta conversación una y otra vez?

Con el abogado.

En la feria.

Aquí.

Negué con la cabeza.

Mujeres. Nunca las entendería. Y a Lola menos que a ninguna.

—Ya verás lo que consigues al final —me amenazó Lola.

Libertad. Eso es lo que conseguiría.

Me di la vuelta y regresé a mi despacho.

En ese momento, la imagen de Colleen volvió a aparecer ante mí.

Capítulo 17

Colleen

Plin.

Plon.

Plin.

Plon.

El ruido me estaba volviendo loca. ¿Qué era eso? ¿Estaba teniendo alucinaciones? Sonaba como si estuviera lloviendo, en pequeñas y regulares gotas.

Pero eso no podía ser. Me encontraba en mi boutique y era un día cálido y despejado de finales de verano. Hoy definitivamente no llovía en ninguna parte de Nueva York. Y desde luego no aquí dentro.

Plin.

Plon.

Plin.

Plon.

El ruido venía del almacén. Me encontraba sola en la boutique. Anaya ya había terminado su jornada. Hoy solo esperaba un cliente más. Un cliente muy especial.

Ashton.

Hoy tendría lugar la "formación privada" que me había pedido. Le mostraría qué camisas, corbatas y zapatos combinaban con cada color de traje. Y por supuesto, le diría qué camisas simplemente no se llevaban en el mundo de los negocios. Las de rayas azules y blancas, por ejemplo. Aunque Ashton se veía increíblemente atractivo incluso con ellas, pero aun así...

Mis pensamientos divagaban. Empecé a sentir calor. Más que calor. Durante todo el día había tenido que apartar la imagen de Ashton de mi mente una y otra vez. No importaba si estaba hablando con Anaya, asesorando a una clienta o tecleando algo en la caja: Ashton siempre se abría paso hasta el primer plano.

Y eso a pesar de que ni siquiera estaba presente.

Esto no podía continuar así.

Tenía que controlarlo. De lo contrario, no podría concentrarme y mi trabajo se resentiría.

No podía permitirlo.

No lo permitiría. Lo de Ashton solo era... no era nada serio. Aunque de vez en cuando me miraba como si fuera la única mujer en el mundo. Pero ya lo había hecho en la habitación del hotel. ¿Y qué pasó al día siguiente? Se despidió de mí tan rápido como pudo. Nuestro reencuentro había sido pura casualidad.

Plin.

Plon.

Plin.

Plon.

¡Ahí!

¡Había vuelto a suceder! Me había distraído. Había querido ocuparme del extraño ruido. ¿Y qué había hecho en su lugar?

¡Pensar en Ashton!

Como había estado haciendo durante todo el día.

Con pasos decididos, me dirigí al almacén.

Plin.

Plon.

Plin.

Plon.

El ruido se hacía más fuerte. Y entonces lo vi. Del techo goteaba lenta y constantemente sobre el suelo. Seguí con los ojos cómo se formaba una gota de agua, se desprendía del techo y caía frente a mis pies. Inmediatamente después la seguía la siguiente. Y la siguiente. Mis ojos recorrieron el techo. El agua no goteaba solo desde un punto. Las gotas formaban una línea uniforme que iba desde la mesa hasta la estantería.

¡Hasta la estantería!

Horrorizada, di dos pasos hacia adelante.

¡Maldita sea!

El agua goteaba justo sobre la mercancía que estaba almacenada en el estante superior. Los jerséis y camisas procedían de un pedido que había realizado mucho antes de la feria. Ahora mostraban horribles manchas. No solo estaban mojados, sino que los bordes de las manchas tenían un tono ligeramente parduzco, como si el agua contuviera hierro.

¡Nunca podría quitar eso de la ropa!

Y aunque pudiera, de ninguna manera podría vender esta ropa como nueva y sin usar.

Gimiendo, me dejé caer en una de las dos sillas que Anaya y yo usábamos cuando queríamos sentarnos un momento o quedarnos en la cocina durante nuestra pausa para comer.

¡Colleen! ¡Tienes que hacer algo!

Me incorporé con esfuerzo.

¿Qué había en el piso de arriba? ¿Oficinas? ¿Viviendas particulares? Tenía que admitir que nunca había subido. Simplemente no se había dado la ocasión. Rápidamente recogí la ropa de la estantería y la apilé en los compartimentos inferiores. Allí el agua no llegaría. Luego cogí el cubo y varios trapos y los extendí en el suelo y la estantería.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

El agua ahora goteaba en el cubo en lugar de en el suelo.

Un cuarto de hora después, estaba desconcertada en mi almacén, observando cómo el agua seguía goteando en el cubo. En la oficina de arriba nadie había abierto la puerta. Aparentemente, todos los empleados ya se habían ido a casa. Miré el reloj que colgaba sobre la puerta del almacén. Era tarde, pero no demasiado tarde.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Suspirando, saqué mi móvil. No había más remedio. Tenía que informar al Sr. Warden. Cuando marqué su número, me sentí

ligeramente mareada.

Aguanta, Colleen.

Sonaba. Y sonaba. Y sonaba.

—Sí, ¿qué pasa? —Después de lo que pareció una eternidad, me saludó una voz gruñona y malhumorada.

—¿Sr. Warden? —me aseguré.

¿Quién más iba a contestar a su móvil, Colleen?

—Sí. ¿Qué pasa? —repitió la voz, sonando igual de malhumorada que antes.

—Soy Colleen... —comencé. Pero no pude continuar.

—¿Qué quiere USTED a estas horas? No se atreva a llamarme tan tarde. ¡Está interrumpiendo mi vida privada! —me increpó el Sr. Warden.

—Pero Sr. Warden, ¡es una emergencia! Aquí en la tienda está goteando agua del techo y... —Desesperadamente intenté explicarle al Sr. Warden lo que estaba pasando.

—Me importa un bledo. USTED es la responsable de su tienda, no yo. —El Sr. Warden no mostraba ninguna disposición a escucharme.

—¡Pero el problema no está en mi tienda, sino en el piso de arriba! —Tuve que esforzarme mucho para no sonar impaciente.

—¿Y qué? Entonces hable con los inquilinos que viven encima de usted. —El Sr. Warden resopló—. Haga algo, pero no ME moleste con este asunto. —En ese momento, escuché una segunda voz en la línea. Una voz femenina. —¿Debería vestirme de nuevo? ¿O qué pasa? —preguntó. En voz baja, pero lo suficientemente audible para mí.

¿Estaba casado el Sr. Warden? No, nunca lo había mencionado. Una esposa probablemente no preguntaría algo así, sino que simplemente esperaría a que terminara la conversación. Después de todo, las emergencias ocurren de vez en cuando. Probablemente había encontrado una compañera para la noche, después de que yo rechazara su oferta.

No puedes tener eso en cuenta, Colleen. El Sr. Warden gana mucho dinero con este edificio. También puede hacer algo por él.

—Los inquilinos de arriba no están y no sé... —comencé.

—Entonces espere hasta mañana. En algún momento volverán. Y ahora déjeme en paz, por favor. Primero arma tanto escándalo por la subida del alquiler y luego me molesta en mi tiempo libre. —El Sr. Warden resopló. Luego terminó la conversación sin una palabra más.

Desconcertada, miré mi teléfono.

¿Qué significaba eso?

¿El tipo no podía simplemente colgar?

¿Le daba completamente igual que en SU edificio goteara agua del techo? ¡Aquí podía producirse un daño considerable! La estructura

del edificio podía sufrir con algo así. No es que yo supiera mucho de estas cosas realmente. ¡Pero cualquiera entendería eso!

Dingdong.

Sonó la campanilla de la tienda.

Me precipité desde el almacén hacia la entrada. —Estamos cerrados.

—¿También para mí? —Una voz masculina profunda. Una voz que inmediatamente me hacía entrar en calor. Una voz que revolucionaba todo dentro de mí, como cada vez que la escuchaba.

—¡Ashton! —Avergonzada, atravesé la sala de ventas hasta la entrada—. No, por supuesto que no, solo estaba pensando en otra cosa.

—Has olvidado nuestra cita. —Los ojos de Ashton se oscurecieron aún más. Me miró penetrantemente.

—No, he estado pensando en ella todo el día. —La verdad salió disparada de mí antes de que pudiera considerar si era buena idea confiársela a Ashton.

—¿Ah, sí? —Ashton dio un paso hacia mí—. ¿Y justo ahora? —Puso un dedo bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo.

—Yo... bueno sí... —balbuceé. Alternaba entre sentir calor y frío. Maldita sea, cada vez que este hombre me miraba, olvidaba todo lo que quería decir. Finalmente, logré pronunciar una frase coherente —. Tengo una avería por agua en el almacén y al casero le da igual.

—¿Una avería por agua en el almacén? —repitió Ashton. Me soltó y caminó rápidamente a través de la sala de ventas hacia la parte trasera. Allí captó la situación con un vistazo—. ¿Quién vive encima de ti?

—Hay una oficina. *Parsons & Sons*. Pero ya se han ido a casa. —Impotente, me encogí de hombros. El lugar donde los dedos de Ashton me habían tocado hormigueaba tanto que casi me volvía loca.

—¿*Parsons & Sons*? ¿Un auditor? —preguntó Ashton.

—Sí, exacto —respondí sorprendida. ¿Cómo lo sabía Ashton?

—Juego al baloncesto con el socio —declaró entonces Ashton. Sacó su móvil del bolsillo y marcó un número—. ¿Cory? —dijo poco después—. Estoy en la boutique debajo de vuestra oficina. Aquí gotea agua del techo. Algo debe estar funcionando mal arriba. Alguien debería venir cuanto antes a echarle un vistazo. —Ashton escuchó brevemente y luego asintió—. Vale.

Terminó la conversación y me sonrió triunfante. —Se ocuparán de ello.

Lo miré sin palabras. —Eso... eso... bueno, no sé cómo agradecértelo. —¿Con una llamada estaba todo resuelto? Apenas podía creerlo.

—Oh, ya se nos ocurrirá algo. —Ashton me miró otra vez con esa mirada penetrante. Luego cambió abruptamente de tema y dijo—: ¿Qué pasa con esta formación? He entendido que con el traje sería mejor llevar una camisa blanca o azul claro.

—Sí, es correcto. —Asentí.

—Entonces sé tan amable de traerme una. —Ashton hizo un gesto hacia la sala de ventas.

—Solo tenemos un pequeño surtido para hombres —expliqué avergonzada. Mis mejillas se enrojecieron.

—No importa. Ya habrá algo adecuado. —Ashton me cedió el paso. Cuando pasé junto a él, sentí cómo se erizaba el vello de mi piel. Todo dentro de mí hormigueaba.

Con manos ligeramente temblorosas, busqué una camisa y se la tendí a Ashton. —Aquí.

La tomó y en el mismo momento cogió un vestido que colgaba en el perchero a su lado. Aguamarina con un ligero toque verde. —Tú te probarás este. Tiene exactamente el color de tus ojos cuando te corres. Y te quedará estupendamente. Combina perfectamente con tus pecas, que siempre me vuelven tan loco. —Ashton me puso el vestido en la mano y desapareció con la camisa en un probador.

Me quedé allí con el vestido en la mano, mirándolo. ¿Las pecas volvían loco a Ashton? ¿Le encantaba de mí lo que yo menos soportaba? Nadie me había dicho algo así antes.

¿Y qué más había dicho?

Tiene exactamente el color de tus ojos cuando te corres.

Mi cuerpo hormigueaba. Mi centro se contrajo ligeramente y mis pezones se endurecieron. Tragué con dificultad y entré en el probador.

Poco después estaba frente al espejo en ropa interior. Y entonces tuve que pensar que Ashton estaba en la cabina de al lado y probablemente se estaba quitando la camisa en ese momento. Me imaginé cómo aparecía su six-pack bajo la tela y cómo su atlético cuerpo...

Mi centro empezó a arder.

¡Colleen!

En ese momento, la cortina del probador se apartó a un lado. En el espejo vi a Ashton. Estaba detrás de mí con el torso desnudo y la camisa en la mano. Lo miré fijamente.

Mi piel hormigueaba más que nunca.

Entonces me di la vuelta.

Ashton estuvo a mi lado en un paso. De nuevo puso un dedo bajo mi barbilla. —La idea de que te estés cambiando aquí al lado es demasiado para mí.

—Yo... —susurré.

Ashton me selló la boca con un beso. Con un beso voraz que lo devoraba todo. Me había deseado todo el tiempo, tanto como yo a él. Nuestras lenguas se encontraron inmediatamente y comenzaron una danza apasionada. La mano de Ashton descendió por mi espalda y desabrochó mi sujetador. Sin aliento, me eché un poco hacia atrás. El sujetador se deslizó al suelo.

Ashton tomó mi pecho derecho en su mano y lo amasó suavemente. Luego estimuló mi pezón con su pulgar. Finalmente, se inclinó hacia

delante y lamió mi pezón con su lengua. Y entonces mordió. Suavemente. Tiernamente. Exactamente como debía ser.

Gemí.

Entonces dejé que mis manos se deslizaran hacia abajo. Apresuradamente desabroché el cinturón de Ashton. Luego le tocó el turno a sus bóxers. Y entonces finalmente tuve su polla en mis manos. Ya estaba dura. En el estrecho probador, me arrodillé. Ahora le haría un regalo a Ashton.

Tomé su polla en mi boca y pasé mi lengua por el tronco. Luego me aparté un poco y lamí el glande. Tiernamente. Juguetonamente. Tal como Ashton había lamido mi pezón antes. Volví a tomar la polla de Ashton en mi boca y succioné. Ashton puso una mano en mi cabeza y movió sus caderas adelante y atrás.

—La perspectiva me excita —gimió entonces—. Ver en el espejo cómo me la chupas... —Ashton no continuó hablando. Su polla se puso aún más dura.

De repente, la retiró de mi boca y me levantó, me arrancó las bragas, se sentó en el taburete cúbico que había en cada probador y me atrajo a su regazo. Su polla se deslizó sin esfuerzo dentro de mí.

Por fin.

Comencé a moverme arriba y abajo. Adelante y atrás. Nuestros cuerpos encontraron inmediatamente un ritmo común. Ashton puso sus manos en mis caderas y me empujó profundamente sobre él. Y más profundo. Con cada movimiento sentía su polla más intensamente.

Y entonces todo se contrajo dentro de mí.

—¡Oh Dios! —gemí—. Oh maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Y entonces me corrí.

Una ola de placer recorrió mi cuerpo.

Mi vagina se contrajo.

Todo parecía explotar dentro de mí.

Ashton me empujó de nuevo contra sus caderas.

—Sí, nena. Sigue —gimió.

Entonces él también encontró su alivio dentro de mí.

Capítulo 18

Ashton

Cuando entré a la sede central de *Ashfash* a la mañana siguiente, Virginia me recibió con gran agitación. —¡Ashton! Menos mal que vienes. Estaba a punto de llamarte para pedirte que vinieras lo antes posible —la voz de Virginia sonaba algo chillona.

—¿Qué ocurre? —pregunté malhumorado. No soportaba que me abordaran así por la mañana. ¿No podía ni siquiera llegar tranquilo al trabajo sin que me molestaran inmediatamente con alguna tontería?

Ese tipo de comportamiento era la especialidad de Virginia. Constantemente me contaba sobre esto y aquello sin importancia, solo para terminar siempre destacando lo maravillosamente que había resuelto algo. Sí, sin Virginia mi empresa sin duda se habría derrumbado. Al menos eso creía Virginia.

Suspiré. Era una empleada leal, fiel, importante y valiosa. Pero no era tan genial como ella misma creía. Por eso no la nombraría sucesora de Rooney. Encontraría a otra persona para ese puesto. Y a esa persona le pagaría un buen sueldo, porque entre sus tareas también estaría quitarme a Virginia de encima. Sí, quien sucediera a

Rooney tendría que soportar cada mañana el torrente de palabras de Virginia. Y eso realmente no era fácil.

—¿Qué pasa? —gruñí, escuchando con la mitad de mi atención. Si Virginia no soltaba sus palabras hoy, me molestaría con más frecuencia mañana. Eso ya lo había descubierto en los últimos días.

—¡Han entrado a robar en el almacén trasero! James lo vio esta mañana cuando iba a sacar la mercancía para la tienda de Cyrus. ¡No queda nada! —Virginia levantó las manos teatralmente y luego las dejó caer.

—¿Qué? —la miré fijamente—. ¿Han entrado a robar? —pregunté incrédulo.

—¡Te lo estoy diciendo! —Virginia puso cada vez más dramatismo en su voz.

—Quiero verlo con mis propios ojos —atravesé el vestíbulo a paso rápido. El almacén trasero se encontraba justo al lado de la sala de conferencias donde Colleen había impartido una formación a mis empleados en su primer día.

Colleen.

Solo pensar en ella hacía que mi miembro palpitara. Me encantaba su pasión desinhibida y su deseo salvaje, al que daba rienda suelta en cada uno de nuestros encuentros. Nunca había experimentado algo así.

—¡Esto nunca había ocurrido antes! —la estridente voz de Virginia interrumpió mis pensamientos. Con pesar, aparté la imagen de

Colleen. Eso tendría que esperar. Ahora tenía que concentrarme en lo que estaba pasando aquí.

La puerta del almacén trasero estaba completamente abierta. —James se lo encontró así —Virginia parecía disfrutar contándome cada detalle del robo.

Entré en el almacén. A lo largo de las paredes y en el centro de la habitación se extendían estanterías, desde el suelo hasta el techo. Normalmente, todo rebosaba de pantalones, faldas, jerséis, vestidos, camisas y accesorios.

Pero ahora reinaba un vacío absoluto.

—¡Maldita sea! —maldije al examinar el desastre.

—Ya te lo advertí —dijo Virginia. De nuevo parecía disfrutar del momento de alguna manera.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —perplejo, mi mirada recorrió una estantería vacía tras otra. Entré en el almacén. Mis pasos resonaban en el suelo. Nunca había visto la habitación tan vacía—. ¿Por qué no se activó la alarma?

Virginia suspiró. —Cuando llegué esta mañana, no había electricidad. Supongo que el corte comenzó en mitad de la noche o quizás incluso anoche. Tú te fuiste algo más temprano —en la última frase, se coló un tono mordaz en la voz de Virginia.

—Tenía una cita fuera —en la boutique de Colleen. Pero eso no se lo diría a Virginia bajo ningún concepto—. ¿Y por qué no se avisó a Joey sobre el corte de luz? —ese era el procedimiento previsto.

—Se le avisó. Simplemente no supo qué hacer —Virginia se encogió de hombros—. En cualquier caso, por eso la alarma no estaba activada. Solo funciona con electricidad. La puerta debió desbloquearse automáticamente.

—¿No supo qué hacer? —repetí incrédulo las palabras de Virginia. Joey debía encargarse de contactar con nuestro proveedor de electricidad en caso de emergencia. ¿Era realmente tan difícil? Cualquiera que hubiera experimentado un corte de luz en su casa sabía lo que había que hacer.

—Su madre falleció de repente hace poco. Desde entonces está completamente desorientado —Virginia por fin me daba una explicación del extraño comportamiento de Joey.

—Eso puede descarrilar a cualquiera —mostré comprensión—. Pero, ¿por qué demonios no coge la baja por enfermedad? ¡Así solo nos está perjudicando! ¡Mira esto! ¡Los ladrones tuvieron una suerte enorme. Pudieron llevárselo todo sin que nadie les molestara!

—Suerte enorme o ayuda desde dentro —respondió Virginia.

—¿Ayuda desde dentro? —miré fijamente a Virginia—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que Joey es incapaz de llamar a nuestro proveedor de electricidad pero sí puede informar a una banda de ladrones?

—No estoy hablando de Joey —Virginia dudó un momento—. Pero esa mujer que trajiste hace poco... tiene una boutique y...

—¡Cierra la boca! —corté bruscamente a Virginia—. Ella no tiene nada que ver con esto. ¡Absolutamente nada! Al contrario, forma parte de los perjudicados.

—¿De los perjudicados? —ahora Virginia me miraba sin comprender.

—Parte de la mercancía de aquí era para ella. Tiene algunas dificultades para conseguir lo que quiere. Así que hicimos un trato. Ella imparte algunas formaciones aquí, yo la ayudo a conseguir la mercancía —Virginia no necesitaba saber que el trato también incluía el pago de 50.000 dólares y que desde entonces había follado con Colleen hasta dejarla sin alma varias veces.

—¿Un trato? ¿Cierras un trato sin decirme nada? —Virginia sonaba decepcionada. Herida.

—Yo soy el jefe —di una última vuelta por el almacén y salí por la puerta. Una vez fuera, me volví y miré fijamente a Virginia—. Rooney ya no está. Así que esta es tu tarea. Consigue un reemplazo. Y en dos días.

—¿En dos días? Eso es imposible. Nadie puede conseguirlo, nadie. Además, Doyle lo ha comprado todo. Ashton, de verdad... —Virginia no terminó su frase. Parecía no saber qué más decir.

—Rooney lo habría conseguido. Tenemos cierto poder de compra con los proveedores. Úsalo. Los fabricantes pueden aumentar su capacidad para nosotros y retrasar un poco las entregas de Doyle. SIEMPRE hay alguna solución. Déjales claro que nos perderán como clientes si no nos ayudan —asentí hacia Virginia—. Y vacía nuestros almacenes centrales en las afueras —tenía que decírselo a Virginia. Podría habérsele ocurrido a ella misma—. Necesitamos esa mercancía. Urgentemente.

—Quieres decir que ELLA necesita la mercancía —un tono de reproche se había colado en la voz de Virginia.

—¿Y qué? —me encogí de hombros—. Tenemos un trato con ella que nos beneficia enormemente. ¿Has visto últimamente las reseñas de los clientes de la tienda cuyos empleados estuvieron aquí en la formación?

Virginia negó con la cabeza.

—Los clientes están entusiasmados. Las valoraciones son mejores que nunca —sonreí con aire triunfal—. Estamos en el mejor camino para asegurarnos el *USA Fashion Store Award*.

—¿Y qué pasa si ella quiere el premio para sí misma y por eso la mercancía... —Virginia no podía dejarlo.

La interrumpí. —Cierra la boca, Virginia. Colleen no representa ninguna amenaza para nosotros. Cuando nuestras formaciones terminen, ella volverá a estar todos los días en su boutique. Y no está interesada en el *USA Fashion Store Award*. Su boutique ni siquiera cumple los requisitos. Es demasiado pequeña.

—Y entonces, ¿quién podría... —Virginia miró desconcertada al almacén—. Quiero decir, aquí había sobre todo mercancía de *Holly G*. Aparte de unas pocas boutiques, solo nosotros la vendemos. Y... —esta vez Virginia se interrumpió a sí misma.

—¡Y Doyle! —apreté los dientes. Hasta ahora había conseguido reprimir con éxito que mi mayor rival debía estar detrás del robo.

—Pero, ¿qué va a hacer con la mercancía? —Virginia parecía desconcertada—. Él mismo ha pedido suficiente. Incluso más de lo que puede vender.

—Cierto —Virginia tenía todos los datos. Sin embargo, no sacaba las conclusiones correctas. Una razón más para no convertirla en la sucesora de Rooney—. Piénsalo. Si nosotros solo recibimos buenas valoraciones, entonces Doyle tiene que hacer algo para cambiarlo. ¿Cómo se evitan las buenas valoraciones?

Virginia se encogió de hombros, perpleja.

—Impidiendo que se venda algo más —señalé el almacén vacío.

—Ah —los ojos de Virginia se iluminaron cuando por fin captó lo que quería decir.

Asentí. —Ocúpate de conseguir reposición. Y rápido —con estas palabras dejé a Virginia, atravesé el vestíbulo a paso rápido y pulsé el botón junto al ascensor que me llevaría arriba, a mi oficina.

Las puertas se abrieron inmediatamente.

—¡Ese maldito idiota! —siseé a las paredes de la cabina en cuanto las puertas se cerraron tras de mí. Furioso, lancé una patada contra la pared trasera del ascensor—. Se la voy a devolver. Y cómo —cerré una mano en un puño y golpeé contra la pared—. Quien ríe último, ríe mejor.

—Dame la maldita pelota —jadeé unas horas más tarde mientras corría junto a Terrence por la cancha.

—Te gustaría —respondió Terrence. Protegía hábilmente el balón de baloncesto con su cuerpo mientras regateaba hacia la canasta—. Pero no lo voy a permitir.

Aumenté mi velocidad y metí una mano entre Terrence y el balón. Terrence se detuvo abruptamente y se apartó. —No vas a conseguir el balón.

—Puede ser. Pero así tú tampoco vas a conseguir ningún punto. ¿Cómo piensas meter la pelota en la canasta si la aprietas contra ti como una madre a su hijo? —le miré fijamente, respirando con dificultad.

Ambos estábamos empapados en sudor. El entrenamiento de hoy me había llevado al límite. ¡Justo lo que me gustaba! Quería llegar a mis límites. Quería superarlos, una y otra vez. Quería más. Rendir más, poder más, exigir más.

—De acuerdo —Terrence dejó caer el balón—. ¿Y serías tan amable de contarme qué te lleva hoy a correr por la cancha como un loco? No pueden ser malos reportajes en los periódicos. Lo tenemos todo bajo control. Nuestra campaña va de maravilla y tu aparición fue muy bien recibida. Sincero. Auténtico. Fueron exactamente las palabras adecuadas. Conseguiste no acusar a Doyle y, sin embargo, todo el mundo sabía lo que querías decir. No puede ir mejor.

Cogí el balón de baloncesto y me dirigí a la canasta. Tiré. Fallé.

—Maldita sea —maldije. Me encantaban los *Basket Hounds* y me encantaba el baloncesto. Era un deporte rápido que exigía mucho a la condición física y a la técnica. Y también a la capacidad de imponerse a los jugadores del equipo contrario. Había que luchar, y eso era precisamente lo que me gustaba. ¡Lo disfrutaba enormemente!

Pero hoy habría deseado tener un saco de boxeo en el que poder golpear a placer. Un saco de boxeo con la cara de Doyle.

Cogí el balón y me preparé para lanzar de nuevo. —El idiota ha encargado un robo en mi establecimiento. Ha desaparecido un montón de mercancía.

El balón no entró en la canasta.

—¡Maldita sea! —grité a todo pulmón. Los otros jugadores de nuestro equipo se detuvieron y miraron hacia nosotros. Me daba igual. Me importaba una mierda. ¿No tenía derecho a desahogarme aquí y dejar salir mis sentimientos?

—En la palabra idiota has inclinado ligeramente la mano hacia fuera. Por eso el balón ha fallado la canasta —analizó Terrence fríamente.

—Hablas muy tranquilo —resoplé—. A ti no te están meando en la pierna constantemente.

—¿Qué vas a hacer ahora? —Terrence ignoró completamente mi comentario.

—Recuperar la mercancía —apunté de nuevo a la canasta. Sería el colmo si no conseguía meter la maldita pelota.

—Deberías distraerte un poco. Hace mucho que no salimos. Apuesto a que las bailarinas del club nos echan de menos —Terrence me dio un codazo amistoso—. No puedes cambiar nada respecto a Doyle. Solo puedes influir en tu reacción.

El balón volvió a fallar la canasta.

—De nuevo inclinada hacia fuera —comentó Terrence—. Deberías tener cuidado de no cometer dos veces el mismo error.

—Gracias por la lección —le espeté a Terrence.

Él levantó las manos. —Tranquilo, colega. Por lo que veo, tienes a Doyle bajo control. El tipo está cometiendo una estupidez tras otra. Siempre consigues contraatacar de manera excelente, de modo que nunca llega a su objetivo. Nunca consigue meter su balón en la canasta. Eso le hace desesperarse cada vez más y se le ocurren tonterías cada vez mayores. Así seguirá hasta que él mismo se ponga la soga al cuello.

Miré fijamente a Terrence.

Luego recogí el balón de nuevo.

—Tarde o temprano ocurrirá, colega. Puedes estar seguro —añadió Terrence.

Respiré hondo y apunté de nuevo a la canasta.

—¡Atención todos! —gritó en ese momento nuestro entrenador Jorge a través de la cancha—. Ya se sabe quién será nuestro rival en la final del próximo fin de semana.

Bajé la mano con el balón.

Todos miraron expectantes hacia Jorge. Formó un embudo con sus manos delante de su boca y gritó: —¡Jugaremos contra los *New York Defenders*!

Un murmullo de excitación llenó la cancha.

Los *New York Defenders*.

Doyle jugaba en ese equipo.

Ahora tenía otra oportunidad de hacerle pagar por sus estupideces. De mostrarle quién de los dos era superior.

No podía ganar la copa tanto como no podía ganar el *USA Fashion Store Award*.

Ya me encargaría de fastidiarle ambas cosas.

Me volví de nuevo hacia la canasta. Esta vez pensé en Colleen mientras me colocaba en posición.

Lancé.

Canasta.

Capítulo 19

Colleen

De nuevo me encontraba asombrada frente a un enorme rascacielos con la cabeza echada hacia atrás. Sin embargo, esta vez no se trataba de la sede de una empresa. No, aquí vivía Ashton. En el ático.

—Ven a visitarme más tarde a mi ático. Mi armario necesita urgentemente una mano ordenadora —me había susurrado hoy en el trabajo, mirándome con sus ojos oscuros de una manera que dejaba claro que necesitaba y quería mucho más que eso.

Mucho, mucho más.

Me deseaba.

Pero ¿realmente significaba algo para él? Eso me lo había preguntado una y otra vez en los últimos días. ¿En qué pensaba cuando follábamos salvaje y desenfrenadamente? ¿Cuánto tiempo seguiría esto así? ¿Qué pasaría cuando terminara de formar a todos los empleados de *Ashfash*?

En los últimos días había visitado la sede de la empresa varias veces. Mi presentación improvisada del primer día había tenido tan buena acogida que ahora la impartía repetidamente con algunas variaciones. Ashton estaba realmente entusiasmado con los resultados. Me contaba sobre clientes más satisfechos y mejores valoraciones.

¿Y yo?

Estaba orgullosa de mi trabajo de una manera que nunca antes había experimentado. Sí, cuando una clienta salía de la boutique con exactamente la ropa que mejor le quedaba en su bolsa, sentía algo parecido a esta sensación. Una profunda satisfacción. Pero en *Ashfash* todo ocurría a un nivel completamente distinto. Era mucho más grande. Tenía mucha más influencia.

Nunca me habían gustado realmente las tiendas grandes. Pero de repente podía entender lo que debía fascinar a Ashton de su forma de hacer negocios. La sensación de llegar a muchas personas y darles exactamente lo que querían. Cambiar sus vidas para mejor.

Probablemente no importaba lo grande que fuera una tienda. Había cadenas bien gestionadas y boutiques bien gestionadas. Así como boutiques mal gestionadas y cadenas mal gestionadas.

Recordé una tienda donde quise comprar algo hace años. Pertenecía a una cadena.

Doyle's Clothing.

Me estremecí con repugnancia al recordarlo. Dependientas indiferentes que solo fingían interesarse por los clientes. Mercancía

que parecía buena a primera vista pero que al final resultaba ser defectuosa.

No, NUNCA volvería a comprar en una tienda así.

—¿Qué hace usted aquí? —Una voz me sacó de mis pensamientos.

Bajé la mirada.

—Lleva ahí parada mirando este edificio como si fuera la octava maravilla del mundo. —Un hombre bajito y regordete con uniforme de portero me miraba con desconfianza. Arrugó la nariz.

—Yo... —balbuceé mientras me ponía completamente roja—. Vengo a visitar a alguien —logré decir finalmente.

El portero torció los labios. —¿Ah, sí? ¿Y por qué no ha entrado simplemente?

—Yo... —De nuevo me quedé sin palabras.

—Conozco a mujeres como usted. Se quedan aquí fuera esperando a que salga alguien a quien echarse encima. Solo la semana pasada tuvimos tres casos así. —El hombre regordete me miró con desprecio—. Pero le digo: ya no funcionará. Llega tarde. Hemos tomado las medidas correspondientes.

Desconcertada, miré fijamente al portero. ¿Hablaba en serio?

—Eso... jamás lo haría yo. —Mi voz seguía sonando entrecortada.

El portero me examinó. —Ajá —respondió en un tono que dejaba claro que no me creía—. ¿Y por qué está entonces aquí en la calle contando los pisos? ¿Por qué se pone roja como un tomate cuando le hablo? ¡Las personas inocentes nunca se sonrojan! —Indignado, puso los brazos en jarras.

Entonces su mano derecha se disparó hacia delante. Con una fuerza sorprendente, me agarró. —Ahora vendrá conmigo adentro. Allí llamaré a nuestro servicio de seguridad y comprobaremos su identidad. Y luego todo seguirá su curso.

El portero me arrastró hacia la puerta.

¿Estaba soñando?

Todo era demasiado surrealista para estar ocurriendo realmente.

Pero el fuerte agarre del portero era real. Y que estábamos pasando de la ruidosa acera neoyorquina al fresco, silencioso y sumamente elegante vestíbulo con su suelo de mármol perfectamente pulido, eso también era real.

—Quiero ver a Ashton Jones —conseguí decir ahora—. De verdad, me está esperando.

—Ashton Jones. —El portero soltó una risa burlona—. Vosotras, chicas, siempre escogéis a las víctimas más adineradas. Pero se acabó, te lo acabo de decir. ¿A qué banda perteneces?

Para entonces habíamos llegado a la conserjería. El portero no hizo ademán de soltarme.

—A ninguna. No sé nada de esas cosas. Soy... soy una... empleada de Ashton Jones.

—Empleada, ya veo. —El portero se rio con desprecio—. ¿Y una empleada se viste ASÍ cuando se encuentra con su jefe? —Señaló mi ajustada camiseta azul verdosa y mi falda negra corta.

Volví a sonrojarme.

Hoy había tenido verdaderas ganas de sentirme sexy. Hacía mucho que no me ocurría. Así que me había puesto esta combinación sin pensarlo demasiado. ¿Por qué no? ¿Por qué demonios no? El conjunto era sexy.

Evidentemente Ashton me encontraba atractiva y deseable. Si no sabía lo que pensaba de mí fuera de la cama, al menos podía disfrutar de todo lo demás. Cada mujer tiene varias facetas. La amiga, la compañera, la... la mujer, simplemente.

Ashton me hacía sentir una mujer completa.

—¿Y qué empleada se queda mirando durante horas la casa donde vive su jefe? —El portero negó con la cabeza para mostrar lo improbable que le parecía—. Voy a llamar ahora al servicio de seguridad. —El portero se colocó de manera que me bloqueaba el camino hacia la salida. Luego sacó un móvil del bolsillo de su camisa.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Virginia salió de él. Solté un suspiro de alivio. Ahora el malentendido se aclararía rápidamente. —Virginia —llamé.

Virginia me miró. Una expresión de desprecio cruzó su rostro. Luego adoptó una expresión indiferente. —Colleen. ¿Qué haces aquí?

—Tengo una cita con Ashton. Pero... —Hice un gesto impotente hacia el portero.

—La señora se ha comportado de manera sospechosa —explicó en ese momento el portero rechoncho—. En las últimas semanas han aparecido por aquí cada vez más... bueno, una especie de estafadoras matrimoniales.

Virginia resopló. —Esta mujer trabaja para Ashton Jones. Lo que pretende con su atuendo inapropiado, no puedo decírselo. —Virginia me examinó de arriba abajo, dejando más que claro lo que pensaba de mí.

Me puse roja como un tomate.

El portero miró de Virginia a mí y viceversa. —Preguntaré al propio Sr. Jones —anunció.

Diez minutos después, por fin salía del ascensor. En la planta más alta del rascacielos.

Ashton estaba en la puerta esperándome. Cuando me vio, sus ojos se oscurecieron un poco más de lo habitual.

—Entra —gruñó.

Insegura, le miré. ¿Había hecho algo mal? ¿Virginia no debería haberme visto aquí? ¿Debería haberme puesto otra cosa?

Entré en el ático. Al pasar junto a Ashton, percibí un ligero aroma a sándalo. Mi piel empezó a hormiguear. Pero entonces mi atención se dirigió a otra cosa.

—Oh —fue todo lo que pude decir cuando me encontré en el salón de Ashton. Las vistas eran impresionantes. Todo el skyline de Nueva York parecía extenderse ante mí. El Empire State Building. El Chrysler Building. Hoy había espesas nubes de tormenta sobre Nueva York, lo que daba al conjunto una atmósfera fantasmal. Nunca había visto así el skyline de mi ciudad natal.

—A mí también me gusta siempre —comentó Ashton—. No fue lo último por lo que elegí este apartamento.

Asentí aturdida.

Elegí este apartamento.

De algo así yo solo podía soñar. Unas vistas únicas. Ningún casero como Theo, que solo causaba problemas y presionaba a sus inquilinos. Ningún vecino que hiciera ruido aún a medianoche.

En su lugar, tranquilidad, paz y un reino propio.

—Ven —me instó Ashton.

Me aparté de la vista del skyline. —Podría contemplar esto durante todo el día —admití algo avergonzada.

Ashton se rio. La expresión adusta de antes había desaparecido. En su lugar, parecía disfrutar de mi alegría y mi asombro. —Habrá tiempo suficiente para eso más tarde. Mi ama de llaves ha preparado una pequeña cena. Pero primero quiero que examines mi armario.

Ama de llaves.

Como aturdida, seguí a Ashton por un pasillo. Al fondo a la derecha abrió una puerta. Tragué saliva. Estábamos en su dormitorio. En una habitación dominada por una enorme cama.

Nunca había visto una cama tan grande. Era aún más grande que la del hotel.

—Mis trajes y camisas están en el vestidor. —Ashton abrió una puerta. Vi una habitación tan grande como mi dormitorio en casa.

Tanto espacio solo para ropa.

En mi armario siempre faltaba espacio. Cada vez que adquiría una nueva prenda, tenía que desechar algo.

Pensativa, examiné el contenido del vestidor. Los trajes y camisas estaban colgados ordenadamente, pero en una secuencia totalmente aleatoria.

—¿Cómo eliges lo que te vas a poner por la mañana? —pregunté.

—¿Elegir? —Ashton se encogió de hombros—. Cojo la primera camisa y el primer traje. Y me los pongo.

Asentí. Así lo hacen muchas personas. Por eso los calcetines que están en el fondo de un cajón suelen estar como nuevos, a diferencia de los que están en la parte superior.

—Lo voy a organizar de otra manera —anuncié—. En el futuro no tendrás camisas en un lugar y trajes en otro. Solo habrá Conjunto

Uno, Conjunto Dos, Conjunto Tres. Completos con camisa y corbata. Así tendrás todo en la mano con un solo movimiento. Y combinando.

Ashton me miró. En sus ojos oscuros había una expresión que no supe interpretar. Qué no habría dado por saber lo que pensaba en ese momento. —A nadie se le había ocurrido esa idea —gruñó entonces.

Me dispuse a responder.

En ese momento, un fuerte trueno retumbó tras nosotros.

Todo en mí se tensó. —Oh Dios. —No pude decir más. Aquí arriba el trueno era mucho más fuerte que abajo en las calles de Nueva York. No era de extrañar. Estaba mucho más arriba. Mucho más cerca de la tormenta. De las nubes solo me separaba un techo. Sobre mí no había innumerables pisos en los que vivieran otras personas. Sobre mí solo estaba el cielo.

Salí corriendo presa del pánico, pasando junto a Ashton. —Tengo que salir de aquí.

Solo quería bajar.

A un lugar seguro.

Allí estaría a salvo.

Ashton vino tras de mí.

—Eh, eh, eh. —Me agarró del brazo. Antes de darme cuenta de lo que pasaba, estaba contra su musculoso pecho. Dos fuertes brazos

me rodeaban. —Aquí estás segura. No te pasará nada —me susurró Ashton al oído—. Solo es una tormenta. Pasará.

Ashton puso una mano en la parte posterior de mi cabeza y la apretó contra su pecho. —Respira tranquila.

Obedecí. Mi cuerpo se relajó.

—Yo... —susurré.

—Shhh... Tranquila. —Ashton deslizó su mano hacia abajo y me meció suavemente. Levanté un poco la cabeza. Los ojos de Ashton parecían más oscuros que nunca.

Se inclinó hacia delante y depositó un beso en la comisura de mis labios. Sus labios me tocaron solo durante una fracción de segundo. Tan suave como una pluma.

Pero fue suficiente para hacer que mi piel hormigueara. Desde mis labios, pasando por mis pechos, hasta mi centro.

Mi cuerpo no dejaba lugar a dudas sobre cuánto deseaba a Ashton.

—Ahuyentaré la tormenta para ti —susurró Ashton. Sus ojos se oscurecieron aún más.

Ahuyentaré la tormenta para ti.

Nadie me había dicho nunca algo tan hermoso. Abrí la boca. —Eso es...

No pude continuar. Ashton presionó sus labios contra los míos y me besó. Me acurruqué contra él. En ese momento, los últimos restos de miedo abandonaron mi cuerpo. La tormenta desapareció de mi conciencia. Solo existíamos Ashton y yo, y el calor entre nuestros cuerpos.

Mientras la lengua de Ashton exploraba mi boca, deslicé mis manos hacia abajo y me ocupé de su cinturón. Respirando pesadamente, Ashton se separó de mí. —Con ese conjunto me vuelves aún más loco que de costumbre. Ya te deseaba cuando apareciste ante la puerta —gruñó y me quitó la camiseta por la cabeza. Finalmente había desabrochado su cinturón y deslicé mi mano dentro de sus calzoncillos. Agarré el miembro de Ashton y lo masajeé.

Primero suavemente.

Luego cada vez con más intensidad.

—Maldita sea, nena. Me estás volviendo loco. —Ashton se inclinó hacia delante y me mordió suavemente el lóbulo de la oreja—. Pero durante las tormentas la regla es: tú puedes relajarte. —Sopló suavemente su aliento en mi oreja. Luego lamió con su lengua a lo largo de mi cuello.

Mis pezones se endurecieron. Bajé los calzoncillos de Ashton.

—Quítate esa maldita falda si ya me has puesto tan caliente. —La voz de Ashton era solo un gruñido lleno de deseo.

Obedecí.

Pocos segundos después, Ashton me empujaba sobre la cama. Besó suavemente mi ombligo. Luego su boca descendió.

Cuando su lengua encontró mi perla, gemí en voz alta. —Oh Dios. Oh Dios, oh Dios, oh Dios. —Ashton acariciaba mi punto más sensible con tanta habilidad como si nunca hubiera hecho otra cosa. Separé un poco más mis piernas para darle mejor acceso. Ashton hizo una pausa y me besó juguetonamente. Luego volvió a rodear mi perla. Primero suavemente. Luego más intensamente. Justo como me gustaba.

Todo se acumuló dentro de mí.

—¡OH DIOS!

En ese momento, Ashton se separó de mí y penetró en mi interior. Su miembro me llenó por completo. Levanté mis caderas y encontramos sin esfuerzo un ritmo común. Nuestros cuerpos se movían juntos como si nunca hubiéramos hecho otra cosa.

De nuevo todo se acumuló dentro de mí.

—¡OH DIOS!

—Sí, nena. —Ashton me miró. Una mirada oscura que lo devoraba todo.

Fuera de las ventanas retumbó un trueno. Un rayo salió disparado de las nubes.

Y me corrí. Una ola de placer me recorrió de la cabeza a los pies. Mi grito de placer resonó en el dormitorio de Ashton.

Ashton embistió profundamente una vez más. Y entonces se derramó dentro de mí con un fuerte gemido.

Capítulo 20

Colleen

—¿Qué es eso? —Horrorizada, me quedé mirando la horrible mancha marrón que afeaba la pared detrás de la caja.

—Allí hay otra. —Anaya señaló la pared detrás de las estanterías. Recorrí la tienda con pasos rápidos. Justo antes de llegar a las estanterías, de repente resbalé. El suelo bajo mi pie estaba resbaladizo.

Mojado.

Mojado y resbaladizo.

—Eso de la pared es agua seca. Debe de haber habido otra fuga en algún sitio esta noche. —Lo que más me apetecía era apoyarme contra la estantería y cerrar los ojos. Quizá cuando los abriera, todo tendría el aspecto de siempre. Paredes de un blanco resplandeciente. Una tienda impecable que estábamos a punto de abrir.

Cerré los ojos.

—Esta vez no viene de *Parsons & Sons* —señaló Anaya.

Volví a abrir los ojos. Las manchas marrones seguían allí. Y el suelo seguía mojado.

—No —dije—. Su oficina empieza donde termina nuestro almacén. Esto... debe venir del apartamento de al lado.

—¿Es un apartamento? —quiso saber Anaya—. ¿O también una oficina?

—Un apartamento. Conocí al inquilino hace poco. Cuando se marchaba a un viaje de cuatro semanas por Europa. —Solo cuando pronuncié estas palabras me di cuenta de lo que significaba. No había nadie arriba. No había forma de acceder a ese apartamento.

—Tenemos que informar al Sr. Warden. —Anaya tocó la pared detrás de la caja—. La mancha se siente seca. Pero nunca se puede saber qué se esconde detrás de la primera capa. Es posible que todo siga mojado. Tiene que examinarlo un perito.

—Sobre todo hay que encontrar la causa lo antes posible y solucionarla. —Tragué saliva. La idea de volver a hablar con el Sr. Warden me daba náuseas. Me hubiera encantado llamar a Ashton y pedirle ayuda. Él ya me había sacado de un apuro la última vez.

¡Colleen! Contrólate. Esta boutique es TUYA. Es tu responsabilidad lidiar con todas estas cosas. Con daños por agua, con entregas canceladas, con clientes insatisfechos. Y con todas las demás cosas que puedan surgir. Ashton no es responsable de TUS problemas.

No lo era.

Pero en lo más profundo de mí, en ese momento anhelaba que se abriera la puerta, que Ashton entrara y me susurrara al oído que no tenía que preocuparme de nada estando él presente. Como anoche en su ático, cuando se acercaba la tormenta.

Ese recuerdo me hizo sentir calor.

Nunca me había sentido tan protegida.

¡Colleen! ¡La protección no está en la agenda ahora mismo!

—¡Aquí todavía está mojado! —Anaya había examinado más de cerca la pared detrás de las estanterías—. Y el agua del suelo debe haber caído del techo.

Date prisa, Colleen. Estás ahí parada como una estatua de sal mientras tu empleada se ocupa de todo eficientemente.

Saqué el móvil del bolso. Quizás el Sr. Warden estaría más accesible esta vez. Después de todo, no era tarde por la noche, así que difícilmente lo molestaría en una situación similar a la de la última vez. Contemplé pensativa la funda rosa brillante. Lo mejor sería actuar como si la última conversación nunca hubiera ocurrido.

—Warden. —Mi casero respondió al primer tono.

—Hola, Sr. Warden, soy...

—¡Usted otra vez! ¿No le dije que no me molestara más con sus problemas? —El Sr. Warden me cortó. Al menos volvía a tratarme de

usted.

—Hay otra vez... —empecé. Hasta ahora ni siquiera había tenido la oportunidad de explicar el problema.

—No me interesa. Tiene que arreglárselas usted sola. Usted es la inquilina. Yo soy el propietario. No el chico de los recados —siseó el Sr. Warden.

—El agua... —intenté de nuevo.

—¿No me ha entendido? ¡Me importa una mierda! —gritó de repente el Sr. Warden. Me sobresalté y aparté el teléfono de mi oreja—. ¡Si no es capaz de contratar a fontaneros competentes, no es mi maldito problema! Ocúpese usted misma, al fin y al cabo es SU boutique.

—Y SU edificio —repliqué acaloradamente.

—¡No tengo por qué aguantar esto! —El Sr. Warden estaba fuera de sí—. Se queja por una subida del alquiler y luego viene constantemente con exigencias. Si me llama una vez más, solo una vez más, y me pide aunque sea la cosa más insignificante, la echaré. De cabeza. De un día para otro. Lo juro. —Si al principio el Sr. Warden había gritado, ahora su voz había bajado a un siseo bajo y amenazante. Volví a acercarme el teléfono a la oreja.

—¿Nos hemos entendido? —El Sr. Warden volvía a hablar algo más alto. Pero seguía sonando bastante sereno.

Y eso me asustaba.

Mucho más que un arrebato de ira.

Los arrebatos de ira iban y venían. Pero el resentimiento que el Sr. Warden parecía albergar contra mí no se desvanecería tan fácilmente. El Sr. Warden me tenía en el punto de mira y así seguiría. Desesperada, cerré los ojos. Todavía no había vencido el alquiler más alto. Pero incluso si aceptaba la subida sin protestar, no pasaría mucho tiempo antes de que el Sr. Warden se inventara la siguiente maldad. Eso me quedaba más claro que nunca.

—¿Nos hemos entendido? —La voz del Sr. Warden había vuelto a subir hasta convertirse en un grito. Me dolía el oído—. ¡Cuando pregunto algo, espero una maldita respuesta!

—Yo... —balbuceé. Los pensamientos corrían por mi cabeza. ¿Qué debía decir ahora? ¡No podía prometerle al Sr. Warden que nunca volvería a molestarlo con nada! Era mi casero. Si no le informaba de cosas como un daño por agua, luego se quejaría con razón y me acusaría de encubrimiento.

—La conversación ha terminado.

Un segundo después, solo se oía un pitido en la línea. Miré el teléfono, atónita.

—Quiere echarte de aquí. —Anaya me miró desde el lado opuesto de la tienda.

—¿Qué? —Miré perpleja a mi empleada.

—Quiere echarte de aquí, Colleen. Te está poniendo tantas trampas que tarde o temprano seguro que caerás en una. —Anaya arqueó las cejas de manera significativa.

—¿Tú crees? —Ni siquiera se me había ocurrido esa idea.

—Sube el alquiler, te carga todos los costes posibles, te amenaza con el desahucio si lo llamas... y si no lo llamas cuando hay un daño, también te desahuciará —resumió Anaya mi situación.

En mi estómago se formó un nudo desagradable.

Sin esperanza.

Parecía no tener salida.

—Lo mejor es que busques otra cosa ya. —Anaya también tenía la solución preparada.

Solo que eso no era una solución. Pensé en la enorme suma que había invertido para diseñar esta tienda de tal manera que las clientas se sintieran cómodas en ella. Tendría que pagar ese préstamo, independientemente de si seguía dirigiendo *Colleen's* aquí o no.

No podía permitirme trasladar la tienda. El alquiler aquí era alto, pero en cualquier otro lugar seguramente pagaría un alquiler al menos igual de alto. Los precios en Nueva York solo conocían una dirección desde hacía muchos años. Hacia arriba.

Además, también tendría que reformar una nueva tienda para diseñarla según mis ideas. No tenía dinero para eso. Y el banco no me concedería otro préstamo con la enorme cantidad de deudas que ya tenía.

Todo me daba vueltas en la cabeza. Simplemente no había salida de este círculo vicioso. Solo podía hacer una cosa: concentrarme en los problemas que tenía delante.

—Llama al fontanero —le pedí a Anaya.

Horas más tarde, salí agotada del metro y me dirigí a casa.

¡Qué día tan increíblemente horrible!

El fontanero había pasado horas con nosotras intentando solucionar la causa del daño por agua lo mejor posible. Pero sin acceso al apartamento superior, era más fácil decirlo que hacerlo. Algunas cosas estaban selladas, pero nadie podía garantizar que mañana no nos esperara un nuevo daño.

¡No podía permitirme eso!

Colleen's ya había tenido que permanecer cerrada hoy. Nadie me compensaría esa pérdida de ingresos.

Para entonces, había llegado al rascacielos donde vivía.

—¡Eh, Colleen! —Una voz familiar detrás de mí me hizo detenerme.

—Sienna. —Cualquier otro día me habría alegrado mucho de ver a mi vecina. Pero hoy estaba tan cansada y desesperada que apenas conseguí esbozar una sonrisa.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —Sienna me miró preocupada.

—Todo bien. Solo estoy cansada. —Simplemente quería olvidar lo que había pasado hoy. No contarlo otra vez, no revivirlo de nuevo.

—¿Te mantiene despierta el loro? —Sienna se rió.

Coco.

Me había ocupado de él los últimos días. Le había dado de comer y de beber regularmente e incluso le había conseguido una jaula. Pero todavía no había tenido tiempo de pensar en qué debería hacer a continuación.

Quizás tampoco quería hacerlo. Porque eso significaría separarme de Coco. Era una compañía agradable, que me hacía reír con sus graciosas frases, me entretenía y me hacía compañía, para que no me sintiera demasiado sola.

Antes de conocer a Ashton, nunca había percibido mi soledad como un problema. Pero en los últimos días, me había sorprendido cada vez más por las noches pensando lo bonito que sería compartir la velada con alguien.

—El loro es bastante divertido —respondí, mientras Sienna y yo entrábamos en el edificio y esperábamos el ascensor—. Simplemente no he tenido tiempo de poner un anuncio. Pero he revisado todo, hasta ahora parece que nadie en Nueva York lo echa de menos.

—Tal vez venga de más lejos —conjeturó Sienna.

—¿De más lejos? ¿Hasta dónde pueden volar los loros? —No sabía nada sobre estas aves. El vendedor de una tienda de mascotas me había asesorado y me había dicho qué debía comer Coco y cuánto, y me había explicado cuándo y cómo limpiar la jaula.

—Ni idea. —Sienna tampoco sabía más que yo—. Pero bien podría ser que llevara varios días o semanas de viaje. Este verano ha hecho mucho calor, seguro que se ha sentido cómodo fuera.

—Mmm... Pero ¿los loros no suelen quedarse cerca de su hogar? —Necesitaba urgentemente averiguar más sobre mi nuevo compañero de piso.

—Quizás vivió cerca de aquí una vez y ahora ha vuelto. —Sienna se encogió de hombros—. Parecido a una paloma mensajera.

Con esta comparación, la tensión en mi estómago se disipó por primera vez en el día y se me escapó una fuerte risita.

—Así me gustas mucho más. —Sienna me sonrió.

Pling.

El ascensor había llegado al piso 18.

Sienna y yo salimos.

—Aquí estás. —Una voz desagradable. Y una mirada igualmente desagradable, que me escaneó de arriba abajo y me hizo sentir como si estuviera desnuda. Una mirada que se posaba en mis pechos.

Gemí internamente.

Theo.

Era lo único que me faltaba. Desde el encuentro casual en Central Park, había conseguido evitarlo con éxito.

—Todavía tenemos algo pendiente. —Theo miraba fijamente mis pechos—. ¿No te acuerdas?

—¿A qué te refieres? —mentí. Me acordaba perfectamente. Theo quería pasar una buena noche conmigo. Una buena noche durante la cual seguramente querría sobarme los pechos. Y algo más. No había dejado ninguna duda sobre lo que esperaba de mí. O mejor dicho: Lo que quería sacar de mí.

Theo se rió de forma entrecortada. —Las mujeres. Buscáis desesperadamente hombres, pero cuando realmente hay uno disponible, dais marcha atrás. Nada os parece bien.

—¡Entiéndelo de una vez: no quiere nada contigo! —Sienna se había plantado frente a Theo meneando la cabeza—. ¿Por qué crees que tenemos que buscar hombres? —le espetó—. Porque los buenos escasean. El mundo está lleno de idiotas como tú. A esos podríamos tenerlos. Pero no los queremos. Simplemente no servís. Ni para una noche ni para algo a largo plazo.

Theo apartó la mirada de mis pechos. Respiré aliviada. —Nadie te ha preguntado, estúpida. Quiero salir con ella. —Theo hizo un gesto en mi dirección y casi rozó mi torso. Asqueada, retrocedí.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! —Un graznido claramente audible sonó detrás de mi puerta.

Theo se quedó petrificado. —¿Qué demonios es eso?

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!

Apreté los dientes. Me habría encantado entrar y calmar a Coco. Pero eso me habría delatado.

—¿Habéis traído ese estúpido pájaro de Central Park? —Theo me miró fijamente a los ojos.

No contesté.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!

—Os dije que ese bicho no tiene nada que hacer aquí. No quiero tenerlo en MIS apartamentos. —Theo se puso rojo púrpura—. O os deshacéis del loro ahora mismo o os desahucio. —La mirada de Theo saltó de Sienna a mí—. ¡A las dos! ¡Estáis compinchadas!

Desahucio.

Eso no.

No otra vez.

No también aquí.

—Por favor, Theo, yo... —empecé.

—Vaya, vaya —se burló Theo—. Ahora de repente la fina dama me puede suplicar, como si estuviera tendida ante mí deseando que le dé lo suyo. Deberías habértelo pensado antes.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! —El vocabulario de Coco era limitado, pero de alguna manera el loro siempre conseguía encontrar las palabras adecuadas.

—¡Si ese bicho no desaparece pronto, vais a ver! —Con estas palabras, Theo se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba.

Miré a Sienna.

En sus ojos se reflejaba la misma desesperación que en los míos.

Capítulo 21

ASHTON

16 a 16.

Ese era el marcador actual entre los *New York Defenders* y los *Basket Hounds*. Entre ellos y nosotros. Entre Doyle y yo.

Estábamos en el último cuarto del partido y nos quedaban apenas cinco minutos de juego. Nuestra final se disputaba según las reglas de la NBA. Cada cuarto duraba doce minutos.

16 a 16.

Si al final aún no hubiera un ganador, el partido iría a la prórroga. Apreté los dientes y lancé una rápida mirada a un lado. Allí ya podía ver el podio para la ceremonia de entrega de premios y el trofeo.

Ni de coña vas a estar luego en el podio por debajo de Doyle y ver cómo le entregan el trofeo, Ashton. Ni de coña. No way.

—¡Ashton! —La llamada de Terrence resonó por el pabellón. Estaba rodeado por tres jugadores del equipo contrario. Intentaban arrebatarle el balón, pero Terrence no se dejaba engañar tan fácilmente. Se impulsó con fuerza hacia arriba y lanzó el balón elegantemente en mi dirección.

Lo atrapé y empecé a botar en dirección a la canasta contraria.

Ahora Ashton. Esta es la oportunidad. Puedes demostrárselo. A todos ellos. Marca el punto de la victoria. No hay mejor manera de triunfar.

El área de tiro apareció frente a mí. De alguna manera, en ese momento todo parecía suceder a cámara lenta.

Lancé.

Fallé.

—Fracasado. —La pequeña voz burlona detrás de mí me hizo girar. Doyle me sonreía y me saludaba con la mano. Ningún gesto insolente ni obsceno. Nada que un árbitro pudiera sancionar. Pero yo sabía exactamente lo que quería decir.

Adiós, fracasado. Eso era lo que Doyle quería decirme.

Eso ya lo veríamos.

Apreté los dientes y me lancé con todas mis fuerzas al juego. Los *New York Defenders* habían recuperado el balón y se movían en dirección a nuestra canasta. Si ahora conseguían una canasta, el partido estaría prácticamente decidido. Movilicé mis últimas fuerzas y aceleré mi ritmo, de modo que adelanté al jugador con el balón.

—Aquí. —Doyle intentaba dar instrucciones a su compañero de equipo sobre dónde lanzar el balón. El jugador se impulsó hacia arriba. A la vez que yo. El balón voló en mi dirección. Me empujé un poco más hacia arriba y estiré el brazo todo lo que pude.

El balón tocó la punta de mis dedos. Lo desvié en dirección a Terrence.

Y ya estábamos de nuevo camino a la canasta de los *Defenders*.

Sí.

Interiormente cerré el puño.

—¡Ashton!

De nuevo Terrence me pasó el balón. Lo atrapé sin esfuerzo y seguí corriendo hacia el área de tiro. En el límite me preparé para un lanzamiento a canasta.

En ese momento alguien se colgó de mi brazo y me arrastró al suelo con todas sus fuerzas. Intenté resistirme, pero mi oponente usó su segunda mano y me agarró con firmeza. Perdí el ritmo y el balón se escapó de mis manos. Como a cámara lenta, vi cómo el balón, en lugar de entrar en la canasta, rodaba al suelo y allí a las manos de un jugador contrario.

¡Maldita sea!

El silbato del árbitro sonó fuerte en mis oídos.

—¡Falta! —El árbitro vino corriendo y me señaló—. Tiros libres.

—¡No ha sido para tanto! —Doyle miró al árbitro—. Quiero decir, él me provocó y por eso yo...

—¿Ah, sí? —El árbitro miró a Doyle con cierta indiferencia.

—¡Insultó a mi madre! ¡Eso no está permitido en el campo! ÉL debería ser descalificado y no recibir tiros libres. —Doyle, rojo como un tomate, miró fijamente al árbitro.

—¡Estás mintiendo descaradamente! —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensar si era apropiado en ese momento.

—Ahora incluso lo niegas. —Doyle me miró con una mezcla de indignación y dolor. El tipo era realmente un excelente actor, eso tenía que reconocérselo.

—Si ha habido un insulto o no, no puedo juzgarlo. —El árbitro se mantuvo tranquilo—. Pero ha habido una falta y por eso corresponden los tiros libres. Está en las reglas. —Se dirigió directamente a Doyle—. Y a usted le recomendaría que no se dejara provocar tan fácilmente. ¿También golpea en la calle a cualquiera que diga algo que no le guste?

Doyle no supo qué responder.

Me coloqué en posición para el primer tiro libre. En total, tendría derecho a dos lanzamientos. Había practicado exactamente esta situación a menudo con Terrence durante el entrenamiento. Antes de lanzar, busqué la mirada de mi amigo. Terrence me dio un gesto de aliento con la cabeza. No dijo nada, pero podía leer en sus ojos lo que quería transmitirme. *Tú puedes, colega.*

Respiré hondo. Entonces, de repente, vi el rostro de Colleen. Ojos de un color indescriptible. Y pecas.

Lancé.

—¡Canasta!

Los vítores de mis compañeros de equipo ahogaron incluso al público, que seguía animándonos.

Mete también el segundo, Ashton. Entonces el partido estará decidido. Los Defenders no podrán remontar ESTA ventaja. No en los pocos minutos que quedan.

¿Eran minutos siquiera?

¿O solo segundos?

Da igual.

Sin mirar el reloj, me preparé para el segundo lanzamiento.

—¡Canasta!

Los vítores aumentaron hasta convertirse en un ruido ensordecedor. El público estaba fuera de sí. Mis compañeros de equipo se abrazaban.

El silbato del árbitro sonó.

El partido había terminado.

—Colega, maldita sea, lo hemos conseguido. TÚ lo has conseguido. —Terrence me golpeó con fuerza en la espalda y luego me abrazó fuerte. Yo le devolví el abrazo. Terrence se rio—. Incluso después de este partido aún sigues exprimiendo mis últimas fuerzas.

Solté a mi mejor amigo. —Maldita sea, esta noche lo celebramos como es debido. Nos lo hemos ganado. Más que ganado.

—Cuenta conmigo, colega. Hace mucho que no nos divertimos de verdad. Ya es hora de una noche de hombres sin interrupciones. —Terrence me sonrió.

Asentí y sin embargo lamenté en el mismo momento que Colleen no estuviera aquí. Por alguna razón, me hubiera gustado tenerla a mi lado ahora.

—Esta vez has ganado. —Doyle se colocó junto a nosotros—. Pero no creas que voy a aceptarlo sin más. Deberías tener cuidado.

Negando con la cabeza, me volví hacia mi archienemigo. No estaba seguro de cómo me habría sentido yo en esta situación. Pero no encajar bien una derrota y ser un mal perdedor seguían siendo dos cosas diferentes.

—¿Qué, te has quedado sin palabras? —añadió Doyle con burla.

—Claro. Estoy tan asustado que no sé qué decir —respondí y sonreí —. Vamos, Doyle. Ha sido una dura batalla, pero al final solo es un juego. Este lo has perdido. El año que viene tendrás otra oportunidad. —Adopté un tono conciliador. Realmente no tenía ganas de una pelea en el campo de juego.

—Escúchame bien —siseó Doyle tan bajo que solo Terrence y yo pudimos oírlo—. Me robaste a Lola en su momento. Y ahora el trofeo. Si crees que puedes simplemente tomar todo lo que quieras, estás equivocado. Pero muy equivocado. Te lo haré pagar todo. El doble y el triple. Al final te despertarás y te llevarás una sorpresa. Vendrás a verme de rodillas y me suplicarás que te deje trabajar para mí. Mientras yo me follo a tu novia.

Apreté los dientes. El tipo simplemente me ponía de los nervios. Ni siquiera me enfadaba. —¿Nunca se te ha ocurrido que no te robé a Lola, sino que ella simplemente me eligió a mí porque ya no te quería? Y el trofeo no lo he arrebatado bajo ninguna trampa, simplemente hoy fuimos el mejor equipo y ganamos merecidamente. —Negué con la cabeza—. Pero no, eso sería incorrecto. Entonces estas cosas dependerían de ti y no de los demás.

Doyle escupió al suelo.

Luego se dio la vuelta sin decir palabra y abandonó el pabellón.

Probablemente no participaría en la ceremonia de entrega de premios.

Aunque no era ninguna pérdida.

Algunas horas más tarde, estaba sentado frente a Terrence en nuestro bar favorito. *The Rooftop*. El nombre lo decía todo. El bar había sido construido en la azotea de un hotel hace solo unos años y ofrecía una vista fantástica de Manhattan y el río Hudson. Estábamos sentados en un sofá de cuero marrón y solo teníamos una mesa baja entre nosotros y el ventanal.

—Por nuestra victoria. —Levanté el vaso de Glenmorangie que tenía en la mano.

Terrence brindó conmigo. —Por los *Basket Hounds*.

Lentamente dejé que el Glenmorangie bajara por mi garganta. Este whisky era más bien suave y tenía un ligero toque frutal. —No está mal —juzgué—. Pero más tarde cambiaré a algo con un aroma ahumado.

Terrence sonrió. —Típico de ti. Siempre has preferido algo más fuerte.

Me encogí de hombros y también sonreí. —Sobre gustos no hay nada escrito.

Terrence asintió. Con la cabeza señaló hacia un lado. —¿Y qué te parecen esas dos guapas de la barra?

—¿Dónde? —En el bar había varias mujeres presentes.

—La del vestido rosa con curvas impresionantes y la más delgada con el vestido amarillo. —Terrence devoraba a ambas mujeres con la mirada—. A mí me gustan delgadas... y su amiga encajaría perfectamente contigo.

—No, gracias. —Ya había apartado la mirada y estaba mirando hacia fuera. Lástima que Colleen no estuviera aquí.

¡Ashton!

Pero, ¿por qué era tan malo ese pensamiento?

—¿Sigues viéndote con la mujer que conociste en Boston? —quiso saber Terrence. Me miró con curiosidad.

—¿De dónde sacas esa idea? —Intenté sonar indiferente, pero no estaba seguro de haberlo conseguido. Terrence era mi mejor amigo. Me conocía demasiado bien como para poder ocultarle algo importante.

—Ashton, en serio. Se te nota a la legua. Te has comportado de forma diferente estos últimos días. Y ahora... normalmente te chuparías los dedos por la del vestido rosa.

Hasta ahora no le había contado nada a mi mejor amigo sobre Colleen. ¿Por qué iba a hacerlo? Solo era una aparición pasajera en mi vida. Las mujeres iban y venían y no eran necesariamente algo de lo que tuviera que hablar con mi mejor amigo. Solo lo hacía cuando eran importantes.

¿Era Colleen importante?

Al menos es lo suficientemente importante como para que te plantees si es importante.

Me decidí. —Se llama Colleen. La conocí, como te dije, en la feria de Boston. Por casualidad acabamos en la misma habitación de hotel y luego... bueno... —Sonreí.

No hacían falta más palabras. Terrence me entendía igual. —No dejas pasar ni una, colega.

Me encogí de hombros. —¿Por qué no aprovechar una oportunidad cuando se presenta? —Una pregunta puramente retórica.

—Así conozco a mi amigo. —Terrence levantó su vaso de nuevo. Brindamos y tomé un buen trago de Glenmorangie.

—¿Y realmente la has vuelto a ver? Pensaba que desde que te separaste de Lola no querías meterte en nada a largo plazo. Un matrimonio por supuesto que no, pero tampoco nada más... —Terrence hizo un gesto que abarcaba todo el bar—. Hay suficiente para elegir. —Se volvió de nuevo hacia las dos mujeres y las devoró con la mirada.

Asentí. —Vi a Colleen de nuevo más bien por casualidad. Su tienda está al lado de mi nueva sucursal.

Terrence negó con la cabeza. —Hay casualidades que no existen. —Sonrió de nuevo—. ¿Y entonces continuó la cosa?

—Como dices: ¿Por qué no aprovechar una buena oportunidad? —Levanté el vaso de nuevo.

Terrence hizo un gesto como si quisiera brindar conmigo. —Cierto. Pero si esa mujer existe desde la feria de Boston y os seguís viendo, ¿no es eso un poco más que una buena oportunidad? —Me miró inquisitivamente—. Te estás traicionando a ti mismo con tus propios principios.

—¿Puedo sentarme aquí? —Una voz femenina nos interrumpió. Levanté la vista. La mujer del vestido rosa estaba frente a nosotros. Su amiga de amarillo la seguía—. El sitio a tu lado parece tan vacío. Seguro que te vendría bien un poco de animación. —La mujer de rosa claramente me hablaba a mí.

Dudé.

¿Qué debía hacer?

No era ningún crimen charlar con otra en un bar.

Además, no le había prometido nada a Colleen.

No le había jurado fidelidad como en su día a Lola.

Solo nos estábamos divirtiendo.

Simplemente un poco más que antes.

Simplemente un poco más tiempo del planeado.

¿O no?

No estás seguro ni tú mismo, Ashton. Y deberías descubrir urgentemente qué hay realmente detrás de todo esto. Urgentemente.

Y ya sabía cómo.

Examiné detenidamente a la mujer del vestido rosa y dejé que mi mirada recorriera su cuerpo. Ella sonrió alentadoramente. Luego tomé un trago profundo de mi vaso. —De todos modos, iba a levantarme. Puedes sentarte aquí.

La mujer de rosa se dejó caer en mi sitio. Parecía decepcionada.

—¿Colega? —preguntó Terrence.

—Nos vemos, Terrence. Tengo que ajustar un poco mis planes para mañana.

Todavía no había llegado el momento de confiar mis planes a mi amigo.

Sin remordimientos, abandoné el bar.

Capítulo 22

Ashton

—¿Adónde volamos? —Colleen me miró emocionada. En sus ojos brillaba un entusiasmo que nunca antes había visto en ella. Parecía encontrar excitante el estar viajando conmigo a un destino desconocido.

Estábamos sentados en mi jet privado volando hacia el oeste.

—No te emociones demasiado, esto no son unas vacaciones —dije con una breve mirada de reojo.

—Ya me lo imaginaba. —Colleen se rio—. De lo contrario no me habrías dicho que empacara la ropa que llevaba en la feria de Boston. Aunque era cómoda, era más bien un atuendo de negocios.

—No lo dije tan literalmente —respondí—. Solo quería decir algo similar a lo de Boston. Vamos a la feria de Chicago.

—¿Chicago? —Colleen abrió mucho los ojos—. Nunca he estado allí. La feria es mucho más grande que la de Boston.

—Bueno, entonces será tu primera vez. —En realidad, yo no había querido asistir personalmente a la feria de Chicago. Pero como aún no había encontrado un sustituto para Rooney, no me quedaba otra opción. No podía enviar a Virginia sola. ¿Un viaje así con Virginia? Hice una mueca ante ese pensamiento.

Anoche finalmente tuve la idea salvadora. Por supuesto. Llevaría a Colleen. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Si pasábamos más tiempo juntos, seguramente descubriría qué era lo que me fascinaba tanto de ella, por qué ya no miraba a otras mujeres y por qué no podía tener suficiente de ella.

Y por qué de repente esto se sentía completamente correcto, aunque contradecía todos mis principios.

¿Qué me estaba pasando?

—¿Qué vamos a hacer en Chicago? —quiso saber Colleen. Como si hubiera leído mis pensamientos. Pero yo aún no estaba listo para compartir con ella lo que pasaba por mi mente.

—Quiero decir, ¿vamos a visitar a proveedores específicos? ¿Tenemos que realizar cierta cantidad de pedidos? ¿Buscamos colecciones concretas? —Colleen precisó su pregunta.

Estaba pensando en el negocio. ¿Nuestro acuerdo era solo algo secundario para ella? ¿Se había involucrado conmigo principalmente pensando en su progreso profesional? Exactamente eso había establecido en mi oferta.

¿Por qué entonces me molestaba que Colleen pensara exactamente lo que yo quería?

Sacudí la cabeza y me concentré en las preguntas de Colleen. —En realidad no tenemos un programa específico. Me gustaría encontrar algunos proveedores nuevos. Tal vez un pequeño productor que tenga ropa fuera de lo convencional. Algo extraordinario que no se encuentre en cualquier tienda.

Colleen sacudió la cabeza sorprendida. —Para alguien que afirma no entender de moda... —Se interrumpió y volvió a empezar—. No estarás pensando en convertir *Ashfash* en una boutique, ¿verdad?

Sonreí. —No nos hará daño parecernos un poco más a *Colleen's*. Para eso te contraté.

Colleen se rio. Yo me uní a ella.

Se sentía bien.

Comenzamos el descenso hacia Chicago.

Tres horas después, estábamos en el stand de un comerciante indio. La colorida ropa había cautivado a Colleen inmediatamente.

—¿No crees que esto es demasiado atrevido para la neoyorquina promedio? —pregunté escéptico.

—La neoyorquina promedio. —Colleen arqueó las cejas—. ¿A qué te refieres con eso?

—Bueno... —Reflexioné. Luego me golpeé la frente—. Tienes razón. Por supuesto. Las neoyorquinas son tan diversas como la propia ciudad. Mayores, jóvenes, ricas, menos ricas, con estudios y sin estudios, entusiastas del deporte, aficionadas a la costura...

—Y todas tienen algo en común. Les gusta vestirse bien. Quieren encajar en la multitud pero al mismo tiempo no verse como todas las demás. —Colleen me miró con picardía. Las pecas bailaban en su nariz y sus ojos cambiaban de color. Del aguamarina al verde. Colleen era tan colorida y polifacética como uno de los vestidos indios. Tanto por fuera como por dentro.

Y eso era exactamente lo que me fascinaba de ella.

Y siempre me fascinaría.

Me estremecí ante este pensamiento.

Luego volví a relajarme.

Todo se sentía tan correcto. Mejor de lo que jamás me había sentido con Lola o cualquier otra mujer.

Colleen seguía examinando los vestidos indios. —Creo que... — Frunció el ceño.

—Esto podría combinarse perfectamente con unos vaqueros — señalé un montón de blusas—. Para una noche tranquila entre amigas.

Colleen volvió a mirarme. Luego se rio. Las pecas en su nariz bailaban más salvajemente que nunca. —¡Ashton! ¡Dios mío! Eres realmente sorprendente. Afirmas no saber nada de moda y luego... luego haces sugerencias como esa.

—Nunca he dicho que no sepa NADA —sonreí—. Al fin y al cabo, trabajo en el sector. Algo tengo que saber. De lo contrario no sería tan exitoso. —Para mi sorpresa, incluso disfrutaba cuando Colleen

me tomaba el pelo. Cuando me provocaba con mi debilidad. Con cualquier otra persona, esto me habría enfurecido.

Pero no con ella.

—Vaya, ¿otra vez comprando todos los artículos que nadie quiere de la feria? —Una desagradable voz a mis espaldas me hizo girar.

Doyle.

Señaló los vestidos indios. —Nadie va a usar esos trapos, Ashton, nadie. —Luego soltó una risita—. Pero compra, compra. Si *Ashfash* se pasa a la moda india, todas tus clientas vendrán a mí. —Sacudió la cabeza—. Por suerte he comprado lo suficiente. Mis almacenes están a reventar. Solo estoy esperando a tu clientela.

—Cuidado, no vayas a equivocarte en tus cálculos —repliqué.

Doyle volvió a soltar una risita. —¿Puedo recordarte que hace unos años compraste moda rusa que se pudrió en tus estanterías hasta que tuviste que regalarla a gente necesitada?

Tragué saliva. De hecho, Cissy, un miembro del equipo de Rooney, había comprado hace unos años unos vestidos que hicieron que todos, literalmente todos, se preguntaran quién demonios se pondría algo así. Ni siquiera habíamos enviado las piezas a las tiendas. Solo habríamos hecho el ridículo. Cissy había dejado *Ashfash* poco después y ahora trabajaba para *Doyle's Clothing*. No podía decir que estuviera muy triste por esa pérdida.

—Evidentemente, Cissy ha corregido sus errores contigo —contraataqué—. Lo cual es de agradecer. Porque mientras no tengas

empleados en los que puedas confiar, tendrás que asistir personalmente a todas las ferias.

—Igual que tú. —Doyle resopló con desdén.

—La excepción confirma la regla. —Me encogí de hombros. Que yo estuviera aquí solo porque Rooney había dimitido no era, desde luego, asunto de Doyle.

Doyle soltó una risita. —¿Es entonces la excepción o la regla que traigas a la pequeña a la que te estás follando a una feria y dejes que elija ropa que se quedará cubierta de polvo en las estanterías? Os he visto juntos antes. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Colleen. Ella se había alejado un poco de nosotros y no podía escuchar nuestra conversación. Examinaba las blusas indias con interés.

—No es mala elección. ¿Qué tal es haciendo mamadas? —Doyle no se detenía—. Seguro que muy buena. Estuvo en Boston también, ¿verdad? ¿No tiene una pequeña tienda? Creo que estuve allí una vez porque una amiga me arrastró. *Colleen's*, ¿no?

Mi mirada se estrechó.

La vena de mi sien comenzó a palpitar.

¿Qué se creía este idiota? ¿Se consideraba alguien que podía permitirse cualquier cosa e insultar a cualquiera?

—Qué bueno conocerla ahora —añadió Doyle. Examinó a Colleen con desprecio—. Al fin y al cabo, quiero saber a quién me llevo a la cama cuando cumpla mi amenaza y te lo devuelva por triplicado. —Doyle sonrió—. Tal vez debería follármela de tal manera que puedas

oír sus gemidos y sepas exactamente que se lo estoy haciendo tres veces mejor de lo que tú jamás podrías.

Eso fue suficiente.

Me lancé sobre Doyle y lo agarré por el cuello. Por suerte, yo era unos centímetros más alto que él. Lo levanté hasta que solo pudo mantenerse sobre las puntas de los pies. Su cara se puso roja y sus manos agarraron mis muñecas.

—Suéltame... inmediatamente. O... te... denunciaré —logró decir con dificultad.

—Con mucho gusto. —Lo miré con ironía—. ¿El pequeño Doyle tiene que llamar a la policía por cualquier nimiedad en vez de afrontar como un hombre lo que ha dicho y hecho? Ese es exactamente el hombre con el que toda mujer sueña.

La cara de Doyle se volvió púrpura. No por falta de aire. Sino de rabia. —Me las pagarás —jadeó.

—Ya te lo dije ayer: ahora sí que tengo miedo. Si yo fuera tú, probablemente me habría hecho pis en los pantalones y tendría que preguntar a mi mamá si me ayuda a cambiarme. —Dejé que Doyle bajara un poco, de modo que pudiera apoyarse en sus propios pies.

—Suéltame —exigió, apenas sintió el suelo bajo él.

—Nada me gustaría más. Tengo cosas mucho más importantes que hacer aquí que ocuparme de ti. Hacer compras para mi empresa, por ejemplo. —Luego me incliné un poco hacia delante y le susurré al oído—: Pero solo puedo soltarte si prometes comportarte decentemente a partir de ahora, pequeño. Nada más de comentarios

groseros sobre mi acompañante. Lo mejor es que te des la vuelta y vayas al otro pabellón. Si nos ves de lejos, te largas. Haremos como si este encuentro nunca hubiera ocurrido. Así nadie sabrá que el pequeño Doyle está indefenso sin ayuda.

Doyle no dijo nada. Lo solté y lo observé atentamente. Con la cara roja como un tomate, se arregló el cuello. —Me las pagarás —siseó, antes de desaparecer entre los stands en dirección a los otros pabellones de la feria.

Volví con Colleen.

—Aquí estás. Te estaba buscando. ¿Ha pasado algo? —quiso saber.

—No, todo está bien —la tranquilicé—. Solo me encontré con un viejo conocido y estuve charlando con él. Cuando hago eso siempre pierdo la noción del tiempo. —Ni siquiera era mentira. Miré los vestidos indios—. Algunas de estas piezas quedarían bien también en tu boutique, ¿no?

Colleen hizo una mueca. —En este momento no estoy segura de cuánto tiempo más existirá mi boutique.

—¿Qué? —Miré fijamente a Colleen—. ¿Por qué? ¿Los pedidos no te han llegado según lo previsto?

—Sí, sí, todo está bien. Pero mi casero está dando muchos problemas, no te lo puedes imaginar. —Colleen me miró insegura—. No sé si debería molestarle de nuevo con mis asuntos. Estamos aquí para... para hacer compras.

Miré a los ojos verdes de la mujer de la que no podía tener suficiente. —Tú eres más importante ahora mismo —dije y tomé su

mano. Su mano se sentía cálida y suave en la mía. Alejé a Colleen un poco de los stands—. Ahora me vas a contar todo exactamente. ¿Qué está pasando?

Los ojos de Colleen cambiaron de color y brillaron un poco. ¿Era tan malo?

—Eso... eso es lo más bonito que alguien me ha dicho jamás —susurró y me miró.

Y entonces la besé. En medio de la feria.

Me daba igual si alguien nos veía.

Todo me daba igual.

Todo excepto Colleen.

Puse mis labios sobre los suyos y una mano en la parte posterior de su cabeza. Los brazos de Colleen rodearon mi torso. Ella respondió a mi beso con la misma devoción y pasión de siempre. Para ella no había diferencia si estábamos en una feria o en mi dormitorio.

Frotó su pelvis contra mis caderas.

Mi polla se puso dura.

Dios, esta mujer me volvía loco.

Nunca tendría suficiente de ella.

Nunca.

En ese momento estaba más seguro que nunca.

Y se sentía mejor que nunca.

Mi polla palpitaba en mis pantalones, recordándome sus necesidades.

Separé mis labios de los de Colleen. —Vamos. Volvamos al hotel. Y de camino me cuentas exactamente qué pasa con tu casero.

—¡Y de verdad ya no sé qué más hacer! —Colleen me miró desesperada. Habíamos llegado a la habitación del hotel. Colleen estaba sentada en el amplio sofá, mientras yo me apoyaba en el escritorio. Colleen continuó—: No puedo pagar cada aumento de alquiler y cada daño por agua.

Intenté escuchar lo mejor que pude. Pero mis ojos recorrían el cuerpo de Colleen. Apenas podía esperar para tenerla de nuevo en mis brazos.

—Me ocuparé de ello —prometí—. Cuando volvamos a Nueva York. Llamaré a tu casero. Tal vez sea el tipo de persona que tiene problemas para hablar con mujeres. Suena estúpido en los tiempos actuales, pero quizás simplemente necesite oír de un hombre que eso no puede ser así.

—¿Harías eso por mí? —Los ojos de Colleen se iluminaron. Aguamarina.

—Por supuesto. —Oculté lo mucho que me alegraba su entusiasmo.

—Eres simplemente el mejor. —Colleen se levantó de un salto y me dio un cordial beso en la mejilla. Agarré sus caderas.

—Seguro que puedes hacerlo mejor —gruñí y la atraje hacia mí. Ahora mi cuerpo exigía sus derechos.

—Oh, sí. Es lo que he estado esperando todo este tiempo —murmuró Colleen antes de que nuestros labios se encontraran. Apasionadamente. Ardientemente. Esta vez parecíamos fundirnos el uno con el otro. Ya no podía distinguir dónde comenzaba Colleen y dónde terminaba yo.

Hasta que sentí mi polla.

—Desnúdate —susurré apenas me separé un poco de Colleen. Mis manos ya habían ido a mi cinturón y estaban desabrochando la hebilla.

Colleen obedeció.

Me dejé caer en el sofá y atraje a Colleen sobre mis caderas.

Estaba húmeda.

Mi polla se deslizó sin esfuerzo dentro de ella.

Estaba tan excitada como yo.

Constatarlo me excitó aún más. Me había contado todos sus problemas y aun así había estado tan ansiosa por el sexo como yo. Esta confirmación me excitó todavía más.

Colleen comenzó a moverse rítmicamente sobre mí. Sus pechos se balanceaban frente a mí de un lado a otro. Primero suavemente, luego salvajemente.

—Oh, me encanta esta vista —gemí con deleite. Luego tomé el pecho izquierdo de Colleen y lo amasé. Con mi pulgar acaricié su pezón y lo estimulé hasta arrancar un suave gemido a Colleen. Mientras ella se movía lenta e intensamente sobre mí, me incliné un poco hacia delante y tomé su pezón en mi boca. Suavemente lo lamí. Luego lo tomé entre mis dientes y tiré juguetonamente un poco de él.

—Oh Dios, Ashton. —Colleen gemía más fuerte. Sus movimientos se hicieron más rápidos. Mordí brevemente su pezón antes de soltarlo y entregarme completamente al ritmo de nuestros cuerpos.

Colleen me cabalgaba con cada vez mayor pasión.

Se irguió aún más.

—Sí, nena. No pares —gemí. Agarré las caderas de Colleen y la presioné profundamente contra mí. Mi polla estaba más profunda en ella que nunca antes.

Colleen gimió. —Más.

Volví a presionarla profundamente contra mí. En ese momento sentí cómo su vagina se contraía. Colleen me miró directamente. —Ashton. Oh, Ashton. —Sus gemidos se hicieron más fuertes. Y entonces su vagina se contrajo aún más. Exactamente en ese momento, sus ojos volvieron a cambiar de color.

Colleen estaba llegando al orgasmo.

Volví a presionarla profundamente contra mí, para sentir realmente las contracciones de su vagina.

—Oh, sí —gimió ella—. ¡Oh, sí, oh Dios, oh sí!

De nuevo presioné a Colleen contra mis caderas.

Con un fuerte gemido, también yo encontré mi alivio dentro de ella.

Capítulo 23

Colleen

Dingdong.

—Voy enseguida —grité desde el almacén. Anaya había llamado para decir que estaba enferma, así que estaba sola en la boutique. Sin embargo, esto me venía bien. Durante las horas tranquilas, cuando había poca clientela, tenía tiempo para pensar en la excursión a Chicago.

Algo había cambiado entre Ashton y yo en Chicago. O quizás el cambio había comenzado antes y se había producido de manera tan sigilosa, tan lenta, que al principio no me había dado cuenta. Hasta que llegó Chicago. Hasta que llegó el momento en que me reí con Ashton en su avión y me sentí más protegida que nunca. Hasta que llegó el momento en que pensamos lo mismo sobre una colección de vestidos indios. Hasta que llegó el momento en que se sintió completamente natural besarlo delante de todo el mundo.

O quizás hasta que llegó el momento en que pude leer con demasiada claridad el deseo en sus ojos, en que pude sentir el calor

que emanaba de su cuerpo y en el que, sin embargo, se tomó el tiempo para escucharme, antes de que nosotros...

Antes de que finalmente pudiéramos tocarnos y fundirnos el uno con el otro.

Había visto lujuria en los ojos de Ashton. Y algo más. Preocupación. Intimidad. Y de alguna manera, un tipo de interés completamente diferente al que había mostrado antes.

¿Qué significaba eso?

Colleen. Puede significar muchas cosas. Puede significar cualquier cosa. Puede no significar nada.

Este último pensamiento me provocó una punzada en el estómago.

No te vuelvas loca. Más tarde verás a Ashton de nuevo y entonces ya notarás si fue una excepción o si...

Si realmente le importaba.

Si le importaba más que como alguien con quien pasar una hora apasionada de vez en cuando, cuando le convenía. Así era como se había sentido al principio.

Pero ahora parecía como si realmente le importara.

Empujé con el pie la caja medio desembalada junto a la estantería y cerré la tapa. Desde la inundación me había vuelto más cautelosa. No quería que se dañara más mercancía bajo ninguna circunstancia.

—¿Va a venir hoy todavía? —Una voz masculina impaciente llegó desde la tienda hasta el almacén.

—Disculpe, tenía un pequeño problema aquí. Ya estoy. —Con estas palabras salí del almacén hacia la sala de ventas.

Me quedé paralizada.

Frente a mí estaba el Sr. Warden. Mi casero.

¿Qué quería aquí otra vez?

¿No había dicho la última vez que sería mejor que no nos volviéramos a ver? ¿Que no volvería a poner un pie en este edificio porque todos los problemas de aquí no eran su responsabilidad?

Más o menos así habían sonado sus palabras.

Y ahora estaba aquí en medio de la tienda comportándose como...

Como...

Simplemente no se me ocurría una palabra adecuada.

¿Había venido para imponer la subida del alquiler?

El corazón se me cayó a los pies del susto. No me había ocupado más de este asunto en los últimos días. Simplemente había tenido demasiadas otras cosas que atender. La inundación. Ashton. La nueva mercancía. Ashton.

Una y otra vez Ashton.

—Esto es realmente encantador. —Una voz femenina. Solo entonces me di cuenta de que además del Sr. Warden y yo, había alguien más en la boutique. Una mujer que parecía algo mayor que yo. Podría haber parecido más joven si se vistiera y maquillara de manera más favorecedora. Podría haber sacado más partido de sí misma. Si le vendiera la ropa adecuada, sería una persona nueva.

—Buenos días —dije educadamente. Maldición. ¿Cómo podía librarme del Sr. Warden? Lo último que necesitaba era que me estropeara un negocio con una cliente prometedora. En estos días agradecía cada euro de ventas que hacía.

Una mujer como esta seguramente tendría amigas similares a ella que podría enviar aquí en el futuro. No podía dejar escapar esta oportunidad.

—Esta es la Sra. Jones. —El Sr. Warden no me saludó. En cambio, señaló a la mujer con un gesto.

Abrí los ojos de par en par. ¿Se conocían? ¿El Sr. Warden venía a la boutique de compras con una mujer? ¿Era esta la mujer que... la que había escuchado por teléfono hace un tiempo por la noche?

—Encantada —dije, pensando frenéticamente en cómo debería continuar esto. Este tipo de situaciones solo ocurren normalmente en las novelas.

—La Sra. Jones es la nueva propietaria de este local comercial —explicó el Sr. Warden con rigidez.

—¿Qué? —balbuceé perpleja. ¿Había oído bien?—. ¿Ha... ha vendido el edificio? —me aseguré.

—No el edificio. Por ahora solo esta tienda. De todas las demás propiedades, espero deshacerme poco a poco. Desafortunadamente, hoy en día no se puede desprender uno de una propiedad tan grande de otra manera. En Nueva York ya no hay tantas personas que puedan permitirse algo así. —El Sr. Warden soltó una risa quejumbrosa—. Los multimillonarios han escaseado.

Tragué saliva. Luego examiné de nuevo a la mujer discreta con ojos marrones y pestañas postizas.

—La Sra. Jones adquirió la tienda esta mañana. Venimos directamente del notario. —El Sr. Warden volvió a reír. Parecía bastante complacido con el negocio.

—Llevaba tiempo echándole el ojo a esta tienda —trinó la mujer. Su voz me resultaba desagradable, aunque no podía decir exactamente qué era lo que no me gustaba de ella—. Ahora finalmente he encontrado un inversor y contacté con el Sr. Warden. Fue tan amable de enseñarme la tienda ayer por la tarde... —El resto de las palabras de la mujer pasaron a mi lado como un zumbido.

—¿Enseñarle? —interrumpí.

—Bueno, difícilmente podía esperar que la Sra. Jones comprara a ciegas. Así que estuvimos aquí anoche. Usted ya se había ido, lamentablemente. Pero seguro que no tiene nada en contra de que dejara entrar a la Sra. Jones en la tienda con mi llave, ¿verdad?

Me quedé con la boca abierta.

—Desafortunadamente no sabía la combinación de la alarma, pero por si acaso había anotado su fecha de nacimiento. Estaba en el contrato de alquiler. Y con eso funcionó. —El Sr. Warden sonrió.

No sabía qué decir.

—Por supuesto, hay que renovar varias cosas aquí. —La Sra. Jones observó pensativamente las manchas de agua detrás de la caja y detrás de las estanterías—. Pero la tienda tiene claramente mucho potencial.

¡Colleen! Olvídate del Sr. Warden y su comportamiento imposible. Tu futuro está con la Sra. Jones. Y ella parece claramente mucho más razonable que el Sr. Warden. Parece estar genuinamente interesada en hacer algo más con la tienda. Y si puede permitirse semejante inversión, seguro que también tiene dinero para las renovaciones necesarias.

—*Lola's* —reflexionó pensativamente la Sra. Jones. Miró alrededor de la sala de ventas—. Suena bastante bien, ¿no cree?

—Excelente. —La voz del Sr. Warden sonaba ligeramente untuosa. De alguna manera falsa.

—¿Y qué piensa usted? —Ahora la Sra. Jones me miró.

—¿De qué? —Estaba confundida.

—*Lola's* —repitió pacientemente la Sra. Jones—. Si voy a abrir una tienda aquí, necesito un nombre para ella, ¿no? —Soltó una risita tonta. Una chica de catorce años no habría sonado más tonta.

—¿Abrir... una... tienda? —repetí lentamente las palabras de la Sra. Jones.

—Sí. ¿Por qué si no iba a adquirir un local comercial como este? ¿Para lidiar con inquilinos que de todas formas nunca pagan a

tiempo? Seguro que no. —La Sra. Jones sacudió la cabeza con decisión.

—¿Quiere decir... —Mi mente se negaba a captar el significado de las palabras de la Sra. Jones. Simplemente se rebelaba. Lo que no podía ser verdad, simplemente no podía ser verdad.

—Al lado va a abrir la nueva sucursal de *Ashfash*. Atraerán a los clientes como un imán. Entonces esto será un hervidero. Clientes que buscan algo que no encontraron en *Ashfash*. Clientes que se quedan aquí y ni siquiera van a *Ashfash*. Clientes, clientes, clientes. —El Sr. Warden sonaba como si tuviera que vender esta tienda una vez más.

Vendida.

Mis rodillas flaquearon.

Mi corazón latía de manera extraña.

Con pasos vacilantes me dirigí a la caja y me hundí en el taburete bajo que estaba invisiblemente detrás del mostrador para los visitantes. Aquí descansábamos Anaya y yo un momento cuando había tanto que hacer en la boutique que no podíamos tomar nuestros descansos para el té en el almacén como de costumbre y estirar las piernas durante unos minutos.

Mi boutique había sido vendida a la Sra. Jones, que quería abrir su propia tienda aquí.

Eso significaba el fin de *Colleen's*.

Me habría gustado cubrirme la cara con las manos. A pesar de las amenazas del Sr. Warden, a pesar de todas las discusiones y catástrofes de los últimos tiempos, amaba mi trabajo y mi tienda. No quería hacer otra cosa.

NO PODÍA hacer otra cosa.

Tenía un enorme préstamo que pagar. Un préstamo que había pedido para reparaciones y obras de ampliación en ESTA tienda. Trabajos que habían aumentado el valor de esta tienda. Seguramente el Sr. Warden había recibido una buena suma de la Sra. Jones. Mucho más de lo que valía la tienda antes de que yo abriera aquí. Pero yo no vería nada de ese dinero. Nada.

¿Qué iba a hacer ahora?

Mi vida acababa de hacerse pedazos.

—Quiero empezar con los trabajos aquí lo antes posible —parloteaba la Sra. Jones—. He revisado el contrato de alquiler. El plazo de preaviso es de solo una semana, lo que es, por supuesto, extraordinariamente favorable para mí.

Una semana.

Me pellizcé el brazo.

¿Esto era solo una pesadilla? ¿Seguro que me despertaría pronto y descubriría que estaba empapada en sudor en mi cama en casa? ¿O en el hotel junto a Ashton, satisfecha tras una larga noche de amor?

Respiré profundamente. Por supuesto, todavía estaba en la tienda, junto con el insoportable Sr. Warden y la parlanchina Sra. Jones.

Fugazmente pensé que la Sra. Jones tenía el mismo apellido que Ashton. Bueno, Jones no era precisamente un apellido raro, ni en Nueva York ni en ningún otro lugar.

Colleen. Concéntrate en lo que tienes delante.

—¿Qué... qué debo hacer entonces? —pregunté débilmente. Tan débilmente que ya creía que nadie me oiría.

Pero el Sr. Warden había venido al mostrador. Soltó una risita. —Oh, querida, no se lo tome tan a pecho. Tendrá que buscarse algo nuevo. Estas cosas ocurren todos los días. —Volvió a reírse y me sopló su aliento a la cara.

Champán.

Los dos debían haber brindado por su trato.

Y por mi final.

Tragué con dificultad.

Ahora solo me quedaba una esperanza.

Ashton.

Él me ayudaría, ¿verdad?

—¿O quizás *Ashfash's Lola*? —reflexionó la Sra. Jones—. ¿Qué le parece este nombre? —Dirigió sus insulsos ojos marrones hacia mí. Insulsos. ¿Quién compraría ropa a alguien como ella? Solo quien

sabe vestirse bien puede saber cómo vestir bien a otros. Esta experiencia la había tenido una y otra vez en los últimos años.

—No dice nada —insistió la Sra. Jones.

¿Por qué demonios insistía en mi opinión? ¡Acababa de destruir mi futuro y arruinarme! ¡Que llamara a su maldita tienda como quisiera! Mi desesperación se transformó en ira.

—*Ashfash's Lola* suena bien. Ashton Jones la demandará por violar sus derechos de marca. Eso la llevará rápidamente a la prensa. También le costará una buena cantidad de dinero, pero quizás la publicidad lo compense. —Mi voz sonaba amarga.

La Sra. Jones soltó una risita y desestimó con la mano. —No, qué tontita es usted. Ashton Jones no va a demandar a su propia esposa. Eso sería el colmo. Si eso ocurriera, tendría que dormir solo en su cama por las noches. —La Sra. Jones ahora se reía tanto que se llevó la mano a la boca. El champán estaba surtiendo efecto en ella.

La miré fijamente.

—¿Esposa? ¿Usted... usted es la esposa de Ashton Jones? —Una parte de mí esperaba haber oído mal. Que la Sra. Jones estallara en una risa aún más fuerte y me dijera que realmente era una tontita muy grande que se creía todo lo que ella contaba.

Ashton no estaba casado.

No podía estar casado.

En su ático no había ni rastro de una mujer cuando lo visité. En el armario vestidor solo había ropa de Ashton.

Pero quizás... quizás su esposa tenía su propia habitación y su propio vestidor. Al fin y al cabo, los Jones no carecían de dinero. Y por las noches, Lola se metía en la cama de Ashton.

Excepto cuando ella estaba fuera.

Entonces Ashton invitaba a sus amantes.

A mí.

Los pensamientos en mi cabeza daban vueltas sin cesar.

—Por supuesto que soy su esposa. Desde hace varios años ya. Pronto celebraremos nuestro aniversario de boda. —Esta vez Lola no se rio. Sonrió—. Todavía recuerdo exactamente cómo empezó todo. Ashton no podía quitarme las manos de encima en aquella época. Y así ha seguido siendo todos estos años. A pesar de todas sus aventuras. —Esta vez suspiró teatralmente—. Siempre esperé que algún día se diera cuenta de que ya se había divertido lo suficiente. Pero simplemente no puede pasar junto a una falda. Solo le he pedido que solo traiga a alguien a casa cuando yo no esté. Hasta ahora siempre ha respetado eso. Y eso...

No escuché las últimas palabras.

Me sentí mal.

Me levanté de un salto y corrí hacia atrás. En el baño del personal, me dieron arcadas una y otra vez.

Pero nada salió.

Finalmente, abrí el grifo, me lavé las manos y me eché agua en la cara.

Pero seguía sintiéndome mal.

Las náuseas se habían aferrado profundamente en mi interior.

Me había acostado con un hombre que engañaba a su esposa.

La engañaba regularmente.

En su propia cama.

Con su consentimiento.

Y...

¿Quizás no había sido yo la única para Ashton durante ese tiempo? Al fin y al cabo, no nos veíamos a diario.

Una mano fría agarró mi corazón.

¿Cómo pude haberme equivocado tanto con él?

¿Cómo pudo haberme engañado tanto?

Las náuseas subieron de nuevo en mi interior.

Más fuertes que nunca.

Capítulo 24

Ashton

Satisfecho, me recliné en mi silla ejecutiva y contemplé el horizonte de Nueva York. Hoy se mostraban nubes espesas en el cielo, con un tono gris claro. Más allá en el horizonte también se veían algunas nubes más oscuras. Seguramente llovería hoy. Una clara señal de que el final del verano neoyorquino estaba llegando a su fin y el otoño comenzaría pronto.

Me encogí de hombros. La naturaleza necesitaba urgentemente lluvia. Y a mí... a mí realmente me daba igual si llovía o no.

Hoy estaba de excelente humor y no dejaría que unas cuantas nubes en el cielo y algunas gotas me lo arruinaran. El viaje a Chicago había sido todo un éxito. Sostenía entre mis dedos la tarjeta de visita del comerciante indio. Llamaría al hombre ahora mismo y haría un pedido. Un poco de variedad en el surtido no vendría mal. A veces simplemente había que arriesgarse.

Quien no arriesga, no gana.

Me gustaban los vestidos coloridos y también a Colleen le habían encantado.

Colleen.

Cuando la besé en medio de la feria, algo sucedió dentro de mí. Me sentía diferente desde entonces. Aunque todavía no podía definir exactamente qué era ese sentimiento. Pero sin duda era algo positivo.

Fruncí el ceño.

No traicionaría tan fácilmente mis principios.

¿O sí?

No has traicionado ningún principio, Ashton. Al contrario. Desde que Colleen llegó, has alcanzado todos tus objetivos. La expansión de la nueva sucursal va excelente. Las formaciones de Colleen son bien recibidas por las empleadas. El asesoramiento es apreciado por los clientes. Ashfash está desbordado de buenas críticas. En los Basket Hounds el trofeo está en la vitrina y Doyle solo puede amenazar impotente. En realidad, solo falta el divorcio de Lola. Y, por supuesto, el premio. Entonces tu felicidad será perfecta.

¿Felicidad?

¿Era eso felicidad?

Volví a fruncir el ceño.

El sentimiento dentro de mí era tan extraño que no recordaba haberlo experimentado nunca antes. Aparté ese pensamiento. Ahora me concentraría primero en el trabajo. Simplemente pensando, las cosas rara vez mejoraban. Tenía que sentirlas y vivirlas. Y eso haría cuando viera a Colleen esta noche.

Sonreí con anticipación.

Luego tomé el montón de periódicos que Joey había dejado en mi escritorio. Encima había una revista sensacionalista colorida con todo tipo de noticias del mundo de la moda. La conocía. Se publicaba diariamente y apenas informaba sobre nada de valor. Suspiré. ¿Cuándo entendería finalmente Joey que debía ordenar los periódicos por importancia? Una revista sensacionalista era realmente lo último que quería leer. Si me sobrara tiempo, le echaría un vistazo. Pero probablemente no tendría tiempo, había suficientes otras cosas que hacer. De todas formas, Joey tenía la tarea de revisar los periódicos y marcar con un Post-It todo lo que pudiera ser importante para *Ashfash*, para que yo no perdiera tanto tiempo revisando la prensa.

Impacientemente, aparté la revista sensacionalista.

Entonces lo vi.

En la parte superior sobresalía un Post-It amarillo.

Joey había marcado una página en la revista. ¿Acaso mi asistente estaba finalmente aprendiendo alguna cosa? ¿O simplemente estaba marcando al azar artículos que le parecían interesantes? Había perdido a su madre y desde entonces no rendía tan bien, ahora lo recordaba. Al menos eso había afirmado Virginia.

Frunciendo el ceño, acerqué la revista hacia mí y la abrí por la página donde estaba el Post-It.

Doyle's Clothing ante una adquisición.

Me quedé mirando el titular. ¿Qué? ¿Estaban comprando *Doyle's Clothing*? ¿Doyle se había sobreextendido financieramente tanto como para tener que rendirse tan rápido? No había mencionado nada de esto ayer en la feria de moda.

Rápidamente me sumergí en el artículo para encontrar respuestas a mis preguntas.

Según nos han informado fuentes internas, Doyle's Clothing ha adquirido una boutique en Nueva York para convertirla en una sucursal en una ubicación óptima.

Ah, vaya.

Una ligera decepción se apoderó de mí. Qué pena.

Ceñudo, seguí leyendo. Aunque esta noticia no era tan espectacular como había pensado inicialmente, quería saber dónde Doyle iba a expandirse en Nueva York. Al fin y al cabo, siempre hay que mantener vigilada a la competencia. Joey, excepcionalmente, realmente había pensado cuando marcó este artículo.

La tienda adquirida se llama Colleen's y está situada justo al lado de la nueva sucursal de Ashfash. "Estamos contentos de haber adquirido una tienda en tan buena ubicación", explicó Doyle Mulligan, CEO de Doyle's Clothing. "Vamos a pensar algo muy especial para nuestra nueva sucursal. Al fin y al cabo, queremos atender de la mejor manera posible a todos los clientes que no

encuentren lo que buscan en Ashfash". Según Doyle's Clothing, la sucursal será dirigida por la hasta ahora propietaria de la boutique. Colleen Brown lleva años trabajando en el sector de la moda. "Me hace ilusión la nueva tarea y el reto de plantar cara a Ashfash", declaró.

¿Qué?

Dejé caer la revista.

No podía ser.

Realmente no podía ser.

Sacudí la cabeza. Debía haberlo leído mal. Tomé la revista de nuevo y leí otra vez el párrafo. Especialmente las últimas frases.

Según Doyle's Clothing, la sucursal será dirigida por la hasta ahora propietaria de la boutique. Colleen Brown lleva años trabajando en el sector de la moda. "Me hace ilusión la nueva tarea y el reto de plantar cara a Ashfash", declaró.

Exactamente eso ponía ahí.

Negro sobre blanco.

¿Cómo pudo? Excitado, me levanté de un salto y cerré los puños.

Colleen había...

¡Para, Ashton! Esto es solo una de esas revistas baratas. Posiblemente pertenezca a Doyle. O a Wyatt Lyons. Y ellos imprimen

lo que les conviene. No tiene nada que ver con periodismo o verdad. Deberías haber aprendido eso a estas alturas.

Sacudí la cabeza.

No me atraparían tan fácilmente.

Saqué mi móvil y marqué un número.

—Doyle Mulligan —la misma voz aburrida de siempre.

—Ashton Jones. ¿Qué diablos te crees, maldito difamador? ¿Quieres provocarme hasta que te envíe un abogado con una orden judicial? —le increpé a Doyle.

—No sé de qué hablas, Ashton. Realmente pierdes la calma con facilidad —Doyle sonaba desinteresado—. ¿Qué se supone que te he hecho ahora? ¡Ayer fuiste TÚ quien me echó de un pabellón de la feria! ¿Por qué quieres hablar conmigo hoy? ¿Precisamente conmigo?

—Porque estás publicando mentiras en esos malditos periodicuchos —cerré mis puños.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Pero consigue una orden judicial si esa es la única manera en que puedes proteger tu reputación —Doyle resopló con malicia—. Eso y echarme de un pabellón de la feria.

—Supuestamente has comprado *Colleen's* —apenas pude pronunciar las palabras—. ¡Eso es una mentira!

Doyle soltó una risita. —Ay Ashton. Te gustaría que fuera una mentira. Porque no puedes soportar la verdad.

¿La verdad?

—¡La tienda nunca estuvo en venta! —Colleen me lo habría dicho, ¿no? ¡Apenas ayer me había confiado sus preocupaciones y yo había prometido que hoy llamaría a su arrendador!

Doyle volvió a reírse. —Todo está en venta, Ashton. Todo. Es solo cuestión de precio. Pero no tengo que explicarte eso. Tú sabes mucho mejor cómo hacer negocios. ¿No me lo dijiste ayer mismo?

Apreté los dientes hasta que mi mandíbula crujió. —Pero Colleen...

Doyle me interrumpió con una risita. —Ashton, hombre, no seas tan ingenuo. Colleen es solo una mujer como todas las demás. Puede que se vea muy diferente a Lola. Pero eso no significa que sea diferente. Las mujeres son mujeres. Buscan el dinero. Nosotros les damos igual —siguió riéndose—. ¿O realmente creíste que tú le importabas a la pequeña?

Presioné mi puño con fuerza contra el escritorio. La presión me alivió un poco. No mostraría ninguna debilidad ante Doyle. NUNCA sabría lo que había pensado sobre Colleen hace apenas unos minutos. Nadie debería saberlo. Nadie. Y menos que nadie, Colleen.

Miserable traidora.

—Fue bastante peliagudo cuando os encontré ayer en la feria. Pero ella es una buena actriz. Simplemente fingió que ni siquiera me veía. Nadie habría imaginado que nos conocíamos —Doyle se rió.

—Bueno, me alegro por ella de que haya encontrado una oportunidad para su futuro —dije con fingida indiferencia, mientras seguía clavando mi puño en el escritorio—. De todas formas, no podríamos haberla seguido empleando en *Ashfash*. Su trabajo era bueno, pero nada especial.

Doyle volvió a reír. Tenía una suerte inmensa de no estar frente a mí. Le habría roto los dientes. —Eso mismo dijiste de Cissy cuando ella tomó una decisión diferente. En fin, después siempre se pueden embellecer las historias o convencerse de que fue decisión propia —se rió—. Pero te lo dije ayer en la feria. Que te quitaría a la pequeña. Me la follaré en su tienda. Tan fuerte que sus gemidos se escucharán hasta en tu nueva sucursal. Por la noche, cuando no quede nadie. Excepto tú —Doyle rio alto y maliciosamente.

Terminé la llamada.

Las venas en mis sienes palpitaban.

¿Cómo pudo?

¿Cómo pudo traicionarme así? ¿Fingir semejante pasión? ¿Disimular tanto?

Odiaba tener que darle la razón a Doyle. Pero sí: era realmente como todas las demás. No era ni un ápice mejor.

Finalmente golpeé con el puño sobre el escritorio. Tan fuerte que la madera tembló bajo mi mano.

Luego lo hice otra vez.

Y otra más.

¡Esa maldita traidora iba a enterarse! Si creía que iba a ver un solo céntimo de los 50.000 dólares, estaba muy equivocada. La había invitado, había pagado la habitación del hotel y su viaje... eso era suficiente. En realidad, debería demandarla por daños y perjuicios. Todo lo que había visto y oído en *Ashfash*, seguramente se lo había contado a Doyle al detalle.

¡Era una maldita espía!

Curiosamente, la idea de demandar a Colleen no me tranquilizaba en absoluto.

¿Por qué no?

¿Porque te la has follado, Ashton? No seas ridículo. Hay mujeres en cada esquina. Puedes salir hoy mismo con Terrence y encontrar a alguien. Quién sabe, quizás la mujer del vestido rosa es cliente habitual del Rooftop Bar. Y si no está allí, encontrarás a otra.

Pero tampoco esta idea consiguió aliviar la tensión en mi mandíbula.

Porque la idea de follarte a otra no es suficiente, Ashton. Porque tienes que HACERLO. Porque los hechos valen más que las palabras.

Entonces pasaría a los hechos. Tan pronto como fuera posible.

En ese momento, se abrió la puerta de mi despacho.

—¡Fuera Joey! —grité, poniendo toda mi rabia en mi voz. En ese momento, para mi sorpresa, me sentí algo mejor.

—Pero Ashton —trinó una voz femenina.

¿Era ella?

¿Era ella de verdad?

Si la traidora se atrevía a aparecer aquí, ¡iba a tener problemas! Entonces...

—¡FUERA! —ciego de rabia, golpeé con el puño sobre la mesa.

—Hoy estás realmente insoportable. Pero por suerte te conozco lo suficiente como para saber que siempre se te pasa rápido —mi ex esposa me miró con ojos grandes.

No iba a pasárseme rápido.

NO QUERÍA que se me pasara rápido.

—¿Qué quieres aquí? —me levanté alterado. Lola era lo último que me faltaba.

—Ay Ashton —Lola pestañeó con sus pestañas falsas—. He pensado tanto en ti estos últimos días y semanas. Más que nunca —Lola se tocó el corazón mientras hablaba. Dio un paso hacia mí.

—¿Es una broma? —grité—. ¡Maldita sea, no te pongas en ridículo! ¿Todavía no has entendido que no hay nada que desee más que librarme finalmente de ti?

Los ojos de Lola se humedecieron aún más. Este truco ya lo dominaba antes. Simplemente ponerse a llorar cuando creía estar equivocada. Resoplé. Eso ya no funcionaba conmigo.

—Ashton —Lola dio otro paso hacia mí. Luego puso una mano sobre mi brazo y me acarició la mejilla—. Qué pena que tenga que terminar así —susurró.

Capítulo 25

Colleen

Se habían ido. Por fin se habían ido.

Intenté respirar lo más profundamente posible. Pero las náuseas no desaparecían. Esa sensación opresiva en mi estómago. Esa sensación de que acababa de ocurrir algo terrible, que posiblemente solo fuera el comienzo de algo aún peor.

Lentamente, las náuseas subieron por mi garganta. Tan rápido como pude, corrí hacia la puerta de la tienda, metí la llave en la cerradura y la giré. Clientes eran realmente lo último que quería ahora mismo. Estar sola, eso era lo que quería. Esconderme en un rincón oscuro y no salir nunca más. Nunca jamás. Quería quedarme allí para siempre, porque allí estaría segura. Nadie me rompería el corazón.

Las náuseas seguían subiendo. Rápidamente corrí al servicio del personal y empecé a tener arcadas. Pero como antes, no salió nada. Me esforzaba y me esforzaba, pero aquello que me pesaba en el estómago simplemente se quedaba dentro de mí.

¿Por qué no quería salir?

Desesperada, me dejé caer al suelo del servicio del personal y apoyé mi frente en los azulejos fríos.

Ashton estaba casado. Con una mujer que había comprado mi boutique y quería abrir su propia tienda aquí.

Esta traición superaba mis peores expectativas. Cuando Ashton me hizo su propuesta, no estaba segura de si podría proteger mi corazón y conseguir no enamorarme de él. Pero que Ashton fuera un tramposo, un mentiroso y un traidor, esa idea no se me habría ocurrido ni en sueños.

Le había tomado por alguien interesado en diversión a corto plazo y que no quería nada serio.

Eso era todo.

Y cuando empecé a creer que quizás Ashton sí me tomaba en serio, entonces yo...

¡Entonces fuiste tan tonta que le entregaste tu corazón, Colleen!

Fuera, en la sala de ventas, sonó mi móvil.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Y si era Ashton? ¿Si llamaba para explicármelo todo? ¿Si... si esa mujer era en realidad una mentirosa? Al fin y al cabo, no tenía más que su palabra y eso...

¿Por qué iba a mentirte, Colleen? ¿Qué beneficio obtendría de aparecer en la boutique y hacerse pasar por la esposa de Ashton?

Además, tampoco te ha restregado esa información. Te has enterado por casualidad. ¿No?

Con esfuerzo intenté recordar la conversación.

Mi móvil seguía sonando. No tenía muchas ganas de hablar con nadie. Por otro lado, difícilmente podía pasar el resto del día aquí tirada en el suelo del baño. Sin embargo, una parte de mí no habría querido hacer otra cosa. Era el escondite oscuro donde la realidad no podía alcanzarme.

Me incorporé apoyándome en el lavabo y me miré en el espejo. Mis mejillas brillaban con un rojo febril, mi pelo se pegaba a mi cabeza y mis ojos parecían extrañamente pálidos. Tenía un aspecto descompuesto.

La realidad siempre te alcanzará, Colleen. La llevas dentro de ti. Así que mejor sal ahí fuera y haz algo en vez de enterrar la cabeza en la arena como un avestruz.

Mi móvil dejó de sonar.

Me giré lentamente y salí. Abrí el pequeño compartimento bajo la caja. Mi móvil, en su funda rosa brillante, me miraba.

Una llamada perdida.

Con el corazón latiendo con fuerza, miré el nombre.

Sienna.

Sienna me había llamado.

Sentí una pequeña punzada en el pecho.

¡Colleen! ¿No habrás sido tan ingenua de creer que Ashton te llamaría? Esas cosas no pasan en la vida real. ¡Estamos en Nueva York, no en Hollywood!

Respiré profundamente. Luego toqué "Devolver llamada".

—¡Colleen! —Sienna contestó casi al instante—. Espero no interrumpirte en el trabajo. Pensé que probablemente tendrías clientes y no habría llamado si no fuera realmente urgente. Coco no para de cacarear algo y probablemente Theo pronto se dará cuenta de que sigue aquí y entonces...

Interrumpí el discurso de Sienna. —Está casado. —Mi voz sonaba tan monótona que apenas la reconocí.

—¿Quién? ¿Theo? —Sienna negó con la cabeza—. No me lo puedo imaginar, Colleen. Las mujeres a veces cometen errores estúpidos y yo misma lo he hecho, pero una mujer que elija a un tipo como Theo... esa mujer no existe. —Sienna se rió suavemente.

—No, no Theo. Ashton. —Me costó pronunciar el nombre. Una nueva oleada de náuseas recorrió mi cuerpo.

—¿Qué? —Mi comentario había desconcertado completamente a Sienna.

—Ashton está casado —repetí—. Su mujer acaba de estar aquí. Ha comprado mi tienda y va a abrir su propia boutique. Justo aquí. Yo... estoy acabada. —Mientras pronunciaba estas palabras con dificultad, me di cuenta de la magnitud de todo el asunto. ¿Un corazón roto? Tenía muchos otros problemas.

Cerré los ojos desesperada. Lo que más deseaba era volver a esconderme en el baño sin ventanas del personal y apoyar mi frente contra las baldosas frías. Al menos eso parecía funcionar temporalmente contra las náuseas que seguían subiendo pero no querían salir de mí.

—Tiene que ser una broma —contestó Sienna convencida—. Quiero decir... bueno... seguro que lo vuestro no estaba pensado para durar toda la vida... —Con estas palabras sentí una punzada en el corazón —. Pero que esté casado... —Casi podía ver a Sienna negando con la cabeza—. Estuviste una vez en su casa. Habrías notado si una mujer viviera allí. ¿Había algo que lo sugiriera?

—No —respondí—. Pero eso... eso no significa nada. Quizás ella tenga su propia habitación y su propio vestidor y...

Sienna me cortó. —Sí, tal vez. Pero no me refiero a eso. Un piso de soltero SIEMPRE tiene un aspecto diferente al de una pareja. Especialmente si el soltero es un hombre.

Pensé febrilmente. —No lo sé exactamente —dije finalmente—. También tiene una asistenta y por eso todo estaba bastante ordenado.

Sienna bufó. —Incluso en un piso ordenado, una mujer tiene sus zapatos, bolsos y chaquetas en algún sitio cerca de la entrada. Al menos algunos. No importa lo grande que sea su vestidor.

Me quedé pensando.

—Y además: en la empresa también habrías notado algo. La gente habla. Alguien habría mencionado a su esposa. Cómo es, a qué se

dedica, si también es rica. La gente habla. —Sienna sonaba convencida.

—Nadie dijo nada... —Yo, en cambio, estaba vacilante.

—¿Quién sabe quién es esta mujer? ¿Quizás solo una ex celosa que os vio en algún sitio y te siguió? —Sienna parecía entusiasmada con su teoría.

—Pero vino con mi casero —objeté.

—¿Y qué? Puede que haya comprado la boutique para fastidiarte. Porque ya no puede tener a Ashton. ¿O quizás es alguna antigua empleada que quiere establecerse por su cuenta y ahora vengarse? —Sienna desarrollaba hipótesis cada vez más elaboradas.

Mi cabeza daba vueltas. ¿Podría ser cierto? —Mmm... —murmuré.

—Solo hay una forma de descubrir la verdad —declaró Sienna con determinación.

—¿Cuál? —pregunté exhausta. Pensaba nostálgicamente en las baldosas frías del baño del personal. En mi escondite oscuro. En la calma y... calma. Ojos cerrados. Sin más náuseas.

—Ve a ver a Ashton y cuéntaselo todo. —La respuesta de Sienna no era lo que quería oír—. Y entonces verás cómo reacciona. Incluso si te miente, de alguna manera se delatará. Todos los mentirosos se delatan. Además, estoy convencida de que dirá la verdad.

—¿Por qué? ¿Si ha estado mintiendo todo este tiempo? —repliqué con amargura—. Ya tenías razón, debería haber cuidado mejor mi corazón.

—O le importas, entonces debería decirte la verdad para recuperarte. O ya no le importas, entonces igualmente puede decir la verdad porque no le importas. —La lógica de Sienna parecía irrefutable. ¿O no?

Tienes que hablar con él, Colleen. Si no, solo te meterás en especulaciones absurdas. Sienna tiene razón. Tienes que ir y descubrir la verdad.

Con esfuerzo me levanté del taburete que estaba detrás de la caja. —Voy a ir. —Mi voz sonaba más decidida de lo que me sentía—. Simplemente iré a su oficina sin avisar. Su asistente no me detendrá de todos modos. Está completamente confundido y apenas sabe lo que hace. Y tengo mi credencial de empleada. No habrá problema para entrar en la sede de *Ashfash*. —Cuanto más hablaba, más me entusiasmaba con mi plan. Todo sonaba plausible. ¿Y quién sabe, quizás al final todo salga bien?

Con este pensamiento sentí como si me quitaran un gran peso del pecho. Las náuseas desaparecieron.

—Así es como debes hacerlo. Y si necesitas algo, llámame. Estaré disponible inmediatamente, sea lo que sea. Me quedaré aquí cruzando los dedos por ti. Puedes hacerlo, Colleen —me animó Sienna.

—Sí —dije, y por un momento incluso yo creí en mis palabras—. Te avisaré cuando... cuando sepa más.

—Mucha suerte.

—Gracias. —Terminé la conversación y me quedé mirando al vacío durante un momento.

¿Era realmente tan buena idea?

¿Ir sin más a ver a Ashton?

Exactamente esa pregunta me hacía media hora después, mientras caminaba por el pasillo hacia el despacho de Ashton. Había conseguido entrar en la sede de *Ashfash* y subir hasta arriba sin ser vista.

¿Sin ser vista?

Incluso si alguien me hubiera visto, no habría importado. En los últimos días había entrado y salido de aquí, había impartido formaciones... Muchos empleados me conocían, y los que no, verían mi credencial y probablemente solo pensarían que era nueva. O que trabajaba en otra planta.

No, el sigilo era inapropiado. Solo me SENTÍA como si tuviera que escabullirme por los pasillos, porque quería sorprender a Ashton y pedirle explicaciones.

Puedes hacerlo, Colleen. Y recuerda. Quizás todo salga bien.

Sienna me habría dicho ahora que todo saldría bien de una forma u otra.

Respiré profundamente y recorrí los últimos metros del pasillo. Abrí con cuidado la puerta de la antesala de Ashton. El puesto de Joey estaba vacío.

—¿Qué significa esto? —La voz de Ashton llegaba desde su despacho. Mi corazón dio un brinco. ¿Me había visto?

Tonterías, Colleen. Eso es imposible.

Antes de seguir dejándome llevar por especulaciones descabelladas, entré rápidamente en el despacho de Ashton.

Me quedé petrificada. Una oleada de náuseas, más intensa que todas las anteriores, subió por mi garganta.

Tragué con fuerza.

No vayas a vomitar aquí en la alfombra, Colleen.

Frente a mí estaban Ashton y su esposa. La mujer de la boutique. La nueva propietaria. Ella acariciaba tiernamente la mejilla de Ashton. Probablemente había interrumpido el momento en que ellos aquí en el despacho... Como Ashton y yo aquella vez...

Ahora se me formó un nudo en la garganta.

Tragué saliva.

—Entonces es verdad —dije sin emoción—. Maldito mentiroso.

—¿Mentiroso? —Ashton se rió con sarcasmo al verme. Apartó la mano de la mujer—. ¡Qué te atrevas a entrar aquí otra vez! ¡Si alguien ha sido engañado, ese soy yo!

—¿Acaso vas a negar que esta es tu esposa? —Señalé a Lola.

Ashton resopló. —Por supuesto que no. ¿Pero qué importa eso ahora?

Le miré horrorizada.

Qué importa eso ahora.

Ashton no solo había mentido y engañado tanto a mí como a su esposa. Todo le daba completamente igual. Lo que yo sentía no importaba. Cerré los ojos. En ese momento no deseaba nada más que estar sentada en el suelo del baño del personal, apoyando la cabeza contra las frías baldosas.

—Por supuesto que es mi marido —gorjeó Lola—. Ya se lo dije antes. ¿Acaso no me creyó? —Se rió con una risita aguda, se acercó a Ashton y le besó en la mejilla. Ashton se apartó. Por un momento habría jurado que parecía asqueado.

Pero entonces negué con la cabeza.

Probablemente ya estaba pensando en su próxima conquista.

Demuéstraselo, Colleen. Ya no tienes nada que perder.

Pero en lugar de la ira y la rabia que debería haber sentido, solo sentía desesperación, decepción y tristeza.

—TÚ me llamas mentirosa y ni siquiera puedes respetar un simple contrato de trabajo. —Ashton se rió con frialdad—. Trabajar para la competencia, eso sí que nos gusta.

¿A qué se refería?

Da igual. Eso no importa ahora, Colleen.

—Siempre es mejor que follarse a otra por el camino —le solté.

Ashton arqueó las cejas. —¡Me follo a quien quiero! No puedes prohibirme nada. No estamos casados. Ni siquiera estamos juntos. Solo eres un pequeño lío ocasional que folla especialmente bien. Por eso te he tomado más de una vez.

Solo eres un pequeño lío ocasional que folla especialmente bien. Por eso te he tomado más de una vez.

Las palabras retumbaban en mis oídos.

Cobraron vida propia y jugaban al ping-pong en mi cabeza.

Solo eres un pequeño lío ocasional que folla especialmente bien. Por eso te he tomado más de una vez.

Solo eres un pequeño lío ocasional que folla especialmente bien. Por eso te he tomado más de una vez.

Así que esa era la verdad.

Había querido saber si Ashton estaba realmente casado. Si Lola decía la verdad.

Estaba casado.

Y lo que era mucho peor. Las mujeres no significaban nada para él.

YO no significaba nada para él.

—Pero para eso encuentro a otra en cualquier momento —añadió Ashton—. Ya no te necesito. —Me miró con frialdad. Sus ojos oscuros parecían en ese momento dos piedras pulidas. Completamente lisos y sin expresión.

Me quedé atónita. Quería irme, pero mis piernas parecían no obedecerme.

—¿Por qué te quedas ahí parada mirándome como una vaca que ve la luna por primera vez? —Ashton frunció los labios con desprecio—. ¿Nunca te han dado la patada? —Dio un paso hacia mí. Percibí un débil aroma a sándalo y por un momento, por un momento diminuto, por una milésima de segundo, me atravesó la idea de que tal vez todo podría arreglarse.

Entonces Ashton dijo: —No quiero volver a verte nunca, ¿lo has entendido?

Abrí la boca.

En ese momento se apagaron las luces del despacho.

—¡Maldita sea! ¡Joey! ¡Arregla de una vez lo de la electricidad! —gritó Ashton hacia la puerta. Luego se dio la vuelta. Era como si yo ya no existiera para él. Era aire. Ya no existía.

Entonces por fin mis piernas me obedecieron.

Me di la vuelta y salí corriendo.

Lejos.

Solo lejos.

Nada más que lejos de aquí.

Nunca en mi vida había sido tan humillada.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y tragué con esfuerzo contra una oleada de náuseas.

Seguí corriendo.

Capítulo 26

Colleen

Corrí sin parar, más y más lejos.

Tan rápido como pude, corrí por el pasillo hasta los ascensores. Desesperadamente, apreté los botones junto a todos ellos. Pero ninguna de las puertas quería abrirse. ¿Sería por el corte de electricidad? Miré hacia arriba. Las pantallas sobre los ascensores estaban encendidas. Esta vez el corte de electricidad parecía afectar solo a la oficina de Ashton. Todos los ascensores estaban en alguna parte de las plantas inferiores. De camino hacia arriba, sí. Pero lentamente, demasiado lentamente. Me di la vuelta. ¿Dónde diablos estaba el acceso a las escaleras? ¿A la izquierda o a la derecha? En mi primer día, alguien me había mostrado las salidas de emergencia, pero ahora mismo no podía recordarlo por más que quisiera.

¿Cómo podía salir de aquí lo más rápido posible?

Ding.

En ese momento, las puertas del ascensor de la izquierda se abrieron detrás de mí. Aliviada, me volví nuevamente.

Virginia salió. —Dios mío, Colleen. ¿Qué aspecto tienes? —Me examinó con desdén. Con lástima. Como se mira a un mendigo en la calle—. Ajá —dijo entonces, asintiendo con conocimiento—. Ya te lo dije. Ashton no contrata a nadie por buenas conexiones o porque... porque esa persona le haya hecho alguna vez o con mayor frecuencia un *favor*. —Virginia enfatizó la palabra favor como si se tratara de algo especialmente indecente. Algo sórdido. Lo dijo como si supiera exactamente lo que había pasado entre Ashton y yo.

¿Lo sabía?

¿Era conocido en toda la empresa?

¿O peor aún: acaso Ashton se lo había contado?

Tragué saliva. Mi cabeza estaba completamente vacía. No me salían las palabras. ¿Qué podría haber dicho? Solo quería deshacerme de Virginia.

—Así que si ahora has perdido tu trabajo, es únicamente culpa tuya. Ashton castiga el mal rendimiento tarde o temprano. Así es como funciona. —Virginia se encogió de hombros—. Por eso no necesitas estar aquí con lágrimas en los ojos y sollozando como si fueras una adolescente inmadura de catorce años. Por Dios, la vida continúa.

—Déjame pasar, por favor —susurré con voz ahogada. Virginia no tenía idea de lo que había ocurrido. Y tampoco quería explicárselo. No era asunto suyo. Solo quería irme.

Virginia se inclinó un poco hacia adelante. —Pero te diré algo: en otras empresas, en otros sectores, quizás tengas más suerte con tu estrategia. Hay suficientes hombres a los que les gusta que la secretaria les haga de vez en cuando un pequeño *favor*. Las mujeres que hacen *favores* siempre encuentran trabajo. Hay casas especiales que se han especializado en eso. —El rostro de Virginia se transformó en una mueca triunfal.

Favor. Favor. Favor.

La palabra retumbaba en mi cabeza como antes lo habían hecho las palabras de Ashton.

Solo eres una aventura ocasional que folla especialmente bien. Por eso te he tomado más de una vez.

Respiré hondo.

No se lo permitas, Colleen. Defiéndete.

—Tengo que irme ahora —fue todo lo que pude articular.

—Oh, por supuesto. —Virginia soltó una risita maliciosa—. Seguro que ahora tienes algo más urgente que hacer. Encontrar un nuevo trabajo, por ejemplo. YO tengo ahora una cita importante con Ashton. A diferencia de ti, yo realizo un trabajo de valor para esta empresa. —Finalmente dejó libre el acceso al ascensor y desapareció pasillo abajo.

Entré en el ascensor y pulsé el botón. Las puertas se cerraron.

Por fin sola.

Me apoyé contra la pared de la cabina y cerré los ojos. El ascensor se puso en marcha. ¿Siempre había sido tan rápido? Mi estómago parecía elevarse. Me sentí mareada otra vez. Tragué y tragué.

Maldita sea, Colleen. Pronto estarás fuera.

Me limpié los ojos con una mano. No podía romper a llorar ahora. No le daría esa satisfacción a Ashton. Ya era bastante malo que Virginia le contara en qué estado me había encontrado frente a los ascensores.

¿Y qué? A él no le importa en absoluto.

Este reconocimiento me golpeó de nuevo como un puñetazo. El hombre al que me había entregado, el hombre del que había creído que quizás sentía algo más por mí, ese hombre... no se interesaba lo más mínimo por mis sentimientos.

Puedes alegrarte de haberte librado de ese idiota.

Pero en mi interior no conseguía surgir ninguna alegría.

Volví a tragar saliva.

Ding.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré en el vestíbulo.

—Colleen, tú... —Una voz sonó desde el mostrador de recepción. De repente, las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos.

¡No!

Nadie debería verme así. Que todos me dejaran en paz. ¡Todos! No quería ver nada más, no quería oír nada más, no quería decir nada más. Solo quería irme. Aquí ya no tenía nada que hacer. A ciegas, corrí a través del vestíbulo.

—¡Colleen!

Pero ya había alcanzado la gran puerta giratoria. La voz detrás de mí se desvaneció. Corrí hacia la calle.

Plaf. Plaf. Plaf.

Una gota de lluvia tras otra me golpeaba. Desesperada, levanté la cara. En el cielo se habían acumulado grandes nubes negras.

Plaf. Plaf. Plaf.

Más gotas golpearon mi rostro. A ciegas, tropecé hacia adelante.

—Eh, ¿no puede tener cuidado? —Una voz irritada atrajo mi atención. Pero el hombre con el que casi había chocado ya se había ido. En ese momento, comencé a llorar. Primero, una lágrima se desprendió de mi ojo derecho y rodó por mi mejilla. Luego, otra lágrima se desprendió de mi ojo izquierdo. Me limpié las mejillas con una mano.

Da igual, Colleen. Todos pensarán que son gotas de lluvia.

Plaf. Plaf. Plaf.

Sorbí. Y entonces perdí el control. Una lágrima tras otra corrían por mis mejillas. Sollocé en voz alta. Una transeúnte me miró

sorprendida, pero continuó rápidamente. La lluvia se hacía cada vez más fuerte. A mi alrededor, la gente abría sus paraguas. Todos querían llegar a casa lo antes posible.

Yo no tenía paraguas.

Desamparada, miré hacia arriba.

Da igual. Me mojaré.

Me encogí de hombros. Y justo en ese momento, el cielo abrió verdaderamente sus compuertas. Las gotas se convirtieron en una cortina densa y uniforme que golpeaba ruidosamente el suelo. Mi pelo se humedeció. Las gotas golpeaban mi nuca y desde allí se deslizaban por mi espalda. Me estremecí.

La lluvia azotaba ahora literalmente la calle. En cuestión de segundos, estaba completamente empapada. Mi ropa se pegaba a mi piel.

Tienes que buscar refugio urgentemente, Colleen.

¿Dónde?

Miré a mi alrededor, buscando. Había salido tan rápido del edificio de Ashfash que no tenía idea de dónde me encontraba ahora. La lluvia no facilitaba la orientación. En ese instante, un fuerte trueno retumbó entre los edificios. Delante de mí, un relámpago iluminó la calle.

Me quedé paralizada. Todo se contrajo dentro de mí. Solo quería esconderme en un lugar seguro. En algún sitio donde nadie pudiera

encontrarme, donde no pudiera ver los relámpagos ni oír los truenos.

En el baño del personal.

No. La boutique ya no es tuya, Colleen. Es de Lola. La esposa de Ashton.

Nunca volvería a entrar en mi tienda. Ni una sola vez. Le pediría a Anaya que realizara todos los trabajos pendientes. Que vaciara las estanterías. Que vendiera la ropa a precio de oferta.

Liquidación por cierre.

En todas partes se veían esos carteles, una y otra vez.

Pronto habría uno en el escaparate de *Colleen's*.

El trueno volvió a retumbar.

¡Allí! Delante había una entrada a un edificio. Apresuradamente corrí hacia allá.

Aquí estaba seco. El trueno ya no sonaba tan terrible y... y en realidad no me sentía tan mal.

No hay razón para sentirse mal, Colleen. Has superado bien dos tormentas cuando Ashton estaba contigo. Ahora él no está. ¿Y qué? Una tormenta es una tormenta. Si no tienes miedo porque él está aquí, tampoco necesitas tenerlo cuando no está. Es la misma tormenta.

Respiré profundamente.

Y él sigue siendo el mismo cabrón.

De repente, una ira ardiente y devoradora se encendió en mí. Todo el enfado que no había sentido antes ahora salía a la superficie.

¿Quién se creía que era ese tipo? Me había roto el corazón, así sin más, porque le apetecía. Y no solo eso: él y su esposa habían arruinado mi vida. Ya no tenía tienda. Ni trabajo. Ni pareja.

Nunca tuviste pareja. Todo fue una farsa.

Mi ira se transformó repentinamente en tristeza. Comencé a llorar de nuevo. Ashton me había mentido todo el tiempo. En su presencia, me había sentido como la mujer más maravillosa, atractiva e increíble del mundo. ¡Y todo había sido una mentira! ¡Solo había necesitado un poco de distracción!

¡Estaba casado!

Con una... una...

No encontraba palabras para describirla.

Da igual, Colleen. Puede estar casado con quien quiera. Eso no hace que su engaño sea menos grave. Ahora tienes que pensar en tu futuro.

¿Qué futuro?

Sombríamente, miré desde el portal hacia afuera. La lluvia había disminuido un poco. Pero decidí esperar un poco más.

Estornudé ruidosamente y me estremecí. Tenía frío. Mi ropa mojada se pegaba a mi cuerpo.

¿Qué futuro?

¡No tenía nada! ¡Nada!

¡Un corazón roto y un montón de deudas!

Para Ashton todo esto podría haber sido solo un juego. Para mí era dolorosamente serio. De nuevo me apoyé contra la pared y cerré los ojos.

Hace apenas dos semanas, todavía creía tener un montón de problemas porque no podía hacer pedidos en una feria.

Solté una risa amarga.

¿Qué sabía yo entonces?

Nada.

Absolutamente nada.

Comparado con hoy, ni siquiera había tenido un problema real. Al menos así me lo parecía ahora.

Volví a estornudar.

Lo mejor sería buscar en Google lo lejos que estaba la estación de metro más cercana. Metí la mano en mi bolso para sacar el móvil. No estaba allí.

¡Maldita sea!

¿Había dejado el aparato en la boutique?

¿O se me había caído del bolso en *Ashfash* y ahora estaba en la oficina de Ashton?

Con ese pensamiento, mi estómago volvió a anudarse en un nudo desagradable. Entonces se quedaría allí. Nunca, nunca, nunca quería volver a verlo. Simplemente nunca más.

Sollocé.

Ese idiota no merece ni una lágrima, Colleen. Ni una sola.

Tragué el enorme nudo en mi garganta. La lluvia casi había cesado. Me aventuré a salir y miré a la izquierda. Luego a la derecha. Nada me resultaba familiar en esta zona.

—Disculpe, he perdido mi móvil. ¿Puede decirme dónde está la estación de metro más cercana? —Sin mirar, me dirigí al siguiente transeúnte.

El hombre bajo el paraguas rio con desdén. —¿Cree que soy el servicio de información? —Una gota golpeó mi mejilla. ¿Seguía lloviendo?—. Pregúntale a tu chico. Que él te lo diga. O que te compre un móvil nuevo para que lo averigües tú misma. —El hombre se rio despectivamente. ¿Qué le había hecho yo? Ni siquiera nos conocíamos. El hombre resopló—. Vosotras las mujeres. Cuando

estáis solas, cualquiera os vale. Pero en cuanto encontráis a un idiota... los buenos hombres podemos irnos.

Miré con atención.

Y retrocedí sobresaltada.

Ante mí estaba el horrible cliente que había cambiado la ropa arruinada de su novia en mi boutique y me había dejado hecha polvo.

Wyatt Lyons.

—Llama a un maldito taxi —siseó. Otra gota golpeó mi mejilla. Una gota de saliva. Asqueada, me la limpié.

Y entonces giré sobre mis talones y salí corriendo.

—¿Qué pasa, no puedes soportar la verdad? —oí gritar a Wyatt Lyons detrás de mí.

Verdad.

Verdad.

Verdad.

La verdad era que Ashton me había mentido todo el tiempo. No le pediría mi móvil. No le pediría nada más. Preferiría dormir y vivir en la calle.

Y entonces me golpeó como un rayo.

¿Con qué pagaría mi próximo alquiler? Mi cuenta estaba tan vacía como podía estarlo. ¿Con qué me compraría comida? ¿Con qué alimentaría al papagayo que en los últimos días me había dado tanto ánimo y distracción?

Con solo pensar en el próximo encuentro con Theo, me mareé de nuevo.

Wyatt Lyons. Theo. Mr. Warden. Ashton.

Todos hombres.

Uno peor que el otro.

Pero solo uno me había roto el corazón. Y destrozado todo lo que había construido jamás. Todos mis logros, todas mis esperanzas, todos mis sueños.

Por su culpa, me enfrentaba a la nada.

Me habría encantado dejar la ciudad para siempre.

Cortar todos los puentes detrás de mí.

Un nuevo comienzo.

Sé realista, Colleen. Para las personas sin dinero no hay nuevos comienzos.

Me encaminé calle abajo. En algún sitio encontraría la próxima estación de metro.

¿Y después?

Capítulo 27

Colleen

Tres semanas después.

Con anhelo miraba las imágenes de playas de fina arena dorada, agua turquesa y grandes rocas. Una isla en el Mediterráneo que pertenecía a Italia. La imagen cambió. El Coliseo. La Basílica de San Pedro. Durante las últimas semanas había pasado horas navegando por internet y mirando fotos de Italia.

Italia.

En Italia estaba Milán. La capital de la moda o al menos una de las capitales de la moda. Allí había tiendas con ropa de diseñador, transeúntes elegantes, buena comida. Pizza, pasta, verduras frescas, helado y café italiano. Casi podía sentir el aroma del café en mi nariz.

Me entraron náuseas.

Por alguna razón llevaba una semana sin poder tolerar el café.

Respiré profundamente. Eso ayudaba contra las náuseas. En realidad, no había logrado librarme de estas náuseas desde que...

Desde que viste a Ashton por última vez, Colleen. Desde que le viste por última vez y no le has olvidado.

Enfadada conmigo misma, fruncí el ceño. ¿Por qué no podía quitármelo de la cabeza? En las últimas semanas no había pasado ni un solo día sin pensar en él. Cuando me acostaba por la noche, a veces deseaba despertarme a la mañana siguiente y descubrir que todo había sido un sueño. Y cuando abría los ojos a la mañana siguiente, incluso lo creía por un momento.

Eso no se lo había contado a nadie todavía. Me había guardado para mí que el nombre de Ashton o el pensamiento de él seguían haciendo que mi corazón latiera más deprisa. Ni Sienna ni mi amiga Elaina lo sabían. A Elaina ni siquiera había mencionado el nombre de Ashton. Solo le había contado que tenía algunos problemas. Problemas financieros. Y entonces me había armado de valor y le había pedido que me ayudara con un mes de alquiler. Elaina había acudido inmediatamente y había quitado cualquier incomodidad a la situación. Incluso sonaba como si le estuviera haciendo un favor al pedirle dinero prestado.

Un mes de alquiler.

En un mes podría encontrar trabajo. Al menos eso me había propuesto. Pero ya habían pasado tres semanas y no tenía ningún trabajo a la vista. Ni siquiera había escrito una solicitud y me regañaba a mí misma cada día por ello.

Pero simplemente no servía de nada.

En cuanto me levantaba por la mañana, primero luchaba al menos una hora contra mis náuseas. Después atendía a Coco y entonces...

Entonces piensas en Ashton y miras fotos de Italia en internet.

En los primeros días me había convencido de que estaba bien. Que estaba bien tomarme el tiempo para llorar adecuadamente por Ashton y que eso me ayudaría a superarlo todo.

Pero ya habían pasado tres semanas y nada había cambiado.

No deberías seguir de luto, Colleen. No te lleva a ninguna parte.

Me levanté y fui a la cocina. —¿Qué opinas, Coco? ¿Debería ir a Italia? Allí hay otros hombres y seguramente pensaré en otras cosas.

El loro inclinó su cabecita gris en su jaula. —Hombre adecuado —graznó.

Suspiré. —Ay, tú. ¿A quién habrás pertenecido para soltar tales frases?

—Amanda —graznó entonces Coco.

—¿Amanda? —repetí sorprendida.

—Amanda —confirmó Coco.

¿Era realmente tan sencillo? ¿Coco sabía a quién pertenecía y solo tenía que preguntarle?

—¿Cuál es el apellido de Amanda? —pregunté ahora. Le había tomado cariño a Coco y me encantaría quedármelo. Si alguien me había animado en los últimos días, había sido él. Pero en el fondo de mi corazón sabía que finalmente tenía que poner un anuncio para buscar a su dueño. O mejor dicho, a su dueña. A Amanda.

—Hombre adecuado —respondió Coco—. Amanda hombre adecuado.

Negué con la cabeza. Eso realmente no tenía ningún sentido. —Quizás debería llevarte conmigo a Italia. Allí olvidaré a Ashton. Y quizás incluso encontremos a Amanda. ¿No es ese un nombre italiano?

—Italia —graznó Coco.

—Desafortunadamente no tengo dinero para eso —lamenté—. Ya le he pedido prestado a mi amiga Elaina una vez. Realmente no puedo hacerlo una segunda vez. Y mucho menos para un viaje. —Con mala conciencia me imaginé disfrutando en Italia a costa de Elaina. Paseando por la Plaza de San Marcos en Venecia con un helado, disfrutando del sol y de la vida al mismo tiempo.

Y eso cuando no has sido capaz de encontrar un trabajo en todas estas semanas, Colleen.

—De alguna manera sigo esperando que se ponga en contacto conmigo y me diga que todo fue solo un error. Que continuemos donde lo dejamos en Chicago. Soy bastante tonta —le dije a nadie en particular.

—Hombre adecuado —graznó Coco de nuevo.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Mi corazón se aceleró. ¿Y si era Ashton?

Tonterías, Colleen. Tonterías. Ahora para de una vez. Esta noche te pondrás a redactar solicitudes. Doyle's Clothing está buscando empleadas, lo has leído. Simplemente solicítalo ya. ¿Dónde más vas a trabajar? En Ashfash seguro que no.

Se me escapó un resoplido sarcástico. Pero en el fondo de mi corazón estaba triste. Simplemente triste.

El timbre sonó de nuevo. —Colleen, abre. Soy yo, Sienna.

Sienna. Mi vecina era la única persona con la que había hablado de vez en cuando en las últimas semanas. Elaina había querido visitarme inmediatamente, pero la había esquivado simplemente afirmando estar demasiado ocupada con mi búsqueda de trabajo.

—Hola Sienna. —Abrí la puerta sin mucho entusiasmo. No me gustaba a mí misma por saludar así a la mujer que se había convertido en mi amiga en las últimas semanas. Pero ¿qué podía hacer? ¿Fingir buen humor?

—Colleen. —Sienna me examinó críticamente—. Te ves absolutamente devastada.

—Gracias por el cumplido. —Me di la vuelta y fui a la cocina.

—No es un cumplido. —Sienna me siguió y se apoyó en la encimera —. ¿Cuándo fue la última vez que te miraste al espejo?

Fruncí el ceño. ¿Mirarme al espejo? Anoche me había cepillado los dientes. Pero evité cualquier mirada al espejo. Allí no me veía a mí.

Cuando miraba a un espejo, estaba de nuevo en el probador de mi tienda y veía... a Ashton y a mí teniendo sexo apasionado.

Y eso era lo último que quería ver.

Solo con el pensamiento mis mejillas se sonrojaron.

—Estás recuperando el color —observó Sienna algo más satisfecha. Luego su voz se volvió más severa—. ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste?

Volví a fruncir el ceño. —Por las mañanas siempre tengo tantas náuseas que...

—¿Todavía? —Ahora Sienna estaba preocupada—. Me lo has estado contando desde hace tres semanas. Al principio pensé que era por el estrés. Luego pensé que seguramente te vendría la regla. Pero parece que no es nada de eso.

—No me ha venido la regla —murmuré—. El asunto con Ashton ha alterado todo mi organismo. —Es extraño —me sorprendí ahora—. Quiero decir, tomo la píldora, así que normalmente no hay retrasos. —Me encogí de hombros—. Pero bueno. De alguna manera estoy... confusa. —Miré tristemente a la cocina.

—Agua —graznó Coco.

Miré su cuenco. —Pero si todavía tienes agua.

—Flores. —Coco hizo un movimiento con la cabeza hacia mis plantas de interior. Estaban languideciendo miserablemente en la esquina. Una ya tenía las hojas ligeramente amarillentas.

—Tienes razón, Coco. Es hora de que cuide mejor mis plantas. —Me alegré por la distracción, porque no quería hablar de cómo me sentía. Al menos Sienna no me había preguntado si ya había escrito solicitudes. La respuesta habría sido demasiado vergonzosa. Me avergonzaba de mi inactividad y de...

De que no tienes control sobre ti misma, Colleen. Ni sobre tus finanzas, ni sobre tu trabajo, ni sobre tu futuro. No tienes tu vida bajo control. Y mucho menos tu corazón.

—Ahora te voy a preparar un café —Sienna se dio la vuelta y abrió la puerta del armario de la cocina—. Esto despertará tus espíritus vitales y entonces podrás pensar con más claridad. Simplemente no puedes dejarte llevar así, Colleen. Sé que no te sientes bien y que no tienes ganas de hacer nada. Es un círculo vicioso. Porque si no haces nada, te sentirás cada vez peor en lugar de mejor. Tienes que cambiar eso. Una vez que empieces a hacer algo, te sentirás mejor. —Sienna abrió el paquete de café y metió su nariz en él.

Aspiró profundamente el aroma. —Solo el olor ya te despierta y te pone de buen humor. Aquí, huele. —Sienna me tendió el paquete. Una oleada de aroma a café llegó hasta mí. Tragué saliva. Las náuseas que había sentido antes regresaron con toda su fuerza. Mi estómago se contrajo.

Pero si aún no has comido nada, Colleen.

Sentí un sabor amargo en mi boca. Salí apresuradamente de la cocina y corrí al baño. Justo a tiempo logré levantar la tapa del inodoro e inclinarme sobre él. Un segundo después estaba vomitando. Arcadas y más arcadas, hasta que no salió nada más.

Luego tiré de la cadena y me lavé las manos.

—Eso no suena bien. —Sienna estaba de pie en la puerta del baño con los brazos cruzados.

—No es nada —descarté con un gesto—. Simplemente ya no tolero el café.

Sienna frunció el ceño. —Pero eso no es normal. No tolerarlo significa que quizás te sientas mal si bebes algo. No cuando simplemente te acerco el paquete.

Me encogí de hombros. —Quizás es una forma muy especial de alergia. La mayoría de las veces empieza en cuanto me levanto. Si simplemente me quedo en la cama, todo está bien.

—¿Por qué sigues bebiendo café? —quiso saber Sienna.

—Ya no bebo café —respondí.

—¿Quieres decir que te dan náuseas al levantarte, así sin más? ¿Y también cuando hueles café? —indagó Sienna.

—Exacto.

—¿Y también se ha retrasado tu regla? —quiso saber mi vecina.

¿Qué tenía que ver eso con esto?

—¿Qué quieres decir con retrasado? Simplemente no ha venido todavía después de todo el estrés —me defendí. ¿Tenía que hacer Sienna realmente de un grano de arena una montaña? En unos días seguro que me sentiría mejor. Y además, no tenía dinero para ir al médico. TENÍA que sentirme mejor.

—¿Has hecho alguna vez un test de embarazo? —La pregunta de Sienna me pilló completamente desprevenida.

—¿Un qué? —repetí y levanté la cabeza. Miré al espejo. Ashton y yo teniendo sexo.

—Un test de embarazo. —Sienna me miró fijamente.

—Tomo la píldora —respondí.

—¿Y no te has olvidado ni una sola vez de tomarla o la has tomado demasiado tarde? ¿No has tomado antibióticos que puedan afectar a la eficacia de la píldora? ¿No has vomitado alguna vez y entonces... entonces la píldora no pudo hacer efecto? —Sienna me lanzó una verdadera cascada de preguntas—. Por Dios, Colleen, la píldora no es 100% segura. Eso lo sabe cualquier mujer.

Eso lo sabía cualquier mujer.

YO lo sabía.

Volví a mirar al espejo.

Esta vez vi a Ashton frente a mí, entrando en mi habitación de hotel en Boston cuando acababa de salir de la ducha. Cuando salí de la ducha porque recordé que tenía que tomar la píldora, que todavía estaba en su envase en mi bolso.

No la había tomado.

Porque Ashton me había sorprendido.

Y luego habíamos tenido sexo.

Varias veces.

—Yo... —empecé. Luego negué con la cabeza—. Una vez olvidé tomar la píldora, una vez. —Mi voz sonaba lastimera. Volví a negar con la cabeza—. Simplemente NO PUEDO estar embarazada. NO PUEDE ser.

Sienna asintió comprensivamente. —Quizás no sea así. Pero creo que sería una buena idea que nos aseguráramos. Que TÚ te aseguraras.

—Yo... —De nuevo no pude pronunciar más que esta única palabra.

Sienna se acercó a mí y me acarició el brazo. —Ahora primero vas a ducharte. Y yo voy abajo y compro un test de embarazo.

Ducha.

Test de embarazo.

Cerré los ojos.

¿Había pensado antes que un trabajo era mi problema más urgente?

Esperaba tener razón en eso.

Capítulo 28

Ashton

Frunciendo el ceño, desplazaba la página de reseñas arriba y abajo.

La mejor tienda en la que he comprado jamás. Solo vendré aquí a partir de ahora.

Por fin una dependienta que parece entender lo que me gusta y lo que me queda bien. La atención aquí mejora cada vez más. Ya estoy deseando volver a comprar.

Ashfash es realmente la única tienda en la que merece la pena comprar. El surtido es de primera clase y el asesoramiento también. Por esto renuncio encantada a cualquier tienda online.

Me recliné y miré hacia fuera. Hoy no me encontraba en mi oficina, sino en el despacho de mi ático. Por la mañana había estado trabajando en unos cálculos complicados para los que necesitaba absoluto silencio. Así que me había refugiado aquí, desconectado el teléfono fijo, apagado el móvil y me había concentrado. Sin el pesado de Joey, sin Virginia y sin constantes cortes de electricidad,

me resultaba bastante fácil, por lo que terminé mi trabajo antes de lo previsto. Aproveché el tiempo libre para ocuparme de algunos otros asuntos.

El *USA Fashion Store Award* se entregaría en pocas semanas. Solo quedaban unas pocas semanas para derrotar definitivamente a *Doyle's Clothing*.

Entré en la página web de la *Fashion Gazette*. El departamento de prensa había organizado recientemente una entrevista con el periódico independiente con la ayuda de Terrence, que debía publicarse hoy.

Efectivamente.

Ahí estaba. Contemplé la foto de mí mismo delante de nuestra sede. Justo como lo había imaginado. El artículo en sí elogiaba a *Ashfash* hasta la saciedad. Sonreí. Este periódico no pertenecía a Wyatt Lyons. Pero el artículo en sí no era lo más importante. Me desplacé hasta los comentarios debajo del artículo.

Realmente la mejor cadena de moda del mundo. Le deseo mucha suerte al jefe y me alegra que la nueva tienda se inaugure mañana.

Perfecto.

Sí, mañana tendría lugar la gran inauguración, que seguro nos proporcionaría aún más comentarios positivos en la prensa. Todo iba según lo planeado. Realmente todo. Incluso iba mejor de lo planeado. Los comentarios sobre *Doyle's Clothing* que había estudiado antes durante mi descanso para desayunar no eran ni de lejos tan buenos como los de *Ashfash*. Por muchos artículos que

Doyle publicara en los periódicos de Wyatt Lyons, si no entregaba lo que prometía, no tendría clientes satisfechos.

Sí, todo iba según lo planeado.

No tenía ninguna duda de que *Ashfash* ganaría el *USA Fashion Store Award*.

El último de mis objetivos estaba al alcance de la mano.

Doyle iba a alucinar. Probablemente incluso tendría que vender algunas de sus tiendas pronto para cubrir sus costes. Con su estrategia simplemente se había excedido. Acaparar toda la mercancía solo funcionaba si también tenías la clientela adecuada. Actuar simplemente a la buena de Dios rara vez había dado buenos resultados. Eso era puro activismo ciego.

Me recliné en mi silla y contemplé el cielo sobre Nueva York. Un azul pálido como tantas veces en otoño. El aire estaba tan claro y puro como solo en esta época del año, cuando el tiempo aparentemente no podía decidir si quería ser verano o invierno.

Todo iba según lo planeado.

Y sin embargo me sentía de alguna manera... vacío.

No realizado.

Faltaba algo.

Pensé. La Copa de baloncesto. La nueva tienda. *El USA Fashion Store Award*.

¿Qué demonios me faltaba?

De repente, la cara de Colleen apareció en mi mente. Ojos que te hechizaban porque no podías determinar exactamente su color. Pecas que bailaban cuando sonreía o arrugaba la cara con miedo porque se acercaba una tormenta.

Una mujer.

Me faltaba una mujer.

Pero definitivamente no Colleen.

¿Qué hombre necesitaría a una mujer que lo traicionaba y engañaba de esa manera?

¿Debería salir esta noche? ¿Lanzarme de nuevo a la vida nocturna? Buscarme a alguien. Después de echar a Colleen, había pensado repetidamente en ello, pero nunca había llevado el plan a la práctica.

Quizás mi insatisfacción me indicaba que ya era hora de dedicarme a otras cosas.

We Are the Champions me sacó de mis pensamientos.

El timbre de mi puerta.

No Time for Losers.

Exacto. Yo era un campeón. No un perdedor que ahora pensaba en una mujer que había demostrado claramente que no valía la pena.

Mi ama de llaves tenía el día libre hoy. Le había dado un día extra para poder estar completamente tranquilo en mi trabajo. Así que me levanté yo mismo y fui hacia la puerta. Hace años había instalado una cámara y una pequeña pantalla para identificar a los visitantes inmediatamente.

Terrence.

Terrence estaba en mi puerta.

Por un breve momento sentí algo como... ¿decepción? Negué con la cabeza. No, eso no podía ser.

¿Por qué estarías decepcionado, Ashton? ¿Acaso creías que Colleen estaría en la puerta?

Aparté ese pensamiento y abrí. —Colega. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has subido?

Terrence sonrió. —He sobornado al portero.

Levanté las cejas.

Terrence sonrió aún más. —No, es broma. Llevamos siendo amigos unos cuantos años ya. El portero me conoce y me ha dejado subir. ¿Puedo entrar ahora?

Abrí más la puerta. Mi amigo pasó junto a mí. —Así que aquí es donde te has escondido —comentó Terrence.

—¿Escondido? Solo tenía algunas cosas urgentes que hacer —protesté.

Terrence me miró negando con la cabeza. —¿Ah, sí? ¿Y eso ya dura tres semanas?

—¿Por qué tres semanas? —pregunté.

—No has vuelto a aparecer por los entrenamientos desde que ganamos la Copa. Todos se preguntan dónde estás. Tampoco has respondido a mis mensajes de la semana pasada y esta mañana incluso tenías el teléfono apagado. —Terrence sonaba recriminatorio —. Tío, colega, ¿qué te pasa? El estrés no puede ser tan grande.

—Estoy pasando por una fase difícil. —No quería decir más. Ni siquiera yo sabía exactamente qué me pasaba.

—¿Una fase difícil? —Terrence frunció el ceño—. ¿Las cosas no van bien con esa mujer que conociste?

—¿Con qué mujer? —respondí.

—No me tomes el pelo, colega. La última vez que nos vimos fue en el Rooftop Bar. Allí dejaste plantada a una tía sexy porque habías conocido a otra. ¿Y ahora estás pasando por una fase difícil? ¿Qué ocurre? —Terrence se dejó caer en el gran sofá de cuero negro de mi sala de estar.

Me senté frente a él en el sillón de cuero negro. —Estás relacionando dos cosas completamente diferentes. Esa mujer ya no existe desde hace tiempo. Corté con ella poco después del partido. Así que no puede ser la razón por la que estoy pasando ahora por una fase difícil.

Terrence se rio. Se rio tanto que se agarró los costados. Lo miré enfadado. Terrence podía ser mi mejor amigo, pero eso no le daba

derecho a reírse así. ¿Quién se creía que era? ¿Acaso creía que sabía mejor que yo lo que me pasaba? ¿Y era eso motivo para reírse de mí?

Terrence por fin dejó de reírse y tomó aire profundamente. —Tío, colega. Solo tú podrías decir algo así. ¿Nunca se te ha ocurrido que el final de una relación podría afectarte de alguna manera?

Relación. Resoplé. Como si Colleen y yo hubiéramos tenido una relación. Simplemente nos habíamos acostado unas cuantas veces. Eso era todo. Negué con la cabeza. —Eso no era una relación. E incluso si lo hubiera sido, ¿por qué debería afectarme su final? Cuando decido que se acabó, se acabó. El asunto está cerrado. La vida sigue.

Terrence puso los ojos en blanco. —Sí, claro que sigue. Pero cada persona necesita tiempo para procesar una derrota.

—¿Derrota? —Volví a negar con la cabeza—. Eso no fue una derrota, colega. La... la... —Me detuve porque no encontraba la palabra adecuada—. Esa sucia traidora solo recibió lo que se merecía.

—¿Qué pasó exactamente? —quiso saber Terrence ahora.

—Realmente no tiene sentido hablar de ello —descarté con un gesto.

—Obviamente te sigue afectando. Así que sí tiene sentido hablar de ello. —Terrence seguía insistiendo.

Respiré hondo. Supongo que no podía hacer daño contarle todo a Terrence. Al fin y al cabo, era mi mejor amigo. —Doyle Mulligan compró su tienda. Ella trabajaba para mí y al mismo tiempo hacía

negocios en secreto con Doyle. —Me callé que Doyle había anunciado que se follaría a Colleen. Eso realmente no tenía importancia.

¿O sí?

Bueno, incluso si importaba, no cambiaba nada respecto a la traición comercial de Colleen. Solo eso era suficiente para romper con ella y no volver a verla nunca más.

—¿Ella te lo dijo? —quiso saber Terrence.

—No. Lo leí en el periódico —respondí.

Terrence volvió a reírse, pero esta vez fue una risa corta que sonó más como un resoplido. —Ashton, en serio. ¡En el periódico! ¿Y te lo crees así sin más? En las últimas semanas han salido suficientes cosas sobre ti en los periódicos que no se correspondían con la realidad. ¿Por qué precisamente esta cosa debería ser verdad? ¡La noticia podría ser igualmente inventada!

—Le pregunté y entonces... —No pude continuar. En ese momento se apagó la iluminación de mis vitrinas.

—¡Maldita sea! —Salté y cerré los puños—. ¿Esto también va a empezar aquí?

—¿Qué va a empezar? —se extrañó Terrence. Claro. No le había contado nada sobre los cortes de electricidad en mi oficina. Tampoco era tan importante. Aunque todo esto me estaba poniendo de los nervios. Yo no era una mujer que necesitara comentar cada pequeño detalle con sus amigas. Terrence y yo éramos hombres y lo hacíamos de otra manera.

—La electricidad se corta por todas partes. En cada maldito lugar donde trabajo. En la oficina. Aquí en el ático —me enfurecí—. Hoy me he quedado expresamente aquí en el despacho para no tener cortes de electricidad. ¿Y qué pasa? ¡Ocurre exactamente lo mismo que en la oficina! ¿Es que ni una sola cosa puede funcionar? ¿Ni una maldita cosa? —Golpeé con toda mi fuerza el sillón de cuero. Justo en ese momento volvió la electricidad. Mis vitrinas volvían a iluminarse.

Terrence estaba sentado enfrente en el sofá y comenzó a reírse a carcajadas de nuevo. —Ashton restablece la electricidad golpeando el sillón. ¿Hay un interruptor escondido ahí dentro?

—Tú te ríes —le recriminé a mi amigo—. Tú no tienes que soportar esto todos los días. Es realmente una plaga. ¡Nadie parece ser capaz de arreglarlo!

Terrence volvió a ponerse serio. —Te enfadas por cualquier cosa en vez de ocuparte de lo que realmente importa.

—¿Lo que realmente importa? ¡Si supieras cómo he trabajado en las últimas tres semanas, no dirías eso! —Miré indignado a Terrence. ¿Quién se creía que era?

—No estoy hablando del trabajo. ¡Estoy hablando de Colleen! Maldita sea, Ashton, ¿realmente quieres que Doyle dicte tus decisiones?

—¿Doyle? Yo sigo tomando mis propias decisiones. —Terrence debía haber perdido la cabeza.

—¿Basándote en un artículo que quizás él mismo encargó? —Ahora Terrence sonaba irónico—. No sería la primera vez que publica algo

que no es cierto. Como bien sabes. Como yo bien sé. ¿Con qué precisión has comprobado los hechos?

—Colleen ni siquiera respondió a mis preguntas. Me insultó diciendo que yo era un miserable traidor y... —No terminé la frase. Con esfuerzo, intenté recordar la conversación que habíamos tenido hace tres semanas. ¿Realmente había hecho tantas preguntas? ¿Qué dije exactamente? Lola me distrajo y me molestó, así que quizás no estaba en mi mejor momento...

—Deberías hablar con ella tranquilamente. —Terrence parecía haber leído mis pensamientos.

Hablar con ella tranquilamente.

Con la mujer cuyos ojos me habían hechizado de alguna manera. Con la mujer en cuyas pecas seguía pensando. Al igual que en sus largas piernas y sus firmes pechos. Sus apasionados gemidos cuando se entregaba a mí.

Por fin me permití pensar en ella.

Y me sentó condenadamente bien.

¿Me habría equivocado?

¿Acaso no era una traidora?

—Llámala. —Terrence no se rendía.

Capítulo 29

Colleen

Sienna arrojó un paquete azul y rosa sobre la mesa de la cocina. —Bien. ¡Ahora vas a hacerte esta prueba. ¡Y después veremos qué hacer!

Negué con la cabeza. —Solo olvidé tomar la píldora una vez. Una no se queda embarazada por eso.

Sienna soltó una risita. —Lo siento, Colleen, de verdad que no quiero reírme de tu situación. No, ninguna mujer se queda embarazada por olvidar la píldora una vez. Se queda embarazada porque ha tenido sexo. Y de eso parece que has tenido bastante.

Bastante.

Qué palabra para referirse al sexo.

En ese momento, sentí calor. Mi piel comenzó a hormiguear. Pensé en Ashton. En su torso musculoso. Sus ojos oscuros, en los que me

perdía cada vez. En sus dedos sobre mi piel, en su miembro dentro de mí, en su mirada cuando me penetraba...

¡Colleen! Eres realmente imposible. Estás metida en el mayor lío de tu vida ¿y aún piensas en... en sexo?

—Ahora estás pensando en él —Sienna me observaba atentamente.

—¡No! —negué vehementemente. Mis mejillas se sonrojaron.

Sienna sonrió. —Venga, ve y hazte la prueba. Y luego seguimos hablando.

—Prueba. Prueba. Prueba —oí graznar a Coco detrás de mí mientras cogía el paquete y salía de la cocina. Sienna no me dejaría en paz hasta conocer el resultado. Aunque yo NO PODÍA estar embarazada. Esas cosas les pasaban a otras. Pero no a MÍ.

Examiné el paquete. Parecía bastante sencillo. Solo tenía que orinar sobre la varilla y esperar tres minutos. Entonces sabría si estaba embarazada.

Entonces tendría la certeza de que NO estaba embarazada.

Rasgué el paquete y me senté en el inodoro.

Mejor no pienses en nada, Colleen. Mejor no pienses en absolutamente nada. Realmente en nada. No pienses, no pienses, no pienses.

Oriné sobre la varilla, arranqué un trozo de papel higiénico y coloqué la varilla encima. Luego tiré de la cadena y me lavé las manos. Y

después volví a la cocina. No iba a quedarme sentada como una idiota en el baño mirando fijamente la varilla durante minutos hasta obtener un resultado. Quizás otras mujeres hacían eso. Las que anhelaban tener un hijo. Pero yo NO. Tenía mejores cosas que hacer con mi tiempo. Necesitaba urgentemente buscar trabajo.

—¿Y bien? —Sienna levantó la vista.

Me encogí de hombros. —No lo sé. La cosa aún está en el baño. Tarda tres minutos en mostrar un resultado.

—¿Y durante ese tiempo vienes aquí y te sientas tan tranquila en la cocina? —Sienna alzó la voz. Luego negó con la cabeza y pasó por mi lado hacia fuera.

Al baño.

—¿No me digas que vas a quedarte mirando fijamente esa cosa para ver si aparece una línea? —le grité.

—Sí. Exactamente eso voy a hacer. Estos son los minutos más importantes de tu vida y tú actúas como si no importara nada. —Sienna reapareció y colocó la varilla sobre el trozo de papel higiénico en la mesa de la cocina. Se lavó las manos—. Joder, Colleen. Esto va a decidir tu futuro.

Cerré los ojos. De repente, me sentí muy pequeña. —Simplemente NO PUEDO estar embarazada. Está casado, Sienna.

Casado.

La palabra rebotaba en mi cabeza. De un lado a otro.

—Es un hombre casado. Me mintió y engañó a su mujer, y luego me echó de su vida cuando ya no le convenía. Simplemente aprovechó una buena oportunidad. No fui más que eso para él. No quiere volver a verme nunca. Y yo a él tampoco. —Abrí los ojos de nuevo y crucé los brazos desafiante sobre el pecho.

—Te creo —respondió Sienna. Luego señaló la varilla de la prueba—. Estás embarazada, Colleen.

—¿Qué? —Agarré la varilla y la sostuve ante mis ojos. Efectivamente. En la ventanita había dos gruesas líneas rosas. El resultado no podría haber sido más claro.

—Embarazada. Embarazada. Embarazada. —Coco saltaba entusiasmado de un lado a otro en la jaula.

—Tiene que ser un error —dije con convicción—. Estas pruebas a veces fallan. Hay falsos negativos, eso ya lo he oído. Seguro que también hay falsos positivos.

—Puedo comprar otra prueba si quieres —ofreció Sienna. Me miró fijamente a los ojos—. Aunque eso no cambiará absolutamente nada del resultado. Estás embarazada. Deberías asumirlo.

—Embarazada. Embarazada. Embarazada. —El entusiasmo de Coco no disminuía.

Cerré los ojos de nuevo.

¿Por qué no podía simplemente estar en otro lugar cuando los abriera? En Italia, por ejemplo. Frente al Duomo de Milán o en la Toscana. O en una góndola en Venecia, con un gondolero detrás

cantando canciones italianas cuyas palabras no entendía pero cuyo significado me resultaba claro.

Abrí los ojos de nuevo. Por supuesto, seguía en mi cocina de Nueva York. Con una prueba de embarazo positiva delante de mí.

—¡No puedo estar embarazada de ÉL! ¡No de ÉL! ¡Está casado! Yo... —De verdad que ya no sabía qué decir.

¿Qué iba a hacer?

—Hombre adecuado. Hombre adecuado. Hombre adecuado —graznó Coco.

—¡Cierra el pico! —Por primera vez, el loro me enfadó—. No tienes ni idea. Él no es el hombre adecuado para mí.

Por mucho que deseara que lo fuera.

Ese pensamiento preferí guardármelo para mí.

—Claro que no lo es. —Sienna se inclinó hacia delante y puso una mano sobre mi brazo—. Nadie dice eso. Y no se trata de eso ahora. Pero él es el padre del bebé.

Resoplé. —Como si eso le importara. Seguramente ya tiene algunos otros hijos. Dispersos por Nueva York. —Hice un gesto vago.

—¿Y qué? Eso no importa. Lo que importa eres tú y tu bebé. Eso es todo. —Sienna me dio unas palmaditas en el brazo.

—No me estarás sugiriendo que... que el niño necesita un padre, ¿verdad? —Simplemente negué con la cabeza. La perspectiva de entregar a un bebé cada fin de semana a Ashton y a su horrible mujer me paralizaba. Si querían un hijo, ¿por qué no tenían uno propio?

Quité el brazo de la mesa y lo coloqué protectoramente sobre mi vientre. Todavía estaba plano, pero en las próximas semanas crecería. En algún momento, sentiría al bebé por primera vez.

Una idea a la que aún tenía que acostumbrarme.

—No me refiero a eso. Pero quizás algún día necesites dinero. —Sienna me miró a los ojos.

¿Algún día?

Necesitaba dinero ahora.

—Tienes derecho a ello —dijo Sienna suavemente—. Él engendró al niño, así que también debe pagar por ello.

—¿Y... su mujer? —pregunté.

—¿Qué tiene que ver ella con esto? —Sienna negó con la cabeza—. El tío tiene que ser asquerosamente rico. Seguro que aún queda bastante dinero para ella, incluso si le regala cucharas de oro al niño cuando nazca.

A mi pesar, tuve que reír. —No me refiero a eso. Me refiero a... ¿qué pasa si ella quiere a mi hijo?

Sienna negó con la cabeza. —Ni de coña va a meterse en casa al hijo de una aventura.

El hijo de una aventura.

Volví a cerrar los ojos.

Ante mí apareció una imagen. Yo con un bebé en brazos. Ashton, inclinándose sobre nosotros y sonriendo. Una familia feliz.

No te hagas ilusiones, Colleen. Nunca dejará a su mujer por ti. No quiere volver a verte, lo dijo alto y claro. Y aunque cambiara de opinión: ¿quieres ser una mujer a la que solo se acepta por un hijo?

No quería.

Y sin embargo, una parte de mí esperaba...

Ding dong.

El timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos.

—Ya voy yo. —Sienna se levantó—. Quédate aquí.

—No. —Yo también me levanté. Quienquiera que estuviese llamando, un poco de distracción me vendría bien en ese momento.

Abrí sin mirar por la mirilla.

—¿Dónde está mi dinero? —me espetó Theo a la cara.

Sin saludar.

—¿Qué dinero? He transferido el último alquiler —me defendí. ¿De qué hablaba este tipo? No tenía ni idea.

—El ÚLTIMO. ¿Y qué pasa con el de este mes? Te dije que a partir de ahora siempre deberías pagar por adelantado. ¿Lo has olvidado? ¿Ya tienes memoria de pez como una embarazada? —Theo me echó su apestoso aliento a la cara.

Como una embarazada.

Qué razón tenía, pero no se lo iba a decir.

Sí, efectivamente me había dicho que a partir de ahora debía pagar el alquiler por adelantado. Le había prometido ocuparme de ello. Y lo había olvidado. Porque había pensado demasiado en Ashton y me había encerrado demasiado en mi mundo.

—Yo... eso... lo siento —balbuceé.

—¡LO SIENTO! Eso lo he oído bastante en las últimas semanas. No hace que entre el dinero. O me lo das ahora mismo, ¡en efectivo! O mañana vendrá el agente judicial a llamar a esta puerta. —Theo dio un paso hacia mí.

—¿Qué está pasando aquí? —Sienna se había colocado detrás de mí sin que me diera cuenta.

—Yo... un malentendido. —Señalé impotente a Theo.

—Malentendido. —Theo se echó a reír.

Sienna se puso delante de mí. —Mira, Theo, Colleen acaba de tener una emergencia personal. Un asunto grave en su familia. —Eso ni siquiera era del todo mentira—. Nos ocuparemos del dinero inmediatamente. Pero ¿puede esperar hasta mañana? —Sienna miraba a Theo desde arriba. Su voz había adquirido un tono suplicante.

—¡Vosotras las mujeres! Nunca pensáis en nada. Siempre os olvidáis de todo y luego le echáis la culpa a los hombres. —Theo miró furioso por encima de Sienna.

—Nadie te ha echado la culpa. Al contrario, estamos diciendo exactamente lo que tú dices. Nosotras tenemos la culpa. Colleen tiene la culpa. Debería haberte dado el dinero. Pero simplemente se olvidó porque tenía tantas preocupaciones. ¿Podemos compensarlo? —Sienna ahora sonaba tan apaciguadora como si estuviera hablando con un tigre salvaje.

—¡Compensarlo! ¡No! Nada puede compensar esto, nada. —Sin embargo, Theo no se calmaba tan fácilmente—. Ni siquiera si os ponéis boca arriba por ello.

—Ya basta. —Sienna miró severamente a Theo—. Tendrás tu dinero más tarde. —Entonces le cerró la puerta en las narices y respiró hondo—. Qué cerdo.

—¡Idiota! —Coco había recuperado su voz.

—Eso lo he oído perfectamente. —Theo seguía delante de la puerta cerrada.

Sienna se encogió de hombros y me empujó hacia la cocina. —¿Entonces?

—¿Entonces qué? —Estaba cansada. Simplemente cansada. Y una parte de mí quería que Ashton viniera a abrazarme y...

¡Colleen!

—Llámale. No puedes negar que necesitas dinero urgentemente. —Sienna me miró fijamente y cruzó los brazos.

—Puedo pedirle algo a Elaina otra vez... —De ninguna manera quería ver a Ashton. De ninguna manera. Si lo viera, mi cuerpo hormiguearía aún más que con solo pensar en él y entonces... entonces todo volvería a surgir, toda la humillación, todo el dolor que había estado reprimiendo con tanto esfuerzo durante las últimas semanas.

—Sí, una vez. Pero tus amigos no pueden pagar para que críes a tu hijo. Es hora de que asumas la responsabilidad. —Sienna me miró fijamente—. Y eso también significa hablar con el padre del bebé. Aunque no te guste.

No me gustaba.

Por muchas razones.

Por razones muy diferentes a las que Sienna suponía.

No me gustaba porque todavía no me había resignado a no poder tener a Ashton.

La mirada de Sienna se suavizó. —Si no quieres verle, está bien. No tienes por qué. Llámale.

—Ya no tengo móvil. Lo perdí en algún sitio. Probablemente incluso en su oficina. —Mi voz apenas era un susurro.

Sienna frunció el ceño. —¡Colleen! Estás casi arruinada. Necesitas dinero y definitivamente necesitas un móvil. ¿Cómo has sobrevivido las últimas semanas?

¿Sobrevivido?

Había sobrevivido haciendo solo eso.

Sobrevivir.

Me había encerrado por completo. Me había comunicado con Elaina por correo electrónico y por lo demás solo había hablado con Sienna. Simplemente había desaparecido.

—No puedes dejar que ese tipo decida sobre tu futuro. Sobre toda... tu vida. Tú te escondes y él... él se lo pasa en grande. ¡Tú también tienes derecho a eso! —Sienna parecía desesperada.

Y de repente, algo hizo clic. Dentro de mí se activó un interruptor.

—Está bien. Vamos. —Eché un vistazo al reloj—. A esta hora estará en su oficina. ¿Podemos ir en tu coche? El metro es demasiado para mí ahora. Con todos esos olores probablemente solo me darían náuseas de nuevo.

—¿Qué, quieres ir ahora? —Sienna no podía seguir mi repentino cambio de opinión—. ¿Inmediatamente?

—¿Cuándo si no? —respondí.

Si tenía que hacerlo, bien podía quitármelo de encima cuanto antes.

Capítulo 30

Ashton

Llamar a Colleen.

Terrence decía que debería llamar a Colleen y hablar con ella. Aclarar las cosas como es debido. Por un lado, yo quería eso más que nada en el mundo. Por otro lado, algo dentro de mí se resistía. Nunca había hecho algo así.

—¿De qué va a servir eso? —refunfuñé.

—¿Certeza? —Terrence arqueó las cejas.

Resoplé. —No necesito certeza. Necesito diversión.

—Claro, colega, claro —respondió Terrence con sequedad—. Por eso te has enterrado aquí durante las últimas tres semanas y no has salido ni una vez a divertirte.

—Es que no he tenido tiempo. —Quería terminar esta discusión cuanto antes. ¿Por qué me sentía tan condenadamente bien

pensando en Colleen?

—Siempre has tenido tiempo para divertirte cuando has querido. —Terrence no cedía.

Me quedé callado.

—Maldita sea, Ashton. Has estado pensando en Colleen durante semanas. Quizás no quieras admitirlo ante ti mismo, pero para MÍ está claro, después de todo lo que acabas de contarme. Te has enamorado de ella. ¿Dónde está el problema?

—¿Enamorado? —Esto iba de mal en peor. Pronto Terrence sugeriría que debería casarme con Colleen. Y eso cuando ni siquiera estaba oficialmente divorciado de Lola.

—Quizás has olvidado cómo se siente eso. —Terrence negó con la cabeza.

—NO estoy enamorado —disparé.

—Vale, vale. —Terrence levantó las manos en señal de rendición—. Lo que tú digas. Si realmente quieres dejar ganar a Doyle así sin más, que así sea. No pensaba que te rendirías sin luchar, pero... —Terrence se encogió de hombros.

Me quedé pensando.

¿Tendría razón Terrence? ¿Me había enamorado de nuevo? Mi corazón se sentía diferente cuando pensaba en esos ojos de color enigmático. Y en esas pecas. Y en...

Mi polla palpitaba dentro de mis pantalones.

—Llámala. —Terrence no se rendía tan fácilmente.

Tomé aire y pensé en el segundo comentario de Terrence. Si estaba enamorado o no, eso podía averiguarlo más tarde. Pero de ninguna manera iba a dejar ganar a Doyle así sin más. No importaba de qué se tratara. Iba a averiguar quién decía la verdad y quién me había mentido. —No puedo llamarla. Ya no tiene su móvil. Y por supuesto no tengo su nuevo número.

Terrence me miró frunciendo el ceño. —¿Y cómo sabes que ya no tiene su móvil?

—Lo perdió en mi oficina. La última vez que nos vimos. Es un poco despistada. —Sacudí la cabeza al recordar cómo Colleen había olvidado su móvil en la recepción del hotel aquella noche en Boston. ¿Y no lo habría vuelto a olvidar en algún otro sitio desde entonces?

Crucé el salón hasta el aparador grande que estaba contra la pared. Abrí el cajón superior y saqué un móvil con una funda rosa brillante. —Aquí. Este es su móvil. Todo este tiempo he estado pensando que vendría a recogerlo, pero... —Me encogí de hombros—. Cuando comprendí que no quería volver a verme, me llevé el móvil de la oficina hasta aquí.

Terrence soltó una breve risa, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—¿Qué tiene eso de gracioso? —pregunté irritado.

Terrence intentó en vano reprimir una sonrisa. —Si lo he entendido bien, tú la echaste. ¿Por qué iba a querer volver a verte? Quizás ni

siquiera sabe que perdió el móvil en tu oficina. Podría haberlo perdido en cualquier otro sitio.

Me limité a resoplar.

—Vamos, Ashton. Cuando uno encuentra un móvil y sabe de quién es, normalmente se pone en contacto con esa persona, no espera a que ella venga. —Terrence negó con la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo iba a contactarla? ¿Llamando a su móvil, que está aquí conmigo? ¡Estás haciendo demasiadas suposiciones solo porque quieres emparejarme otra vez a toda costa! —Sonaba molesto. Pero en el fondo esperaba que Terrence propusiera una solución en la que yo no hubiera pensado.

—Si de verdad no quisieras tener nada más que ver con ella, habrías entregado el móvil a la policía hace tiempo —constató Terrence—. En lugar de eso, lo has guardado aquí en el cajón esperando a que Colleen viniera.

—No he tenido tiempo de ir a la policía. Y a la propia Colleen no podía localizarla, ya te lo he dicho. —¿Es que Terrence no lo había entendido?

—Ella tiene una tienda. Un apartamento. Hay una cosa que definitivamente no es: imposible de encontrar. Ni siquiera aquí en Nueva York con sus millones de habitantes. —Terrence señaló el móvil—. ¿Has mirado si tiene guardado algún contacto de emergencia?

—¿Contacto de emergencia? —Negué con la cabeza—. Seguro que está bloqueado. Nadie quiere que su lista de contactos esté

disponible para otros. Y además: no será su propio contacto de emergencia, ¿verdad? ¿Cómo voy a encontrarla así?

Terrence levantó las cejas. —Los contactos de emergencia son accesibles en algunos ajustes. Si el dueño del móvil lo ha configurado así.

—¿Y qué se supone que debo hacer con eso? —Sacudí la cabeza.

—Puedes llamar a esa persona y preguntar dónde está Colleen. —Terrence se mantuvo paciente.

—Ya me imagino quién es ese contacto. Seguro que se llama Doyle. —Resoplé—. No necesito preguntarle dónde está Colleen. Probablemente a estas alturas ya esté en su cama.

—¡Ashton! Maldita sea, eres realmente un terco de narices. ¡Acabo de decirte que no creas todo lo que dice Doyle! ¿Y qué haces? Ya te estás convenciendo a ti mismo de que lo que te contó seguramente es verdad. Buscas más confirmación. Y solo eso. ¡ESPERAS encontrar más confirmación! —Terrence negó con la cabeza.

Me quedé callado otra vez.

¿Realmente esperaba eso?

¿Era por eso que no había llamado a Colleen?

Orgullo herido. Nada más que orgullo herido. Al menos puedes admitirlo ante ti mismo, Ashton. Y sé sincero: si quieres alcanzar tus objetivos, si realmente quieres alcanzarlos, entonces tienes que llamar a Colleen. Doyle no puede ganar.

Enderecé los hombros.

De momento ignoré mi miembro, que seguía palpitando al pensar en Colleen. De eso podría ocuparme más tarde. Ahora tenía que resolver asuntos prácticos. Pulsé el botón lateral del móvil. No ocurrió nada. La pantalla permaneció negra.

—La batería del móvil de Colleen está agotada —dije mirando a mi alrededor. Luego saqué un cable del cajón y conecté el móvil.

Pip.

En la pantalla apareció un círculo.

El móvil estaba cargando.

Zis.

El círculo desapareció.

—¿Y ahora qué pasa? —Miré irritado la pantalla—. ¿Es que el maldito aparato está estropeado?

En ese momento, algo se movió dentro de mí. No quería que el móvil estuviera estropeado. Podría sonar ridículo, pero no quería perder esta conexión con Colleen. El móvil había estado todo el tiempo en el cajón. Me había dicho a mí mismo que lo había guardado allí para NO seguir pensando en Colleen. Para desterrarla de mi cabeza, del mismo modo que había desterrado el móvil en el aparador. Pero en realidad, el móvil había estado en el cajón PARA que yo pudiera seguir pensando en Colleen.

Terrence tenía razón.

Quien está enfadado con alguien, sigue conectado con esa persona.

—La electricidad, colega. —Terrence señaló las vitrinas. Su iluminación se había apagado de nuevo.

Reprimí una maldición. —Hay una batería externa en el despacho. —Me levanté de un salto. De ninguna manera quería esperar hasta que volviera la maldita electricidad. Había esperado tres semanas para sacar el móvil del cajón.

Tres semanas demasiado, Ashton. Podrías haberlo resuelto inmediatamente.

En el despacho abrí un cajón tras otro. ¿Dónde diablos estaba esa batería externa? Hacía una eternidad que no la necesitaba. Hoy en día hay enchufes en todas partes. En el coche, en el avión, en casa y en la oficina, por supuesto. Incluso en el pabellón de entrenamiento de baloncesto teníamos una hilera de enchufes donde podíamos cargar nuestros móviles de forma segura mientras entrenábamos. Probablemente pronto equiparían los carritos de la compra con enchufes. ¿O quizás eso ya existía? ¿En algún supermercado justo al lado de la sede de Apple en California? ¿O quizás incluso aquí en Nueva York? Rara vez entraba en un supermercado. Mi ama de llaves compraba todo lo que necesitaba.

La maldita batería externa no estaba por ningún lado.

¿La habría dejado en el aparador? ¿Allí donde también había guardado el móvil de Colleen? Volví corriendo al salón.

Allí estaba Terrence con el móvil de Colleen. —Ha vuelto la electricidad, colega. Lo he oído pitar y he pensado en echarle un vistazo.

Me habría encantado arrebatarle el smartphone de las manos y comprobar yo mismo, pero me obligué a mantener la calma y esperar. Si no podía confiar en mi mejor amigo en este asunto, ¿en quién entonces? Terrence había demostrado sobradamente en los últimos minutos que quería ayudarme.

Aunque no se lo había agradecido.

Hasta ahora.

Ya lo haría más tarde.

Ahora primero tenía que encontrar a Colleen.

—¿Y bien? —pregunté al fin, ya que Terrence no decía nada.

—El móvil ni siquiera está bloqueado. He aterrizado en medio de sus mensajes. —Terrence me miró—. Por desgracia no pude evitar ver quién le escribe. —La voz de Terrence sonaba diferente a lo habitual. Y eso solo podía significar una cosa: no había buenas noticias. Alguien le escribía a Colleen y era...

Doyle.

El pensamiento me atravesó la mente antes de que pudiera evitarlo.

¡Ashton! No querrás ser el tipo de persona que espía en los móviles ajenos. Por supuesto que no. Eso quizás lo haría alguien como

Doyle. Pero tú no.

—No quería espiar en su móvil —dijo entonces Terrence, como si leyera mis pensamientos—. Para mí eso es realmente lo más bajo. Pero ya lo he visto. Y ya que estaba con el móvil, he revisado los contactos de emergencia.

—¿Y bien? —Con la respiración contenida, esperé la respuesta de Terrence.

—No hay ningún contacto de emergencia, colega. Y Doyle no está guardado. Tampoco hay mensajes suyos. —Terrence me tendió el smartphone—. Puedes comprobarlo tú mismo.

Exhalé. Mi tensión se disipó. Y de repente, varias cosas encajaron en mi interior para formar un todo.

—Toma, colega. —Terrence se acercó a mí con el smartphone.

No tomé el móvil. —No quiero comprobarlo. Solo quería el contacto de emergencia para encontrarla. Eso es todo. Solo por eso he conectado el móvil. No quiero husmear en su privacidad.

Terrence asintió.

—¡Pero Doyle, ese idiota! —Apreté los puños. Por fin un gesto que se sentía familiar—. ¡Me las pagará! ¡Me ha contado una miserable historia llena de mentiras, única y exclusivamente porque quería hundirme! ¡Solo por eso! —Como ya había hecho antes, golpeé con el puño el sillón de cuero negro—. Voy a ir allí. Y le pediré explicaciones.

—Pero colega, ¿qué vas a hacer allí? No te va a contar nada diferente de lo que te ha dicho hasta ahora. ¿De verdad crees que de repente se presentará ante ti como un pecador arrepentido y admitirá haber cometido un error? Doyle Mulligan probablemente seguiría afirmando que es inocente incluso si tres cámaras lo grabaran cometiendo un robo.

Miré fijamente a Terrence. —¿Y qué? ¡Me importa una mierda! ¡Pagará!

Capítulo 31

Ashton

Arranqué el motor del Ferrari. Sentarme detrás del volante me sentaba bien. Increíblemente bien. —Me las pagará. Este idiota. —Tenía la tentación de pisar el acelerador a fondo y salir disparado por las calles de la ciudad. Simplemente para liberar mi exceso de energía. Pero me contuve.

En ese momento, un gran SUV pasó a toda velocidad por la calle. A diferencia de mí, ese conductor pisaba el acelerador a fondo. Resoplé.

Terrence sonrió. —Tranquilo, colega. Puedes hacer lo mismo cuando estés solo en el coche. Ahora, primero ponte en marcha.

Negué con la cabeza. —YO no quiero ser quien aparezca fotografiado por tres cámaras de tráfico. Ese papel se lo puede quedar Doyle tranquilamente. O ese conductor. —Hice un gesto con la cabeza hacia el SUV que se alejaba a toda velocidad—. Al fin y al cabo, soy YO quien está al volante. No Doyle. Por tanto, soy responsable de la velocidad. Si dejo que Doyle entre en mi cabeza,

la culpa es mía. Me lo has dejado bastante claro antes. Y te he escuchado. —Estas palabras me aliviaron. Le sonreí a Terrence.

Detrás de nosotros rugió otro motor. —Al menos hoy no soy el único que está irritado —comenté. La perspectiva de ver a Doyle pronto y poder decirle lo que pensaba me había liberado de alguna manera. Seguro que todo saldría bien.

Arranqué y me incorporé al tráfico.

En ese momento, un coche de policía con luces rojas nos adelantó. La ventanilla del copiloto estaba bajada y una mano se extendió hacia fuera. El agente nos hacía señas para que nos detuviéramos.

—¡Maldita sea! —gruñí y me detuve a regañadientes. Bajé lentamente la ventanilla. No tenía ganas de hablar con el agente de policía. Pero realmente ninguna. Quería llegar donde Doyle.

Y...

Donde Colleen.

Aparté ese pensamiento de mi mente.

—Buenos días, señor. Ha hecho rugir su motor. Aunque no iba demasiado rápido, ha hecho demasiado ruido. —El agente de policía me miró. Parecía tan aburrido como uno se imaginaría a un policía. Pelo gris, bigote gris y de alguna manera anodino.

—¿Demasiado ruido? —repetí.

—Señor, la normativa de velocidad de la ciudad de Nueva York establece que un coche no debería ser oído por personas que estén a más de 50 metros de distancia. —El agente recitó las normas con tono aburrido.

—¿50 metros? —Nunca había oído hablar de tal normativa.

Terrence me dio un codazo. Probablemente significaba que no discutiera innecesariamente.

—En este caso, señor, se impondrá una multa que... —me instruyó el agente de policía.

—Pero yo NO he hecho rugir mi motor. Acabamos de arrancar —protesté.

—Con el debido respeto, señor, pero hemos oído claramente el motor, y eso desde el otro extremo de la manzana. Eso es considerablemente más de 50 metros. —El agente negó con la cabeza—. Nunca entenderé por qué siempre tenéis que negar vuestras infracciones. Ya sea por exceso de velocidad o cualquier otra cosa.

—Pero de verdad... —empecé.

—Por favor, salga del vehículo —dijo el agente severamente—. Tengo a mi compañero aquí como testigo, hemos oído claramente rugir un motor.

Abrí la puerta. Esto era lo único que me faltaba. —Tengo a mi amigo aquí como testigo. —Mientras salía, asentí hacia Terrence.

—Él obviamente testificará a su favor. —El sarcasmo en la voz del policía era inconfundible.

—Igual que su compañero testificará a favor suyo —repliqué. Desde el Ferrari se oyó una tos de advertencia. Terrence estaba haciendo todo lo posible para apoyarme.

Los ojos del agente se entrecerraron. —¿Qué quiere decir con eso?

Terrence tosió nuevamente.

—Nada —respondí.

El más inteligente cede, Ashton.

En ese momento, un SUV tuneado pasó rugiendo a gran velocidad. El agente miró el vehículo sin palabras.

—Ese coche ya ha pasado por aquí antes. ¿Quizás es el que ha oído? —sugerí amablemente. Tan amable como pude, mientras hervía por dentro. Solo quería irme de allí.

—¡Sube, Harry! —sonó desde el coche policial—. Has vuelto a apostar por el caballo perdedor. Ya va siendo hora de que te jubiles. Tus ojos y oídos ya no son lo que eran. Ahora ni siquiera puedes distinguir un SUV de un Ferrari.

Ha vuelto a apostar por el caballo perdedor.

Evidentemente, Harry solía sospechar frecuentemente de conductores inocentes de haber infringido las normas de tráfico.

Harry se alejó con vacilación.

Volví a entrar en el Ferrari y cerré la puerta de golpe.

—Ahora no se te ocurra conducir ni un kilómetro por hora por encima del límite —comentó Terrence.

—No empieces tú también —repliqué. Luego arranqué.

—Déjeme pasar. —Una eternidad después, me encontraba frente a la secretaria de Doyle.

—No se permiten visitas, ha dicho —respondió la mujer con labios apretados. Me miró severamente por encima de unas poco atractivas gafas de lectura.

—No soy una visita. Somos viejos amigos. Se alegrará de verme —afirmé.

—YO nunca le he visto por aquí. —La mujer me examinó con desconfianza.

No vas a dejar que una víbora como esta te detenga, Ashton. De ninguna manera.

Asentí a la mujer, pasé junto a su escritorio y abrí la puerta del despacho de Doyle. Que me detuviera si podía.

—¿Qué está haciendo? No puede simplemente... —Las protestas se ahogaron detrás de mí cuando cerré la puerta del despacho de Doyle.

Quería estar a solas con Doyle.

—Vaya, vaya, mira quién ha venido. Ashton Jones. —Doyle estaba sentado en su silla sonriendo y mirándome fijamente. Se reclinó hasta que el respaldo se inclinó 45 grados hacia atrás. Casi esperaba que pusiera los pies sobre la mesa.

—¿Qué pasó realmente entre tú y Colleen? ¡Quiero saber la verdad! —Apoyé los brazos en el escritorio de Doyle e incliné mi cuerpo hacia delante.

—¿Es esta forma de entrar aquí sin más y empezar a hacer exigencias sin ni siquiera saludar? Ts, ts, ts. —Doyle chasqueó la lengua con desaprobación.

Apreté los dientes. Me habría encantado sacar a Doyle de su sillón y estamparlo contra la pared. Pero me contuve. —No necesito que me des sermones. He descubierto tu sucio juego. Ni siquiera conoces realmente a Colleen. Solo la has visto unas pocas veces y has estado en su tienda. Y luego quisiste usarla para destruirme.

—Si ya lo sabes todo, ¿qué haces aquí? —Doyle soltó una risita—. En realidad debería sacar una foto. Ashton Jones, el mayor empresario de moda de Nueva York, incluso de los EE.UU., después de descubrir que ha caído en una simple estafa que cualquier estudiante de instituto habría detectado. ¿No sería ese un pie de foto apropiado?

Sin previo aviso, dejé caer mi puño sobre el escritorio. —¡Si sigues publicando mentiras en cualquier periódico de mierda, puedes prepararte para lo que viene!

—¿Otra bonita campaña? —Doyle se rió entre dientes.

—¡Una demanda! —Mi puño volvió a golpear el escritorio—. ¿Qué pretendes conseguir con todas tus acciones?

—¡Si crees, Ashton, que puedes permitirte todo, estás muy equivocado! —Doyle se enderezó y saltó de la silla. También apoyó sus manos sobre el escritorio. Nos miramos fijamente. Nuestras caras estaban a solo centímetros de distancia. Casi creía sentir la respiración de Doyle en mi cara.

—¿Permitirme todo? —siseé—. ¡El único que se permite todo aquí eres tú! YO no publico mentiras.

—En cambio... —Doyle no pudo continuar.

—¿Qué estáis haciendo? —Una voz familiar sonó desde la puerta. Una voz femenina.

Doyle y yo nos giramos.

Lola.

—Lo mismo podría preguntarte yo —se me escapó.

Lola entró en la oficina y se colocó del lado de Doyle. —¿Vas a dejar de acosarnos de una vez, Ashton? Entiendo que es difícil enfrentarse a los hechos. Pero tú y yo, somos historia. Debería haber elegido a Doyle incluso entonces. Pero era joven y tonta y no sabía lo que quería. Ahora Doyle, a diferencia de ti, me ha dado dinero para que pueda cumplir mi sueño. Una boutique propia. En la tienda de Colleen.

Doyle se relajó. Dio un paso atrás y puso un brazo alrededor de Lola. —Bueno. Quien ríe último, ríe mejor, Ashton. A Lola no la

recuperarás. Y a tu nueva también la has perdido. Después de tu comportamiento, nunca te aceptará de nuevo. No fue tan difícil organizar todo esto, cuando reconocí a Colleen. —Doyle se rió entre dientes y continuó—: Te lo dije. Te pillaré. Justo donde más duele. —Doyle puso su mano libre sobre su pecho.

En pleno corazón, Ashton. Quería golpearte en pleno corazón.

—Y ahora tengo lo que tú no tienes. Si me disculpas, tengo cosas más importantes que hacer. Tengo que follarme a tu mujer. —Doyle se inclinó sobre Lola y la besó intensamente.

Me quedé mirando la escena que se desarrollaba ante mí.

Entonces solté una carcajada.

Aliviado.

Cuando Doyle había hablado de mi mujer, yo había visto una imagen completamente diferente en mi mente. La imagen de una mujer rubia con pecas y un color de ojos que probablemente no podría definir con exactitud ni en veinte años.

¿En veinte años?

¿Aún quería conocer a Colleen entonces? ¿Tenerla a mi lado?

Sé sincero de una maldita vez, Ashton.

Sí.

Eso quería.

Para siempre.

—¿Te vas ya o qué? ¿O quieres vernos? —Doyle me devolvió al presente.

Lo miré fijamente. Ya me ocuparía después de ese perro intrigante. Ya vería lo que conseguía con su acción.

—Como acabas de decir: tengo cosas más importantes que hacer. —Con estas palabras, giré sobre mis talones y salí.

Allí me recibió Terrence. —Colega, no sabía exactamente si necesitabas mi apoyo, pero... —comenzó.

Hice un gesto con la mano para detenerle. —Mejor ayúdame ahora. —Miré a Terrence—. Tengo que encontrarla. —Extendí las manos—. Pero no tengo ni idea de dónde vive.

—¿Tienes el móvil contigo? —quiso saber Terrence.

—No. Me lo he dejado en casa. Y aunque lo tuviera: ya te lo he dicho, no quiero hurgar en sus asuntos privados. Quiero que confíe en mí. —Desesperado, me pasé la mano por el pelo. A veces parecía imposible mantenerse fiel a los propios principios y aun así conseguir los objetivos.

—¿Qué hacen todavía aquí? ¿Pueden continuar sus conversaciones privadas fuera, por favor? —La secretaria nos miró por encima de sus gafas de lectura.

Arrastré a Terrence conmigo hacia fuera.

—¿Qué hay de su boutique? —preguntó Terrence mientras caminábamos por el pasillo hacia el ascensor.

Respiré hondo. Hora de mostrar mis cartas. —Estuve allí poco después de que apareciera el artículo —admití—. Todas las ventanas estaban oscuras y cubiertas. Todo coincidía con lo que decía el periódico. ¿Cómo iba a saber que Doyle había comprado la boutique para Lola y que Colleen... —Extendí las manos—. No tengo ni idea de dónde está o qué hace.

Terrence se detuvo. —¿Estuviste en su boutique?

—Bueno, no es que estuviera realmente allí. Tenía que comprobar cómo iba mi obra. Ya sabes, la nueva sucursal que abre justo al lado. Y entonces pasé por *Colleen's* y...

Terrence me dio un codazo en el costado. —Eso lo has ocultado hábilmente antes.

—¿Qué quieres decir con ocultado? —me defendí.

Ocultado. Eso era bastante exagerado. Me había propuesto no contarle a nadie sobre mi infantil excursión a *Colleen's*. Eso solo lo hacían los adolescentes, espiar a una chica. Los hombres hechos y derechos estaban por encima de eso. Y menos aún quería contarle a alguien cómo me había sentido cuando vi la tienda cerrada. Sin esperanza. Como si toda la alegría hubiera desaparecido de mi vida. Y como si yo también fuera el culpable de ello.

—Ya es hora de que dejes a un lado tu maldito orgullo. —Como siempre, Terrence tenía el consejo perfecto.

—Tú siempre tienes que tener la última palabra —repliqué—. Mejor dime qué debo hacer ahora.

—Sugiero que vayamos a tu oficina y encendamos tu PC. En algún lugar de Internet o en alguna red social debe haber información sobre Colleen. Hoy en día la gente no desaparece sin más de la faz de la tierra. —Terrence pulsó el botón junto al ascensor.

La esperanza brotó dentro de mí.

Quizás no todo estaba perdido todavía.

Capítulo 32

Colleen

—Espero que esté allí —dije tensa mientras iba sentada junto a Sienna, mientras conducíamos por las calles de Nueva York.

—Quieres acabar con esto cuanto antes, ¿verdad? —Sienna me miró de reojo.

—Sí —respondí simplemente.

Lo más rápido posible.

Porque todavía quería a ese hombre.

¡Colleen! Piensa en tu hijo. No le quieres. No puedes, no debes. ¿Lo has entendido? ¡NO LE QUIERES!

Pero todas mis advertencias tampoco lograban ahora expulsar la imagen de Ashton de mi cabeza, al igual que no lo había conseguido en las últimas tres semanas. En mi interior seguían desarrollándose escenarios que terminaban todos con un final feliz.

Padre, madre, hijo.

El juego al que ya habíamos jugado en el jardín de infancia y que para mí no se haría realidad.

Y es mejor así, Colleen. No necesitas una familia cuya felicidad se construya sobre la infelicidad de otros. No necesitas una familia con alguien que realmente no te quiere. Ahora aclararás este asunto y podrás empezar de nuevo. Nuevo. Fresco y sin las cargas del pasado.

Sin cargas.

Con el hijo de Ashton.

Suspiré.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sienna.

—¡Nada! Pero es que cada maldito semáforo está en rojo —gruñí enfadada mirando por la ventana.

—Podemos dejarlo para mañana o pasado si ahora no te apetece. —Sienna me lanzó una mirada fugaz y luego volvió a concentrarse en la carretera.

—¡No! ¡No he dicho eso en absoluto! —Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No lo has dicho. —En la voz de Sienna se adivinaba una leve sonrisa—. Pero también se puede comunicar algo sin decir ni una

sola palabra. Y tú irradias mucho nerviosismo. Estás bastante tensa y tu voz suena muy distinta a la habitual.

Suspiré otra vez. —Vale, estoy nerviosa. ¿Y qué?

Sienna quitó una mano del volante y me dio una palmadita en la rodilla. —Todo saldrá bien, Colleen. No podrá eludir su responsabilidad. De ninguna manera. Hoy en día existen pruebas de paternidad. Si no te cree, le demuestras que es su hijo.

Tragué saliva. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que Ashton no me creyera. —No es eso —mi voz sonó lastimera—. Yo... Dios mío... me temo... me temo que todavía le quiero.

—¿Qué? —Sienna pisó fuerte el freno. Detrás de nosotras sonaron bocinazos furiosos. Un SUV tuneado se desvió hacia la izquierda y nos adelantó. Por el rabillo del ojo vi que el conductor gesticulaba enfadado al pasar junto a nosotras—. Todavía le quieres —repitió Sienna, sin prestar mucha atención al SUV.

—Sí —¿Qué más podía decir?

—Colleen. Ese hombre es... —Sienna negó con la cabeza—. Ya casi llegamos. Tienes que pensar bien qué le vas a decir. Y qué riesgo vas a correr. A partir de ahora ya no eres responsable solo de ti misma. Tienes un hijo del que debes cuidar.

—Quizá todo sea diferente a lo que pensamos. —Pensé con nostalgia en mi fantasía.

Padre, madre, hijo.

Príncipe y princesa.

Un cuento de hadas hecho realidad.

—Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra. —Sienna negó con la cabeza —. Pero tú sabrás lo que haces. —Apretó los dientes unos instantes. Luego también ella suspiró—. Lo siento por reaccionar tan emocionalmente. Una vez estuve en una situación parecida. Desgraciadamente no terminó bien. —Sienna volvió a mirarme brevemente. Sonrió débilmente—. Aunque los cuentos de hadas no pertenezcan al siglo XXI, te deseo que para ti todo termine de manera diferente.

Asentí.

Y de repente, sentí como mi corazón latía hasta la garganta.

—¡Maldita sea! ¿Qué quiere este idiota de detrás? —maldijo Sienna en ese momento. De nuevo sonaron furiosos bocinazos. Fuerte. Sonoro—. Esta vez ni siquiera he frenado. —El coche que iba detrás comenzó a adelantarnos.

Un SUV negro.

Tenía que ser el mismo de antes.

Y entonces el SUV se movió lentamente hacia la derecha.

—El idiota quiere echarnos de la carretera. —El horror en la voz de Sienna era inconfundible—. Maldita sea, no puedo meterme en la acera. —Pisó el acelerador a fondo—. Solo desearía que este maldito cacharro tuviera unos cuantos caballos más y unos años menos encima. Así podría dejar atrás a ese tipo.

Eso era puro wishful thinking. El SUV aceleró. Y un poco más que nosotras. Se movió otro poco más hacia la derecha.

—Ojalá hubiera una entrada o un desvío por aquí. —Sienna miraba desesperada a través del parabrisas. En ese momento, una sacudida estremeció el viejo Ford—. ¡El maldito idiota nos ha golpeado! —Sienna redujo la velocidad.

—¡Para! ¡Simplemente para! —Solo quería salir de ese coche.

—No puedo, maldita sea. Tengo coches detrás. A mi lado hay coches aparcados. —Sienna agarró el volante con más fuerza—. Él también lo sabe perfectamente. Solo está jugando con nosotras. Eso es todo. —Apretó los dientes—. Aguanta, Colleen. Solo tenemos que resistir más que él. Se rendirá cuando vea que no nos dejamos intimidar tan fácilmente. Tipos como él viven del miedo de los demás.

El SUV volvió a moverse hacia la derecha. Otra sacudida estremeció el pequeño automóvil.

—Nos va a destrozar. —Cerré los ojos horrorizada.

—No lo hará. Confía en mí. —La voz de Sienna sonaba más como un gruñido.

En ese instante, el motor del SUV a nuestro lado rugió, aún más fuerte que durante nuestro primer encuentro con él.

—¿Ves? Está abandonando —dijo Sienna triunfante.

Abrí los ojos. El SUV se movió hacia la derecha una última vez.

Esta vez, Sienna no pudo mantener el control del Ford. Zigzagueamos hacia la derecha. Se oyó un fuerte ruido metálico.

—¡Oh, maldita mierda! —exclamó Sienna cuando nos detuvimos.

Me di la vuelta. Habíamos destrozado con nuestra parte trasera el guardabarros de otro coche. Un coche realmente caro. No sabía mucho de marcas. Pero este... algo así lo había visto muchas veces en la televisión.

—¡Un Ferrari! —gimió Sienna a mi lado—. Lo que nos faltaba. Y por supuesto, no tengo seguro.

Me invadió un sentimiento de culpa. Ahora mi vecina se encontraba en un verdadero aprieto. Y todo por mi culpa. —Lo siento, esto...

Sienna hizo un gesto con la mano. —Ahórratelo. Después de todo, no has sido tú quien nos ha empujado hacia el borde de la carretera, ¿verdad?

—No, pero sin mí no estarías aquí y...

—Dejémoslo. Mejor acabemos con esto rápido. —Sienna abrió la puerta. Yo hice lo mismo.

—¿Es que no puede tener cuidado? —Una voz masculina irritada detrás de nosotras—. Esto es realmente lo último que necesito ahora mismo. ¿Qué pretendía, aparcar aquí?

Una voz que me atravesó hasta la médula.

Una voz que me hizo sentir primero calor y luego frío. Y luego calor de nuevo.

Una voz que conocía.

La voz de Ashton.

Ashton aún no me había notado. Sus ojos brillaban con furia y estaban dirigidos a Sienna. —No, escuche, lo siento, yo... —comenzó Sienna.

Me aclaré la garganta. A nuestro alrededor reinaba el habitual ruido de las calles de Nueva York. Los coches pasaban, sirenas aullaban de fondo, un vendedor de periódicos gritaba fuerte, la gente pasaba apresuradamente. En realidad, era imposible que Ashton me hubiera oído. Pero justo en el momento en que me aclaré la garganta, Ashton levantó la mirada y me vio.

Dejó plantada a Sienna.

En unos pocos pasos rápidos, caminó alrededor de los coches.

Luego se detuvo frente a mí y me miró.

Cuando miré sus ojos, fue como si nunca se hubiera ido.

Colleen. Sé razonable. Está casado. Y además, te ha tratado como... como... como no se trata a nadie que te importe.

—He sido un completo idiota —Ashton habló primero.

—¿Qué? —Seguramente no había oído bien. El ruido de la calle debía haberme dejado sorda.

—He sido un completo idiota —Ashton me miró directamente a los ojos—. Te he tratado como... como... no como a alguien que me importa.

Tragué saliva. —Se podría decir que sí.

—Lo siento. Yo... Estaba completamente... —Ahora Ashton luchaba por encontrar las palabras. Se pasó la mano por el pelo—. Doyle me dijo que ahora ibas a trabajar para él y que vosotros... además... erais pareja.

—¿Doyle? —No tenía ni idea de qué hablaba Ashton.

—Doyle Mulligan. De *Doyle's Clothing* —explicó Ashton.

—Pero si ni siquiera le conozco —dije extrañada—. ¿Por qué iba a contar algo así sobre mí? —Miré a Ashton con desconfianza. ¿Estaba diciendo la verdad? ¿O estaba inventando algo que sonara medio plausible para explicar su comportamiento?

—Quiere destruirme. Yo... Mi ex-mujer estuvo en una relación con él antes de que nos casáramos. Nunca lo superó. Hoy parece que vuelven a ser pareja. —Ashton se encogió de hombros.

—¿Lola estuvo con Doyle? —Me rasqué la cabeza.

Ashton asintió. —Ahora parecen ser pareja de nuevo, porque ha comprado tu boutique para ella y... —Ashton se interrumpió y sonrió con amargura.

Me quedé mirándole fijamente. —Ella me dijo que tú habías adquirido la boutique para ella y...

—¿YO? —La voz de Ashton se elevó. Apretó los puños y respiró pesadamente—. Por supuesto que no. Pero debería habérmelo imaginado, que te contaría algo así. Está confabulada con Doyle. Los dos quieren arruinarme. Yo solo quería que finalmente aceptara el divorcio. Esperó hasta estar segura de que junto con Doyle había tramado la venganza perfecta contra mí. En el momento en que entraste en mi oficina, ella quería despedirse de mí. Debes haber pensado... —Ashton negó con la cabeza y dio un paso hacia mí.

Di un paso atrás. —¿Estás casado con Lola o no? Acabas de decir que era tu ex-mujer. Y luego que aún no ha aceptado el divorcio. —Examiné a Ashton. Luego bajé la mirada. Aquellos ojos oscuros me miraban con demasiada intensidad. Su cuerpo atlético resultaba demasiado atractivo. Ashton me recordaba demasiado a la pasión que habíamos compartido.

—Todavía estamos casados —admitió Ashton.

Di otro paso atrás.

—Pero si fuera por mí, ya estaríamos divorciados desde hace tiempo.

Levanté la cabeza de nuevo. —Bueno, nunca me dijiste que estabas casado. Supongo que simplemente no era lo suficientemente importante para ti. —Volví a bajar la cabeza.

Ashton respiró hondo. Luego dio dos pasos hacia adelante. Podía percibir su aroma. Sándalo. Y ese olor que era simplemente... solo él. Un dedo se posó bajo mi barbilla y la levantó.

Los ojos de Ashton.

Esos ojos oscuros que me habían cautivado desde el primer momento.

—Por supuesto que eres importante. Eres más importante que cualquier otra cosa. ¿Qué crees que estoy haciendo aquí? Te he estado buscando.

Me quedé mirando fijamente a Ashton. Mi lengua estaba paralizada.

—Si no me crees, puedes preguntarle a mi amigo Terrence. Él te lo confirmará. —Ashton soltó mi barbilla y señaló al hombre que estaba junto al Ferrari, quien junto con Sienna hacía un gran esfuerzo por aparentar que no nos veía a Ashton y a mí.

Solo asentí. —Te... te creo. —Mi voz apenas era un susurro.

—Sentí de inmediato que eras alguien muy especial —continuó Ashton—. Al principio no quería reconocerlo.

Volví a asentir. No era capaz de más. Tenía un nudo enorme en la garganta.

—Pero entonces... cuando empezamos a vernos más a menudo... cuando nos acercamos más... de repente empezaste a significar mucho para mí y yo también lo sentí. —Ahora Ashton miró brevemente al suelo antes de mirarme a los ojos más profundamente que antes—. No lo había planeado. Después de la separación de Lola no quería comprometerme con nadie más. Yo... estaba como totalmente...

Ashton negó con la cabeza. —No lo había planeado así y sin embargo sucedió. Yo... maldita sea, significas más para mí que cualquier otra mujer jamás.

Mi corazón dio un vuelco. Un vuelco enorme.

Todo iba a salir bien después de todo.

Mi final feliz estaba al alcance de la mano.

Y entonces solté: —Estoy embarazada.

—¿Qué? —Ahora Ashton retrocedió un paso.

Mi corazón se hundió.

Piensa en el niño, Colleen. Debes ser fuerte por tu hijo.

—Estoy embarazada. Vas a ser padre.

Triste, me di la vuelta. Si Ashton solo me quería a mí, pero no a nuestro hijo... entonces no podía tenerme.

Una mano me agarró del brazo. Antes de que pudiera pensar con claridad, me encontré con mi rostro contra el pecho de Ashton. Sus brazos me rodearon y me estrecharon suavemente.

—Eso es maravilloso —me susurró al oído.

Levanté la cara.

—Te quiero —susurró Ashton. Y luego murmuró—: Os quiero.

Os quiero.

Me sentí cálida.

Desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies.

—Yo también te quiero. Nosotros también te queremos.

Finalmente nuestros labios se encontraron.

Había llegado a casa.

Capítulo 33

Colleen y Ashton

Un año después.

Ashton

—Realmente habéis elegido algo muy especial. Terrence sostuvo su vaso contra la luz y contempló el río Hudson, que estaba a su derecha. Estábamos sentados en dos sofás en un bar en Chelsea Pier. Justo junto a la ventana. Solo tenía que mirar a la izquierda para ver el río Hudson. La tarde estaba llegando lentamente a su fin.

—Es cierto. Aunque miramos hacia el este y no hacia el oeste, que sería lo ideal para una puesta de sol —respondí.

—No le busques siempre peros a todo, colega. Para la puesta de sol ya estaremos en el agua y podremos mirar hacia el oeste. El tiempo es perfecto y todo será como te lo imaginas. —Terrence se reclinó en el sofá de cuero marrón y dio un sorbo a su whisky con deleite—. ¿Estás nervioso? —quiso saber.

—Claro que no —gruñí—. Al fin y al cabo, esto es lo que quería. ¿Por qué debería estar nervioso? Me removí en el sofá y agarré firmemente el borde de mi lado de la mesa.

—Una cosa no excluye la otra. Se puede estar nervioso por algo que realmente se desea. Terrence me guiñó un ojo.

—No estoy nervioso —repetí—. ¿De dónde sacas esa idea?

Terrence señaló mi vaso. —No has dado ni un solo sorbo. Cuando no estás nervioso, bebes despacio. Cuando estás un poco nervioso, bebes rápido. Ahora no bebes nada. Así que DEBES estar MUY nervioso.

Miré furioso a mi mejor amigo.

Terrence sonrió. —Eh, tío, colega, es normal estar un poco alterado el día de tu boda. Sería grave si no lo estuvieras. Al fin y al cabo, no te casas muy a menudo.

Respiré profundamente. Terrence tenía razón. Estaba nervioso. De hecho, estaba terriblemente nervioso. Era un sentimiento que no conocía en absoluto. —Cuando Lola y yo nos casamos, no estaba nada nervioso —recordé.

Terrence arqueó las cejas. —¿Y eso fue una buena señal?

Negué con la cabeza. —Esta vez todo se siente completamente diferente. Mil veces mejor.

—Te ves mil veces mejor que entonces, colega. —Terrence levantó su vaso y me hizo un brindis por encima de la pesada mesa de madera.

Me miré. Mi traje de un gris claro combinaba perfectamente con mi camisa y mi corbata. El pañuelo del bolsillo hacía juego con la rosa de mi ojal. Para el día de hoy, me había dejado asesorar en una tienda especializada en trajes de novio. Porque para hoy solo lo mejor era suficientemente bueno. Aparte de eso, ahora disfrutaba vistiéndome adecuadamente cada día. Gracias al sistema de Colleen, no era demasiado complicado, ni llevaba mucho tiempo.

Terrence sonrió. —Ni siquiera estaba hablando de tu atuendo. Aunque también se ve mejor que nunca. Colleen realmente ha hecho de ti una nueva persona.

Hace poco menos de un año, una afirmación así me habría enfadado. Más que enfadado. Yo no era alguien de quien se pudiera "hacer" una nueva persona. No era uno de esos hombres fácilmente moldeables sin ideas ni columna vertebral propia, como tantos otros.

¿Hoy?

Era la mejor versión de mí mismo.

Gracias a Colleen.

Y gracias a nuestra hija Molly.

—Colleen y Molly han cambiado mi vida. Para mejor. —Parpadee brevemente y levanté mi vaso. Luego di un buen trago—. Son lo mejor que me ha pasado nunca. Los últimos doce meses han sido los mejores de mi vida. Jamás... lo hubiera pensado. —Sacudí la cabeza. Por mí mismo. Por todo. Por la vida.

—Has alcanzado todos tus objetivos. —Terrence dejó su vaso en la mesa de madera y se recostó—. Profesional y personalmente.

Asentí. —Cuando gané el *USA Fashion Store Award*, se cumplió un sueño. Trabajé muy duro para ello.

—Y todas las piedras que Doyle te puso en el camino al final... solo fueron algunos obstáculos. —Terrence miró hacia fuera, al río Hudson, que yacía liso como un espejo bajo el sol. Un día de finales de verano perfecto y cálido. Perfecto para mi boda.

—Sin tu ayuda no lo habría conseguido. Esa campaña de relaciones públicas... —empecé.

Terrence hizo un gesto de desestimación. —No vale la pena mencionarlo, colega.

—Sí que la vale —contradije.

Terrence levantó las cejas. —¿Y qué hace Doyle ahora? Cuando alguien ha perdido tanto la cara como él, apenas hay un agujero lo suficientemente profundo donde esconderse."

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros—. Cuando firmamos el contrato, salió como un rayo de la oficina del notario y desapareció antes de que pudiera decir una palabra. He tratado todos los asuntos con su CEO adjunto. No es mal tipo. Por eso ahora trabaja para mí. Pensé satisfecho en mi mayor triunfo.

—Doyle quebró y *Doyle's Clothing* se convirtió en *Ashfash*. Deberíamos brindar por eso. —Terrence hizo una señal al camarero para que nos trajera dos whiskys más.

—No quiero estar borracho luego cuando diga «sí» —protesté—. Y la adquisición no fue realmente un gran logro. Quien se sobre-endeuda

financieramente como Doyle, tarde o temprano tiene que fracasar —minimicé un poco.

Terrence resopló. —Realmente estás nervioso, colega. —Se rio brevemente—. Ashton Jones está nervioso. Que yo viva para ver esto. Muy diferente a lo de Lola.

El camarero apareció y puso dos vasos en la mesa frente a nosotros. Luego se alejó tan silenciosamente como había llegado.

—¿Tienes noticias de ella? ¿De Lola? —preguntó Terrence.

—No realmente. Se quedó sin la boutique, ya que se la compré a Doyle junto con todas sus otras tiendas y las convertí en una tienda conceptual. Funciona de maravilla. —Miré pensativo mi vaso—. Y Lola... La veo de vez en cuando en algún evento. Siempre del brazo de otro hombre. Doyle la dejó inmediatamente después de la adquisición. La última vez, Lola apareció con Wyatt Lyons en una cena benéfica. —Me reí suavemente al recordar aquella noche.

—Una pareja de ensueño —comentó Terrence sonriendo.

Me encogí de hombros. —Tal vez. Hay cosas más importantes en las que pensar.

Levanté mi vaso y pensé en Colleen y en la pequeña Molly. Una sensación cálida se extendió en mi pecho. Una sensación que se hacía más grande y fuerte cada vez. Un sentimiento que venía directamente de mi corazón. Un sentimiento que no se parecía a ningún otro.

Todo estaba exactamente como debía estar.

***

Colleen

—Se te ha caído una horquilla. —Sienna se inclinó, recogió la horquilla y la volvió a asegurar.

—Oh, Dios. ¿Tengo el mismo aspecto que antes? —Ya había comprobado mi peinado y mi maquillaje al menos diez veces en el espejo, pero eso no había disminuido mi nerviosismo.

—Todo está en perfecto orden —me tranquilizó Sienna.

—¿Y Molly? —pregunté. Elaina se inclinaba justo sobre el parque en la esquina del gran salón.

—Duerme como un ángel —respondió mi amiga—. Qué bueno que la hayamos preparado antes."

—La habría llevado también en pijama —dije, poniéndome de puntillas para echar un vistazo a mi hija, que con su vestido de tafetán rosa claro realmente parecía adorable. Sus ojos estaban cerrados, sus pequeñas manitas cerradas en puños y sus labios ligeramente abiertos. Emitía un suave balbuceo. ¿Qué estaría soñando?

—Lo sabemos. —Sienna ajustó mi velo—. Y hubiera estado igual de guapa.

Elaina se dio la vuelta. —Tú también estás preciosa, Colleen. Como en un cuento de hadas.

Me sonrojé. —A veces todo esto me parece un cuento de hadas.

En los últimos doce meses mi vida había cambiado tanto que, al despertar, a veces parpadeaba y me preguntaba si no habría soñado mi felicidad. Pero entonces abría los ojos del todo y constataba que todo seguía igual que el día anterior. Ashton y yo vivíamos juntos con Molly en su ático sobre los tejados de Nueva York. Ashton era una pareja atenta y un padre que se esforzaba por pasar tanto tiempo como fuera posible con Molly y conmigo. Y eso a pesar de que en los últimos meses había tenido más trabajo que nunca. La adquisición de las tiendas de su mayor competidor, Doyle, había sido un triunfo por el que había trabajado duramente.

Yo me ocupaba principalmente de Molly. Sin embargo, Ashton valoraba mucho mi opinión y siempre me pedía consejo cuando iban a producirse cambios importantes en el departamento de compras de *Ashfash*. Parecía dar por sentado que yo trabajaría allí en cuanto pudiera y quisiera.

La perspectiva me hacía feliz.

—Esto no es un cuento de hadas —dijo Sienna. Me pellizcó en el brazo.

—¡Ay! —protesté.

—¿Ves? —rio Sienna—. Todo es real. No estás soñando. Hoy es tu gran día. —Sienna dio un paso atrás—. Nunca he visto un vestido tan bonito.

—Es verdad —coincidió Elaina.

Me sonrojé de nuevo. —Ashton insistió en que me diseñaran algo. No quería nada de serie. Dijo que... —Tragué saliva.

—Que solo mereces lo mejor —completó Sienna la frase.

Elaina tomó mi mano. —Ven, vamos a la cocina un momento. No te preocupes, me llevo el monitor del bebé. —Hizo un gesto con la otra mano—. Tengo una sorpresa para ti allí.

—¿Sorpresa? —Levanté las cejas.

—¡Cierra los ojos! —ordenó Elaina.

Sienna tomó mi otra mano y las dos me llevaron a la cocina. ¿Qué habrían tramado?

Oí cómo se abría la puerta y luego se cerraba de nuevo.

Un corcho hizo ¡pop!

¿Cava?

Quise abrir los ojos.

—Todavía no —ordenó Sienna, que pareció sentir lo que me disponía a hacer. Un líquido salpicó en las copas. Luego se apartó algo.

—Hombre adecuado. Hombre adecuado. Hombre adecuado.

Abrí finalmente los ojos. —¡Coco!

El loro gris estaba sentado en su jaula y me miraba con sus ojos negros como botones. Casi parecía que me guiñaba un ojo.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —Miré de Elaina a Sienna y viceversa.

—Ashton nos ha ayudado. Antes te llevó un momento a su despacho, antes de que él y Terrence se marcharan. Hemos aprovechado ese tiempo para traer a Coco aquí. —Elaina soltó una risita.

Solo unos días después de haber visto a Ashton de nuevo el año pasado, había hablado por teléfono con mi amiga Elaina. Ella me habló de su amiga Amanda, que echaba de menos a su loro.

Coco.

El loro gris se había perdido durante una excursión familiar a Nueva York.

Con gran pesar, después de este descubrimiento, me despedí de Coco. En las tres semanas que habíamos pasado juntas, le había tomado mucho cariño al loro.

—Al final, Coco tenía razón. Ashton es el hombre adecuado para ti. Y precisamente por eso Coco debería estar aquí hoy. —Elaina me puso una copa de cava en la mano—. Toma. Deberíamos brindar por vuestro reencuentro.

Miré la copa que tenía en la mano.

—No te preocupes, es sin alcohol. —Elaina sonrió—. No olvides que yo también estuve embarazada. Sé lo que se puede y no se puede.

En ese momento, la tensión bajo la que había estado desde esta mañana se disipó.

Todo estaba bien.

Estaba de pie en un vestido de novia con mis dos mejores amigas en mi cocina.

Mi hija dormía en el salón de al lado.

Y más tarde le diría que sí al hombre de mis sueños.

***

Colleen

—Y así te pregunto, Ashton Jones: ¿Quieres tomar a la aquí presente Colleen Brown como tu legítima esposa?

Ashton me miró. Sus ojos parecían mirar directamente a mi corazón. Parecían más oscuros que nunca. Hoy había un brillo muy especial en ellos y, al mismo tiempo, una calma que me daba la certeza: Sí, quería a este hombre a mi lado.

Ahora.

La semana que viene.

El mes que viene.

El año que viene.

Para siempre.

Por el resto de mi vida.

Ashton y yo estábamos de pie uno junto al otro en la cubierta de un yate de lujo de tres pisos. Lentamente nos deslizábamos por el río Hudson hacia la Estatua de la Libertad. A nuestra izquierda estaba Nueva York con sus rascacielos, que brillaban y resplandecían a la luz del sol poniente. El Empire State Building, el Chrysler Building, el One World Trade Center y todos los demás edificios parecían pintados.

En esta noche de otoño hacía calor y estaba seco, tal como habíamos deseado.

—Sí —respondió Ashton y apretó mi mano.

Detrás de nosotros, Molly emitió un suave balbuceo. Me giré. Sienna mecía suavemente a mi hija de un lado a otro y me hizo un gesto con la cabeza.

Todo en orden, quería decir eso.

Volví a mirar a Ashton. Mi mano seguía en la suya. Suave, segura y protegida.

—Y así te pregunto a ti, Colleen Brown: ¿Quieres tomar al aquí presente Ashton Jones como tu legítimo esposo?

Mi corazón se saltó un latido.

Así que ahí estaba.

El momento.

El momento decisivo.

Abrí la boca.

—Sí —dije sin dudar.

Antes de que el sacerdote pudiera decir algo, Ashton me tomó en sus brazos. Nuestros labios se encontraron y me besó suave y tiernamente.

Me acurruqué en sus brazos.

Exactamente aquí es donde quería estar.

Por el resto de mi vida.

FIN